Juan sin miedo

Ida Gramcko

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

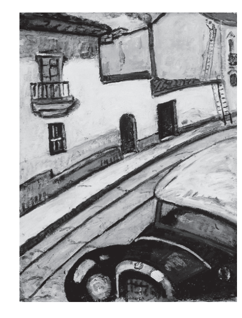
Colección
Páginas Venezolanas
serie clásicos



Juan sin miedo

Ida Gramcko

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Edición
Alejandro Silva

Transcripción
Morella Cabrera

Corrección
Yessica La Cruz Báez

Brandt, Federico
Calle con automóvil, 1928
Óleo sobre tela / 45,4 x 36 cm.

Foto
Francisco Prada

Portada y diagramación
Carlos Herrera

Diseño de la colección
Carlos Zerpa

Hecho en el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002377
ISBN 978-980-14-3940-0

COLECCIÓN ***Páginas Venezolanas***

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cuatro series– las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.
La serie **Clásicos** *abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* **Contemporáneos** *reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas;* **Antologías** *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie* **Breves** *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*



PRÓLOGO



De Juan y de Juanes

Juan sin miedo, Premio José Rafael Pocaterra en 1957, es fundamental dentro de la novela patrimonial y fundacional venezolana. Necesita reeditarse, reconsiderarse y conocerse más.

Su estructuración y estilo hacen única esta novela. Su estilo es de un raro barroquismo interior, introspectivo, impresionista, que prolifera en temas mágicos, pero también, urgentes, objetivos, lúcidos. Un profundo impresionismo que se encalza vitalmente con lo filosófico. De un modo único también la autora logra ficcionar la mirada sugerente, reveladora del niño aprendiz. Podría decirse que es la María Zambrano venezolana, por encarnar la conjunción originaria, bajo cierto criterio griego, entre poesía y filosofía. Es un monumento al reencuentro con nuestra extensa, prolífica geografía y sus hombres, y al recuento de sus formas imaginarias regionales y colectivas. Por la dinámica del viaje al pasado dentro de un paradójico regreso al futuro, pero más venezolana y original aún, podría considerarse hermana de *Los pasos perdidos* de Carpentier, escrita también en los cincuenta, cuyo escenario es el Amazonas venezolano.

El epígrafe anuncia sus tesoros. Está basada en los relatos de Humboldt: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, e inspirada tutelarmente en leyendas, mitos y ritos indígenas venezolanos:

> Las páginas de este libro fueron enriquecidas con una serie de datos reales del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, de Alejandro Humboldt. Entre ellos, la danza del Gallito de las Rocas, la curiosa costumbre de comer pasteles de hormigas, bolitas de tierra, bachacos y monos a la parrilla, así como el juego infantil con los caparazones de tortuga, el hecho de envolver las osamentas con hojas de plátano, el de pigmentar los huesos y el de hacer camisas con la corteza de un extraño árbol.
> El rito del Botuto o Trompeta Sagrada y la leyenda de las Amazonas (*Cougnantaisecouima* o sea, mujeres sin marido), forma parte asimismo, de todo un patrimonio poético legado por los indios que abarca el mito del Dorado y posee una divinidad fluvial, el dios de las aguas llamado Amalivaca.

Por eso algunos de los títulos de los capítulos se basan en fragmentos y descripciones de Humboldt. Otros, dentro de la estructuración general de la novela, apuntan hacia cierto modo de aprendizaje sensible, el que simboliza la mirada mágica del niño que crece. Con ese fin la voz narrativa asume mucho la pulsión o fuerza de la visión indígena del mundo, el tono mítico para hablar la tierra, sus animales y plantas. Lo mismo sucede, por ejemplo, en el capítulo IV, ordenado en fragmentos de prosa mito-poética.

El capítulo II, "Cougnantaisecouima", habla de los primeros conocimientos de la geografía de un personaje que más que alegórico es encarnación de su pueblo, en su mejor juventud y en sus mejores asombros, Juan sin miedo.

Juan sin miedo es una novela de camino y de formación. Juan es un niño en crecimiento. Los primeros capítulos describen brillantemente su universo de impresiones, sutiles métodos de aprender más de la vida que de la escuela. Juancito en su casa, desde lo cotidiano. Juancito desde su cuarto empieza a conocer el mundo de los objetos y del lenguaje, el de las palabras de las cosas. Así comienza, cuando observaba e intuía lúdicamente las impensables perspectivas abiertas desde su cama:

> Esto era su cuarto, según austeros comentarios. Pero… Juancito, que sabía muy poco de perspectiva y perdía el sentido de orientación… si caía al suelo por causa de una concha de cambur, innumerables puntos

> de vida se multiplicaban, y cada punto contenía algo: una huella, una pelusa, una mosca plateada… Se acostaba entonces, apurando la caída con la longitud que atravesaba lo cotidiano. Todo ese pueblo de polillas, insectos… tenía tanto derecho a la nomenclatura y al prestigio como las cosas más grandes.

En el capítulo III, "Los indios llaman al rocío la saliva de las estrellas", se describen comunidades indígenas. Se habla de cómo Juancito empieza a intuir la necesidad de una "visión de unidad", por eso su impulso migratorio en manos del azar. El joven realmente crece viajando, conociendo Venezuela y a sus tipos de gente, como un mapa aprendido, pero de otro modo al del mapa de papel de la escuela. El recorrido dibuja a la vez una dinámica al futuro y un viaje al pasado, y de eso tan nombrado: "regreso al porvenir". Tiene que aprender avanzando, sumar andanzas y saberes cual personaje pícaro, pero aún más, bondadoso. En medio de ese destino de aprender y desaprender, de andar y desandar, de viaje a la vez al pasado y al futuro, se toca con otras realidades: ¿qué es la revolución?, ¿por qué sólo después de la revolución habrá paz?, ¿quiénes son otros Juanes como él, Juan Bimba, Juan Bemba?:

> …eran sólo el reflejo de una vida caudal y sin premio, la existencia de una mujer, la biografía de un pueblo, el relato de un gran personaje tan prodigioso como humilde.

Cuando regresa a su casa, a Caracas, se da cuenta que está haciendo un viaje a un futuro paradójico, contradictorio, problemático, caótico, confuso, a una ciudad petrolera que ya no se parece a la que dejó. Todo parece irreal, por grotesco, pero todo tiene carne de realidad. Él todavía sigue siendo un niño, por eso sus ojos son como ventanas. Aunque una vez que regresa en cuerpo aprendido y definitivo ya no podía estar en su cuarto; lo primero que hizo fue salir al patio. Ya no podía desprenderse del impulso del acto, de salir siempre a la calle. Ya había aprendido la eterna andanza, a saltar como un grillo intranquilo, a no estar quieto.

Coral Pérez





Juan sin miedo



Las páginas de este libro fueron enriquecidas con una serie de datos reales del Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, de Alejandro Humboldt. Entre ellos, la danza del Gallito de las Rocas, la curiosa costumbre de comer pasteles de hormigas, bolitas de tierra, bachacos y monos a la parrilla, así como el juego infantil con los caparazones de tortuga, el hecho de envolver las osamentas con hojas de plátano, el de pigmentar los huesos y el de hacer camisas con la corteza de un extraño árbol.*

*El rito del Botuto o Trompeta Sagrada y la leyenda de las Amazonas (*Cougnantaisecouima*, o sea, mujeres sin marido) forman parte, asimismo, de todo un patrimonio poético legado por indios que abarca el mito Dorado y posee una divinidad fluvial, el dios de las aguas llamado Amalivaca.*



A la derecha, una cama, con la mesilla al lado. A los pies de la cama, un petate. Casi pegado a la puerta, el paraván de zaraza; detrás, el armario, y después, la ventana.

Esto era su cuarto, según austeros comentarios. Pero según Juancito, que sabía muy poco de perspectiva y perdía el sentido de orientación a cada instante, su cuarto era mucho más generoso.

Pero si caía al suelo por causa de una concha de cambur, innumerables puntos de vida se multiplicaban, y cada punto contenía algo: una huella, una pelusa, una mosca plateada... Se acostaba entonces, apurando la caída con una longitud que atravesaba lo cotidiano. Y aparecían cosas innumerables: el fragmento de una botella, un poco de hilo, un papel apelotonado...

Todo ese pueblo de polillas, insectos, clavos y hojillas de afeitar muy usadas tenía tanto derecho a la nomenclatura y al prestigio como las cosas más grandes.

¿Por qué esa predilección y ese reconocimiento ante los muebles, lugares o elementos de la casa? Bien estaba reconocido que si uno colocaba una mesa en el centro de una habitación, la mesa era muy útil, porque su espera podía recibir un libro, un frutero, un codo o una lámpara. Pero ¿qué era eso de decir "la cama", con las seis

letras puntiagudas y resonantes, como si la cama fuera el único sitio del mundo capaz de sueño y de descanso?

¿Y esas frases de "Abre la puerta…, cierra la puerta…", como si solamente una puerta, una simple puerta de madera, pudiera abrirse o cerrarse?

Todo se abría o se cerraba: los ojos y los escaparates, las cajas de fósforos y las manos.

Todo, ahora, se abría: las paredes, los párpados…

Por un camino lejano que concluía en él como en el punto más intenso del paisaje veía venir a alguien.

Se desabotonó la camisa lo mismo que si descorriera los cerrojos de una valla. Un botón persistió como un obstáculo. Lo arrancó de un tirón y se metió en la cama en compañía de esa persona que no tenía nombre ni alcoba, pero que estaba, como Dios, en todas partes.

No era Dios; Dios no era lo suficiente anónimo para penetrar en una habitación sin presentarse. Era cualquier cosa y todas juntas, sencillas, claras, hechas carne.

Después sintió que sólo él, muy crecido, cubría y desbordaba el jergón de alambre. Aunque lo del crecimiento resultaba relativo, porque allí estaban sus piernas, pequeñas, delgadas y pálidas, debajo de las sábanas. El mismo torso, un poco raquítico, con las tetillas moradas, los brazos largos y amarillos como bejucos, el esternón con un hoyuelo profundo en el que podía caber un puño cerrado, y la cabeza morena igual que los cocos, cubierta de hebras lacias.

¿Era una transformación invisible?

Sin embargo, vio que su mano se salía de la palma y que sólo quedaba el dorso golpeando contra el larguero.

Lo desvelaban los grillos y la luz de un cocuyo que cambiaba de color como un semáforo.

Debajo de la cama corría un tráfico de sabandijas, puntas de creyón, motas de polvo y cáscaras…

La mano se le iba, se le desbandaba, como si soltara un pájaro. Pero seguía siendo su mano, delgaducha y oscura, con la negra lista de tierra listando la uña comida y sonrosada.

Se detenía en la mesita de noche halando la gaveta, en la que se amontonaban tijeras, tornillos, carreteles y centavos. Entreabría

sigilosamente la puerta de la mesilla y encontraba una taza de loza blanca con flores pintadas.

La mano saltaba y se posaba ya en la lata de leche vacía, que, con su maceta en flor, adornaba la ventana.

Juancito se sentó en la cama y se llevó las manos a las mejillas. Estaban frías y parecían de otra persona. Sin saber por qué, hundió la derecha en el vaso de agua colocado al lado de la cama. El vaso tenía escrito su nombre y era como si alguien lo llamara desde una puerta diáfana.

La mano brincó por los desiertos amarillos que vivían en el petate y por sus palmeras, que abanicaban la cabeza de un dromedario. Se convertía en palmera, en pelambre de camello y en arena dorada.

Vio de pronto hacia arriba, para romper el espejismo.

Surcaban el techo vigas como dedos mestizos y grandes. Del listón más grueso, índice de un gigante, pendía una lámpara, flequillo verde, vegetal, con una flor de porcelana.

Se ovilló en el lecho. El aletazo de un pájaro en la habitación lo recorrió de pies a cabeza.

Sintió miedo. ¿Qué murciélago enorme batía en el escaparate? ¿Hacia dónde iba su mano? ¿A tocar qué enredaderas negras y olorosas, pero hirvientes de cucarachas?

Ni un solo sueño. Todo era realidad viva, táctil.

Juancito miraba y sus ojos se convertían en mano, en una sola mano…

*

Durante el día creía que soñaba.

Durante el año, durante todos esos pedazos de año que ilumina el sol y que se llaman lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo, y en los que hay meticulosamente una ropa sucia que se arranca de los percheros y las camas, una fiesta de jabón azul y espumas en la batea, un tránsito gris lleno de tramoyas y de telas colgadas, un anafe encendido donde se colocan dos planchas ante una larga tabla en la que caen los lunares, las rayas y otros tres intervalos que son una sucesión de esperas, tarde libre, meriendas con chicharras, misa llena de cirios y torta de cumpleaños, Juancito atravesaba un caliente letargo sobre un lecho único, que ya era el mantel, la alfombrilla de la sala o el cemento de la calle.

Los sueños diurnos venían con los pájaros, las lluvias, los árboles en flor, los azafates y las cartas. Llegaban con un par de zapatos situados a los pies de la cama o a los pies de diciembre, que dormía descalzo y en un pesebre de paja. Eso era hasta las seis de la tarde, porque en lo sucesivo Juancito entraba en su cama como en el despertar, y cuando el sueño solar amanecía sobre sus sábanas, no sabría decir qué habían hecho las aves, el cartero y el agua, la mujer, el niño, los burritos, la vaca y los tres visitantes montados a caballo que en el pesebre se confundían con los animales.

Algo habían hecho, desde luego, porque ahí estaba la postal procedente de muy lejos, que mostraba una calle o un parque con un colorido dulcemente chillón, pues eran los colores de otros países, de jardines y ciudades de esmalte. También el charco que había dejado la lluvia, como un espejo para los pobres o una moneda grande para los mendigos. Y la flor, que ayer colmaba la rama, pendía enferma, rugosa y cabizbaja.

Además, sus zapatos estaban llenos de chocolates envueltos en papel brillante y abigarrado, un papel como las mariposas o los remiendos de color que brillan sobre un vestido blanco.

Pausas cargadas, treguas con vientres anchos.

El rumor de las alpargatas en la cocina, el tráfago de las garrafas metálicas en las primeras horas de otro día —la leche era una pureza posible que se podía alcanzar a media cuadra—, el ruidillo de los cereales en el caldero de barro. Nuevamente la masa color de luna sobre las hojas de plátano.

Todos, sueños.

Durante el mes de marzo, un delirio volátil venía con los papagayos que asían el arco iris y lo dejaban caer, por ejemplo, sobre una mata de palma.

Se abría la flor de mayo, y Juancito, que la veía como a una mujer desnuda en medio del patio, le suponía una forma imaginaria.

Hasta el gesto de coger el cuaderno y el hecho de salir a clase.

La clase había sido siempre una cosa oscura, contradictoria y cambiante.

Le dio por comenzar con una adivinanza monótona: dos y dos. La mano de un hombre destacaba dos dedos, nada más que dos dedos, como si de los otros fuera mocho. Dos dedos tontos y engreídos que se olvidaban del sencillo anular de su madre, engarzado en anillo

de oro, y del meñique, que era como él, y del pulgar, que servía para asentar las calcomanías en el álbum.

Dos y dos. Dos y dos, eternamente, eran cuatro.

De seguidas, aquel ser obsesionado con su índice y su medio se hallaba parado, nadie sabía cómo, en los montes Cárpatos.

Un hombre dual, voluble, arbitrario. Una división más que una suma. Un punto suspensivo y un interrogante.

Pues más allá… En un más allá que se llamaba así por costumbre o en un lejos que alguien gritaba por hábito, en una misma unidad sensible que se multiplicaba en diferentes edades, edades que Juancito no conocía, porque sólo sabía oscuramente que la camisa le quedaba estrecha o que le volvían el dobladillo a los pantalones, que el zapato era nuevo y que, para esconderse debajo de la mesa, jugando al escondite, tenía que inclinarse más que antes —antes, ¡esa dura palabra!—, o entreveía que muchas manos, en un idéntico gesto de respeto a la memoria y de veneración por el futuro, iban arrancando las hojas del calendario, papeles con una cifra siempre diferente que se confundirían después con las que dibujaría en los cuadernos; en ese más allá que había nacido del amor por las diferencias, marcando líneas divisorias entre niños y ancianos y cambiando hasta la fisonomía de los almanaques —había uno colgado en el corredor, con un muelle y un barco; luego, había otro, con un cesto de flores encarnadas— en ese más allá, el hombre se había empeñado en una tarea tan pueril como la de pintar rayas. ¡Si por lo menos las hubiese pintado en el piso para jugar a no tocarlas! Mas estuvo empeñado en que se reprodujesen exactamente en el cuaderno, y Juancito no pudo hacer menos que punto y aparte.

Escribía sin escribir un palote negro que crecía en la página blanca. Cuando volvía en sí, se asombraba: una selva de bambúes, malojo duro y grisáceo. Por ahí podía internar sus pasos.

No fue necesario, pues el hombre de los dedos, los montes Cárpatos y las rayas, decidió ser un hombre como los demás, un hombre que va por la calle, ve un vendedor de globos, los compra todos y los suelta en el aire.

Habló de lugares, de ciudades, de campos. Los colores de una esfera armilar daban vueltas. Se unían con los matices del cometa, como si éste ya hubiese contenido, en su avión incipiente, el África

de oro, el Asia azul, la Europa anaranjada, la América amarilla y parda.

Se detenía en la América como en la etapa final de un zapato, en su hora de diciembre, en su regalo de chocolates.

Como en la cacerola de barro.

El hombre era un avaro arrepentido que abría su botijuela llena de oro y su baúl de ropas albas. Soltaba ríos como argollas y bosques como horquillas glaucas.

La descripción corría sobre la tierra, sembrándola de viviendas, tronos, flechas y piraguas.

Los marineros salían en sus barcas. Ya estaban en pie, alzando racimos de peces sobre la mesa de las aguas. Las redes recogían sus inmensos palotes, y el mar quedaba como un cuaderno en blanco. En un solo haz de leños atados las redes volvían al fondo de la barca.

Reían los marineros, ásperamente sentados. Tenían vello en los brazos y comían con la mano; tenían pecas en los hombros desnudos, pecas como frijoles, gotas de leche, pétalos cárdenos…

En las espaldas, sin camisa y sin sombra, que se movían como siglos cargados de inocencias y manchas, Juancito volvía a encontrar el calendario, las marcas del doloroso tiempo, los signos del zodiaco, una sirena con la cola hundida, un nombre, un ancla…

Pensó que cuando los marineros se cubrían la espalda con un gesto que era el de encerrar el tiempo en una blusa, en una eternidad llena de pliegues y de soplos salados, olían a tela indomable. Extrañamente, también olían a pargo, o a lo que podía robarles pureza de eternidad, y a un sudor caliente, tranquilo y agrio; sudor cayendo en arenilla seca, hasta formar una gran playa.

Las mujeres salían a los corredores de las casas y se confundían con los pilares. Semejaban muñecas de trapo. Es que habían estado siempre así, esperando a los marineros, en las lacas suspendidas como canoas en los cuartos.

Y más allá o más cerca, envolviendo la tierra de la que colgaban los torrentes como las cintas de una guitarra, una forma iba invadiéndolo todo, como una inmensa cortina de cuentas colocada detrás de cada rostro y de cada balandra; una forma, un nombre que colmaba los cestos de frutos, que movía las sardinas, aplacaba los vientos y encendía los candelabros. Ante cada hombre, lanzando

cien mil mallas al secreto; frente a cada mujer, cada una detrás de su abanico de palma, parada junto a la puerta que sujetaba el caracol.

Un nombre azul, amarillo, rojo; una bandera inútil en el mástil: ¡Cristóbal Colón!

Un hombre duro, sediento; con una gran capa…

*

Juancito salió con el cuaderno bajo el brazo, como si en ese gesto habitual radicase la seguridad de que no iba a sucederle nada; como si el delgado brazo sosteniendo el cuadrilátero de papel fuese su última defensa animal y humana ante lo que sabía, oscura y temblorosamente, que se estaba preparando.

Porque recordaba que aquel día no era de los que amanecen con esta frase:

—No te levantes aún… Tienes el día entero por delante —palabras que nos permiten dormir un ratito más, y sin perder nada, seguros de que el día, uno de esos días o grandes sueños poblados de sol, amistad y pájaros, nos aguardará en la esquina para gritarnos: "¡Madrugador!", aunque nos hayamos levantado demasiado tarde.

Día sin tiempo, día que inmola su muerte, la dicha de su madurez y la plenitud de su ocaso para que sigamos sintiendo que hay algo libre que se escapa de las sombras a costa de sus estrellas y de nuestros años.

Día, pues, que, al caer de la noche, cuando la noche no es sino un cambio imperceptible de la mata de galán, cuya flor ha pasado como un rostro de lo amarillo a lo blanco, parece aguardarnos en la última taza de café con leche que tomamos, para decirnos jubilosamente:

—¡Soy el día, el día!…

Entonces nos metemos en el lecho, riendo a carcajadas.

Aquel día no era así, aunque trató de olvidarlo recorriendo los mapas. Pero ya el último creyón dormía en la caja de jabones donde, como niños pobres en un solo lecho, se tumbaban sus lápices.

Juancito estaba solo ante el día que levantaba un dedo —ya ni siquiera dos— para decirle mímicamente: "¡Yo acuso!".

Caminaba con la sensación indefinible y poco lúcida de sentirse culpable. El sol daba miedo, porque sólo se ofrecía esplendorosamente, inagotablemente, sin poseer un rincón suyo, un recodo donde decir: “Dame un beso o tengo hambre”.

Todo lo que él había ido ensartando en el hilo tenue de la intimidad: una peonía, una locha, una piedra de zamuro, un botón que abandonó su ojal, una parapara, vivían ahora como costras, como las cortezas de un galápago, ante esa pupila tensa y rigurosa que con mayor violencia que la orilla, puesto que la orilla del río era apenas una insinuación sensual, le aconsejaba:

—¡Quédate desnudo!

Un sol que nos dejaba como el primer día del mundo, nuevos y sin máscara.

—¡Enseña tus heridas! —gritaba el sol destempladamente, mientras su sombrero de cogollo quedaba en el fondo de todo, solo, perdido, inmensamente triste, como el techo de un minúsculo rancho.

El sol cargaba con un peso carnal al que parecía fácil tocar, hundiéndole la mano; pero estaba cada vez más lejos; una fuerza sutil, inexacta y huraña, casi como una noche cerrada, de esas que no legan ni una sola estrella a los débiles, porque pidieron demasiadas horas para escribir su diario.

Si no era posible dominar el día, si estaba fuera de él —como un hombre que se cae del caballo y siente la pérdida de la llanura, la ausencia del galope y la impotencia del lazo a medida que se alejan los cascos—, el día actuaría por su propia cuenta, calcinándolo. Entraría en las casas, violaría las alcobas, las húmedas alcobas donde sentimos nuestro cuerpo como risa unitaria; saquearía las consolas, cercenaría los senos de las madres…, se volvería loco, ¡ya estaba loco!, sin que nadie pudiese atajarlo.

La luz escapaba de la retina, andaba de bruces, a bandazos, como los ciegos y borrachos; a punto de blasfemia, de subir por la escalera del campanario.

—¡Tan, tan, tan, tan!… —dijeron las campanas.

¿Qué hora era?

Cruzó un grupo de muchachos. Uno de ellos, grande y fanfarrón, llevaba una honda y reía escandalosamente como si esa risa le descargara de una calentura y copiosamente lo sudara.

¿Era la hora de matar pájaros? Juancito voló.

—¡Dale, dale, métele de ancho! —chillaron en la calle.

Se había liado a puños. Un rayo de sol rodó en la acera como aplauso.

Juancito rodó también. Se pasó la mano, encendida y liviana, por la cara.

No sabía lo que experimentaba; mas algo semejante a lo que sentía cuando, después de un baño de lluvia, en el que se mezclaban chapoteos y risas, salía a la luz con los oídos llenos de agua.

Se levantó lentamente. Notábase pesado y se sentía bien.

Las enjalmas pendían de las puertas como si en sus fibras se cuajasen los rayos.

Estaba dentro del sol, dentro de la aureola de una imagen muy grande, de esas que esconden el cuerpo hasta los pies, ocultando la solidez humana bajo los pliegues ralos, viviendo sólo en la cabeza, en el círculo de hoja de lata que les rodea el cráneo y que está lleno de ideas que se han convertido en relámpagos.

—¡Huevos frescos, huevos frescos!… —chilló un vendedor, como si los estuviera lanzando, amarillos, blancos y amarillos, en la vibración de sus palabras.

¡Qué duro estaba el piso! Le ardían los ojos, sentía náuseas.

Se dio cuenta de que eran las doce del día cuando llegó a su casa. Atravesó el corredor y se detuvo ante una mesa. Una mano, que desconocía y descubría al mismo tiempo, le acercó a los labios algo penetrante y fraterno: un poco de caldo de oro, de lágrima caliente, en el ojo abierto de una cuchara.

*

Juancito sintió un leve desdén por el zumo habitual como si fuese ordinario.

¿Por qué los cambures no eran como las guindas? Uno decía "cambur", y veía piernas morenas, asnos cobrizos, sombreros de paja…; uno murmuraba "guindas", y veía una carnosidad hecha luz. Sólo una vez miró una guinda. Estaba en el centro de un helado único y servido en copa de cristal que parecía un juguete, un tesoro, un mensaje.

Claro está que los otros no habían observado esa aparición extemporánea. Dijeron "una guinda", y se la comieron tranquilamente,

como si fuese un pezón encendido en la punta de un seno muy frío, cremoso y blanco. Mas él tuvo miedo de hincarle el diente, y cuando la guinda penetró en su boca, creyó que la fuerza bruta que podía contener en su cuerpo se detenía, indecisa, ante aquella hermosura sometida, resbaladiza y blanda.

Con las fresas ocurría más o menos lo mismo. Con diferencias de matiz, porque si uno decía "fresas", veía cojines diminutos, cofias de roja lana.

"Quizás —concluía Juancito ante la mesa del comedor—, quizás se conservaban tan puras porque sólo vivían en las ilustraciones de los libros y en las palabras de los que habían viajado. Pero en otros países donde hay comedores con la mesa tendida, muebles y paños bordados a través de las generaciones, como si éstas quisieran sembrar en el lienzo una rosa de tela o una fruta de sedalina para dejar una semilla distinta, a la de su propia carne; en esos países donde los niños también van a la escuela, emborronan los cuadernos y se esconden detrás de los armarios, la guinda era una cosa usual, una cosa sin importancia. Y la fresa también".

Con las uvas era distinto. Estaban en el mercado dentro de un cajón, con unas tijeras encima de los gajos glaucos. El filo cortaba un racimo con un movimiento firme, indoloro, casi matemático. Y la mano del vendedor sostenía el racimo un instante en lo alto, como si estuviese ofreciendo uno de esos angelitos de cartón y canutillos que cuelgan en los árboles de Navidad, con unas alas tan recientes que parecen dos hojas de parra.

Las uvas sólo tenían una particularidad. Venían espolvoreadas de aserrín como de un raro polen que las envolvía y protegía, aunque para Juancito era mejor suponer que las uvas crecían en la playa, cerca de los barcos, y que llegaban hasta él con un poco de arena sobre los bulbos, con algo del verdor marino y lejano.

Las manzanas eran otra cosa. Se las podía comer sin temor. Convivían afablemente con los nísperos y los mangos. Especialmente las verdes, semejantes a cera, estaban a sus anchas. A las rojas les concedía una propiedad: sufrían las consecuencias de un atávico ultraje. Tenían un rubor tan violento, vivían tan lejos de la serenidad, tan en volcado trance producido quién sabe por qué extraños y rudos ataques de sombra, de sol, de lluvia, de intemperies y encierros, de campiñas y de antros, que no se explicaba cómo

podían conservar su límpida forma curvada. No ansiaba, sin embargo, suavizarles el estado patético. Todo lo contrario. Se sumaba oscuramente a las fuerzas de la impiedad, al poder de los climas, de la luz, de los cambios, hasta querer someterlas a una total vergüenza, arrancándoles la única medida, el único límite: la pulcra esfera exacta. Que se rindieran de una vez, que quedaran en ascuas, que el pánico no encontrara sitio ni ajuste, que sobre el mantel fuesen lo que debieran ser: una herida, una mancha.

¿Por qué estos deseos?

—Come, Juancito —dijeron a su lado.

No le apetecía. Notábase ahíto, saturado de cargas sombrías.

—¿Será que quiero que me coman a mí? —pensó con angustia.

Muchas veces se sintió así: cuando, atragantado de ternura, se había lanzado hacia adelante con los brazos abiertos, con aquella sensación de hartura, tan repleta y violenta, que era como si él mismo, al no verterla de inmediato, se aglomerara por dentro y por fuera.

Generalmente el empellón de su cariño hacía sonreír a las gentes, y observaba que sólo él era capaz de afrontar el paroxismo de la sinceridad y que todos los demás estaban defendidos de los dones con aquella sonrisa adulta que pasaba de rostro a rostro como una fortaleza hereditaria.

Muchas veces se ofreció; no solamente se ofreció, sino que hallaba en su ademán de ofrenda el broche justo para su arrebatado pálpito. La significativa sonrisa lo paraba en el momento preciso, justamente en el momento en que iba a confesar lo que sentía, en que su declaración de amor por los seres iba a encontrar afirmación y pauta.

Después, cuando los brazos no se tendieron más hacia los otros y se le desgaritaron las manos en busca de las cosas, comprendió que, en materia de explosión y estallido, no se permitían los mimos ni las travesuras, y se admitían por unanimidad los castigos y los regaños. En vez de ebullición, improperio. ¡Qué asunto tan sutil! Los hombres elegían los excesos más fáciles.

Los objetos, no. Se explayaban vistosamente sin resistirse nunca. La energía de los objetos radicaba en una serena inmolación. Se podían hacer muñecos de papel, rasgar los trajes con las tijeras, pintar las paredes con creyón encarnado. La cuartilla o el periódico

se dejaban hacer, la tela consentía, el muro era muy dócil. Él resultaba el único rebelde. Y la humanidad, a su manera, pues se encargó de reaccionar como si la vida objetiva le perteneciera. Remendó las bellas vestimentas rotas, cubrió la cal embadurnada con brillante rojo, y echó al basurero las bambalinas construidas con papeles de diario. ¿Era eso rebeldía? No; más bien iracundia. Juancito percibió la ofensa, había ofendido a los mayores, su espontaneidad era un insulto para los que ya sabían sonreír sin proclamar antes el llanto.

Él lloraba sin miedo, sin pañuelos, con tenaz heroísmo, como si estuviese aprendiendo a nadar. Durante muchas noches, sumergiéndose en el baño salino y caliente, atravesó los turbulentos mares. Aquel braceo húmedo era tan fluido e impetuoso, que podía ejercer una función de benéfica lluvia. La tierra podía transformarse. Efectivamente, la tierra amanecía cuajada de anchas flores. La vida, no; la vida estaba seca. Nadie daba señales de arrepentimiento, a nadie le remordía la conciencia. Pensó que él era vegetal.

Tenía que hacerse hombre. Ser hombre era emplearse en la sucia oficina, beber ron los domingos, roncar a pierna suelta; ser hombre era creer en el lunes que siempre se imaginaba como a un sujeto vestido a cuadros azul marino y pizarra.

¡Cómo rogaba, en sus horas de líquido insomnio, un nivel con los otros, una medida igualitaria! ¡Cómo, tendido en su sucia camita macerada y enclenque, había pedido ser común! ¡Parecerse al lunes, o ser, mejor, marrón, como el café con leche, tan semejante al martes!

Cuando el sol lo despertaba de nuevo, se descubría más cargado de fiestas y sombras, más herido ante la vieja sonrisa, menos usual y llevadero, más indigente y enigmático.

—Hoy tienes que ser bueno —se decía en lo más hondo.

Ser bueno era soñar de noche, abrir los ojos ante el día. Bueno, ¡bueno! Tienes que ser bueno. No arrancar clandestinamente la flor, no comerse la torta a hurtadillas, no ponerse el pantalón al revés. Sin darse cuenta, pensando en ser muy bueno, volcaba el cubo de la ropa húmeda y la ropa se llenaba de tierra, como si la imaginación hubiese querido vengarse de su corrección y cobardía, jugando al escondite en el fondo más ciego de su ser. ¡Qué imposibilidad para deformar su derrotero! ¡Qué frustrado traidor! Había que seguir siendo el mismo, el auténtico, el diáfano.

Pero dolía la precocidad, quemaba no caber en el mundo. Se estaba solo y se era malo. Los dos adjetivos se correspondían.

—Este niño es incorregible —decían los pequeños hombres.

Incorregible. Un adjetivo más.

—Ya no podemos con él —insistían las pequeñas mujeres—. Es verdaderamente inaguantable.

Juancito, que nunca se creyó diferente, resultaba superior. Se lo demostraban con aspavientos mujeriles, con las bonachonas comisuras, como si trataran de decirle que tales medidas infantiles y etéreas difícilmente conservaban su equilibrio, por lo que no se les tenía confianza. Los miraba de la cabeza a los pies, queriendo localizar un lugar para el entendimiento, algún resquicio o abertura donde hubiese quedado, proscrita, pero latiendo aún, una palpable, dimensión de infancia. Ellos seguían con la protesta o sonriendo con aquella hendidura vacía, como asegurándole que no era demasiado niño, sino excesivamente grande.

Pero decían para engañarse a sí mismos:

—¡Pobrecito!…

Pobrecito era lo peor de todo, el aspecto menos instintivo. Formaba parte de aquella serie de menesteres silenciosos a través de los cuales se medían el ímpetu y el fuego o se perdonaban graciosamente la adoración y la borrasca. Esos menesteres se llamaban la buena educación, las buenas maneras, el buen sentido. ¡Ah, no! ¡Para Juancito comenzaron a llamarse los cerebrales disimulos de una caterva de cobardes!

—¡Pobrecito! ¡Si todavía no sabe lo que está haciendo!…

Claro que lo sabía. Y ellos también, encubriendo sus ilustres molicies con una voz meliflua, exigiéndole comprensión y compasión, pero sin entereza, aferrándose a una fingida autoridad, con aprendidas lástimas pedantes.

Se quedó completamente solo, con su sabiduría, entre los alaridos y consejos, entre las gripes y los aparadores, las conversaciones y los pájaros. Ya no trató de congeniar. La pasión podría ser más que la circunstancia.

Porque todo lo que fuese monumental yacía encadenado bajo el sello de la sonrisa límite; toda la infinitud presa en aquella profesión de vivientes que soportaban y comentaban estornudos, digestiones y parches.

*

Después hubo también el sol. Un día lo vio alzarse más bello que nunca sobre el copete de la cama. La lumbre de la aurora entre sus enemigos. ¿Eran realmente fuertes? ¡La incorregible, la inaguantable, la poderosa luz! Como él, como Juancito, siempre fiel. Ni hermética ni arbitraria. ¡La apasionada luz, como él, como Juancito!

Recordó sus propósitos de supuesta bondad. No cumplió ni uno solo. Estuvo contento de que hubiera sido así. Porque aquello de seguir siendo incomprendido, si no concedía satisfacción, resguardaba, a lo menos, aquel ilimitado tinte de su ser, aquella característica de lo descomunal, y si no en el gesto de los brazos tendidos —pequeño Cristo escéptico—, disfrutaba en su mímica interior de un opulento e inaudito espacio.

El nudo emocional de Juancito conservó su raíz primitiva, mas su organismo empezó a consumirse. No había nacido para el rigor, sino para la entrega, y su constitución era enfermiza, aunque su aliento fuese saludable. Sus nervios aullaban de extravío y miseria. ¡Ah, qué ansias de protección junto a aquel mueble oscuro, qué necesidad de pecho fuerte cuando se sumergía en las sábanas! Lloraba otra vez, lloraba una mezcla de petición y gallardía. Sollozos suaves e inflexibles, porque si los otros cumplían religiosamente sus estatutos, él también acataba su norma: no aceptar los albergues fortuitos, exigir capacidad simultánea.

Así inventó los compañeros invisibles.

A la escuela lo llevaron un día, y desde entonces regresó de la clase con el alma en un hilo: en su tranquila habitación lo esperaba otra cátedra. Claro que los profesores inventados por él no hubieran podido encarnarse nunca. A veces cambiaban el color del pelo. Una noche tenían las manos morenas; otra, amarillas, y a la siguiente, blancas. Cierto que no podía verlos bien, aunque más cierto aún que los amaba. Verdad que con su mente los perfeccionaba día tras día, pero ellos resultaban más fuertes; a ellos les presentaba, para su explicación definitiva, los problemas que los flacos pedagogos del pueblo planteaban en el aula; a ellos les ofrecía su propia solución. Cuando lo felicitaban con voz muda, Juancito se afligía. Ellos sabían más que él, y contaba con la natural censura o advertencia, igual que quien espera un amparo. Hasta llegaba a resistirse:

—No, yo no he podido hacerlo bien… Por favor, ¡tachen!…

¡Ah la bella severidad de aquel colegio inexistente, la tutela feliz de aquellas guías broncas que le hacían disfrutar de su impotencia plena! ¡La dicha de sentirse inexperto, asombrado, ignorante!

—Con tal de que me quiebren… —se decía, como si la ruptura o el triunfo no dependiesen de su propia creación.

—Porque no quiero que se vayan…

Lo quebraron mil veces. De ello dependía la estabilidad de su intemperie, de sentirse en proceso y no en colmo, de poder estirar, hasta el término sumo, su capacidad de admiración.

Muchas veces, los tutores se le confundían. Eso no podría continuar. Organizó una jira colectiva y se quedó con uno solo. Y la figura del amado maestro se proyectaba, afable, en sus lecturas, le volvía la página del libro. ¿Cómo era, cómo era?…

Aquel hombre incorpóreo se salió de la casa. Juancito se lo llevó consigo a la tienda, al callejón, a la plaza. Estaba en todas partes. No, no era Dios.

Porque había preguntado:

—¿Dónde está Dios?

Y le habían respondido:

—En el sitio más lindo.

Supuso que debía estar en el patio, allí donde se rizaba el techo y se empozaba el charco de lluvia.

Lo llevaron a la iglesia.

—¡Cuánto coroto! —exclamó, contemplando la custodia y el cáliz.

—¡Cuidado! No se tocan… —gritaron los pequeños hombres.

Se repetía la historia. Él, pongamos por caso, no tenía ningún interés en rozar ni el traje de su maestro, no porque tuviese prohibido: simplemente porque éste no le ofrecía un bazar.

Todo lo que fuese juguete, o por lo menos lo pareciera, debía tener una utilidad inmediata. Eso no ocurría en la iglesia, Dios mostraba sus joyas excesivamente púdicas e inmóviles, sus sedas impolutas que desconocían la avidez y olían a desinfectada blancura.

Juancito salió hecho un basilisco. Tan iracundo estaba, que todo se borró ante sus ojos. Hasta la figura del maestro fue, desde aquella visita, mucho más difícil de coordinar. ¿Se había marchado para siempre?

—Tómate la sopa.

No era el maestro. Su madre estaba allí, mansa, delgada, amable. Raramente podía estar con ella. Se la robaban la familia, los quehaceres, los maestros del pueblo y los deberes escolares. Por ejemplo, cuando ella iba a añadir algo a: "Tómate la sopa", también se la robaron el olor de las frutas baratas y aquellas voces que decían algo que nunca se llegó a efectuar.

—Pues si no se la toma, ¡mándalo a freír espárragos!…

¡Si por lo menos fuese verdad! Sería rico; sobre la sartén luciente, freír los largos y enlatados espárragos.

O lo que le exigían con frecuencia:

—Anda a la cocina para que te den un poquito de "tente allá"…

¿Qué era "tente allá"? La primera vez concibió un manjar muy dulce, mezcla de turrón y majarete; a la quinta vez decidió aguantarse con paciencia, sin apresurar el convite, porque en la cocina jamás le dieron nada.

Su madre sólo le decía ahora:

—Tómate la sopa, Juancito…

No la dejaban continuar. ¿Por qué vivirían tantos parientes juntos? Aseguraban que eran pobres. Entonces, ¿por qué no pedían limosna? Los parientes podrían venir los jueves con los demás mendigos. Su madre quería a los mendigos. En aquel día limosnero, sobre el pretil del quicio colocaba un montón de centavos.

Se recostó en la mesa. La cabeza le daba vueltas. Los mendigos, los que pedían. Él era un mendigo, había pedido mucho. Los comensales, los que no querían pedir, los que tampoco daban. Su madre, que soñaba despedir a los otros para quedarse con él; su madre, a la que se acercaba como un doliente pedigüeño, y la que le hubiera dado todo si no hubiera sido tan débil que los demás, precisamente cuando ella iba a extender los diez dedos piadosos, le hurtaban todos los centavos.

*

Había una lechosa en medio de la mesa, partida solamente en la punta, en un hueco redondo. Por ese boquete sobresalían semillas metálicas. El resto de la fruta era una caparazón verde y sólida, una carpa de circo sobre un plato.

Juancito estaba tomando la sopa cuando descubrió esa puertecilla inesperada.

Afortunadamente, nadie cogió el cuchillo para partir el encanto. Si hubiese sido así, no hubiera podido hacer su maleta rápidamente, despedirse del contorno y emprender viaje.

Lo último que sintió cuando se detuvo ante el umbral de fuego fue que en el patio, despidiéndole alegremente, se desgañitaba el arrendajo.

—¡Qué curioso! —comentaba, todavía con el pie bajo el dintel en llamas—. Desde que soy grande, puedo ser tan pequeño como una hormiga; desde que tengo el tamaño de todas las cosas, puedo ser cualquiera de ellas: una lagartija o un elefante.

Todo fue encarnado, tumultuoso y bestial como la carne. Pues cayó largo a largo en cuanto quiso pisar terreno seguro, y como el mundo al que entraba tenía sus propias leyes frutales, no pudo agarrarse de nada, ni siquiera sostenerse en sus pies, que eran tan inútiles como una aleta en la tierra o un ala en un acuario.

Lo sorprendente es que las piernas las tenía colocadas en lo que debía ser el techo del recinto, un techo que, desde su postura, semejaba un furioso tejado. Estaba de cabeza, con las piernas en alto, ni más ni menos que en la actitud de una zambullida que comenzaba a entrar en el agua, dejando aún muslos y los tobillos en el aire.

El jugo le corría por la nariz. Si su cerebro no hubiese respondido a la angustia, lo más probable es que se hubiese ahogado. Pero arrancó la cabeza de la pulpa con un esfuerzo agotador, y un aire frío y ardiente le quemó las mejillas. Estornudó siete veces seguidas, y aquello fue un descanso.

El problema continuaba en los pies. Otro impulso, y cayó totalmente, copiosamente, desgarrando los muros dorados. Algunos fragmentos amarillos pasaron ante sus ojos como estrellas fugaces.

Debía levantarse. Al primer intento, el pequeño mundo giró como una zaranda. El paso humano no servía.

Los muros que lo envolvían estaban recubiertos de ladrillos parejos y centelleantes. No había techo ni suelo, y todo eran paredes curvas y compactas. Puesto que la altitud no existía, Juancito no podía caminar, y lo más natural fue el deslizamiento.

Aquel mundo venía en capas, en estratos. Un resplandor de luna dentaba la circular muralla.

Juancito no sabía explicarse de qué manera respiraba. El vacío era tan delgado, que no podía concebirse como un espacio.

Era un mundo hermético, completamente sobre sí. La abertura, por la que había entrado, proyectaba un finísimo acorde de luz que se disparaba en pinceladas.

No veía bien, y no era por culpa de sus ojos. No había paisaje ni circunstancia. Ramalazos rojos, flechas de púrpura zigzagueaban. Pegado a sus pupilas, un coágulo bermellón se hinchaba como un labio. Lejos, en la última coloración del amasijo, creía vislumbrar un sendero sombreado de acacias, las acacias estaban en flor y cada rama pendía sosteniendo su hoguera, siendo su propio incendio.

Hundió las manos en aquel rodeo de fogatas. Empujó y estrujó. Las huellas se marcaban como heridas en una piel muy frágil.

Una lluvia venida, no desde lo alto, sino de todas partes, afluyó sobre sus hombros. Cada gota rebotaba, sorda y voluminosa. Saltaban pepas de luz, de un color indefinido, en torrencial descarga. De repente, una embestida veloz movió a Juancito y lo dispersó con el chubasco como a otra semilla. No hubo trueno, pero en torno se propagó un relámpago.

El pequeño mundo trastabillaba, pasaba de una ola a otra ola, de una mano a otra mano, como la tierra alrededor de su órbita.

Juancito rodaba, rodaba por la pendiente fosfórica, por el infierno vegetal y raudo. Finalmente, vislumbró una rendija en lo alto, si es que la altura comenzaba a existir.

Una larga punta se hundía hacia él, un filo como un rayo de sol. Salió hacia arriba, por la mitad de la fruta, mientras, detrás de su hombro, carcajeaban los diablos.

Juancito estaba sentado a la mesa. La lechosa ya no se hallaba en el centro. Varias personas se la pasaban de mano en mano, de ola en ola, hundiéndole un cuchillo entrañable.

*

—No puede ser que me haya metido en el armario de mi madre —pensaba Juancito—. Dejé la servilleta sobre la mesa, anduve por el corredor… Cantaba el arrendajo… Y entré en su habitación para pedirle… ¿un hilo, un frasco?

Lo invadía la penumbra, y un olor a humedad y madera sobre su espalda. En la habitación no había nadie. ¿Era la habitación?

Del muro, como una veta, brotaba un solo traje.

Creyó que ella diría, regresando de la cocina y alzando un poco de tela hasta el clavo:

—Aquí cuelgo el rumor de las cacerolas, las chispas de la candela, el sudor del caldo… Aquí penden la harina, el azúcar, pan y la loza desportillada…

Luego, saliendo de la bata de casa como de una gravidez exhausta, penetraría en otras mangas, en otra blusa y otra falda, y se sentaría a la puerta de la calle, limpia, ligera, renovada, pasándose la mano por los cabellos que recogían el brillo de la tarde.

Pero estaría fatigada. Por la noche, otra vez en el cuarto, diría, colgando tela sobre tela:

—Cuelgo el último rayo de sol, el primer trapecio para la estrella del sueño y la luna llena del descanso.

Iría hasta la cama. Morena, desnuda, libre por primera vez, hasta vestir la dormilona de zaraza que doblaba bajo la almohada. Soñaría, indudablemente; soñaría con lo que no había tenido nunca, y eso sería una nueva carga.

Ahí estaban los tramos. El armario se ahondaba en una escalera cóncava y firme, llena de olor a mujer, un olor a violeta y encaje.

—¿Por qué? —indagaba Juancito—. Si ella nunca me huele a talco… Más bien desprende un tufillo de grasa… ¡Ah! ¡Pero aquel día, cuán borroso y lejano, ella me metió en un balde, se pasó una esponja por el cuerpo, y su cuello inclinado exhalaba un perfume de jabón, del jabón verde, redondo, que como un gran caramelo de menta que gastaba con su golosa mano!

Del colgador fluían solamente dos vestidos. Notó que se introducía en el negro, en el que una florecilla otoñal corría en salpicaduras moradas.

—Es el de los pésames —dijo interiormente.

El otro, sencillo, bonachón, rutinario…, blanco, con una hilera de botones que enseñaban el metal bajo el forro, que chillaban su pobreza con pintas de moho en una serie de señales.

—Este ya no le sirve…

Y era una paloma sin aire.

O sin cielo, sin el cielo del gran sombrero de organdí azul, de aquella pamela triste y rasgada que dormía arriba, aguardando una primavera imposible, en lo que debía ser la azotea del armario. Mientras abajo, en el tramo inferior, un viejo pomo de perfume, consumido hasta el último sorbo, soltaba su borla de hierba en largos flecos glaucos. Y algo brillaba tímidamente, tal vez un pétalo que se atrevía a desafiar la sombra, pero aún temiéndola y juzgándola.

Era el corte de seda que apareció junto al pesebre y que los Reyes Magos habían traído desde lejos, a través de pesadas cabalgatas, entre los tapices, las ajorcas, las ánforas, como un incienso leve donde el oro ponía su fulgor y la mirra su emanación silvestre y suave. Lo habían traído desde lejos para depositarlo a los pies de su madre, que alzó las manos con asombro, con temor, porque sólo conocían los remiendos, los trapos de fregar y el papel de periódico o de estraza.

Dentro de esa oruga ondulante, que ella no se atrevió a lucir nunca, Juancito pensaba en las tiendas, ese misterio pleno de mostradores fúnebres donde blanqueaban coronas y ramilletes de novia tras mortuorios cristales, ese enigma de todos los días que asomaba en la ruta de la escuela, con sus muñecas dormidas en las cajas. ¿Por qué no abrirían los ojos? Alguien le dijo:

—Sólo un beso podría despertarlas. ¡Poner un beso sobre una mejilla así, y que una niña fuera así, con los cabellos de panocha, con las pestañas como briznas de paja! ¡Que ella estuviese como muerta, en un ataúd, sólo por ausencia de un beso, esperándole!…

En las vitrinas de las tiendas hormigueaban dijes y rosarios; en las vidrieras, juguetes de celuloide, rosados como las ubres de las vacas. Había también un hombrecillo gris, con nariz puntiaguda, detrás de los estantes.

La tarde en que Juancito se detuvo ante su puerta, ese hombre hojeó entre sus manos algo que lucía con una consistencia de polvorosas, bocadillos o frutas abrillantadas. Eran trozos de telas luminosas que, justamente por surgir de improviso, por haber estado encerrados en gavetas, por conocer el polvo y el silencio, brotaron como sueños ocultos, sueños concebidos y madurados durante largo tiempo que, al fin, salieron a la luz, como los retazos, sin una sola mancha.

El mismo hombre que extraía cintas de sus bolsillos mientras él, Juancito, se hubiese conformado, por ejemplo, con que los demás se comiesen una caja completa de bombones, tal que le diesen el moño de color que tenía encima, tan correcto y tan pulcro que daba pena destrenzarlo. El mismo que descubría botones de nácar y conejos de peluche en sus guaridas; casi el prestidigitador que había venido con el circo, un circo donde había una niña parda y flaca, vestida de lentejuelas verdes, como de lágrimas vegetales, parada en el umbral de la carpa, vendiendo retratos.

Seda empalidecida que su madre no cosió nunca, y que ya tenía el matiz de las fotografías iluminadas, el de la cara de la mujer con peineta y rosa, que sonreía en la séptima página del álbum; la mujer que no necesitaba enhebrar la aguja para reparar bolsillos rotos; la que tenía un collar de mostacillas negras y una “andaluza” que olía a confesionario; la que durante la noche, mientras sonaba el gramófono y el cisne y el loto se perdían en el biombo cual vagos abanicos, colgaba su “kimono” en la sombra como una guacamaya; la que podía dar testimonio de sus paseos porque llevaba, colgando del cuello, un aparato oscuro y pequeño, semejante a un acordeón, que reproducía sus imágenes.

Juancito no conocía del mar sino los pescados, los grandes, fosfóricos y metálicos, que vendían en el mercado o los peces diminutos que nadaban entre las macetas, al fondo de un estanque. O quizá un fragmento del mar, aquel que cabrilleaba en otra fotografía, detrás de la misma mujer que ataba sus cabellos con un sombrero de fibra, con un mimbre igual al de los mecedores de la sala. Estaba casi desnuda, con el pie enfundado en un zapato níveo y blando.

Ella debió haber merendado a la orilla del mar, debió haber sentido que la arena era una galleta copiosamente derramada. Los emparedados que comía glotonamente sabían a espuma con un pedazo de alga.

Juancito sintió hambre.

—Pero si acabo de almorzar…

Miró fijamente la caja de bombones vacía, el costurero de su madre. Esa caja tenía una carátula. Algo que era mucho más que una fotografía y cuyos personajes, siendo ricos, pero desconocidos, resultaban afables.

Las mujeres de la lámina se habían salido de su centro y conservaban el dejo de haber vivido junto al cartón y los bombones. Una de ellas desplegó un volante encendido, el papel rojo y rizado que bordea las confituras con una hierba de granate. Cada una abría una sombrilla que tenía las pintas de las envolturas, los mosaicos y las mariposas que recubría las almendras y los chocolates.

—Estas apariciones no son más que los figurines de mi madre, las revistas que se amontonan en el cuartito viejo bajo las sabandijas y la pátina.

¡El cuartito viejo!…

—O quizá es el baúl mundo cuyos clavos centellean como si fuese un cofre de piratas. Si uno lo abre, lo encuentra lleno de disfraces usados, y si se mira al fondo y la tapa, tropieza con un desfile de cromos, las páginas de los periódicos dominicales que mi madre fue pegando con una paciencia tan meticulosa, que el baúl mundo, abierto, parece un libraco de estampas.

¿Por qué una mujer, siempre una mujer? ¿Por qué, cuando le regalaron el rompecabezas y colocó los fragmentos hasta lograr el cuadro, encontrando un establo con un hombre, una mujer y un niño, se fijó solamente en la aureola de la mujer, en eso que no era el sombrero ni la trenza, sino que estaba más arriba, en símbolo de luz? Hasta ahí habían llegado el incienso, el oro y la mirra, y desde ellos salió el corte de seda de su madre.

Su padre parecía no existir. En su pueblo importaban más las madres. Los hombres se presentaban súbitamente, calientes, vociferantes o borrachos. El suyo, no. Cruzaba como una sombra dura, aceitosa, prieta, ondulante. Lo llamaba, y él reconocía su voz y se volvía para mirarlo como a un mundo del que se sabía el nombre, pero no el contacto. El padre lo abrazaba, lo arrinconaba contra su pecho de hombre que olía a pasto y a sangre. Lo soltaba otra vez, dándole la espalda. Juancito salió del cuarto. El hombre se disolvió.

—¿Por qué, por qué? —chillaba el arrendajo.

Sin que Juancito lo supiera, el bullicio de los insectos, de las gotas en la pila del patio, de las flores estallando en los tiestos quebrados, el susurro de la brisa, las manos del viento que podían abrir los armarios, respondían a su interrogante.

Su madre se acercó, sin que la sintiera, cuando estaba en la puerta de la calle. Le dijo adiós, como se lo dijera siempre, y le daba

el cuaderno como si le diese un pedazo de corpiño o una muestra de su regazo.

Él se dejó ir, la dejó ir, sintiendo, no sabía por qué, que se quedaba con ella nada más que cual un huevo tibio en su delantal rugoso y a cuadros.

*

De aquella risa crepuscular se desprendió un ultraje, como si lo hubiesen desnudado por haberle visto la punta del zapato, como si la rotura de esa punta continuase durante toda su ropa, dejándolo mondo y lirondo en medio de la calle.

El zapato estaba agujereado y por la ranura brotaban sus dedos fríos y pálidos.

El otro niño, que nunca dijo su nombre, porque cuando se lo preguntaban, en vez de decir Pedro, José, Miguel, algo claro y clásico, soltaba un complicadísimo mensaje; el otro niño, pues, parecía limpiarse los dientes riéndose de sus zapatos.

Juancito sintió ganas de escupirle en una herida, en un sitio que le doliera más que la cara. No solamente porque se había reído, sino porque era extraño. No solamente por extraño. Los barcos eran extraños y eran anchos; los cielos eran extraños y eran anchos. Sino porque se creía mejor por su extrañeza, mejor por su distancia.

¿Qué era eso de sentirse a distancia? ¿Acaso las distancias no eran reales? ¿No separaban el potrero con una empalizada de bambú? Un potro era marrón y otro tiraba a negro; una mancha del toro, amarilla; la otra, blanca.

Eran distancias amables, la distancia de que él se llamara Juan, de que su casa fuera la del zócalo rojo, de que su pupitre tuviera un bozo azul porque la tinta se había vertido como un cielo sobre la madera. Límites naturales, maneras de decir: "¿Quién es?" "Gente de paz", respondía uno. Y la distancia sonaba dulcemente: "Pase adelante."

Modos de preguntarle a cualquier cosa: "¿Cómo te llamas?", cuando mucho antes de la pregunta ya la respuesta vivía, y la cosa, cualquiera, estaba derramando su luz, el desvelo de su nombre, bajo los ojos y los astros.

Miró sus zapatos, los mismos que subieron la escalerilla de la iglesia hacia las campanas; o se empinaron ante las alacenas donde blanqueaban huevos, quesos y panes; o corrieron hasta encaramarse en un árbol y quedar colgantes como dos frutos negros, cuando un perro feroz lo perseguía, o un hombre duro, recio y carnal gritaba: "¡Juan!", desde la lengua de su correa salvaje; los mismos que aplastaron animalillos repugnantes o se quedaron a la orilla del río con el cordel suelto y las puntas hacia arriba, mientras Juancito, liviano como el sol, cruzaba el agua.

Los que, después de la noche más fría del año, amanecieron con un caramelo en el fondo, cual si la dulzura del mundo pudiera condensarse —¡al fin!—en un solo gajo.

Emprendió su ruta de todos los días, un empedrado vericueto.

Al final, en la puerta de su casa, su madre se secaba las manos en el delantal con un gesto que a él le parecía siempre de esconder regalos.

Los zapatos cruzaron el zaguán y encontraron un felpudo. Fue en el momento en que no eran sino dos fragmentos de cuero oscuro colocados entre un filo de puerta y una felpa tramada cuando Juancito se percató de sus posibilidades.

Una piedrecilla se coló en la suela, haciéndole cosquillas con un salto de lágrimas. Una brizna, una hormiga subían la colina del empeine y daban la vuelta hasta encontrar la planta. Si los zapatos hubieran estado intactos, ese mundo que asciende desde el limo a las nubes hubiera seguido estallando en otro lado, buscando grifos, aberturas, escapes…

Ahora era suyo.

Caminó con la cabeza en alto.

Se sentó a la mesa y comprendió que aquellos que se olvidaban de la andanza para detenerse ante las servilletas con sonrisa de inválidos, aquellos que comían y bebían de la cintura para arriba, cortados por la mitad con el rasero de una tabla, tenían una vida inconclusa y no se daban cuenta, pues tendían las cabezas más y más adelante, hasta devorar el último mendrugo y quedar en posición de cuadros mal colgados.

Comía Juancito a la ligera, con desgano, porque se estaba nutriendo desde el fondo a través de sus zapatos abiertos, pero sin heridas, y heridos, pero sin sangre.

Con ellos haría todos sus viajes.

Lejos de las carretas que acarreaban las basuras, lejos y cerca, porque los residuos que flotaban en los albañales podían ir con él y él con ellos; lejos y cerca de los papeles esparcidos, de las conchas de las legumbres y las migajas, iban los zapatos rotos, con Juancito encima, remontando las noches tropicales.

Las personas de la casa entraron en sus lechos. Juancito permaneció despierto, vestido aún, viendo los sueños que se levantaban de las camas. Los sueños, los hombres y las mujeres pasando entre sus sueños, arrastrando suspiros y lámpara.

Los rayos de la luna no eran verticales, más bien cóncavos, estacas de bambú donde corría un rumor de luces precipitadas. Colocó el oído sobre aquella vibración continua, ruido de una muchedumbre que viene aproximándose, o del mar que no vemos, pero que se lanza, vocero de otro mundo, sobre una playa lejana.

El rayo de arena o humanidad compacta y el sonido que aumentaba por segundos, pues un tic-tac de tinajeros soltaba todas las campanas.

—¡Es la hora, es la hora! —zumbaban, en el patio, las canales.

Juancito soñó rápidamente:

—Es la hora de irse a acostar.

Ya estaba ante el copete negro y el cromo del ángel. Abajo. En mitad de su lecho, viendo las flechas de aguacero que atravesaban la ventana. Pero arriba otra vez, ¡arriba, aún más, aún más!, cuando, despistando las goteras que plañían cual segundos sonoros en el vacío de las palanganas, se desvistió totalmente, y con un gesto de volver a los surcos, a los surcos que subían desde la sombra al cielo, extrajo sus pies de los confines y se quedó completamente descalzo.

*

El chaparrón largaba su ascendente elegía. Él estaba en la altura, con los tobillos hundidos en un nubarrón que era el acerico de su madre, lleno de puntas de lluvia sobre la rosa del raso. Ahora escuchaba un alarido alegre; luego un largo susurro, verjas que se abrían, sedas que se rasgaban…

Una tos sonó, lúgubre, insensata. Era como si arrastraran los pies sobre el suelo de una cárcel, le obligaran a estudiar para siempre

clavado en un banco o le negaran el gofio, la dulzura del amanecer y el aguinaldo.

Quiso gritar, gritar sollozos, bañar de sollozos el seco graznido insondable. Pero estaba mudo, sólo tenía ojos y vio… una tos con forma humana, una espalda cubierta de desdén por el prójimo, cargada de rencores y desastres; un cuerpo que renqueaba, el palo de un cojo macabro.

No quedó sino un ruido chocante. Los perros, ¿le ladraban a la luna?

Una tos sin fosforescencias, sin luciérnagas. Normal, monótona, sedentaria. ¡Un catarro!

Y la sensación del paraíso perdido, de un paraíso que, aun perdiéndose, era triunfal porque pudo haberse soñado.

—El sueño… ¡el sueño! —clamaba la voz de Juancito.

En un trueno largo, mantenido, las cosas que habían encendido y revestido los sueños, fueron mostrando sus ocultas caras.

—¡Mira! Yo tengo una nariz que tú no me conociste…

—¡Fíjate! Yo tengo una verruga negra en el sitio más suave de la espalda.

—¡Atiende, observa, fíjate bien!…

Veía un enjambre de acentos puestos donde justamente tenía un defecto o una falla. No era que las cosas le demostraran su fealdad de una manera sencilla. Para reprocharle su olvido, remarcaban sus aspectos más insulsos, hacían hierro candente de sus insignificancias.

—Todos tenemos algo duro y horrible sobre lo que tendiste una venda de luz, una ilusión como una máscara.

Cada cosa se individualizaba, cobraba su personalidad de un modo hosco y excesivo.

—Es inadmisible que hayas pensado eso de mí —decía una caja.

—Tú eras un ataúd de cristal —clamaba Juancito—; un ataúd donde el último sueño puede dormirse con la mano tranquila sobre el pecho y una corona de rosas blancas.

—¿Qué sabes tú de la muerte? —aullaba un nardo.

—Vi a una niña muerta, vestida de azul, tendida en su estuche, como una turquesa pálida.

—¡Pero no le miraste los pies!… —respondió la flor rabiosamente, como si la iracundia pudiese caber en unos pétalos de nácar.

—¡Ah, los pies de los muertos —descubría Juancito— tiesos y en forma de invertida pirámide!

—Pero ese pie —y se defendía—, ¿acaso no da un gran salto?

—¡No entra en razón! —vociferaban en derredor—. Los muertos no son equilibristas. ¡Qué gracia! Un murciélago de sombrilla ¡y el muerto baila en el alambre!

La muerte, esa vieja virgen, esa vieja beata, se paraba, sin moverse, junto a su cama. Esa muerte que no padecía ni se resentía nunca, y ante la que él, queriendo donarle una pizca de vida, había formulado muchas veces la misma pregunta; ¿es que sufre algo cuando nos mata?; esa muerte que no se parecía al ogro del cuento sino a la esfinge del tomo de historia, se detenía bajo la lluvia sin calarse hasta el hueso porque era una mujer con piel de metálico impermeable.

Debió haber hecho un gesto irresistible para agitar las huestes de su rancio cortejo. Éste se puso en movimiento y mezclaba los pompones de las carrozas fúnebres con un brillo viscoso y feroz, como si las carrozas se transformasen en desfile lustroso de lentas cucarachas.

Juancito se tapó los oídos y le dijo a un gran sueño que había tenido y mantenido como a un fuego sagrado:

—¡Tú eras mi dios! Tú no tienes derechos a…

—¿A qué?… —gritó su dios—. ¿A ser humano?

—¡Vamos, vamos! —contestó el coro—. ¡Qué estupidez!

—Espera —dijo el dios, y aún avanzó como una gran luz, de tal forma que Juancito abrió los ojos y le devolvió sus manos.

—¡Espera!…

El dios sorbió con minuciosidad, ya dispuesto a decir una frase pedante.

Juancito volvió a taparse la cara.

—Dios no tiene detalles —dijo la otra voz—. Los mejores también cometimos el pecado de parecernos a Dios, semejanza que nos costó petrificarnos como estatuas. Yo te devuelvo mi túnica de esperma…

Juancito chilló:

—¡Vete al diablo!

—El diablo lo has inventado tú. La maldad más fiel y consecuente consigo mismo no es más que una pesadilla parecida a tu sueño. ¡Sí, un imaginado pero alimentado y socorrido fantasma!

La solución, ¿residía en no torcer, deformar ni precipitar nada? Mas si él, Juancito, no removía el mundo, no fomentaba nuevos mundos, las cosas, cada una por su lado, cada una con su nombre, se volverían anárquicas. Pues habitar el mundo no era solamente vegetar, comer lo que nos dejan y echarnos a dormir sobre la herencia de la almohada.

Parecía que la muerte le dijese:

—Duerme… No sueñes nada…

Y Dios:

—Acepta siempre… No añadas.

Las cosas:

—Somos así.

Hasta la vida:

—No inventes… ¡Basta!…

—¡Yo soy un niño! —se rebelaba Juancito.

—Los niños son los minutos del reloj.

—¡Mentira! Los niños somos la eternidad.

—Los mayores son las horas, las campanadas.

—¡Serán los mayores! Yo soy un niño.

—La recua marcha al pasto. Los potrillos viven o mueren de sed y de hambre sin una sola blasfemia, más aún, sin protesta. No hay como marchar; no hay cosa mejor que un rebaño… Yo santifico la ignorancia.

—Eso serán las recuas o los potrillos, pero yo soy un niño. ¡Mírame, soy un niño!…

—Descansa en paz… —agregaron solemnemente.

—¡Ah, no! —exclamó Juancito, como presintiendo el futuro y de una manera subterránea—. ¡Yo sembraré mi estrella en todas partes! Yo seré como un lujo, como enorme y febril exuberancia… Más allá de la necesidad de la yerba sumisa y el hocico primario, yo crearé un mundo nuevo, con su cielo colmado de estrellas, y haré que el hombre sienta mi nuevo reino como una carne doble y necesaria. Que donde haya una greña de musgo, él exija un perfume; que donde haya un surtidor batiendo, él reclame una copa de esmalte, y que donde el cuerpo caiga en la noche en busca del látigo gemelo

que lo sacuda y someta en tristísimo espasmo, haya una vara en floración, un bejuco verdeante, una caricia que se anteponga al golpe, un rapto que dilate la caída, ¡sí!, una víspera…, crear una víspera, para que la puerta, abriéndose, sólo nos señale un palacio… Hasta donde cohabitan las carroñas y hierven los gusanos, yo acudiré con mi delgado aliento, dispersaré las negras pestilencias y otra vez habrá nacido un pecho puro y habrá nacido el aire.



"COUGNANTAISECOUIMA"

Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.
Alejandro de Humboldt. Tomo IV, pág. 259.



Los términos se invirtieron totalmente. Esas puntas o asilos donde terminan las frases, donde se encuentra después de muchas búsquedas una especie de isla feliz, existían aún, pero en cualquier parte.

Cada mundo, cada paisaje poseía una movilidad instintiva, una capacidad de situación libérrima.

Las distancias de las personas que decían por ejemplo: "yo estoy en la calle; tú no has salido de la casa" no morían, sin embargo. Vivían con el poder de la ilusión, convencionalismo, ritual o estilo para que los hombres se reconocieran y se trataran.

Así, pues, el hontanar cotidiano, cada biografía suspendida de su reloj casero, cada "yo soy, tú eres, él es" con su escolta de adjetivos constantes, tenía más fuerza y poder que antes, porque había pasado al plano de la creación, casi a un sitio de libre inventiva, igual que si estuviésemos inventando nuestros gustos a medida que los afirmamos, lo mismo que si el hecho de expresar "voy a emprender viaje" significase un sueño arrollador, porque el viaje hacia todo estaba emprendido desde siempre, desde que hubo un trasatlántico, un tren de juguete, una paloma mensajera, un lenguaje.

Si las costumbres no fuesen ya una verdadera acción poética, viviente y constructora, ¿con qué ánimo podría levantarse la vivienda,

dibujársele el fogón, tejérsele el techo de palma? ¿Para qué servirían esos anhelos, si, a fin de cuentas, comprenderíamos que son inútiles diferencias o egoísmos con los cuales retamos a una uniformidad unitaria?

Es que el sentido de unidad también había cambiado; no existía una unión en el cielo, una esfera mejor frente a nosotros, miembros partidos de un gran cuerpo genérico, o añicos de un inmensa redoma lejana.

Ese tipo de unión uniforme, concebida como el reino que falta, o esa suerte de unión a la fuerza que cercena las rosas, los perfiles y los bastidores de cáñamo, nunca se había dado gráficamente, nadie la vio crecer donde se alzan los lirios a la orilla de las cañadas, o allá, donde el humo se arroja, con un olor de lares escondidos, hacia la humareda carnal de las montañas.

Eso había sido otro invento, otra costumbre inventada. Un manuscrito legado por los siglos: unidad abstracta.

Las abstracciones estaban ahora en la tierra, descendían a los campos, y cada hombre o cada mujer, cruzando los cañaverales, se unían a su frescura natural y nativa, se unían perfectamente si eran limpios, si pasaban un pedazo de grasa pulcra sobre el rostro lunar de los budares.

No éramos víctimas de una curva sino la curva misma: las rojas, las verdes y azules rayas. Éramos la tierra y el cielo unidos en un abrazo matinal sobre un lecho de hojas secas y de helechos mojados.

La raya del helecho, con puntas verdes, abstracta; la línea de un río, dispuesta al baño de los cuerpos, también abstracta. Y lo de arriba, lo ausente, la abstracción remota: Dios, estrellas, nubecillas, infierno, nebulosas, cataclismos… ¡concreto, bien concreto, como el pan sobre la mesa, el vaso que sale de su orfandad en busca del chorro y se llena de agua!

Esa unidad se veía en las noches musgosas hechas de felpa y salpicaduras cárdenas, en las que uno podía deslizarse como sobre un macizo renovado de siemprevivas que licuaban sus borras en los secantes del alba; en el día, cuando todo empezaba a cobrar consistencia y relieve y las cosas vivían, con su colorido distinto, su sabor diferente y su perfume íntimo y huraño.

Pongamos por caso la enfermedad de Juancito. Era un hecho, pero sin límites. Podía ser verdad que se había quedado en el lecho,

que una reciente posibilidad llamada fiebre cebaba en él su joven embriaguez, aunque también cabía que fuese cierto que Juancito estuviese dispuesto a no permanecer más tiempo en su casa. O que su casa fuese mucho más grande.

Después, el suceso inmediato y pueril fue que una persona, seguramente una mujer, sintió que la temperatura fría de diciembre se trocaba en cálida y se despojó del *jersey* verde para salir al patio.

El *jersey* quedó donde lo puso, en el respaldo de la silla que miraba frente a la cama.

Juancito ¡tenía tanta sed! No la aquietaron siete vasos de agua ni la bolsa de hielo sobre las sienes, pues parecía una boina ridícula.

Se levantó y se metió en el *jersey* y, estando dentro de la urdimbre, oyó que todos salían de la casa. Quedaba, rechinando en el aire, el salto del arrendajo, desde una tablita a otra de la jaula.

Ahora hacía fresco. Un vientecillo sano y sutil movía la copa de los árboles. Los contempló nítidamente. Apenas unos arbustos, con un tronco gordezuelo y brillante, casi de seda, y una explosión de hojas del color del mar cuando forma remanso.

La arboleda se extendía copiosamente en un jugo vertido y los ramajes besaban la tierra con un candor extraño, con un beso ilusorio e irreal que se acercaba al terrón oscuro, pero que, en el último momento, se arrepentía de su impulso y permanecía suspendido, prieto de emoción, en el aire.

Era como un huertecillo. Juancito percibía gallineros por allí cerca, un quiquiriquí familiar, pero tan puro que atravesaba la sombra de las hojas con el filo mortal de un diamante.

Ese campo que semejaba revelar sus secretos, apartar musicalmente su vegetación con las manos del aire, como descorriendo un mosquitero de tul, era todavía un hogar.

Aquí se podía estar en casa, apelotonar la tierra como al pan y partir el sembradío como a una torta, en tajadas iguales. “Toma tu parte” le dirían y le tocaría una ración parduzca, con varias franjas de crema vegetal y una florecita roja encima de las capas.

Aunque todo ello se amasara, partiera y comiera, seguía siendo ingenuo, candoroso, como si por minutos reinventara y renovara su fragilidad envolvente y reapareciese virginal, vidriado y manso.

El paisaje se fue ensombreciendo. El campo se extendía en laberintos ocres, en abismos en los que sólo quedaban unos yerbajos.

Una ráfaga dulzona se iba perdiendo a través de los sembrados remotos; una emanación que salía, duende, de las torrecillas ojivales del papelón, envolviendo los muros de las casonas, donde los trapiches oficiaban su labor cotidiana de dulzura cual si fuesen mujeres o madres que quisieran lavar las luchas de los hombres en un río de azúcar y devolver cada sombra transformada en un pozo de miel.

La tiniebla puso de pie frente a Juancito un gran pliegue enigmático. Miles de pliegues nudosos fueron entretejiéndose hasta formar una arruga que confundía por todas partes. Como si lo que estuviese suspendido fuese un peplo, el peplo de una túnica, la túnica de una estatua de mármol. La estatua dormía en el fondo de la tierra después del incendio y el diluvio; la túnica había conservado el peplo ante el agua y el fuego, y éste continuaba sus frunces con cada nueva herida, como un inmenso harapo.

Se prolongaba en los más lejanos contornos donde los troncos alzaban sus columnas y los ídolos anónimos dormían bajo el suelo, bajo cien gradas, cual un pueblecillo de muñecos esperando que los niños surgieran de nuevo, los niños iguales a los primeros hombres, y jugasen a Dios entre las cuevas y las cataratas.

A cada línea arquitectónica le salían cien brazos, camino que se detenía para bifurcarse en un afluente, en una senda izquierda o derecha donde crecía el matorral continuo en mil vellos crispados.

Juancito pensaba en el esqueleto de una gran pluma, en lo que había sido una gran pluma antes de que la materia espumosa la apañara en su oleaje. Una vara recta que se dobló, pues en su punta se combó una ola o se posó una mano; una varilla que se llenó de búsquedas, de salientes, de garfios. Fue cuando vino el mar y la cubrió con algo más leve que la piel, con un plumón festivo que le permitió volar sobre la tierra y descender al diámetro de un corral, esperando la tinta, la escritura, el lenguaje. Ahora nadie podía tener valor para pensar que un ave fantástica, que una gallina azul de las que dejan sus huevos bajo las hojas secas, de esas gallinas grisáceas que amotinan sus cielos enanos, era la que se cernía sobre la atmósfera y podía dejar el vellón celeste como posible maraña.

Porque aquello era tan grande y tan cerrado en su libertad de ser más grande que se miraba como a un mundo hirsuto y esquivo, incapaz de creer en las criaturas minúsculas que, iguales a Juancito,

temblaban ante lo que, por magnitud, debía ser un regazo y resultaba un enorme, rico e inagotable desamparo.

El hombre estaba fuera, el niño estaba fuera y atravesaba la soledad con la gota del manantial, con la semilla desprendida del fruto, sin posibilidad de entablar diálogo. Fuera y dentro. No podía escapar.

Juancito andaba y su movimiento era una estadía inmóvil que no cruzaba espacio. No discernía si la liana que se le enredaba al cuello tenía voz, si era una zarza o un araguato.

Olía a la cortina vieja que arrancaron de la ventana de su cuarto, a humedad, a moho de siglos, a limbo liberado, a sangre…

También la mata de cambur le olió a sangre cuando el hacha partió el arbusto y esa caperuza vinosa que adorna el cráneo vegetal del cambur se vino al suelo en una lengua lastimosa y áspera.

Siempre que alguien encontró alivio de sol y alimento reunidos en unidad, volvió los ojos a la copa y denominó aquello árbol.

El árbol ya no existía. Arboleda era una denominación insignificante.

Morirían las plantas y las bestias sin un minuto de rebeldía, y la muerte era un perfume tenaz, agotador y repugnante.

Se llevó el pañuelo a la nariz y pensó en una mortaja. Descubriéndose, sintió sed. La sed vivía con una vida inútil y sin causa.

Todo estaba tapiado, recubierto por bozal de hojarasca.

Se volvió. Acababan de encender un fósforo. Un murmullo opaco, intermitente. En cada rincón comenzaba una quema o se secaba un labio. Aleteaban sombras confusas y escuchaba su raro rumor, lluvia de agua estancada.

Bajaba la cabeza, eludía el golpe sordo que lanzaba un destello. La tiniebla no se conformaba con tirar borlas y virutas. Volaba, y sedienta también, como si la sed de Juancito se hubiese agrandado y fuese la búsqueda de un conjunto de picos, de cenizas.

Quiso huir. Una raíz, un verdugo, lo apresó entre sus garras. Y como sobre el último tallo de donde podía surgir una flor, una aurora, la tiniebla saltó sobre su garganta. No gritó. Esperaba una puñalada y recibió un alfilerazo.

Después le olió nuevamente a sangre. Varias gotas corrían por su pecho. Muerto de sed, las apuró de un solo trago.

La tiniebla abandonó su ronda de murciélagos y brillaba en satén sinuoso y flexible, con un susurro de pieles y mandíbulas que se ajan al compás del olfato.

Trepó rápidamente, no supo bien por dónde. La fiera, sombría y saturnal, ondulaba a su espalda.

Temblaba, acurrucado en lo más alto.

Siempre que alguien buscó un amigo inmediato, pudo palpar un hocico húmedo y jadeante. Pero el perro ya no existía. Mucho menos que el árbol. Porque el perro había sido localizado desde hacía mucho tiempo, desde que un hombre se cansó de otro hombre y encontró un compañero distinto, un ladrido que le aguardó durante siglos, echado en el silencio, lo mismo que un recuerdo de infancia.

Lo viviente era un animal oscuro, sin tradición ni alianza; avanzaba como la muerte, cuando menos se la espera y por detrás, un futuro con disfraz de antigüedad y de pasado; por detrás, igual que un despertar; por detrás y sin ser patrimonio ni hábito.

Cabía llamarle pantera si la sombra lo recubría totalmente, o quizás tigre. ¿Qué era un tigre? Esa misma sombra cansada de su totalidad, dejando algunos claros para saltar en un puñado de mosaicos. ¡Saltaba! Juancito saltó también, creyendo correr vertiginosamente entre asustados pájaros. Al detenerse, las hojas temblaban en torno suyo, presas en la huella del salto.

Manaba un sudor de hielo que quería beberse a grandes sorbos porque aún estaba muerto de sed y de cansancio, y en el mismo punto. No había principio ni fin. La fuerza crecía, dueña de su albedrío. Nada que oscureciese el paso. Realmente ajena y de nadie, sola y terriblemente vital, realizándose y desahogándose hasta sus últimos alcances, hasta el capricho. Antojo cruel, artificio lento, firme, solitario.

No era que lo persiguiesen expresamente a él. Rodó como un elemento más, entre boñigas y hojas putrefactas. Mas podía morir súbitamente, flotar, leve bola grasienta, entre las lombrices y las larvas.

Quería nombrarse, localizarse, no morir sin ordenar su testamento de amor, sin tener un derecho de adiós y última dádiva. Quizás un eco gritara: ¡Juancito! y ese sonido correría indistintamente entre los aullidos y las cascadas.

Antes de que exclamara ¡Juancito!, se rieron en lo alto.

Se soltaban las trenzas desde arriba, desde brujas que aguardaban en el follaje con perfiles de pájaros.

¿Eran los monos, las serpientes, mujeres no nacidas, lluvias apretadas en el arco iris de los guacamayos?

Hundió la cara entre las manos; su cara comenzaba con un rasguño en el cuello y terminaba con una gorda lágrima. Se la bebió también. Se arrastró sobre una costra llena de salpicaduras, de ronchas, de sábanas sonoras y de ululantes fardos.

Había sido apresado, pinchado, agotado. Era un huérfano, semejante a las criaturas restantes, con la diferencia de que ellas levantaban madrigueras y nidos, algo que todavía podía llamarse piedad, contacto.

¿Y él? ¿Y su cuarto? ¿Dónde estaba su cuarto? ¿Era él una sombra febril, emparedada, golpeando otras sombras, otros muros untados con ungüento y con llanto? ¿Era una pechuga caliente y plañidera bajo una gruesa cataplasma? Su cuarto, ¡su cuarto pleno de residuos, de frascos, de pócimas, de inyecciones azules, de aparatos cortantes!

Entre las frondas se dibujó una techumbre. ¿Un rancho?

Habría una silla de vaqueta donde estirar las piernas, una palangana donde lavarse, un sembrado goloso de repollo y tomate, y una vaca prieta de leche tibia y simple que se vertería desde las ubres rosadas como la flor del plátano.

Ante sus ojos, fuera de las órbitas, creyó descubrir la choza donde, por la noche, encendían una vela humilde, la estrella de la inocencia reverberando sobre el campo.

Era un hongo. Nada más. O, sobre todo, ¡un hongo! Ampuloso, insolente, de su mismo tamaño. La parte superior extendida en un gran sombrero de fieltro sucio y el cuello ancho, costroso y lascivo. La cabeza de la gula, ni más ni menos; el hisopo avaro que se engulle hasta las migajas.

Juancito atajó un sollozo. Por primera vez en su vida amamantada, acunada, vestida y colocada en la calle, sintió la necesidad de establecer un pecho, de afincar una barca en mitad del océano, de gritar ¡madre!, ¡madre!

En torno proseguía la intención, casi la alevosía, un rodeo mórbido y sutil que se tildaba de ignorancia, un dominio que se decía

selva, un estilo tan profundo que se desconocía para producir esa impresión de fecundidad, plenitud, alarido espontáneo.

Una fuerza sin tiempo.

Mas quien se libera totalmente se hace arbitrario y ataca.

Siempre, siempre, siempre, rezaban los relojes y los termómetros de los mordiscos y las uñas rasgando.

Las arañas movían sus tentáculos, su agonía de círculos concéntricos, en un coito de muerte, en un último espasmo, hasta alcanzar el ejército de hormigas que podía devorar a un niño y conducir el esqueleto en una marcha fúnebre, sobre su lento y negro carromato.

Juancito pataleó, se gibó como un gato. Notó que su tez era felpa, su lamento, chillido, su andar, curva de saurio.

Las serpientes se arrollaron a su paso en largos metros de petates y sudarios. Los viejos pliegues crecían y bajaban en gimientes andrajos.

Una fuerza sin tiempo.

Se abría una boca con todos los pliegues dentro, con todas las arrugas, con los colmillos de la sed y el hambre.

Una osamenta cubierta de crines se incorporaba torpemente, pues no poseía la elasticidad que otorga la costumbre y era un inmenso balbuceo bárbaro.

¿El agua?

¡La estatua, el ídolo eterno, el esqueleto de una gran pluma, el fémur que había roído la sombra, el dinosauro!

Tales eran las proporciones que, por un caso de extravío o por un deseo de descanso, Juancito entregó su endeble humanidad a aquel monstruoso paladar atávico.

*

El primer día del mundo.

He aquí que existen las olas; he aquí que el mar recibe su contorno, que la tierra despliega su alfombra, que los ángeles cuelgan entre cornisas de nubes, las ventanas de las montañas.

He aquí que una entraña, la primera del mundo, se revuelve en súbita náusea; he aquí que el primer volcán, la primera fiebre del mundo, el primer dinosauro derrama sobre el pantano un borbotón de lava, un montón de humo, de arcilla.

El tiempo volvió a existir; el tiempo, ardua y espantosa nostalgia.

Juancito se quejó como un cachorro triste. Una energía removió sus arterias, un calor comenzando en horizonte abierto, lleno de nubes, comadrejas, cielos, gallináceas… Una calentura que decía su nombre, que lo gritaba a los cuatro vientos: ¡Juancito!… ¡Juancito!… ¡Juancitooo!… resucitando las temperaturas, los matices, el escalofrío de la llovizna, aventando el anafe del trópico. Un yo ardiente, ¡un yo único, suyo!

Se restregó los ojos, estiró los brazos, reconoció su torso echado sobre unas piedras, cementerio de dientes y engranajes que no rolan más, que lo dejaban libre, a él, un niño que bebió llanto y sangre.

Estaba completo, desde la cabeza a los pies, Juancito, un idolillo sobre piedras.

¿El dinosauro?

Sonrió.

Juguete sin asideros que los niños olvidaron en mitad de la selva y que aumentó de peso y dimensión a medida que aumentó la distancia.

Una mujer volvió a reír en la sombra con un propósito latente.

Juancito se puso en pie, anduvo hacia la risa, de frente, y rió, salvaje, fresco, cortante.

Cada pisada, hundiéndose en la tierra, levantaba una máscara.

Se reían los pliegues, los colmillos, las dentaduras de los ogros, las listas y las rayas.

Juancito rió durante cinco minutos de su tiempo.

Cruzó un recto camino, espantando los dominós, los vampiros y los payasos que reían con la mujer a sus anchas.

Se paró en un claro del bosque donde una mano invisible soltó un puñado de papelillos, una barahúnda de insectos, una mariposa blanca, dorada, que revoloteó, multicolor, con toda su comparsa.

Entonces rió un vez más. La otra risa se paró. Juancito reía, reía, apurando la llegada del agua… Reía, reía, se arrancaba la ropa con su euforia, se despeinaba con su triunfo.

La otra risa sonó levemente, temerosa, prudente, acongojada, Juancito reía, bebiéndose su risa, saturado, mojado, emparamado y harto.

He aquí que se desencadenaron las lluvias.

Llovía su risa como la trompeta final y oceánica. La otra se fue convirtiendo en el eco de la suya, se tornaba perpleja, asequible, acogedora y franca.

Juancito se volvió y la vio de frente.

Ella había salido del cascarón, llena de colores, de píos, risueña y empavesada.

Una mujer. ¿Su madre?

Una muchacha que se detuvo ante Juancito, diciéndole:

—Dame mi abrigo.

Juancito salió como una mariposa del gusano. La muchacha se alejó, verde, fantasmal, crisálida.

*

Ahora, que estaba solo, lo sabía.

Las realidades eran un instinto brioso que se colaba, invisible, por las caparazones de los objetos y a través de la costra sensorial de su carne. Así se las vivía mejor, por ráfagas, en esenciales relámpagos.

La selva era suya, la dominaba sin domesticarla, y él era muy vasto. Parecía que ella le hubiese regalado su gigantesca estatura y que reposaba sobre su corazón, convertida en intimidad y entraña. La había transformado, mejor dicho, juntos habían creado algo que tomó la potencia del uno y la ternura del otro, la energía y el cauce, para establecerse en la luz con el júbilo de las gotas que, viniendo de lugares diferentes, desembocan en el gran río padre.

Juancito meditaba: el río.

El río, debajo de la cama.

O a dos cuadras de su lecho el riacho de su pueblo, vidrioso y con baba, lo mismo que los frutos del caujaro. La greda de su fondo se utilizaba para fabricar cacharros. Una vajilla de greda, quemada por el sol, servía los camarones sobre la mesa de un guijarro.

Su madre entró en el cuarto con una bandeja. Le ofreció un caldo verdoso, lleno de yerbas como el riacho, mientras su cabello pendía en torno, húmedo y oscuro, helecho recién regado.

Cerrando la puerta, desapareció rápidamente. La greda de su cuerpo se desmoronaba de un golpe para volver al fondo del río con su plato y su taza color de fango.

Él quedaba, como ayer, alfarero, en las desiertas márgenes.

Se tumbó, ardiente, en las frías almohadas. Cerró los ojos. Un estrépito de cacerolas caídas. Gritos, nuevas cosas cayendo. Juancito se tapó los oídos. Zumbaban. Ruido lento, sordo, monótono… ¡El río!

Cuando volvió a abrir los ojos, todo perdió la fluidez, el aire estaba seco y la humedad, en lo alto del muro, reducida a una mancha.

Otra vez solo y sin río. ¿Realmente solo?

El Hombre estaba a su lado desde que se verificó el cambio de las cosas, desde que la luz y las formas recibieron un raro movimiento.

¿Era aquello un hombre, un hombre de carne y hueso? Él, o eso, lo empujó suavemente hasta que penetró en la selva. Él, o eso, a quien Juancito no acertaba a situar o nombrar, lo lanzó al porvenir con el único propósito de hacerlo firme y fuerte.

Alguien, o algo, monumental y horizontal, positivo, generoso y abierto.

Lo había visto una sola vez. Salía del corredor, hacia la puerta de la calle, y en un vistazo que echó a la sala, lo vio claramente. Se hallaba en el rincón derecho, sentado en una silla de mimbre.

Tenía un aspecto tan antiguo, sonreía con un fulgor tan señorial y caballeresco, que Juancito tuvo que invertir los planos y lo contempló sentado en un sillón de peluche rojo, mientras en la pared, allí donde colgaba el cromo, distinguió una miniatura coloreada con los pinceles del crepúsculo. A pesar de ser tan fino, el Hombre no era enclenque. Robusto, de salud y plenitud, lucía pechera blanca de la que pendía un prendedor reluciente, sin que ello impidiera suponer que la tela sensible, amasada en salones y en empolvados gabinetes, podía recibir las salpicaduras del fango, afrontar ríos y las multitudes de insectos, pararse, con su roca, contra las furias desatadas de la lluvia y el viento. El Hombre lo miró. A Juancito le bastó la penetración instantánea de las pupilas para sentir que entre ambos se producía un memorable encuentro.

Desde entonces Juancito se sintió libre, y además emprendedor, y lo que le rodeó desde aquel instante fue la preparación de un desconocido proceso. Las paredes, las cortinas, las matas y los muebles fueron suavizando sus contornos y entraron como criaturas dóciles a la gran empresa que iba creciendo en bifurcaciones extrañas, pero

jubilosas, en horizontes que no descifraba, pero que le resultaban acogedores y benignos porque olían al Hombre macizo y noble, al Hombre que había perdido su figura y se proyectaba en la atmósfera como una actividad imponderable y perfecta.

No lo volvió a ver más. No hacía falta. El Hombre se convirtió en una voluntad creadora, y podía descubrirlo hasta en el ademán más cotidiano, o más que descubrirlo, saber que estaba allí, apurando los preparativos, dirigiendo el futuro, constante, real y descubierto.

Era como si le hubiese dado la mano, fina como una paloma, pero volandera y ardiente.

Es cierto que decían estaba enfermo. Pero sonreía íntimamente porque sabía que su postura vertical y rígida contenía un secreto.

El mundo le pertenecía, el mundo que estuvo desligado de su cuerpo, que había vivido solo, externamente, se le incorporaba lentamente; un mundo parecido al Hombre, desconocido y familiar, que contaba con su forma, que le exigía un esfuerzo; un mundo que, de repente, ponía rigor en las cosas, una suerte de autoridad necesaria y profunda que Juancito recibía y recobraba arrolladoramente.

Tan fuerte fue la unión, o ambos latían tan al unísono, que cualquier emoción que le cosquilleaba en el cuello, planeaba inmediatamente a su alrededor. Cada pedazo de percal o fragmento de vidrio se encogía en un nudo sentimental, en un buche de lágrimas a punto de soltarse de la pared, de la mesa, el petate, hasta formar el río, así, en cualquier momento.

¿Por qué, ahora, se le escapaba? ¿Por qué una laxitud incontrolable le adormecía los miembros?

¡Bah, las ficciones, los hombres que se nos convierten en genios!

—Mira —dijo el Hombre que, repentinamente, se sentó a los pies de la cama—. Te voy a demostrar que no todos somos iguales.

Lo veía por segunda vez y no tenía mayor interés en detallar su semblante. Sabía que su cara era serena y sana. En cuanto a su cuerpo, tan sufrido y robusto como el tronco de un árbol milenario. Sí, podía tener mil años. Su sonrisa no dependía de una reacción placentera y fugaz, el suyo no era un gozo momentáneo. Sonreía viniendo de una alegría eterna, que está más allá de las personas y su desaparición, en el bullicio de los ríos, el susurro de los vientos y el silencio de las playas.

Y ahora, apareciéndose y sentándose en su cama, le hacía una concesión muy especial, le hacía una jugarreta a la eternidad, y por eso estaba más allá de su propia presencia, un poco jovial, riéndose de su silueta misma, como quien se mira al fondo de un espejo empañado.

Juancito no tenía miedo. Pero tampoco se hubiese atrevido a extender la mano. No era necesario. El hecho de que el Hombre estuviese allí ya era un inmenso contacto.

Además, le daba la fuerza de su voz.

—Mira, fíjate bien lo que guardo en mi mano.

Extendió la izquierda, con la palma abierta, en la que brillaba un objeto multicolor y minúsculo.

Juancito se rodó lentamente en la cama y miró bien. Era una cosita con alas. Y antes de que preguntase ¿qué es?

—*Calospiza chilensis* —dijo el Hombre, como si dijese abracadabra.

Juancito no pudo añadir ni inquirir nada, porque el pequeño objeto, que resultó un insecto, se transformó en pájaro y salió volando por la habitación con tal poderío de sus colores que la tornasolaba.

Dentro de un arco-iris, con la cara verde, las manos amarillas y el torso morado, Juancito se volvió al Hombre que se situaba de perfil, siempre risueño, contemplando las cabriolas del ave, asintiendo ante cada chispa de fuego que prodigaban sus pequeños saltos.

Se le acercó sin ánimo de tocarlo. Observó sus ropas desvaídas, su chaquetón antiguo que debía ser de terciopelo, pero que a él le resultaba de musgo, y la gran pechera como una de esas nubes bajas que rielan sobre el campo.

Las descargas luminosas del pájaro los envolvían en una atmósfera circense, en un clima de feria, como si el Hombre estuviese sentado bajo unos farolillos japoneses, en una silla de pintada cerámica.

El chaquetón del Hombre, a medida que el volátil brincaba, se llenaba de gusanos de luz, y con un gesto de su brazo que desprendió un vaho de naftalina y un ligero relámpago, el Hombre hundió la mano en el bolsillo y soltó al aire una docena de insectos, un cúmulo de mariposas, cocuyos, nuevos pájaros de los que iba diciendo los nombres, en alegres conjuros, y aventando las plumas que fluían en dichosas bandadas.

—*Compsocoma flavinucha* —decía el Hombre—. *Chlorophonia frontalis… Calospiza gyrola…*

Los pájaros se reían de las denominaciones, y uno de ellos, con el plumaje muy peinado y muy pardo, llevaba una brizna seca en el pico rojo, y aún se balanceaba, gorgoreando, como si la promesa del nido le significase mucho más que la estabilidad de un nombre en un reino donde los libros estaban escritos sobre el papel de las piedras y con la pluma de las zancudas o los patos, mojada en tinta de savia.

Juancito reía también y su risa impregnaba la atmósfera de humedad y frescura selvática. Repetía silenciosamente lo que decía el hombre, atento a cada jeroglífico que se desparramaba en gota de cristal.

Fue cuando el Hombre, pleno y vital, en medio de la euforia, con una pierna en cada orilla, estalló en gigantesca carcajada. El río, ¡el río! culebreó, onduló sin cesar, cuchicheante, espasmódico, bajo el empellón de la gran risa.

*

Como si hubiesen lanzado un pedrusco a las ondas, el río formó discos continuos, y cada disco se engarzaba en el borde a otras piedras frágiles y centelleantes. Era el resplandor, esa claridad del agua cuando le pega el sol de lleno que chisporrotea de una manera tímida y febril, con el temor de que haya alguien con tan finos dedos que sea capaz de levantarla del agua y alzarla sobre los hombros que soñaron, al paso de los dioses, los reyes y los poetas, con dejarla caer en sus espaldas.

Esa luz que está por encima del manantial, con un hormigueo de candilejas y lámparas, lo mismo que si hubiesen vuelto el conmutador desde el fondo y sólo la superficie se cuajara y constelara con las mil bombillas de un baile.

Extendió Juancito la mano para tocarla y encontró un periódico. Hizo un barco de papel. Las letras desaparecieron. ¿Era la envoltura del pan o una página del cuaderno? Quedó un barquito blanco.

Percibía que el Hombre había dado la señal de partida, que las cosas domésticas y rutinarias se quedaban atrás en un origen o una base.

Mordiendo el último emparedado casero, sorbiendo el trago final de café con leche en el umbral de la despedida, creía cometer una traición con las cosas, porque ese alimento y esa bebida les pertenecían por entero, formaban parte de ellas mismas, del aparador, del mantel, de la paila, y él se aprovechaba de sus recursos no para enaltecerlas, sino para abandonarlas. El sorbo y el bocado se le amargaron, se le atragantaron, haciéndole un nudo en la garganta. Los dejó violentamente, y vio el mendrugo y el fondo del líquido en el pocillo con una sensación de amor y de náusea. Porque estas cosas estaban tan vivas como él y las trataba como si estuviesen muertas, como si sólo fuesen acreedoras a los recuerdos y no a los actos.

Las veía intensamente, las descubría con pasión, prometiéndoles que jamás las olvidaría. Sería una forma de compensación, de continuidad y de confianza.

Las miraba y creía no haberlas visto nunca, porque ya no eran monótonas. ¡Cómo tendían sus redes y pesaban sus lazos!

Las dejaba con angustia, queriendo sintetizarlas en un resumen íntimo, en una fórmula sentimental, para poder llevárselas y para que en el sitio más lejano, donde hay frío y no encontramos regazo, o donde hay calor y no hallamos sombra, allí donde no habitan el delantal, ni el hogar, ni el chal con flecos, ni la madre, se pudiese revivirlas con un gesto esotérico, de una manera gráfica. Decir, mientras el viento hincha las velas y agita el mástil, o la noche pesa sobre el río y no hay sino techumbre de lona parda; decir: "Aquí está mi habitación en paz, la ropa en el ángulo, inmóvil, tersa, colgando del clavo; el destello verde de la lámpara…" Y al irrumpir la tempestad: "Aquí está solamente la lluvia que llena los cubos y los cántaros."

Lo curioso es que, si pensaba que era mejor quedarse, ellas tornaban a su pasividad y a su inanimada circunstancia.

—¡Si las viese siempre así, yo me quedaría! Tan rebeldes y tan inconformes cuando digo que me voy… Pero si me quedo…, mañana será distinto. No harán nada por conquistarme.

El estómago se le contraía. Si se levantaba, la cama era hermosa; si se recostaba, vacua.

Sudaba copiosamente, se limpiaba la frente con las sábanas. Se acurrucó entre ellas. Sólo sentía su tela y no su protección.

Una tira de sol iluminó las ropas.

—Si me quedo, mañana, a esta misma hora y en esta misma posición, el sol brillará así… Si me voy, esta lista de oro no encontrará a nadie.

El sol no lo calentaba. Estaba yerto, frío, muerto de frío, aunque seguía sudando.

Lo mejor sería que le diesen una orden, que el espacio dudoso y ansioso se colmase con un firme mandato.

Se durmió.

Cuando abrió los ojos, aún estaban adormecidos sus ánimos.

No fue una decisión, fue un arrebato. Se metió en el barco. ¡Qué dificultad, qué torpeza para acomodarse en el trozo de papel que, en forma de barquillo, lo enviaba hacia las aguas!

El Hombre estaba con él. Juancito no sabía explicarse de qué modo aquel Hombre corpulento había podido sentarse a su lado. Fue tan discreto y gentil que no dijo una palabra sobre la indecisión de Juancito y se puso a mirar el paisaje.

*

Juancito estaba amodorrado. Una brisa fresca lo iba despertando. Olía a flores, a perfumes, a tierra largamente lavada.

Una música deliciosa fue cercándolo. En las márgenes se levantaban peñas. Debían ser grandes casas, porque dentro de ellas oscilaban colores, se oían aleluyas de voces incoherentes y salían de sus recintos enternecedoras fragancias.

Era su mundo interior, ya antiguo, que volcaba sus dones en la hora de la partida, ante los dinteles de la epopeya, en un cuerno de total abundancia. Las cosas que ya no le decían: "¡Quédate!", sino "¡Vete, vete!", añadiendo apenas en susurro, en suspiro, en ráfaga de aire cálido: "¡Vuelve!", con una astucia encantadora, con una sabiduría femenina y sensual, sólo a través de los visos, de los vagos reflejos cabrilleantes.

Pues ahí estaba la niña que él hubiera podido amar, con su vestido color de pico de paloma. Sentada al piano, su falda descendía con vacilación, parándose repentinamente, dividida en varios pétalos, en sucesivos volantes. Atenta al papel de música, no se volvía para mirarle.

Esa cabeza de rubio fuego, ese rescoldo también indeciso, no se desataba en cabellera. Se detenía en el hombro, formando viruta, tirabuzón o interrogante. Sus manos ni siquiera se elevaban en un postrer saludo, ni mucho menos acudían al pañuelo, oloroso a limón, que debía tener como todas las criaturas frágiles. Seguía tocando, y las escalas se precipitaban en corrientes creadoras, agitando la imaginación de Juancito, haciéndole divagar con una tarde frugal y campesina cuando ella y él, de la mano, pudiesen caminar por un huerto en el que no hubiese mayor intensidad que el juego de carnaval de los apamates.

Debía ser la misma niña que, en el mes de mayo, acudía a la iglesia vestida de ángel; la que llevaba un cesto lleno de siemprevivas y rosas rojas que iba arrojando a los pies de la figura de pasta; la que era, pues, como un árbol, casi como los apamates, sólo que sus flores no caían fatalmente, y una se quedaba enredada en el altar, en la casulla o en el paño bordado con hilillos de plata.

Quería acercarse a la niña, pero el piano o el río se lo llevaba.

El río era verde. Toda la frescura llamativa del mundo se contenía en la rama vaporosa del agua. Desde el limón esmeraldino hasta el fragmento de vidrio de botella que colocaban encima de las tapias, habían ido donando el sustantivo y la sustancia al único verdor del río, donde podían hallarse diversos elementos diluidos: las conservas de toronjas, las lechugas, los loros y las ranas.

Esa capacidad de condensar en líquido las cosas pulposas, membranosas, costrosas o emplumadas, le permitía al río vivir de una manera libre, sobrenatural y salvaje.

Pero esa misma capacidad lo volvía fastuoso, barroco, y repentinamente cambiaba su majestad en fruición, su poderío en gozo, y de su hermético relumbre salía a otra existencia más febril, más externa y colmada. Igual que el riacho del pueblo, sólo que más limpio, pulido en sus nervaduras, en sus finos relieves, hasta alcanzar joya de brillo, espuma en decantada filigrana.

El río se miraba en su propio espejo, contemplaba sus dones, introduciéndose en las bóvedas de la piedra para formar la cornucopia de una gruta que olía a cofre rancio, que abría su estuche con levísimo hedor, medio perverso, medio casto, confundiendo, en una síntesis exótica, el hálito virginal y prístino con el ácido aliento putrefacto.

Mas a la sombra de las cuevas cintilaban los pececillos y nacía la flor de agua. Crecía bajo la cripta, en cojín de gajos y raíces. Surgía lentamente de su encierro, con esa pureza primitiva que se sincera más allá del temor, que se descubre desconociendo las envolturas, los convencionalismos y las fábulas. Sin que uno solo de sus pétalos significase defensa o adorno, retórica o discurso brillante, sino más bien el soporte para construir su instrumento de explosión, de confesión y de verdad gallarda, se deslizaba hacia la luz, rozando el barco de papel, produciendo una sensación de peligro, de espíritu sin ejército, de belleza siendo belleza, nada más, la belleza mendiga, sin haciendas, sin armas.

¡Qué aplomo y qué flaqueza en esa flor heroica que buscaba la intemperie, que subía hasta la mano del hombre como el símbolo de un sexo que aún no era sino violenta y sana iniciación, que aún no conocía su historia de lujuria, de camastro y de sangre!

*

Olía a mondas arrancadas, a pulpas expuestas, a licores que goteaban en libertad desnuda sus terminantes hálitos.

Se podía creer que la arenilla del río desgranaba en la orilla un alpiste aguardando a los pájaros.

Pero los leños cruzaban el río con su carga de arañas y lagartos y las ramas se hundían en el hervor con un deseo instintivo, porque desde siglos estaban repitiendo una huella, la huella de un gesto que había rechazado las ideas y que, abjurando de los pensamientos, dobló su frente en un signo de afirmación con espantosa calma.

Desde que un primer cráneo se arrancó la diadema de los sueños, desde que una sien prescindió de sus honores y sus cargos, en aquel reino toda la vida se llenó de espontaneidad y de creador sosiego, de entrega a los misterios sucesivos y de una agilidad inalterable que le concedía esa misma actitud pasiva, silenciosa, ejemplar, extrañamente dócil hasta en la fuerza de sus más rudos actos. Porque todo había sido concedido sumisamente al gran hecho, porque no había anécdotas solitarias, la vida se desarrollaba como una continuidad de acción y la inteligencia habíase transformado en la gracia.

El río, a medida que se entraba en él, era una renuncia, la lenta y sufrida paciencia que iba recibiendo el empellón de un tronco

flotante, la caricia del barquichuelo, el peso de Juancito, el levísimo contacto de una flor, la sombra de los árboles.

*

El Hombre entraba fraternalmente en los caminos del río, afrontando sus vericuetos sin oposición; más todavía: sin asombro, fluyendo, con los brazos tendidos como los remos y el cuerpo identificado con el barco.

No podía precisar de qué manera el Hombre, que le ganaba en estatura, saber y años, se integraba, sin ninguna lucha, a la ley de conservación de los animales y las plantas. ¿Es que no estaba vivo, igualmente vivo? ¿Es que su vida gravitaba en otra dimensión más honda o más ancha?

¿Es que estaba vencido? Los vencidos no sonreían así ni miraban con ese humor benigno, casi regocijándose con la angustia del otro, del pequeño, del que todavía no cobrara su espiritual tamaño.

El Hombre movía utensilios, manejaba ligeros instrumentos, se detenía, meditando, y volvía al trabajo. Tan satisfecho de vivir cuando la vida para él no podía ser sino fuga de sí mismo, y él, un inmenso y eufórico fantasma.

—Tú eres el que estás fuera de ti —parecía decirle, buscando un lugar seguro en el barco para colocar sus papeles sucios, sus plumas rotas, su tintero manchado de fango, esperando el día de la creación, semejante a todos los días; de tesón, de pan, de ganancia.

—Está a punto de silbar —se decía Juancito.

Y se oponía de todo corazón a ceder cualquier fragmento nervioso y delicado de su alma.

Mas su imaginación, a lo largo del río, no reaccionaba. La buscaba tercamente, la tentaba, podría decirse que la frotaba y friccionaba. Inútilmente. El río, sueño vivo, consecuente consigo mismo, no admitía intérpretes: sólo vasallos.

El único embeleso permitido parecía ser el de la contemplación y el de un sometimiento tan incondicional que se tornara involuntario.

—Aquí no se puede perder el tiempo —repetían resonancias redondas.

Pese a todo, había ocio en el río, gozo de ser, alborozo de estar, en cada encuentro, en cada obstáculo. El Hombre mismo disfrutaba de su augusta desaparición. Se sentó en la popa y abrió un libro, del que levantaba los ojos para echarle una rápida ojeada.

—Es un pícaro —concibió Juancito.

Pero se irguió como un rebelde, como el hombre infinito y audaz, cuando el río se diezmó en otros ríos, cuando, atravesando manantiales, llegaron a lo que debía ser el río definitivo y total: esa gran llanura líquida, enorme sabana de plata que se perdía en los horizontes, que lamía las mejillas del cielo y volvía de su caricia sideral como luna caída y extendida sin perder sus hoyuelos, sus arenas movedizas y blancas.

—¡El río, el río!… —clamaba el coro universal de las estrellas, muertas de sed, precipitándose al plenilunio de las aguas.

Cada estrella encontraba una ola y se internaba en ella cual un pez, lanzando su candela planetaria.

El libro rodó al suelo. El Hombre estaba en pie.

El río se llenó de voces, abriéndole paso, recibiéndole, pues durante siglos le había faltado su sombra.

El río, en unión de otros ríos, de su corte de afluentes y su séquito de anónimas caudas, mantuvo durante mucho tiempo una intensa y encendida nostalgia. Hoy se reía de ella, la azotaba y la consumía, porque la presencia estaba en lugar de la memoria y el Hombre avanzaba por los umbrales del retorno, ocupando su sitio o cubriendo su hueco con un vivo remolino de savia.

Era el momento de coronar a un rey, ese momento en que la gravedad de un suceso modera el clamor pueril del entusiasmo.

Pero los vientos bramaban en patética ráfaga:

—¡El Hombre, el Hombre! —suspendiendo una corona de pájaros.

—¡El Hombre! —gritaban los espacios, midiéndole las piernas enhiestas, los brazos vigorosos, en una apoteosis arrolladora de recobración y acción de gracias.

—¡El Hombre!… —repetía Juancito, en el fondo del barco.

Todo lo anterior, el silbido de la brisa, la fiesta del río, fue la anunciación de un triunfo, una noticia larga y victoriosa. Mas ya la

carta escrita con los hilos de la tinta fluvial había sido lavada con la espuma. El Hombre estaba allí, al final del mensaje.

El Hombre ante el río, en el río, que lo bañaba y santificaba con agua bautismal; bajo las estrellas, entre las estrellas, que descendieron al río, a ese río que antes de ser vocero fue un repetido y religioso llanto.

El Hombre hizo un ademán; detúvose el estrépito. El Hombre anduvo por las aguas.

—¡Juan! —gritó el Hombre desde su lejanía, recubierta de escamas, cual si también un niño pudiera bautizarlo.

Juancito, las mechas en la frente, corrió hacia el Hombre con los brazos abiertos, todo él abierto, limitado completamente a la abertura tierna de sus brazos.

*

Desde entonces comenzó el verdadero viaje.

Al impulso sin límites, no fuga sino liberación, Juancito estaba incorporado.

Ya no era un opositor, ni siquiera un huésped: era un habitante.

Se agitaba entre otras vidas oscuras que ayudaban a enrumbar la embarcación, recorría el barco de punta a punta, trasegando objetos, jadeante y tranquilo entre aquel trajín de cabestros y astillas, de hierbas arrancadas y páginas, a través de los cuales brillaban los antiguos movimientos, las búsquedas remotas, la elemental conquista de la pesca y la caza.

Ese triunfo inicial celebrábase ardientemente con una risa que repercutía en bronca salva cuando el trofeo del animal sangrante rodaba al fondo de la embarcación o cuando algún pez blanquecino titilaba en la punta del cuchillo como pequeña vía láctea.

Por encima de esas maniobras, más allá de sus ingenios, sus tentativas y sus trampas, veía una gloria distinta, una penetración más solemne que iba adentrándose por los más tortuosos ámbitos.

Esa conquista pertenecía al Hombre y su tesoro pasaba como un fruto invisible a las manos del Hombre que, erguido en la proa, era un lugar de referencia para el vuelo, el brillo, el colorido y el rumor no transformado todavía en canto.

Para los seres que viajaban con ellos, la vida continuaba igual. Juancito hubiera podido desconocer esta riqueza, rechazar esta dádiva, porque estaba con ellos, enfundado en su traje de infancia. Pero la intuía velozmente, y lo que el Hombre parecía hacer sin saber por qué, en ignorancia aparente, resplandecía ante sus ojos con una dirección y orientación como si el mundo hubiese hallado un punto de resistencia y de encuentro, de afinidad y de rara elegancia.

No es que el Hombre hiciese algo pintoresco, vistoso o extravagante. Por debajo de sus menesteres cotidianos, de los pormenores de su labor, que conocía la serenidad aunque no el descanso, iba adivinando un curso idéntico, siempre el mismo, como el curso del río; una línea de plata que rechazaba originalmente la arbitrariedad y se cumplía, superando el mareo intermitente de las ondas, hasta sus bordes arduos, finos y casi inalcanzables.

Aquel dominio era todavía un rapto. No se basaba en el sosiego de la presencia, sino en la temeridad de la visión, Pero aunque tardaban en alcanzar la meta, la trama, tan segura de sí, presagiaba el desenlace. Semejaba una misión doble que contenía la certeza y el solaz de una manera latente, y en su transcurso, sólo la ruptura y la carga. Mas Juancito comprendía que estas dos últimas condiciones significaban un tránsito, porque la lógica vencería a la aventura y de la pesadilla se llegaría al despertar, como de la sorda actividad a los clarines del hallazgo.

De tal suerte principió a comprender al Hombre y a amarlo. Sobre la fiebre de incidencias, sobre las calenturas del bochorno por donde brotaban, en señales sombrías, el perfil de un cadáver, la quilla de un naufragio, el Hombre se afincaba en su creación sin nerviosismos, puesto que no equivalía a una ficción sino a un desentrañamiento y puesto que navegaban hacia la realidad y nunca hacia la magia.

Por eso era un hombre, porque se resistía sin entregarse. Su creación se alzaba sobre la tierra como un mundo paralelo en el cual cada enigma podía aguardar su definición, su hogar, su paraíso, su cielo definitivo, originario.

Ante el juego maligno que ocultaba la luz de las estrellas, desatando imprevistas tempestades, encrespando las aguas del río en violentos espasmos, que le negaba la candela de la piedra que se enrarecía en la humedad o la borona de alimento que devoraban los

vientos, los peces, los cambios, su rebeldía consistía en oponerse a los fenómenos de una manera fiel e inquebrantable.

Esa oposición no era un olvido; a tal punto, que los mismos estertores del juego, los pájaros, los remolinos, los fuegos fatuos, podían ser catalogados por él, y la garra encontraba espacio en su mundo, así como el chirrido y la ráfaga, porque ninguno de sus gestos respondía a un capricho e iba encaminado a sostener, a entender, a situar, como si su mano fuese la raíz de las cifras, de los axiomas y las frases.

Cuando el rayo solar ardía sobre el barco, Juancito entendía que esa luz estaba allí desde hacía mucho tiempo, no de un modo gráfico, sino dentro de un espíritu, dentro de una posesión que no era más que el conocimiento de los viejos y potentes hábitos. El Hombre sabía cuándo el sol desaparecería detrás de las montañas y cuándo reaparecería, con tangible retorno, sobre los ramajes y peñascos.

Todo estaba comprendido dentro de ese curioso estilo del Hombre que aprisionaba las formas, dejándoles su libertad, enhiesto en su comprensión profunda, pero sumiso ante el despliegue de las mismas, tanto que seguían atravesando un mundo de tensas resistencias inmediatas.

Por las noches, si había mucha sombra, encendían fogatas. El resplandor de las estrellas, aunque estuviese oculto, les pertenecía, pues el Hombre lo conservaba, chisporroteando, lo mismo que un licor dentro de un envase; dentro de lo que él llamaba una ecuación, una especie de hilo, de alma en un hilo, donde todo el universo, tan lejano y tan vario, encontraba su cordón umbilical primero, el cordel de su nativa mostacilla incendiaria.

Siguiendo el imperativo de un orden, Juancito avanzaba con el Hombre por un mundo de riñas, de rencores, de rastros. Cada brusquedad se le iba haciendo fluida como el agua del río cuando se empozaba en la mano, porque el Hombre, ante cada cerrazón, elevaba su sabiduría en un rito oportuno, en un credo de claves.

Era un programa de certidumbres que Juancito avizoraba de continuo, pero que alguna vez, a falta de información más completa, perdía el vigor y el entusiasmo. Pegado al Hombre, brújula impasible, ansiaba reconquistar la continuidad del ímpetu; pero mientras no se llegase a la cima, la gran anécdota importaba.

Si el Hombre arraigaba en su propósito con mayor arrogancia, la casualidad quería burlarse del principio, y mil temas dispersos buscando enlace descorrían las cortinas de su abigarrado escenario. A cada papel lleno de números, de dibujos, de datos, respondía una novedad y había que recomenzar por el trabajo más febril y menudo, tanto que el Hombre mismo desfallecía de cansancio. Era tan irresistible su esfuerzo, que el concepto mismo, pulido hasta sus últimos átomos, cobraba una vida esotérica. Sobrevivía, a pesar de todo, como una bendición o un milagro.

Para Juancito, ese raro salvamento de las teorías duraba lo que las islas momentáneas: pedazos de arena amarillenta sombreados por palmeras y pájaros, donde se hubiera podido encontrar refugio, y que sólo servían de asidero visual, porque nunca las hollaba la planta; posibles estructuras que desaparecían hasta alcanzar otra vez la soledad y el río gigantesco y sin márgenes.

O las supuestas riberas, tramoyas y entretelones vegetales que nunca llegaban a decir lo que contenían, si la dificultad o el artilugio, la prueba o el engaño. Acaso lo último, pues Juancito dejaba de ser un niño y entraba en la farsa, muñeco o personaje secundario. Ya estaba en manos del azar…

El azar tenía también sus procedimientos específicos, sus normas atávicas. Por lo pronto, se multiplicaba. Cuando Juancito se sentía preso en la red de un solo caso, una ilusión siguiente, un suceso muy libre y muy vago florecía en formidable espectáculo. No podía escurrirse, pues el nuevo recinto resultaba no solamente decorativo sino tentador. Como si de aquella montaña que subía efervescente del agua o de aquel ramaje, igual a la espuma del río, pendiese la más remota atracción, el imán del abismo que puede tanto como la luz, pues otorga en instinto y en un sorbo lo que el espíritu sólo puede conceder después de largos y espaciados tragos. La carencia de familiaridad con cada nuevo asunto, con ese derroche aumentativo de pirotecnias, lo empequeñecía y le impedía penetrarlos. Lo mismo que si hiciese mutis. Permanecía sentado, espectador pasivo, poco menos que inorgánico, en el bote todavía asequible como un pequeño y taciturno palco.

Tanta posibilidad de asombro, tanta inestabilidad del cuerpo, conformaban un escape, un letargo.

Ahí estaban las costras de las bestias, telas amorfas y calientes igual que momias, como muertes, haciendo lo único dable para impedir la perfección: el daño o el quebranto. Esa molicie amarillenta que no llegó al hecho físico del ataque o de la mordedura, era por sí misma una profanación, una pérdida, un estrago sucesivo, aunque no empuñase el colmillo o la zarpa.

Juancito miraba en torno, buscando el sitio del terror, y descubría una galería de efectos, de efectismos sin causa donde el río, lleno de zarzas y reflejos, se alargaba y deformaba hasta tomar la forma de los cocodrilos que dormían. Sobre la masa gelatinosa se posaba una nube; posiblemente no fuera más que otro sueño, redondo, bailarín, el que aposentaba sobre el caimán informe el cerrado abanico de las garzas.

Ya no seguía dócil en su asiento, no se le pedía el silbido ni el aplauso; no era un espectador, sino un poseso, un mono o un payaso.

Para alcanzar el crecimiento expansivo de los sarros y las pelambres, para sumarse a la difusa elaboración de crestas y de picos, para poder entrar de lleno a esa fuga sin límites que era, en el fondo, un caos, sentía ganas de hacer muecas, de aumentar el histerismo, de colaborar con los visajes…

*

Nunca supo cómo se integró al síncope de la tierra cuando comenzaron los raudales. Lo cierto es que ayudó a levantar el bote encima de las caudas y que ese estímulo corporal le devolvió el perdido pálpito.

Mas cuando la noche se deslizó sobre los cueros y hamacas, porque dormían a la intemperie, ya que el río en la sombra era intransitable, Juancito, en el balanceo de las lonas, colgado de un árbol como un nido, no estaba seguro si continuaba atravesando las aguas: se le confundían las posturas, se le mezclaban las circunstancias.

De noche el estruendo del río era mucho más potente; no había nada que distrajese su atención, ni el color de un insecto, ni el temblor de una rama. Al río no se le veía, se le sentía respirar sin elevar el pecho, gritar sin demostrar su lengua. La corriente tallaba las más oscuras piedras, haciéndose un paladar continuo, una sucesiva

garganta. Dentro de ese sonido los silencios pesaban. Cada cosa moldeaba sus contornos para sentirse en celo y cada forma recobraba su síntesis para ponerse en guardia.

Llegaba un momento en que la expectativa se trocaba en abandono. Juancito suponía que su ser indefenso se extendía derredor y que el silencio era un puente tendido sobre el río, un puente de bejucos y cañas por donde iban cruzando los sueños como antorchas de Copal, aventando los humos, iluminando las cavernas, ligándolo a una emanación resinosa y caliente de incienso que se iba transformando en plegaria.

La tierra estaba al servicio de algo: los troncos vencidos, los frutos descompuestos que se apelotonaban con las hojas secas, los pájaros muertos con las alas rasgadas. Toda esa podredumbre olía a ungüento, a aceite, a oleoso y repugnante sudario.

La Naturaleza, de rodillas.

Perdón gemían los retoños, las sabandijas, las estrellas cada vez más pequeñas.

La tierra tenía miedo de su desnudez. Se vestía repentinamente con lo que encontraba: hojarasca, pedruscos, plumas. Lo imprevisto era que los elementos selváticos, cubriéndola totalmente, se envilecían; pendían en jirones, como andrajos.

El río perdió su embriaguez. Su festivo alarido se convirtió en un rumor tan solemne que se hacía oratorio, grandielocuente, erudito en su marcha patética. Al fondo de sus aguas doblaban las campanas.

El rumor se hizo más tenue.

¿Es que se había alejado de la orilla, o estaba ante el mar? ¡Ese ruido intermitente, de sirena remota, como petición en el naufragio!… Súplica que no conmovía, pues iba y volvía igual, sin trueques, sin etapas.

El tiempo nunca había existido; pero antes fue compensado noblemente con una potencia de eternidad. Ahora lo que iba con Juancito era una fatalidad, un castigo: sentirse rodeado por un ruido, por una letanía de ruidos…

El lamento se detenía, y regresaba sin mudar una nota de su pentagrama. No se conformaba con un solo cuerpo de luto. Contra el horizonte incoloro pulsaba su enjambre de escalas cansinas en idénticos grupos de corcheas extáticas.

Una punzada dolorosa se clavó en su rostro. La pequeña inquisición invisible se dirigió rápidamente a su cuello, su torso, sus brazos… Quiso herir, atacar también, y los inquisidores emprendieron la huida. Cuando volvieron, cercándolo con su batuta minúscula en un raro concierto funerario, Juancito ligó sus manos en un curioso aplauso y aplaudió a lo largo de su cuerpo propinándose furiosas palmadas.

Fue el tormento más vil. No sólo lo iban llenando de aberturas sangrantes, sino que él mismo, con el único remedio asequible, se fustigaba.

Sin alcanzar la forma, escuchando el ruido que marcaba un compás insaciable, siguió aplaudiendo como un idiota, aplaudiendo su propio dolor agudo, ardiente, aplaudiendo ese infierno que nutría sus hogueras con su impotente carne.

Hasta que corrió…

Alejándose del río, el murmullo también se fue alejando. Divisaba aún el contorno de sus verdugos o quizás el crespón ingenuo de una palmera que se recortaba en la tiniebla, destacando su tronco y sus hojas como flexibles patas.

No; efectivamente, los zancudos se quedaban atrás.

El silencio volvió de lleno, sosteniendo las ramas inmóviles como a sierpes colgadas. Un silencio anormal, un deseo inmenso de dejarlo solo que no se quedaba en incubación sino que parecía pronto y maduro para consumar y encarnar su contenido meditado y harto.

Se detuvo para tomar aliento, y el frío le corrió por los tuétanos…

Entre los vericuetos de la tiniebla blanqueó una casa.

Corrió hacia ella, llamó fuertemente a la puerta que fulminaba como el hielo y sintió, con recobrada mansedumbre, que delante de su cuerpo aterido descorrían las trancas.

*

Fue cuando el monje Rodrigo le abrió la puerta lentamente como queriéndole demostrar, desde el primer encuentro, que estaba del otro lado.

Fue cuando Juancito descubrió al monje Rodrigo con el brazo todavía extendido como una pata hambrienta, saliendo del oscuro hábito, como si el monje Rodrigo fuese un enorme cínife cobrando forma humana.

Quiso borrar la tenebrosa impresión y le sonrió, pidiéndole confianza. El monje Rodrigo cerró la puerta, y el saludo de Juancito se quedó en el aire.

Estaban en una sala huera y desmantelada.

Había una mesa en medio de la habitación, y sobre su tabla pringosa, llena de salpicaduras de tinta y esperma y de las viejas migajas, fulgía una vela huérfana sobre un pomposo candelabro.

Detrás de la mesa, dos bancos.

Esta carencia de objetos, que la Naturaleza había suplido abundantemente con seres vivos, con cangrejos azules, con el verdor de las airosas plantas, no indicaba una severidad ardiente y casta, y hacía que el salón se desdibujase en los muros, que la pared mugrienta fuese el horizonte de todas las cosas, su meta y su respaldo.

Era como un disfrute de lo misérrimo, un gozo turbio de lo uniforme y anodino, una sensualidad de la cochambre.

Porque el monje Rodrigo estaba sucio. Juancito lo observó atentamente cuando, volviendo de la puerta ya hermética, se sentó en uno de los bancos. Una línea de mugre semejaba el hilván de su faldón melancólico y el vivo mortecino de sus mangas.

El monje había colocado las manos sobre la mesa. Eran magras, enérgicas, ahusadas, quizás de trasegar tanto las cuentas del rosario. No, no era eso. Esas manos estaban acostumbradas a luchar con elementos más sutiles, y a medida que entraron en tales combates, en los que se movían hilos y no armamentos, y en donde las madejas se confundían en calladas intrigas misteriosas que, a veces, surtían mayor efecto que las batallas, se habían ido afinando. No eran finas naturalmente, sino por elaboración, por roce, por desgaste. Eran como púas, puesto que la uña, lustrosa y grisácea, no concluía en su círculo de nácar, proseguía hasta el dorso azulenco para formar los cinco dedos metálicos.

Juancito intentó esquivar esta segunda impresión.

El monje Rodrigo, envuelto en su capuchón oscuro, con la nariz aguileña apuntando hacia el visitante y los pequeños ojos incisivos terminando aquella exploración con destello quirúrgico y exacto,

era fuerte y atrayente como una montaña. Más allá de su endeblez, de su columna vertebral nudosa, de su joroba incipiente, de esa presencia parduzca, laberíntica, de estaca, era una fuerza nueva que no se podía apartar con desidia porque, de hecho, no se conformaría ni desaparecería con un simple rechazo. Exigía un músculo paralelo, una negación lo suficientemente firme para aceptar su aniquilamiento, o, en último caso, hacerse menos absurda y más franca.

Juancito se hallaba una vez más ante lo inverosímil, y un recuerdo lo salvó en aquel instante. Fue la sombra del Hombre que, durante el recorrido por el río, le dictó, sin saberlo, su mejor enseñanza. La lección era muy sencilla. A cualquier manifestación viviente, por más esquiva y solitaria, no se llega sino por la indagación, y no se hace nuestra, nuestra para poder erguirla o matarla, sino después de un largo aprendizaje.

Sólo que Juancito era un aprendiz muy joven; sólo que el monje Rodrigo no se dejaba apresar fácilmente. Su poderío pesaba en el ambiente como si fuese el resumen del muro, del mesón costroso, de la vela encendida, de la puerta que los separaba del mundo, de aquel mundo en que dormían el Hombre, las bestias, los bosques y las aguas.

Las disciplinas de Juancito eran muy parcas. E igualmente sobrio era el monje Rodrigo en su fortaleza. No la donaba abiertamente. Su violencia era tan peligrosa y tan fina que no se proyectaba en ademán ni en palabra.

Siempre jugaba entre dos fuegos. Había recibido a Juancito y no había sido hospitalario. Le dio acceso a su vivienda, pero haciéndole sentir desde un comienzo que no era un niño, sino un lastre. Como si desde los mundos ajenos, bravíos, torrenciales, alguien le hubiese enviado, a través de la tormenta, no una criatura herida y mojada, sino un vano e inútil resabio. De tal modo que Juancito se sintió incómodo cuando se sentó en el otro banco. Le parecía que el monje no iba a llamarlo por su nombre; Juancito, ese nombre, era una menudencia superflua y secundaria. Tal vez lo llamaría “vástago”, o acaso “niño”, con un cerrado acento despectivo, como si los niños fuesen algo superado desde hacía mucho tiempo, desde que hubo monjes sombríos, monjes viejos, monjes demasiado sabios.

El monje no dijo nada, aunque Juancito seguía percibiendo que él surgía como lo accesorio en aquel mundo, como una fiesta que

nadie espera o un presente con el que nadie cuenta, ya que hay seres que admiten, después de muchas búsquedas, que la sorpresa y la novedad son inventos y que no tienen existencia propia, como si la existencia propia fuese la única manera de existir, de ser, de hacerse carne.

Finalmente, el monje se decidió a hablar. Al principio fue muy complicado averiguar lo que su voz nasal y firmemente chillona iba expresando. No trataba a Juancito como a un ser sino como a un desorden emotivo, como a un funesto error que, a la larga y si estaba dispuesto, podía convertirse, no en una victoria, sino en una función triste, en un cometido laborioso y sensato.

La voz, aguda como estilete, daba a entender, sin embargo, que se daría a conocer totalmente, que se haría mucho más comprensible si le respondía un remordimiento instantáneo. Pero como Juancito no sabía de qué tenía que arrepentirse, fue de un modo muy original que se estableció aquel diálogo.

Estaban allí el monje y el niño, sentados en los bancos. La llama de la vela flameaba con prisa, apresurando el intercambio. La relación no progresó mucho. No había espera en el aire, tal vez avaricia, ese maligno deseo de luz que tienen las urracas. No era el deseo valiente de que el otro gozase con su resplandor si éste llegaba; era el deseo de apoderarse de ese resplandor o de que éste obedeciese inmediatamente a unos determinados fines, a una verdad, anterior a su brillo, ya desenvuelta y fijada.

Juancito, por lo tanto, no podía sentir que, caso de producirse una transformación, ésta llegase a concederle plenitud privada. Ese júbilo, para el monje Rodrigo, no era sino un paso para la predestinación, y Juancito intuía que ésta perdería todo su deleite experimental si desde su origen se la objetivaba.

De tal suerte, pues, que lo que pudo recoger de aquella primera conversación, que fue ciertamente un monólogo, es lo siguiente.

El monje Rodrigo le explicó que la generosidad era un énfasis sin importancia, que cuando alguien decidía cumplir su vocación, la sonrisa, ese inicial legado que enviamos a los hombres, era la primera cosa digna de ser inmolada. Si era muy reacia, quedaba una salida: podía racionarse, dosificarse. Una sonrisa oportuna tenía la facultad de ser muy útil en un momento dado.

Mucho más ocurría con el llanto. No estaba permitido llorar porque sí, buscar cualquier fricción o rozadura propicia para ese desahogo sentimental, que surge, no como un caudaloso término, sino como búsqueda de otro fin, de otro regazo, de una protección que, en realidad, no sea sino protección, envoltura, raigambre.

Había que prescindir de otras cosillas más: del brillo de la seda, del contorno de los capullos, del olor de los frutos pastosos, apetitosos, tan tranquilos, tan dados. Si los árboles tostaban al sol sus perfumadas cargas, soltando destellos incitantes a través de las ramas, nos correspondía cerrar los ojos y rechazar la sugerencia lozana. Y si por fuerza, después de un largo recorrido de desierto, nos era indispensable morder la pulpa gordezuela, sabrosa y pintada, era preciso la mayor reciedumbre para convencer íntimamente al sabor y al tacto de que aquello de comerse el fruto no era un acto de puro entusiasmo, sino una necesidad ineludible, un modo de seguir viviendo sin fogosidad y sin gratuito alarde.

Por ello, el monje Rodrigo, suspendiendo la conversación porque había sonado la hora de comer, acercó a Juancito un plato muy basto. El plato, de loza quebrada, conservaba una noble hermosura. Pero en aquel plato el monje le ofreció un mendrugo. Mejor dicho: no se lo ofreció, se lo puso por delante.

El bocado le supo a boñiga reseca y cáustica.

¡Ah, en aquel minuto pensó alegremente en su casa pobre, como si de ella pudiese partir, ahora, el múltiple candor de los sentidos, el gaseoso aroma de nubes ordeñadas que se expandía en el patio cuando, en la fiesta de cumpleaños, colocaban bandejas llenas de emparedados que semejaban mínimos mosaicos, y las jarras repletas de sangría sobre una mesa enorme recubierta con un mantel muy digno, y cada servilleta de papel tenía estampada una coronilla de rosas sujeta por un lazo azul y por una paloma muy blanca!

La tintura legítima del vino no ardía entre aquella ronda de niños que iban llenando sus modestos vasos. Ni un solo matiz pecaminoso en aquella hora del brindis crepuscular cuando el sol se difuminaba en gruesos arreboles, y el color de la bebida vertiéndose, con algunas rodajas de limón, se confundía oscuramente, casi gravemente, con los cercanos ramos de las trinitarias.

Un día después, Juancito, rodeado por los niños del vecindario, se subiría a una silla para alcanzar el último estante de la alacena en

la que los retallones del quesillo conservaban aquella reverberación de sol vespertino y aquel vaho de jardín, de limón, de melaza.

Pasado el primer bocado, y con él su imaginativo contraste, el monje Rodrigo lo miró atentamente, sopesando su gula, y continuó hablando.

Juancito estaba lejos todavía, justamente en una esquina de su pueblo y ante un muchacho de su misma edad que sostenía una cesta tapada con una servilleta manchada de salsa. De las puntas sobresalían los quemados bordes de las empanadas, y él no podía prestar al monje la atención conveniente, pues perdíase entre el sabor mentalmente reproducido de los guisos picantes y calientes, cuyo matiz dulzón era concedido por una pizca de plátano y el derroche inodoro de las incomprensibles palabras.

A tal punto llegó su desconcierto, que lo que antes había sido curiosidad y temor, mezclado con no sé qué prestancia de lenta anulación interior, se fue extravertiendo, oponiéndose, llenándose de choques y de interrogantes.

Y como lo que inquiría Juancito también a él le resultaba muy cargante y muy vago, sus preguntas podrían agruparse así:

Cuando el monje Rodrigo insistió en la renuncia a toda opulencia vegetal, animal o humana, Juancito le preguntó llanamente cuál era el precio de ese empobrecimiento paulatino y tan áspero.

El monje Rodrigo, sorprendido de aquella rebeldía, pero disimulando, desde luego, su impresión nefasta, llegó a decirle que con semejante voluntad negativa se lograba una energía de represión, de ayuno, de abstinencia global y totalitaria.

La interrogación de Juancito fue entonces más directa. Indagó si eso era un logro, una superación o, en último caso, una ganancia.

El monje Rodrigo, con un aire confidencial y hasta risueño, le confesó golosamente que, en la cumbre de tales carencias y entregas, se alcanzaba una secreta voluptuosidad, la intransigencia, y se gozaba externamente de sus dones ciñéndose el cuerpo desnudo con un sayo de ilesa arrogancia.

Inmediatamente volvió a su cautela, y con mirada sigilosa que parecía un escrutinio observó al visitante. Cuando volvió a hacer uso de la voz lo hizo perentoriamente, señalándole una obligación estricta y no mostrándole una sobriedad necesaria.

Fue cuando Juancito comenzó a comprender que allí nunca hubo requerimiento sino coerción, y que el rigor tocaba ya la intolerancia.

Tomando plena consciencia del asunto, aprendió lo que el monje menos hubiera esperado. Simuló una admiración intensa, y el monje Rodrigo se agitó otra vez, como reprimida válvula de escape, mientras Juancito notaba en su faldón un tejido que no había visto, una trama de hilos luminosos, una sobrepelliz de telarañas.

El monje se levantó y fue hacia el fondo del recinto. En ese minuto angustioso, Juancito, después de su esfuerzo, no pudo coordinar otra mentirijilla y quedó agotado. Sólo sentía irresistiblemente que la magra figura volvería, portadora quién sabe de qué nuevos y espantosos heraldos.

Cuando volvió, sosteniendo una fuente de estaño, Juancito eludió sus ojos, prometedores de un festín sombrío, y, al tomar asiento, escuchó desaparecer lentamente su paso menudo, magnífico, vibrante.

Porque era un monje excepcional. Nadie como él había cumplido lo que se propuso en un día de lucidez extraordinaria. Nadie como él podía jactarse de cultivar su vocación, ese terruño húmedo y espectral, pero evidente, donde apenas cabía que prosperase un cardo. Lo único discutible de su empresa era si realmente su comportamiento servía eficazmente a los hombres, si era el más valioso y el más santo. Aun no siendo así, al monje Rodrigo le quedaba todavía un prestigio: había alcanzado una individualidad insustituible, agresiva, vivaz, casi inmortal y aristocrática.

No era como otros curas que había visto a la orilla del río, robustos, trabajadores, sinceros y prosaicos. Esos curas, que adolecían de otras virtudes, gozaban desde antaño de una dote superior: la calidad, ese escozor cualitativo que el monje Rodrigo rechazaba sin discutir, de hecho y de antemano. Esos curas, conviviendo con los otros hombres, llenándoles de inocente liturgia, de rezos y medallas, recibieron, en cambio, en manos callosas y extendidas un montoncito de amuletos, dientes horadados, de semillas suntuosas y exquisitos guijarros. A través de tan simple permuta, los curas desarrollaron su antigua facultad, y ya les era consubstancial, casi innato, descubrir el remanente claro de las estrellas cuando, en las

noches, una polvareda azulenca las cubría como a una gran custodia con un velo o un palio.

Desde sus ranchos, sembrados de hachones y retablos, los frailes de las misiones repartieron, junto con la tierra, los pescados y el grano, un don mejor: la indulgencia, y era entonces como si, olvidando un instante sus sagrados menesteres, jugasen con las hostias de humildísimo pan, invitando a una comunión mayor, lanzándolas al cielo como mil lunas en un desliz de nebulosas espontáneas.

El monje Rodrigo no conocía la indulgencia. Si acaso, la indulgencia plenaria. Incapaz de arremangarse las sotanas para cruzar un charco, era un maestro del deber, y no se permitía ninguna traición al buen gusto severo, ningún tizne que violara su presunta pureza, ningún trastorno, ningún achaque. Centrado en su anonimia, había extraviado al ser común. Juancito, que le vio colocar la fuente en la mesa, iba adivinando, a través de su austeridad impoluta, de su nariz ganchuda que disfrutaba de la gloria de desconocer el olfato, iba adivinando, con certera visión terrena, integrándose a los apetitos, los alcances y los anhelos, que había que ser bueno, que no bastaba ser constante.

El monje apartó la fuente y le contó que había más.

El goce sumo, el máximo estremecimiento placentero, estaba muy alto; cuando nos convertíamos en parte del cielo, de un cielo indiferente que Juancito no reconocía, de un cielo que era otro cielo, confeccionado por el propio monje, hecho a su imagen y semejanza. Entonces nos era concedida la gracia de la insensibilidad. Podíamos, en tales circunstancias y por el bien del prójimo, ejercer libremente el despotismo y, sin llegar a extremos, empuñar sin escrúpulo las ligaduras, los hierros candentes, los cepos y los látigos.

Aquí no hubo más interlocutor. Juancito estaba mortalmente pálido.

Porque el cuerpo era fútil, aseveraba el monje Rodrigo.

Juancito vio las esqueléticas manos. Allí se resumía la historia. Servían para asentar tranquilamente las torturas, para enjabonarse, enjuagarse y secarse con la sangre. Un oficio muy simple. Esas manos, siempre dispuestas, siempre en acto, prestaban el único trabajo emprendedor: el de la caza de almas.

Porque Juancito tenía la suya, muy caliente y muy ancha, quiso huir una vez más. Sólo que la puerta cerrada era como un designio, sólo que el intento de huir hubiera significado el riesgo máximo.

El monje Rodrigo, dulcificándose de una manera repugnante, acercó la fuente. Por detrás de su efigie, en los muros, el juego de las sombras y las luces combinaba una inmensa calavera impalpable.

El monje Rodrigo destapó la fuente y le hizo honor a los manjares. Juancito se inclinó para mirar, y vio un pastel verdinegro en el que enormes hormigas, achicharradas y grasientas, flotaban entre pasta.

El monje Rodrigo ablandó un poco más el relleno y el amasijo y le sirvió una especie de emparedado. Las hormigas lo recamaban de un modo preconcebido y perverso, degradando el papel del adorno, denigrándolo.

El monje Rodrigo, utilizando sus dedos, se arregló para sí otra tajada. Al levantar las manos, aquel gesto bastó para que Juancito creyera que iba a saltar sobre él, que iba a comérselo con el pastel de hormigas, a morderlo, a chupárselo…

Las gotas de sudor y los goterones de esperma resbalaban sobre los platos. Cuando el monje tragó sin náuseas el primer pedazo de pastel, Juancito se puso amarillo, palúdico, afiebrado y exangüe.

El monje Rodrigo, en una pausa del banquete, le habló por fin de Dios. Pero ya Juancito, en pleno acceso de fiebre, sabía quién era Dios.

En aquel crucial segundo, Dios se pondría de parte de los afligidos, convertiría el agua en vino y de un solo pez haría salir un torrente de gordas y piadosas escamas. Aunque estuviese a favor del misterio y en contra de la ley, Dios no respetaría los manidos convencionalismos, sino que se valdría del recurso del prodigio para poder librarlo.

Dios era, en ese gran paréntesis que lo volvía nuevamente creador, juvenil y alevoso, hasta el punto de cometer un valiente pecado, Dios era, como siempre, como en sus mejores días, la libertad.

Juancito se levantó de un salto, salió corriendo hacia la puerta, atravesándola sin que nadie la abriese, atravesando la hoja de madera maciza y las sólidas trancas, atravesando los credos como los sueños, los nichos como los fantasmas.

*

Estaba otra vez en la hamaca. La lona le ardía en la mejilla, y el movimiento era ya muy leve, muy lento, aunque grávido.

De los mogotes umbríos se desprendía un vaho de plenitud, de grave y serena abundancia.

La tierra conocía el sufrimiento y el placer, y volvía de su vivencia con un aliento ahíto, con una respiración que se abría como el bostezo que precede a un sueño reparador y estacionario.

En aquel momento nada se sentía capaz de emanciparse del gran vientre dormido que contenía, en su tregua, los elementos y utensilios del trabajo, las cortezas satisfechas, los saurios repletos, las zarzas y raíces aplacadas. Pero cada uno de ellos, en un momento dado, podía romper el círculo y declararse en huelga, traicionándolo.

Hasta ese momento nadie daba señal de rebelión. La consigna de acatamiento al todo se cumplía con ejemplar perseverancia.

Juancito no sabría decir si lo que se hallaba tendido a sus pies era un ser cobrizo, si lo que se animaba sobre ese cuerpo eran rojas tinturas de onoto, viejas heridas o el último resplandor de los carbones que se apagaban en las consumidas fogatas.

Sintió frío y se hundió más en el lecho colgante. Intentó permanecer con los ojos abiertos, y fue como si la tierra hubiese querido arrojar el predominio de su inconsciencia sobre sus blandos párpados.

Finalmente se despertó, y su despertar fue el primer síntoma de lucha, el primer sobresalto.

Las estrellas seguían brillando con tranquilo furor, pues sabían por madura experiencia que no les sería dable protagonizar la rebeldía; sólo les estaba permitido atisbar los preparativos de la rebelión y encerrarse en el claustro de la sombra, desapareciendo con ella, como si la sombra fuese nada más que un enorme prejuicio milenario.

Juancito se sentó en la hamaca muy mal sentado. La lona del respaldo se elevó como un animal en acecho, y, después del vuelco de su cuerpo, quedó acurrucado en la punta, mientras la tela se bamboleaba.

Respondiendo a su estremecimiento, desde el nudo de las lianas y las palmeras se desprendió un trastorno simultáneo: la llama azul de una cerilla que iba a extender el fuego, a contaminar los ramajes absortos, las vigilantes cáscaras, y así lograr su conclusión, su incendio, cuando desde las hojas y a través de las peñas subieran y bajaran las fosfóricas plumas de los pájaros.

Un jadeo de ansiedad recorrió los montes, y el testimonio inicial de ese ímpetu se dirigió a Juancito, alzándose, volando, vitalizando la penumbra apacible con su fogoso vuelo problemático.

La mariposa había salido de su encierro hacia la hamaca como si ésta fuese un gran cascarón abierto, un cascarón de lona blanca donde podía percibirla un fraterno polluelo amarillo. Volaba alegremente, transida en su propio percance. Recobrando una perdida libertad, se desentumecía, gozaba de la holgura de su cuerpo, de ese cuerpo que apenas existía, porque semejaba consumirse también en el impulso, ser el broche funcional de las alas.

Juancito pudo verla claramente cuando se posó en la hamaca. Era de un azul húmedo, impregnado de una tinta vegetal y metálica, como si atravesando los creyones rocosos del pórfido, el granito y el cuarzo, hubiese llegado más allá, hasta donde se elevan las viviendas, y un tiesto colmado de violetas o un pequeño envoltorio de azulillo podían servirle de borra necesaria.

La mariposa, muy grande, poseía una fragilidad distintiva, un solitario carácter, como si conociese mejor que los otros seres de la selva los pormenores barrocos de una vida sedentaria y doméstica y, prescindiendo un minuto de la existencia nómada, se hubiese internado bajo unas ropas puestas a secar, conservando ese color subido y esa torpe contracción de la seda movida por el viento, bajo el peso del agua. Se internó por los arbustos que entremezclaban sus penachos. Juancito, viéndola desaparecer con un último plumazo espasmódico, rúbrica de un nombre todavía oculto, todavía ensimismado, se percató de que ella era la criatura elegida para un gran heroísmo, pues nadie como ella tan vivaz, tan resuelta y tan ágil podía ser más fiel al agotador compromiso, a la tarea de renuevo y de agitación, de empuje y de contagio.

La respuesta no se hizo esperar. Una exaltación decidida y potente cantó en la copa de los árboles.

El día estaba allí, como un epíteto, una interjección tan rotunda que era imposible jugar a su escondite, hacerle mella, o metáfora.

La tierra que conocía aquel furor no se agazapó en sus pasos finales, sino que se dispuso a rendirse, rindiéndole homenaje.

Había existido una suerte de trato anterior, de tanteo doble para que nadie, ni la tierra ni el cielo, sufriesen humillación o descalabro. Una suerte de protocolo sencillo, un respeto mutuo que se verificaba

en la discreta aparición del ramaje, una ceremonia algo trémula y dolorosa en que el agua trataba de confundirse con la fronda, ya regresando a la fusión, o se decidía por su relieve, ya descubriendo su plateada cauda.

Pero el naciente nerviosismo, la pugna por un florecimiento, por un ser, por un mundo animado, atravesó las pulpas y los trancos con una sola y magistral descarga.

Pequeños puños comprimidos se entreabrían aceleradamente en los yerbajos; las reverencias se substituían por los actos; la tierra se repartió, pródiga y limpia, recogiendo los dientes, sin proferir un grito, en palpitaciones maternales. Y parió su criatura corporal, saliendo de su nebulosa embrionaria.

*

El sol encontró sitio donde colocar su investidura, tan ambiciosa y amplia. No hacía más que engrandecer la superficie que lo acogía con beneplácito. Porque la tierra se distribuyó, saliendo gananciosa con aquella limitación de sus compuestos, como si estuviese repartiendo a cada cosa viva una idéntica herencia en generosa dádiva.

El mínimo cogollo se destacaba a la orilla del río, recalcando la línea divisoria entre su tonalidad tan insolente y ese otro verdor más estoico de las lejanas montañas que sobresalían, engrandecidas, de las aguas.

Juancito se levantó, y lo siguieron los hombres, descolgando sus lechos o dejando la huella de sus cuerpos calientes sobre las hojas aplastadas. Se escurrió entre unas piedras; los otros bajaban las cabuyas, empujaban los remos, removían los botes, sin cruzar vocablo. O tal vez hablaban. Los silbidos y las risas se confundían con los ruidos de la labor y con las mil noticias nacientes, de manera que ya no se sabía si un sonido que brotaba era un último suspiro nocturno, el cascabel de una culebra o un acorde del río que, remontándose del conjunto, los mantenía como a un coro en colectiva algazara.

Cuando el agua se desgarraba contra las piedras para reventar en manantial, una mano oculta en la primera capa fluvial se abría intempestivamente haciendo un intermedio de frivolidad entre aquel laberinto seguro, estatuario y convencional, y lo que dispersaba hacia

arriba era un haz suelto de florecillas irisadas, como si esos capullos menudos que encontramos bordados en seda sobre las almohadas fuesen ahora un montón de pequeñas y veloces estrellas que se quedaban adheridas a la peña, entre babas y musgos.

Juancito quería aprisionarlas con el afán de que no pereciese el fugitivo polvorín de veleidosos astros. Cuando llegó a la orilla, una sábana, una gran ola las sepultó de un golpe. El más insignificante artificio no tenía cabida en un mundo donde no había espacio suficiente para cubrir tantas ansias. Por más hermosa que fuese, la fugaz candelilla del río no pasaba de ser una bagatela, un engaño.

A Juancito empezaba a pesarle, como antes, la irresistible y recargada circunstancia. Sentía deseos de arrojarse a la corriente para encontrar, al fondo del agua movediza, la vivienda de esas fruslerías que sólo resplandecían en la altura por veloces instantes. Posiblemente, después de la muerte, de la postrera experiencia y su consiguiente cansancio, sólo nos quedasen, al fin y al cabo, unas ganas tremendas de jugar. El cuerpo iría deshaciéndose lentamente, como enorme olla de barro; cada huesecillo devuelto, cada nervio entregado podría ser un juguete cayendo, una golosina, un objeto de metal, de cartón o de pasta. O para que el proceso fuese más simple, diestras manos podrían tirar de nuestras venas, tirar sin miedo, para que el envase se viniera al suelo, rompiéndose en fragmentos con toda su quincalla. Sobre la tierra o bajo el agua sólo quedaría, para el propio niño muerto, el brillante botín de una piñata.

Tan desusados planteamientos no cuajaron en resolución, pues Juancito vio a Chipko por primera vez.

*

Chipko tendría quince años. Nadie como él para lucir más violentamente su edad, porque estaba desnudo, y su cuerpo, untado con un sebo lustroso y parejo, resplandecía entre las piedras y follajes con un tizne rojizo y frutal, cual si fuese de barro vidriado.

No sufrió Juancito indecisión. Chipko estuvo con ellos durante muchos días, oculto, inadvertido, esperando su momento de afloración y de conquista, de estallido y de lazo, lo que sólo indicaba que si ahora estaba a su lado era por razones más extremas que

la propia razón, a más de que Chipko no inspiraba otra cosa que un repentino bienestar, una sensación de mansedumbre y bonanza.

Sus manos se entretenían a lo largo de una pálida urdimbre en que los bejucos se iban secando, tomando una tonalidad marfil que se confundía con los rayos del sol, regados suavemente como hebras ligeras de paja.

Se detuvo junto a Chipko, viéndole hacer, y éste continuaba callado, tejiendo su madeja gualda, estableciendo la quieta y oscura comunicación, a medida que Juancito percibía que aquel momento había sido escogido entre mil, aquel momento de yugo, de reunión, de enlace; aquel momento ocre y rubio donde el silencio, tela fina, sumaba flecos en los dedos amarillentos de Chipko que se movían con el borbotón del río, con las gramíneas, bajo el rayo solar, bajo el roce casi ideal de una ráfaga.

Chipko lo llamaba silenciosamente. Despedía un olor tan intenso y tan vivo, una prieta y placentera esperanza; quizás el vaho de los canutos verdes, de la brisa madrugadora, de la evaporación del agua o del humo de los chamizos donde alguien había aderezado su alimento con una salpicadura de río y una hierba aromática. Era, sobre todo, un olor de primicia, de advenimiento y de libertad, de estreno rabiosamente vegetal que se centraba en la silueta de Chipko, cuya bruñida epidermis era el vaso ceremonial, el cacharro laminado de luz, espasmódico y áureo, donde se ligaban las mil esencias agrestes: la emanación de las pieles curtidas, la espiral de las antorchas, el gas de los raudales.

Juancito metió la nariz en aquel olor, niebla cada vez más tupida. Cuando iba a hacerlo suyo en el secreto compartido o en la amistosa charla, su rostro se turbó con el peso de una imposibilidad.

Se llevó las manos a la cara y palpó una máscara.

El aliento de Chipko escapó como una vereda hacia el río, huyendo entre las frondas.

Juancito pretendió seguirla y tropezó íntimamente con otras cosas que lo distraían. Su brazo pesaba como un martillo y su frente como un andamio.

A través de la difusa arboleda corría una franja horizontal, una lista henchida de rodaja y de brote; pero cuando Juancito se propuso palparla, perdió súbitamente sus bordes, y el botón y el bulbo, sin invalidar su redondez, difuminaron sus colores en un más allá sin

orillas, de tal manera que Juancito creía sentir que había alguien sentado en la oscuridad, con un palito agreste, empeñado en chupar por su pequeño túnel un poco de potasa. La boca llena e invisible se abría para dar salida a gruesas pompas de jabón, globos cristalinos en cuyo fondo bailaban una brizna de paja, una estría de polen o una jugosa mancha.

Y tal vez porque en Juancito se rezagaba la noche, cuando el sol irrumpía cercándolo con un cesto de chispas, arrastraba aquel cendal policromo, se lo ponía encima como una servilleta de cristal y le hacía guiños equívocos y equidistantes.

Igual que en esas pesadillas en que soñamos que por el ojo entreabierto se filtra un boquete de luz, lo mismo que en esos sueños en los que, finalmente, sólo contamos con la voz que nos devuelva el descanso, Juancito se centró en su tiniebla.

Pasaron cinco minutos inertes y volvió la inquietud. Se situó junto a Chipko, Chipko convertido en nimbo, faltándole la imagen. No era posible recordar cómo había sido su forma, ya tampoco su aureola, porque Juancito se hallaba muy trémulo y aquella tribulación era un impedimento, una barrera, un inmenso retardo.

Chipko estaba tranquilo. Subían a él los inciensos de la neblina a través de las lianas que sostenían vehículos de vidrio y de cobre, nidos pardos, borrosos por la escarcha. Solamente Juancito había perdido a Chipko, sólo Juancito estaba sin rumbo, sin umbral, sin itinerario. El camino vertical de su cuerpo fue, a menudo, así: una cita de promontorios y de grietas.

En esa complicación, ¿residían la pérdida de Chipko y su tardanza? Pero la tierra estaba pronta para todo, y sobre su paz, siempre nueva, quedaban las huellas que los tigres dejaron en las zarzas.

No era igual. Aunque la tierra fuese una inmensa conservación de vestigios, él era el heredero de los complejos, de los nudos, de los traumas.

Es cierto que la tierra conocía los choques, los espasmos. Sufrió la sequía, la resaca y la náusea. Hasta la persecución del degüello cuando las rocas fueron pasadas a cuchillo por el filo mortal de los relámpagos. Mas eso no le produjo asombro, ni siquiera aversión. La muerte pertenecía a un canon establecido, y los reptiles y los arbustos perecieron sin lástima de sí mismos, sin reconocerse mártires.

Solamente cuando un Luzbel velludo renegó de su reino, cuando un Adán hirsuto observó con malicia los errores de su paraíso primario, cuando fue sopesado el defecto y floreció la insatisfacción, solamente entonces adivinó la dualidad, se produjo el mayor cataclismo y el hombre avanzó entre los bramidos y el trueno en busca de otra patria. Mientras en las chozas o en las cuevas perfilaba y pulía su hallazgo, la tierra no pudo menos que sentir que aquella criatura descreída y errante trabajaba para su propio interés, a espaldas de la colectividad y a sabiendas de su derroche vital, de su viviente despilfarro. En parte tuvo razón, pues el hombre, que abandonó la caverna, que fabricó su primeriza casa, no sólo hurtó las vetas para volverlas gemas, sino que, en la soledad de su mansión, copió los paisajes y los climas, inventando un exceso sensitivo, un refinamiento o un lucro que, desde siglos, había venido llamándose los estados de ánimo.

Esto lo desconocía Juancito, pues era solamente un niño, acaso con su herencia, pero un niño dispuesto, desnudo ante el mandato. Pues se quitó la ropa sin avanzar nada con desnudarse. Una caricatura de la desnudez, alguien disfrazado de intemperie, quedándose en vana superficie. Los muslos demasiado evidentes le ardían cual compresas, y los brazos, montón de huesos en desorden, no bajaban del hombro con lentitud, sino que, alargándose brutalmente, le pesaban y le colgaban.

Adivinaba que ya no podría reconocer su cuerpo, ni siquiera tocarlo, pues le devolvería una sensación de piel cruda, indefensa, demasiado lisa, casi fetal y con una pelusa muy frágil. O le respondería con una cosa dura, tensa y enteca crispación de un sexo que se le subiría, víbora entrometida, hasta los dedos y la nariz, si no se cubría rápidamente con algo.

¿Su faz? Tallada en piedra. Las cosas, a cada golpe de cincel, y a medida que trabajaron en su fisonomía, le dejaron, con hoyuelo o con rictus, su más rápida compensación: una defensa, una capa. Su semblante, una cebolla llena de vueltas y revueltas que le escocía hasta saltar las lágrimas.

¿Por qué no era posible chuparse el fruto del rostro y devolver a la tierra el hueso elemental? Los ojos ya no servían para ver, los oídos para oír ni era vivo el olfato.

Los sentidos habían acentuado sus funciones, recargando su cometido y exasperando sus alcances, y a cada visión, a cada aspiración,

a cada tacto, se unió siempre esa extraña compañía del pensamiento que surgía ahora como una lluvia importuna que impide ver el sol.

Por eso se era tan antiestético, tan tardo. Por eso la belleza, que nació de una rauda disposición, de un movimiento propicio a cualquier cambio, seguía aposentándose en la vida que no le dirigía su "¿Por qué?", en esa vida afirmativa, obediente, que no hacía preguntas, acataba el ritmo, se reconocía en el pulso y proseguía sin rencor ni reminiscencia a través de la ruptura y el trance.

Esto tampoco lo sabía Juancito, y sentíase cual una fealdad naciente, pequeño monstruo que no podría prescindir de su odiosa jerarquía, su circunloquio y su aparato. A medida que lo iba meditando, ignoraba que añadía una vuelta más, una funda más a su estéril y crispado sudario.

Anquilosados en morbosa costumbre, sin alegre precipitación, con fría velocidad, pero sin savia, los antiguos medios preceptivos, esos puentes que antaño se habían abandonado entre las floras y las faunas, repelían el gratuito abandono, sentían asco de la entrega total, mientras los cogollos seguíanse abriendo y las piedras rodaban al río, y aquel olor, aquel olor de Chipko recorría las vertientes en una mezcla de totumo y estiércol, como si allí mismo se hubiese reventado, sin esperar al niño, manando un fluido materno, el pecho, verde, acuoso, puntual, de una tapara.

Juancito trató de beber el hechizo, sin cultivarlo. Irguiéndose en la punta de los pies, con el perfil al viento, advirtió que se iba reduciendo. Era una mendicidad gozosa.

Levantaba con sus dedos un antifaz, una careta, y ejecutando la tarea liberadora, catalogaba lo que tiraba a tierra; en revoltijo de guiñapos.

Allí estaban los carreteles negros que suplieron los engranajes de las pequeñas maquinarias, las botellas vestidas de muñecos y un barco de papel, casi o fantasma; allí, los juguetes segundos, los juguetes forzados, los que no fueron nunca los primeros, los completos, los reales. Se hacinaban los caballitos de madera hechos con un palo nudoso y grasiento, las pelotas sin color que saltaban poco y olían a caucho. Se tendían los miedos ante las diversiones perfectas, pulidas, sin tacha, que otros niños desplegaron frente a él y ante los que jugaba al escondite, ocultando temerosamente sus festividades

oscuras, en los que una flamante lámina de aluminio se sustituía por una tira sórdida de alambre.

Sobre la tierra comenzó a ligarse la cadena, la concatenación de llamamientos redondos y correspondencias desiguales, como el collar de limones con que rodean el cuello de los perros sarnosos, condecorando desdeñosamente su mugre y su pelambre; la sarta de los viejos reclamos con sus respuestas accesorias que no satisfacían, que se quedaban en remiendos, en mentiras, en plagios. Porque un niño pobre podía pedir un oso de peluche, y de los almacenes taciturnos, de la miseria que exponía sus productos en costroso mercado —los carros de los niños paralíticos, las monedas de los niños limosneros, las "chinas" de los niños asesinos de pájaros—, sólo cabía que brotasen ratones, gatos como bagazos.

¿Acaso no fue también un niño pobre? ¿Acaso su continuo monólogo mental no había sido un juego compensatorio para llenar lugares vacíos?

La enfermedad, la viajera ambición y la discreta dádiva pidieron refuerzos a la realidad de otros niños más pobres para hacerle sentir en cuerpo propio el desdén de la limosna fría, la honda que cercenaba el vuelo y la pierna tullida en el catre.

Juancito se creyó liberado. Frente a él saltaban los conejos silvestres, volaban las aves migratorias, dejando un huevecillo azul o tornasol, una luciente metra, una borla de luz que la esperma del granizo envolvía sobre la cuna del nidal pajizo, con su delgado mosquitero de ámbar. Su creencia fue de muy breve duración, porque se enredó en la maraña.

*

Juancito afrontó su dramatismo a la manera de un archivo sentimental o de un patético catálogo. Díjole adiós al triciclo sin manubrio, a la alpargata errabunda que se mojaba en los albañales y en las cloacas y a un perro famélico que, tembloroso de su calvicie, se marchó con el rabo entre las piernas, aullando lastimeramente por el callejón lleno de fango.

Y una línea imprevista lo cercó con su serpentina veloz. Tuvo miedo otra vez, y la línea se descubrió protectora y jovial, exclamando:

—He aquí un niño…

—¿Un niño? —preguntaron otras líneas, cuyo esbelto manojo de vértebras se tramó en torno.

—Sí, un niño… —repitió la primera línea—. Lo que sale del vientre de las madres.

—¡Ah, bueno! —respondió el conjunto—. Que llene un cuestionario.

Cuando la primera explicó que para tal requisito existía un dilema ortográfico, una raya vociferó:

—Que dé sus señas, sus datos…

Y la primera línea:

—Es pequeño, moreno, delgado… Y necesita tomar sol…

—¿Sol? —indagaron por muchos lados, a punto de celebrar un chiste o de negar a un fantasma.

—Pues sí, ¡sol!

Una vocecilla bachillera, que sabía mucho de técnica y de concienzuda morralla, se alzó por encima de las demás como líder de salón, diestro en charadas y rompecabezas, y expuso lo siguiente:

—Me parece prudente recordarle que el sol, desde un lejano asuntillo cronológico que se resolvió sin derramamiento de sangre, es una propiedad privada.

Juancito, escuchando con loable atención, quedó estupefacto. Como la primera línea se disculpó por su falta de memoria, la voz abundó en su perorata. Y resultó que el sol, que Juancito tomó en el patio, en la calle y la plaza, se había convertido en una concesión solamente asequible a otros niños que se le parecían, pero que, según la voz, por razones económicas, eran extraordinarios.

—¿Comprende usted? —razonaba la voz profesoral, impersonal y didáctica—. No es cuestión de niños, es cuestión de finanzas. El sol es para los que pagan al contado.

La primera línea no se amilanó; su atrevimiento se trocó en diplomacia.

—Bien… Concededme un préstamo solar…

—¡Sección de consignaciones, créditos y subastas! —gritó la vocecilla con imperiosidad.

Una voz de falsete, detrás de una ventanilla enrejada, indagó:

—¿Qué es lo que desea usted?

La primera línea se estiró un poco y expuso su pedido con consideración a la autoridad.

El timbre de falsete carraspeó y, después de asegurar a la línea que tomaba en cuenta su petición, encontró que aquel ruego era, hasta cierto punto, un abuso, y hasta otro cierto punto, una cosa muy natural y razonable. Sólo que como los niños pobres aumentaban mucho y las becas de sol se contaban por millares, había que expresar el deseo en una carta y enviarla al tribunal de socorro, ya que, en tan estricto y desusado caso, el sol tendría función de auxilio y excepcional gracia.

La línea se desgreñó un poco. Principiaba a desesperarse. Acudió a su interlocutora anterior con abundancia de argumentos.

—¡No, no! —protestó la voz pedagógica, calándose las gafas—. Imagínese usted que ya no solamente el sol es un capital sereno, metódico y encauzado. ¡Consulte a los historiadores! La organización de los elementos de la naturaleza va mucho más allá. Tal ha sido el embeleso que ha producido esta sistematización de la tierra, el fuego y el agua, esa ley de patrocinio individual que comprende sus sacrificios pero que no debilita su empeño porque se mueran tres inválidos, que han llegado a existir idilios entre hombres y turbinas, mujeres y máquinas.

Juancito no volvía en sí de su asombro. ¿Estuvo enamorado de sus zapatos cuando los ató con un cordón, pues se le habían malogrado?

La voz adoptó un tono tranquilizador.

—Claro está que en estos fenómenos de maquinismo-misticismo se acudió a la psicología, y los hombres y las mujeres comprendieron que esa pasión no era nociva sino fundamentalmente anti-comercial y algo retardataria. Se dedicaron a una función más fértil y provechosa.

Aquí hubo una sonora exclamación:

—¡Figúrese usted que ya se piensa embotellar el aire! Por supuesto que muchos niños pobres morirán asfixiados…

—¡Pobrecillos míos! —gritó aterrorizada la línea, perdiendo sus papeles.

—Pobrecillos, ¿por qué? —le respondió la voz—. Todo ha sido sometido a consulta y a mesa redonda. Se ha arribado a la conclusión

de que la muerte es muy hermosa para los niños que no pueden vivir la vida de un modo pulcro y automático. ¿Qué más pueden pedir? Nos quedamos con la ciencia, es verdad, pero les regalamos el cielo, la metafísica, ¡y eso es bastante!

Juancito respiraba muy mal. Una estrella redentora se le anudaba en la garganta.

—Además —continuó la voz—, como los médicos piensan ofrecer una demostración pública de los peligros de la alergia y el asma, esos niños muertos prestarán una gran utilidad: servirán de propaganda.

La pequeña línea, compañera gentil de Juancito, se enroscó en torno suyo en un bucle radiante, en una joya, y se dispuso a arremeter contra el discurso con su más preciosa reverencia verbal, pero se cae por su propio peso que detrás de cada seducción había alevosía y detrás de cada nervadura de seda una firme tenaza.

Después de una letárgica conversación en la que se cruzaron rieles e hilos telegráficos, palabras como ejército salvacionista, cruz roja, hospitales, sanatorios y comedores escolares, la vocecilla historiadora convino en un delicado armisticio lleno de "usted perdone" y "no quise molestarla".

Pero ya Juancito se levantaba con esfuerzo de aquel suelo en que se seguían tramando los cables de los teléfonos y los barrotes de los reformatorios y las cárceles.

Y Juancito gritó:

—¿Por qué no me dejan decidir a mí?

—¡Anarquía, anarquía! —chillaron por todas partes.

La pequeña línea le puso un dedo en los labios:

—Mejor es que te calles.

—¿Y si me niego?

La línea rió:

—¡Qué chico!

Peinando cuidadosamente su bucle se escurrió por el contorno, convencida de que en ese momento una proclama o un manifiesto la hubiesen ahogado de inmediato.

Atravesando los vericuetos del tamiz, manaba con su río interior, trazando raya clandestina.

Muchas líneas habían trabajado en igual sentido, estudiando su discreción y forzado incógnito, ya que no era la primera vez que la pequeña línea debía esconderse para ser fiel a su causa.

Esas líneas, convirtiéndose en paralelas, se dispersaron en enjambre geométrico; líneas detectives, líneas espías, líneas piratas…

Cuando la pequeña línea estaba a punto de perderse entre las coordenadas enemigas, Juancito volvía a encontrarla como a un asidero final, porque esa línea era la paz, y puesto que la guerra era la única acción permitida, tenía que ser la paz de contrabando.

A la larga cayeron sobre ella, y bajo un desfile de plumajes, entre rectas espadas, Juancito contempló a la pobre guedeja comprimida.

Hizo bocina con la mano y le gritó:

—¿Qué podemos hacer?

La línea no contestaba.

Pesándole mucho el cuerpo, se levantó y atravesó el cuarto. La mala respiración lo detuvo, y Juancito vio el libraco. Lo sostenía un hombre disfrazado. A través de su recia musculatura, de sus brazos que mantenían el libro abierto, brillaba esa fea belleza ostentosa de los penachos y las gualdrapas, esa belleza fea, grotesca, que se ganaba, no a través de un proceso de cantos, sino de cañones, no a través del estallido creador, sino de la metralla.

Sin proponérselo, Juancito leyó en el libro: “Sospechosa.”

Encarcelada varias veces por asalto a las asambleas, las academias y los juegos florales.

Cómplice de los poetas, los niños, los obreros, las vírgenes y otra gentuza innecesaria.

Señalada como poder conflictivo para las fuerzas aéreas, terrestres y navales, porque supone tener cien pies, dos remos y un ala.

El juzgado de primera instancia en lo penal, habiendo estudiado los atenuantes y las culpas que pesan sobre la acusada ha decidido en contra de su favor, con el siguiente fallo: “Se condena a la belleza a cadena perpetua. Dios y federación. Firmado. Refrendado.”

Juancito no podía entender bien el veredicto, y, especialmente, no comprendía por qué le daban vela a Dios en un entierro tan caro. Pues allí preparaban una manifestación y la pequeña línea estaba inmóvil entre las dentaduras bélicas, en tanto que hacia una puertecilla que se asemejaba a un ombligo, se alejaba un pelotón de fusilamiento como zamuro hambriento que no encontró carnaza.

Ella en lo sucesivo comería en plato de peltre y usaría percal; en lo sucesivo conocería la inmensidad del mar, la hermosura profunda de la tierra, la omnipotencia de los pájaros. Porque ya no podría andar, ni nadar ni volar: podía morir cualquier día en que la paz tendiera su domingo sobre los seis maderos del trabajo forzado.

Juancito corrió hacia ella que, de cerca, era una muchachita rubia con la cara ya leve y ensombrecida de los mártires, una cara tranquila, inmaterial, tan distante de las facciones duras, con ansias de fijación carnal de los condenados.

No podía sufrir, ni siquiera morir. La inmortalidad le regalaba la cabeza ensortijada y bravucona de un ángel.

Solamente sonrió, encrespándose femenilmente, entre el dogal que se escurría por las piernas hasta rodar junto a los pies, formando serpiente, y ella quedaba arriba, encima de su muerte, vestidita de greñas, como una nube, una paloma o una vara de nardo.

Juancito creía desfallecer, porque toda la vida era culpable, porque toda la vida era cobarde.

Si los buenos se suprimían y se suplantaban tan fácilmente por los malos, si la pequeña línea había sido la aguja en el pajar, si todo era un enredo que se llamaba orden, ¿quién, sino el egoísmo, podía levantarlo?

La trompeta clamó en un ángulo del patio. Un tumulto de escobas se arremolinó en torno, arrastrando la espiga de la línea apresada.

Juancito observaba, entontecido, aquella trompeta inverosímil con su cuerno de feroz abundancia.

Fantasmas simiescos respondían ciegamente al grito de un escobillón: ¡De frente, marchen!…

Las escobas barrían, barrían flores, caramelos y alhajas. Un extravagante derecho de higiene se ponía en juego para eliminar lo que no fuese marcial, bestial, sonámbulo. En adelante, los niños jugarían con charreteras, balines, condecoraciones y medallas. Y eso no se consideraba trastrueque, ni siquiera agresión, sino táctica.

Así, el color, el sabor, el perfume, bajo el mito de una concreta expulsión, quedaban expatriados y se volvían tránsfugas. Así, el remoto lirismo del hombre se aislaba bajo un paredón sombrío, igual que a una epidemia, un crimen o una lacra. Así también, tras la polvareda de los sueños vencidos, cabía que se levantasen los pedantes

escombros y que hubiese un rey en la basura y un cetro de inmundicia en un traste.

Ciertamente que existían despojos hermosos, ruinas que valían tanto como nacimientos y gemas incapaces de rivalizar con las boronas y los retazos. Pero cuando un poco de mugre se situaba en lugar de la limpieza, un escombro podía no ser hermoso y al grito de ¡Su Alteza Real! aparecería un residuo antropomorfo bajo un pringoso casco de hojalata.

Y el residuo ladró:

—¡Quiten a ese niño de en medio; no completa el cuadro!

Fue cuando Juancito se abalanzó como un poseso, con los puños en alto. Ni las miríades de aviones que surcaban los cielos pudieron detener su contraataque, ni una gran voz, que descendió del firmamento, cuando se disponía a golpear al ministro de Sanidad Pública o al jefe de los barrenderos mecánicos.

Esa voz le hacía una advertencia:

—Si no tienes capacidad de amar a uno solo hasta el perdón de sus culpas, nunca amarás a nadie.

Juancito exclamó:

—¡Válgame Dios!

¿Es que el furor lo debilitaba hasta tal punto que se transformaba en cordero y la pequeña línea en santa?

Pero aún pisaba tierra, y si el más allá era un magno tutor, la vida seguía siendo madrastra. Y la niña, la belleza o la paz continuaba sola, aunque en las alturas, con manuscrito de oro, en el gran libro del Juicio Final, anotasen lujosamente su holocausto.

Quedaba tiempo, sobrado tiempo para el amor. ¡Pero ahora!… Y Juancito gritó:

—¡Habrá que matar a unos cuantos!

Al disponerse a renegar de Dios, el cesto se volcó, largándolo a tierra, y Chipko, que era libre, que estaba fuera, reía a carcajadas.

Pues Chipko había extendido su labor de cestería hasta las márgenes, y Juancito, con los ojos cerrados, no pudo darse cuenta de que se metía dentro de una canasta.

Ahora el enorme enredijo perdía oportunidad, porque si Juancito trajo consigo aquel mundo redicho, tupido y tiránico, la tierra se lo iba desmoronando. Allí solamente brincaba de pecíolo verde a cadenciosa planta, esa vía sin argamasa ni aluvión, ese trazado que

dibuja, de hoja en hoja, con su cáñamo fino, la inofensiva red de telarañas.

*

Chipko seguía riendo, y aquella risa era antiguamente familiar como si la primera bienvenida del hombre estuviera renaciendo en su sonora, irresistible y auroral descarga.

Una risa altiva, poderosa, brutal, incontaminada, sin grandilocuencia, sin demagogia, sin resbalar en surtidor, cortada en mitad de su salto, como si la conclusión de cada estallido dependiese del próximo y así sucesivamente hasta producir la impresión de una intermitencia, de una búsqueda, de una angustia que se recreaba en su pasión sin reclamar finalidad ni calma.

La carcajada inicial que recogió la selva estremecida y atónita cual si hallara intempestivamente un brusco y ronco raudal escondido, grávido y virginal en su optimismo solitario. Pues si la naturaleza continuaba en aquellos días bajo una atmósfera anodina, su tarea de colapsos normales y de misterio rutinario, esa fiebre estaba allí, incubando su embrión jubiloso, hasta que todo el organismo selvático se percató de su presencia, como si hubiese conquistado un corazón más allá de una nueva montaña.

Un caudal que no necesitaba muecas ni aspavientos, trucos o resortes vulgares. Porque la vulgaridad fue cosa desconocida mientras la sensación no estuvo harta.

Una risa que, después, a lo largo de los copiosos condimentos festivos, de sus digestiones lentas, exigentes y arduas, se hipertrofió y estragó, apeteciendo un festín mayor al que podía servirle, en plato agreste, el natural hallazgo.

Fue cuando su invulnerable estampido se dividió y multiplicó, debilitándose, cuando hubo cuestión de cantidad y no de calidad y, en lugar de selección, se reclamaba hartazgo. Así nacieron la sonrisa, la risilla y la risotada, en pañales de espumarajos. Y fecundó un cultivo artificial, fabricando una seudo-especie donde hallaron nomenclatura el humor y la mofa, la sátira y la chanza.

El deseo de plenitud se substituyó por un apetito brutal, y éste, en muy poco tiempo, degeneró en gula y en glotonería cuando apuró la pócima del chiste y masticó la rosa del payaso.

Ya para ese momento podía exigirse una comicidad jeroglífica ajena totalmente al nativo, llano y vívido espectáculo.

A medida que el naciente producto ganaba en equivalencia y frotación, la reacción o consecuencia emotiva se hacía más endeble, más hambrienta y más reacia. Lo que quedó no fue un gran bienestar ante el prodigio, sino un ente dispéptico y desnutrido ante un pomposo ramillete superfluo, en cuya joroba jamás podría correr un placentero vértigo de savia.

Mas ahora, justamente a diez pasos, henchida de credulidad, de ingenuidad y hasta de asombro incauto, la antigua certidumbre jovial subía y descendía místicamente, agradecimiento original o respuesta primeriza de quien reconocía un choque sideral, una cosquilla cósmica, un roce de costras luciferinas, de lumbreras rebeldes, de hormigueo sin número, púdico, precoz, planetario.

Pues si era verdad que el rostro de Chipko, entre cobrizo y encendido, ya conocía el contratiempo del fetiche, y el resquemor de la parábola, parecía que en el despeño de su euforia toda la alegría primigenia del mundo quisiera burlarse de su ceremoniosa seriedad y se tomase el mejor desquite, saliendo limpiamente por su boca en un aplauso torrencial, en aquello que era la inauguración y la celebración de una vida infinita, de una sorpresa pura, cuyo descubrimiento siempre fiel e inconcluso concedía alborozo inagotable.

La repetición de la incitante maravilla no se producía uniformemente, en un hábito. Debía efectuarse para cuidar su goce, por espaciados intervalos. Porque la risa, tal como Juancito notó desde el comienzo, no era una lluvia igual, tornándose monótona, sino un chorro de solaz imprevisto, con estrategia sabia de chubasco.

Quizá Chipko avizoraba un prístino regusto, un elemental refinamiento y se paraba de pronto, sin soltar las riendas, para que la violencia intacta de su dicha no se desdibujara en balbuceo pueril de campanillas o en empellón de toscas piedras contra pasivas teclas de cristales.

Chipko temía el desvanecimiento retórico o el desenlace ornamental y convencional, vecino del desmayo. Esquivaba el bulto, resguardaba su fervor del histerismo, arrogándose un derecho de eterno regocijo, conservando su hervor, atajándolo en el momento preciso para que no perdiese nunca su gracejo solemne, su grave picadura interior y su pletórica avalancha.

Aun cuando echaba la cabeza hacia atrás en la apoteosis del sonido, su gesto respondía al instinto de volver al pecho pretérito donde la tierra tuvo su primer testimonio espontáneo. Mas trataba a la vez de sujetar el sorbo y, cuando su cabeza tornaba a la posición normal, era como si efectivamente hubiese hallado ese germen o esa raíz de fe; su rostro irradiaba una ilesa felicidad, y precisamente por ello se detenía de nuevo como si cada corte fuese un seguro empuje para colmar y dilatar su salva.

Hasta en la piel de su triunfal impulso, Chipko resultaba concreto, sólido, apelmazado; lo mismo que si su ser quisiera defenderse del júbilo y conservara una rara quietud, puesto que la prolongación de aquella risa consistía, no en derramarla, sino en moldearla.

Su frente continuaba lisa y morena, cual la concha de un fruto; sus ojos, herméticos y tristes, mucho más empequeñecidos y reducidos, no para desaparecer sino para reconcentrarse; sus pómulos esquivos y salientes como puños, y su barbilla color de aceite se conservaba entera, como un borde o un asa, a medida que el jolgorio generoso batía, agitando el recipiente facial, vertiendo salpicaduras ebrias, mas condensando el líquido entusiasmo.

Dentro de aquel señorío, de aquella proporción de sus miembros que nunca perdieron armonía juvenil, se acercó a Juancito, lo levantó de la tierra y lo cargó sobre su espalda.

En un segundo, Juancito se vio montado sobre sus hombros lo mismo que sobre las ondas de la risa flexible, lustrosa y animal, y hubiera podido decir que era el jinete de tan audaz montura cuando llevado vertiginosamente, sintió que él y Chipko, uno encima del otro, se zambulleron en las aguas.

Hubo un fulgurante brío. Llovían alfileres desde todos los ángulos. El río se llenaba de esas ruedecillas que guardan los relojes dentro de sus cajas.

Todavía miraba a Chipko, que nadaba lo mismo que un pez, su nuca esférica con el pelo de tinta o de luto y muy largo, como el de una muchacha. Si Chipko se volvía, observaba su nariz, las aletas que palpitaban levemente, y un ojo negro, reluciente y oblicuo que casi se perdía en la sien, como si desde fuera una mano invisible se lo estuviera halando. Por lo demás, la boca o el pedazo de boca que podía ver cuando se ponía de perfil, le era más conocida: pulposa, sin explosión, henchida, pero sin grasa. Aún estaba entreabierta,

conservando una huella de risa, ya que ambos sabían que allí nadie podía reír particular y limitadamente, pues el río, destacando sus dientes de espuma, se apoderaba de las risas menudas y tontas y las sumaba todas en portentoso anillo igualitario.

El río podía mucho más que Chipko y ni siquiera le brindó de escapatoria.

Sólo permitía un granizo de fragmentos de vidrio y un cabrilleo de círculos metálicos.

Si Juancito volvía los ojos hacia arriba, los rayos caían como lingotes diáfanos; si contemplaba el agua, el río largaba sus líneas corredizas con precisión de orfebre y trazaba sus curvas engarzando, en la punta de los unidos eslabones, el broche de una isla y el dije de un peñasco.

Juancito se dejaba apresar.

Las muñecas de Chipko soportaban sus rodillas, llevándolo, a todo empuje, por el agua.

Juancito se aferraba a los hombros del nadador, y aquel cuerpo de Chipko, elegante y bestial, perdía su agilidad tradicional y se sumergía lentamente en la monstruosa cabellera dinámica.

No había riberas. Juancito, sin puntos de referencia, iba ablandándose, quedándose dormido, como si su destino fuese rodar por el río, unirse a esa multitud de brillantes despojos que cruzaban con una vida diferente. Las cosas, perdiendo su situación terrena, ganaban un vasto lugar, casi el desván del mundo, cuarto de objetos inservibles donde cada uno de ellos, dejando de ser útil, no se volvía trivial sino resplandeciente y frágil.

Sin pesar, sin querer pesar, se dejaba llevar con Chipko, pues no le importaba naufragar, descubriendo esa vitalidad de la impotencia que lanzaba, hasta su torso hundido, un gran leño rugoso, algún nido arrancado por el viento o una pluma encarnada.

Si Juancito era ya un lastre ideal, Chipko tenía sentido práctico; si Juancito bajó los párpados, dispuesto a transigir, cual si el río le hubiese dado una reprimenda, Chipko oteaba los horizontes con un ceño rebelde, midiendo la gravedad de aquella réplica iracunda con sus tercos ojuelos de azabache.

Para Chipko el plumón no existía. La garza desterraba su festón de pereza y se contraía, tiznada de blancura, recalcando aquel mar, en una rama calcinada.

Chipko tomó una decisión: con los hombros se desprendió de Juancito, queriendo demostrar al río que aún aquel niño dormilón podía salvarse y despertar.

Juancito rodaba por la falda monstruosa dividida en frunces y volantes. El agua, partida en pliegues, se le metía por la boca. Después, nadó regularmente, y la orilla estaba tan cerca que le bastó apoyar la mano temblorosa en la tierra y saltar.

Chipko lo alcanzó en dos brazadas. Juancito no vio más que su figura, moviéndose, en una afirmación de orilla, hasta que se ligaron sus tendencias, y uno al lado del otro, bajo la sombra, se tumbaron triunfales, impregnados, jadeantes.

*

—¡Chipko! —exclamó Juancito, saliendo de la dichosa dejadez del cansancio.

Recordaba que se llamaba Chipko, pues le oyó nombrar cuando cruzaba inadvertido, con el vacío de un nombre, entre los hombres y las embarcaciones.

Ahora sabía algo más: que Chipko no era denominación tajante y fácil, que si él gritaba ¡Chipko!, ignoraba si lo que estaba haciendo era iniciar una clave musical para que, desarrollando una partitura, le respondiera el pico de los panzudos avechuchos que lo mismo que racimos pintones se apelotonaban en las ramas.

Chipko, el ruidillo que se producía entre dos pedruscos si unas manos las hacían chocar y salía esa candela con vuelo de pequeño abanico sembrado de minúsculas naranjas.

Al donarse en tantas formas disímiles, el nombre seguía siendo inculto, libertino, y resultaba que Chipko conformaba un encierro en su disparidad, y era el cósmico rubor, el pudor del descenso del día que se expandía en carmines, ocultando su rostro detrás de un varillaje de resol que sostenía en la punta una nube color durazno. Todo eso era Chipko: el conjunto de una serie de cosas oscuras que sólo podían alcanzarse en fragmentos, un sitio que se llamaba porvenir, un tiempo pintoresco en busca del incoloro espacio. No era cuestión de llegar sino de abarcar; Chipko continuaría estando solo aunque estuviese con él, pues Chipko no era simplemente un muchacho.

Chipko: el agua que se ondulaba cadenciosamente en plano casi ajeno e irreal, porque Juancito la veía desde su inanición o porque cielo y tierra invertían sus posiciones, y si la altura parecía una corriente vinosa, una arteria rasgada, abajo, entre las peñas y arboledas, bogaban lentos arreboles de río y la pirueta del torrente se despeñaba a su suerte en aletazo audaz de corocoro bajo la fiebre ardiente del ocaso.

Pues solamente cuando la brisa del atardecer sacudió las hojas bermellón que abandonadas en la orilla aguardaban absortas el imán de una ráfaga, Juancito volvió a mirar a Chipko, y aunque la piel de Chipko se prendía bajo la luz rojiza de la tarde, únicamente Juancito era también hoja caída, y Chipko el viento vigoroso y templado.

Chipko estaba sentado con las rodillas pegadas al mentón, y los brazos rodeándole las piernas, formaban un repecho pardo. Su cabeza se delineaba en la atmósfera vespertina como si con su pelo de carbón fuese el sostén de la creciente brasa.

Juancito sin hacer el menor ademán se abismaba en la contemplación de aquella cita entre la cabellera y el crepúsculo. Si cualquiera de los dos se movía, la hoguera podía consumirse, y él quería que continuase aquel minuto en que el cuerpo terroso de su compañero aposentaba el fuego como en un duro lacre.

Fue Chipko quien se volvió; y levantando el brazo derecho profirió tres sonidos que Juancito no pudo consolidar en vocablos: una frase abrupta, semejante al quejido de un animal, al golpe de un pez contra la orilla, al gorgoteo cómico de un ave. Resultaba absurdo que Chipko soltase aquel párrafo increíble con la misma seriedad de costumbre, que producía en Juancito una especie de desilusión, malestar y mareo irritante.

Chipko, tan oculto en su maleza de pelo, tan prometedor y tan huraño, hacía descender el calibre de su severidad cubriéndose con un dilema que no tenía el poder de los anteriores, con una jugarreta trivial en la que batían las voces sin lograr resonancia. Súbitamente se tornaba externo con esa expresión que no alcanzaba desenvoltura, rebotante como un objeto, y que no trascendía tal vez porque el verdadero idioma de Chipko debía ser la evasión más fecunda, el silencio y su muda prosodia entrañable.

Juancito lo observó con insistencia, reclamándole una compensación.

La cara de Chipko seguía atenta, seria y sensata. La pequeña nariz sorbía un gramo de meditación y la boca se fruncía levemente como si la cruzara el olfato. Bajando el brazo, repitió su tosco comentario.

El eco incipiente fue una traición a la atmósfera callada y reverente donde Chipko había convivido con él, donando su deporte, su risa o su llama.

Chipko no fue jamás un ser dócil de nombrar, pues tal como Juancito dedujera, en cada manifestación viviente ofrecía una ausencia gemela, como si viniese hasta el niño desde una dimensión secular, señorial y densamente arcaica. Ahora esa soledad se tornaba en vacío y el rescoldo se iba deshaciendo en el río, gran depósito de cenizas compactas.

Juancito no podía hermanar los hechos, aunque muchas veces fue posible pasar del misterio al disparate. Le clavaba los ojos en el rostro cetrino, siéndole insoportable comprender que una vibración tan distante de lo complejo emergiese de aquel cuello de líneas sutiles, bifurcado en reflejo oliváceo.

A Chipko se le formaba un ceño, una ramita seca. Estaba pensativo, ignorando cómo prolongar aquella unión que nació cuerpo a cuerpo sobre la pista de las aguas. Uno y otro sufrían desorientación. Chipko intuía que su intento de conversación estaba trunco, pese a que más allá del sonoro tizón del torrente y de la pechuga calentada por el gorjeo, entrechocó las piedrecillas de sus dientes, superando la tos de los vientos, el estornudo del manatial y la lengua incoherente del río, llena de extravíos verbales.

Juancito no había comprendido su voz. Escuchaba el jadeo de los remos, miraba el esfuerzo del tortuoso ramaje. El paisaje alcanzaba una torpeza desconocida. Emanando de una anestesia lírica, el río extendía su cuenco ahíto de sudor.

¿Hasta qué punto eludiría Juancito la aspereza y la acción si Chipko insistía, y él estaba oyendo una precaria ligazón de árboles sacudidos por ventiscas, de serpientes sinuosas brotando en los pantanos? Penetraba esforzadamente en el acento tanteando su remoto hontanar, doliéndose con su afonía y su dicción pesada y rechinante. Aquello consistía en un auténtico heroísmo, como si el sufrimiento fuese el único medio de comprensión. Para llegar tenía que abarcar y entender hasta la imperfección, si fuese necesario.

Luego vino como un juego, una distracción para Juancito que recorría el cinturón guarnecido de piedras de la voz sustantiva, atajando el trino perplejo, en engaste seguro, el rugido en concatenación con la queja del bosque, esa queja cristalina y macabra.

Pescando estrofas vivas como peces, se decía, captando: "Aquí un arbusto fue derribado por el rayo." Y más adelante: "Aquí un guijarro cayó al río." Y cuando la voz se tornaba ligera: "Aquí ha volado un pájaro…".

*

Chipko se levantó, llevándose un dedo a los labios.

El río ondulaba a sus espaldas como gigantesco ciempiés, y el atardecer entre las frondas adquiría una tonalidad de herrumbre, cual si las espumas, enroscadas en culebras coral, amontonaran su pelambre en enredijo acuoso de araguatos.

¿Quién encendió una fogata en la más honda densidad? Hubo un rumor de quemazón, confuso, correoso, crepitante. Chipko apartaba las ramazones; Juancito creía que iba a encontrar esos carbunclos que las quemas propagan, en encías rabiosas, a lo largo de los cañaverales. Mas no se rezagaba nada tras la fronda y Chipko continuaba la codiciosa búsqueda. Saltaba un mono y Chipko lo evadía con veloz astucia de los hombros. A Juancito, que no lo igualaba en rapidez, le golpeaba en el rostro el pestilente rabo.

Un trozo de pantano se hundía en la oscuridad. Chipko lo avizoraba inmediatamente. Juancito se zahondaba hasta las rodillas en el barro. Los fangosos terrones, sangrientos como esponjas, absorbieron por sus poros cien arrugas solares. Un trecho se despejó, se pronunciaron unas peñas y Chipko, pegado a Juancito, se detuvo ante el imprevisto recoveco donde, perforado de sol, se abría un ancho claro. La yerba tiritaba bajo una luz que, por lo excepcional e insólita, se resentía de su repentina libertad y flotaba con desazón y con temor en un cendal de pátinas. Las piedras tampoco se acostumbraban al resplandor. Se tendían inseguras de su corporeidad, habituadas a una vida de ascetismo y olvido, ajena a la que siempre pudo disfrutar el ribereño y nítido peñasco. Con fatiga de ruinas y modorra de escombros, demoraban cabizbajas y húmedas, bajo una suave funda de letargo.

Sólo en el centro la reverberación ganaba ímpetu. Un punto rojo se movía rodeado de otros puntos que lanzaban pequeñas llamaradas. Aquello era justamente el núcleo del ruido, aquel pájaro color de mamey, de mamey en dulce, que bailaba en medio de sus compañeros, público engalanado de su danza.

El ebrio pajarito bailaba sorbiéndose su propia embriaguez en aquella cabriola festiva que, esponjada en un vellón de vino, efectuaba un brindis con cada nuevo paso. Cuando se cansó de danzar, exhaló un pequeño alarido y se unió al grupo de cuya ronda se desprendió otro pájaro, ocupando el sitio central, convirtiéndose en siguiente danzante. Se fatigó también, reventándose el pecho bermejo con el ardiente trino, como si del calor de su rápido canto dependiese la vívida coloración de su pechera grifa y escarlata.

El gallito de las rocas buscó durante milenios escondidos parajes rocosos, para ejecutar con aspaviento de candelas sus concienzudos números de baile. Descorriendo el cortinaje de la frondosidad que entremezclaba polvorientas barbas, el gallito de las rocas montaba sus espectáculos secretos en la más selvática clandestinidad, formando con los miembros de su prole, sus intérpretes y su auditorio, siendo autor, libretista y músico a la vez, espectador y actor, conformando en el cuerpo de cada uno de sus congéneres, una absoluta trinidad de creación, contemplación y acto.

En el aula más densa de los matorrales, bajo la caparazón de las techumbres pétreas, supo dictar la más bella cátedra anímica a sus pichones, a los que apenas brotaba el plumón en coruscante felpa de cinabrio.

Ese espécimen diminuto comprendió que a la selva no le bastó esculpir los peñones, pintar las flores y los frutos o pulsar las notas de los ríos en turbulentos cánticos. No le fue suficiente el progresivo movimiento que anotaba su iniciación en la misma turbulencia del río, entrelazado después por espasmos de boas y brincos de criaturas vertebradas. Ni siquiera el superado minué de las mariposas pudo hartar aquel buche insaciable, porque los insectos salvaban pasadizos silvestres en una fuga hacia la intimidad, con un aire de salón y de seda, de gobelino y de breviario.

La selva apetecía una síntesis de lo etéreo y lo terreno, un producto híbrido, celestial y sangrante, una menudencia iracunda, y puesto que ella donaba la coreografía, el gallito de las rocas se situó

entre los senos graníticos, alisó una tarima musgosa y allí colocó un corazón, el corazón de todos sus componentes que, dibujando un círculo de fuego, aumentaba sus palpitaciones con cada bailarín que emanaba de la vena febril o del corro candente y carmesí de la farándula.

Juancito no hubiera podido aplaudir. Tenía las manos sobre el pecho. El gallito de las rocas le hacía el amor a la hembra, pavoneándose en su pirueta, señalándole su imperio y su facultad, puesto que las plumas de ella eran oscuras y conservaba la cabeza gacha.

Puso una mano en el brazo de Chipko y lo miró, sonriendo. Chipko se volvió. Por los ojos oblicuos vagaba una discreta ternura, gemela a una voluntad recalcitrante.

El grupo de gallitos continuaba el festejo. La pequeña tea central frotaba el espacio con su viruta escandecida. Y esa minúscula figura fue la que se agrandó, se convertía en la única perspectiva visual, remontando diabólicas antorchas en un brutal impulso de aquelarre.

La cresta del gallito tuvo un sobresalto de pólvora. Juancito apretó los párpados. Cuando abrió los ojos, sólo pude mirar al indio más viejo de la tribu que, para tocar el botuto, echaba la cabeza hacia atrás, despeinando su tiara de plumajes.

Parado ante Juancito, el anciano maloliente y curtido, con el sexo a la luz, alzaba hacia el confín ilímite aquel otro sexo bisabuelo del idioma común, ese instrumento oscuro, poderoso como el alumbramiento de la voz, enteco y taciturno como su propio ejecutor, que otros hombres llamaron después la trompeta sagrada.

*

Así restalló y se expandió por el contorno aquel quiquiriquí original, hora de amanecida, chupado por la boca reseca de un juglar sarmentoso, reluciente de mica y de sebo, untado de pegotes lumínicos, de aceitosos y turbios emplastos.

Así se extendió para Juancito aquel país de Chipko, orbe sin denominaciones, en el que oraban los hombres más viejos de la tribu en un trémulo acuerdo de brujos y volátiles.

Juancito no sabía decir si se sentía conducido al placer o a la angustia, al deber o a la dicha, a la muerte o a la resurrección, cuando

ante el arbusto escogido para la cáustica oración, se mostraron los adoradores del altar agreste con una rara cualidad, infantil e imperiosa, elemental y autoritaria.

Cuatro indios ejercían las funciones del culto. No podía sujetar mentalmente los movimientos que escanciaban vidriosos licores desde combas totumas hasta los potes que habían sido cocidos entre fragantes leños para servir de asiento al néctar en sus obesos cálices. Él mismo estaba quieto en su temblor, alerta como oído, pegado a la oreja de la roca, eco de la melodía gutural y monótona que rebotaba en cacareo pagano.

Los indios que cumplían los misteriosos requisitos, descendían al más inasible pormenor con ademán de dueños y sin perder su aspecto genital de crudeza, conjugando equilibrio, maldición e inocencia, en carnal antinomia de sabios y de machos.

Aquello se presentaba tenebroso sin dejar de ser prometedor.

El trompetero parecía abrirle las puertas de un hórrido cielo de betún y de púrpura, donde atraían los brillantes menjurjes, el matorral de las cimeras y los zarcillos de los oficiantes, moldeados en dientes de caimán y de váquira.

Ya era una súbita acogida cuando la majestuosa pantomima resonaba en sus tímpanos con ruido de corral y de granero, en áspero aleteo de gallináceas. ¿Acaso no hubo clamor de bienvenida y sensación de despertar? ¿Acaso el huevo de la incógnita no iba a romperse en fluidas yemas solares?

Percibía una brusca repulsa, pareja al goce y a la plenitud, casi su reverso simultáneo. Y sin embargo, no podía volverse. Igualmente transido se sentía pasando del planeta al precipicio, calándose afincado o vulnerable.

Cobraba impulso si la selva se entreabría en un leve cristal azulenco, pero perdía su aplomo cuando la fronda sonreía, malévola y dulzona, entrecerrando las pestañas. Desde el fondo de las resquebrajadas vidrierías, un gran ojo invisible lo miraba de pronto y de soslayo. Aquel ojo ciego, como el ojo que perseguía a Caín, no descendía jamás: mantenía su nivel captador, siendo señero y saturnal, salvaje y solitario. Un ojo acusador tan severo en su crítica, que a través de las ramas y los ornamentos se convertía en ceño sobrehumano. Tanto que Juancito admiraba sin querer su sobrenaturalidad

y no calibraba, pues era igualmente arrollador, cuando salía del éxtasis para entrar en el pánico.

¿Qué lo impelía, la voluntad o la resignación?

Encarnada en el choque, en el síncope, una última meta, henchida de fatal resolución, alentaba tras las cabezas de los hombres con sus pelos difusos de cabuya y sus cetros bruñidos con rocíos metálicos. Entonces los rostros poseían un bello y especial despotismo y quedaban suspensos en la más externa contorsión como arrogantes máscaras.

Observaba aquella espasmódica apariencia, aquellas caras por las que se agitaban vaticinios y fórmulas en mil gélidas ráfagas. ¿Era ese el comienzo? Más bien Juicio Final, el doble colmo de la vida con el juego de sus opuestos, ligando la seducción y la promesa, la apetencia y el miedo, el abismo y la arcadia.

El extremo de la existencia con su tribunal inquisidor.

El juicio final en el sentido de que dejaban atrás las fronteras de la razón y de la cordura, y toda superficie que irrumpiera como la de Juancito, se consideraba como yerro, con una intensidad de pecado. Como si la civilización de la que provenía pesase como culpa, aquel curioso resumen del tiempo y de la edad, purgatorio y paraíso a la vez, levantaba una noción de rigor y castigo allí donde no habitaban los conceptos, allí donde se avizoraba la redención en una fiesta del instinto y en solaz de simiesca algazara.

¿Por qué no protegió su encarnadura?

No precisaba el bulto de las frutas colocadas en el sitial de la trompeta, lamidas por la brasa y la sombra, por el humo y la mancha.

Ya todo era agresivo sin dejar de ser ambiguo. Instaba esa dualidad, esa posible escapatoria en el trasfondo cálido del yugo. ¡Mas ahora parecía tan remota! Olía a carne, a quema.

Lejos, tras un visaje de volutas, se sentaba una hilera de monos muertos sobre parrillas encendidas, cuyas lenguas fogosas y hambrientas paladeaban la piel rasurada.

Cada uno de aquellos monos tenía la misma estatura que Juancito, y esperaban, con un aire de obediencia y fatiga, la hora en que el festín, ogro de cien fauces cetrinas, se lanzase sobre sus brazos y sus piernas, ya transformados en manjares.

Hubiera querido escapar. Hasta su nariz huidora y sacrílega llegó un vago recuerdo de incienso mezclado al aroma del licor y las frutas y a la espiral de la fritanga.

Era un infierno, pero un infierno ineludible, una orgía redentora. Y si todo cumplía la misión de proyectar exceso y apetito, de la humareda cruel se desprendía un poderoso aliento de holocausto.

Aquellos monos, sometidos a la calentura y a la condena, descolgaban sus nucas peludas ante el canon secular del higiénico fuego y serían masticados en un sacramento, y a la sombra de la transmutación, por enhiestos y atroces arcángeles.

¿Se le iba a hacer justicia? ¿Dónde estaba su penitencia? Chipko le cogió de la mano. Se volvió velozmente, interrogando con los ojos. El saldo, ¿estaba a su favor? Chipko no sabía responderle y lo empujó hacia la fronda, mientras él se preguntaba aún, con inquietud creciente, cuál iba a ser el fallo.

*

Mucho tiempo después de haberse dejado llevar, insensible, por los dedos tranquilos de Chipko, comenzó a notar que no lo rodeaba ninguna coerción, que el temor ante una sentencia demasiado dura era su único obstáculo.

En torno suyo, el único crimen posible era el descenso del sol, monumental martirio de las cosas, y aún así parecía natural, pues el charco de la desgarradura no fluía en residuos sanguinolentos sino en vapores malvas.

Todavía creía entrever que, detrás de los setos del monte, se empinaba una jerarquía celosa y tutelar cuando una piña sobresalía entre las hojas con su escamado y rígido penacho. Pero hacía rato que la trompeta había dejado de sonar. Reinaba un silencio henchido de rumores discretos. Chipko atravesaba con él una zona crepuscular donde el mayor sonido residía en el balbuceo de un manantial que colgaba de una piedra sin definir su lanza líquida, hundida en el recogimiento que, como tinta, se incorporaba lentamente al agua.

La noche soltaba estrellas bajas y calenturientas que se confundían con los pozos zigzagueantes del río, o más bien Juancito diría que soltaba solamente estrellas errantes; un lucero, cerilla volandera,

prendía en las peñas un renovado manantial o partía hacia el estadio anterior, elevando una rauda fogata.

Junto a ellos, todo eran chamizas, restos de hogueras y de fluviales nervaduras, terreno pantanoso del que rezumaban resinas, delgadas, sudorosas muchedumbres, y donde, a falta de seguras presencias, cundían maceraciones y pronósticos, pátinas y presagios.

Les tocaban los hombros los frutos en sazón. Chipko arrancaba uno y el tirón impelía los restantes. Rodaban peces a aquel suelo apacible y pastoso, en el que se movían sin dirección, guiados por oscilaciones e inasibles cortezas, boa benigna y embrionaria.

Plano fetal, suerte de mordisco a lo informe, cuando Chipko hendía sin gula la molleja violácea. No había viscosidad.

Juancito empujado por gomas untuosas, por babas opalinas y amoratados gases, vagaba sin rumbo, ausente de reproche y repugnancia.

La tierra ignoraba los nombres, las figuras, y estaba en formación, en proceso y en prueba, mientras él atravesaba tentativas y experimentos que se lograban o se consumían, dejando sus despojos o sus brotes en aire germinal o putrefacto.

Era, más o menos, un limbo donde innumerables criaturas descendiendo de un lugar sin nomenclaturas ambulaban en derredor, en busca de su riesgo y de su rango.

¿Era aquello un animal en acecho, el lomo de una peña peligrosa y pendiente? Sólo de vida o muerte se componía la agresión, y allí donde la vida surgía como un éter, donde la muerte crujía y se enroscaba como carne, no había peligro de polvo ni de personalidad. Iban por una nebulosa o prehistoria en la que el jugo y la sangre transcurrían en sordos fermentos y la piel y los bulbos aparecían apenas en masivos estratos.

Se asían al soplo y a la respiración de las esferas que tanteaban su cuerpo futuro desde un fondo de ensayos acuosos que arrastraban embarazos de mosto tras lagunas de lava y de lastre; flotaban sin tino y desaliento, buscando fijaciones concisas, luchando por la forma y la norma. Era ese silencio pesado, pensativo, de las grandes premoniciones, esa penuria de los planes, esa monotonía absorta e indigente de los preparativos, pero sobre todo, para Juancito, era un descanso y una voluptuosidad, un deslizamiento sin método, sin choque y aparentemente sin destino, del que no irrumpían consejo

ni protesta, en el que se bogaba protegido del grito, pegado al enorme susurro que suspiraba de fatiga, presintiendo por fin la tardanza.

Pues fue sólo una tregua. Hubo una premura en el viento, la frondosidad se aligeró y Juancito salió a un ámbito airoso donde el último intento terreno se enarbolaba trémulo y jadeante.

Chipko corrió con él. Iban hacia una enorme ojera, hacia los surcos de la tierra sufrida, hacia las magulladuras transformadas en vegetación.

Juancito se detuvo ante la herida ya convertida en flor.

Atenazadas en los troncos, temiendo descender a la peregrina encarnadura, pero arrogándose el privilegio de la patética explosión, había unas flores impulsivas, unas flores complejas que expresaban su espontaneidad y su celo en una mezcla de impudicia y reserva, de exuberancia y de recato.

Juancito se tumbó en el matorral, bozo lila que contrastaba su imberbe aunque enmarañada precocidad con aquella perfección ilímite que había nacido del esfuerzo sumo, con aquella flor que vivía de la luz y la atmósfera, del estallido y del matiz, más allá de la memoria y de la huella, de la experiencia y la pezuña, frágil y cardinal, como la joya de los sexos, como la ideología de la entraña.

Juancito tuvo una violenta visión. A través de los pétalos, integrados a la madurez y al crepúsculo, iba adivinando el devenir, el ritmo de las horas, aquel mundo incoherente, no en su religión sino en su trompetería, no en su credo sino en su tortura, aquella movilidad soberbia y estridente que le exigió arrepentimiento… Porque las orquídeas, a través de su alada corporeidad, se agitaban bajo el accidente y la brisa, con sosiego de exorcismos abstractos.

*

Salió de la luz vespertina preguntándose si el presunto delito había sido pagado con creces.

Se volvió en busca de Chipko, que se adelantó con muda celeridad, recobrando su dominio genuino, ya parado ante la boca de la negra caverna ornada con un friso de protuberancias.

La noche se llenaba de estrellas ateridas. La tierra, para los astros, debía ser también una cueva. Quizás el cielo, cada noche, se asombraba de la tierra, y las constelaciones asomaban a la contemplación de lo

humano con igual y repetido terror, arrastradas por temible mandato. Y tal vez la estrella errátil fuera un lucero suicida, no dispuesto a transigir ni a mirar.

Acudió. Si retrocedía podía perderse definitivamente; Chipko, su solo derrotero, erguido en el umbral.

Se veía a las claras que era forzoso entrar. ¿Para qué resistirse? Juancito penetró como un reo. Pero seguía sintiendo. Todavía era espectador y no víctima.

El aire se detenía, con voluble resuello, en los difusos murallones que diezmaban su complexión esférica en estertor de venas y de líneas.

Notábase enrejado. ¡Aquel ruido metálico! ¿Echaban los cerrojos? Dentro de la gruta, ululaba el vacío. Chipko desapareció también y sólo se anillaban, convexos, nubarrones de espesa densidad.

Chipko vendría detrás. Y Chipko estaba vivo.

Comenzaba a distinguir piedras sombrías y musgosas, una destilación como una veta y una hilera de cestos cuadrados.

La covacha no estaba desierta. Hundida en la oscuridad, saliendo de un canasto, se agazapaba una mujer, una bacante vieja, sumergida en la sórdida paz del presidio. Olía a mazmorra y a mercado, a rancho carcelero y a potingue.

Juancito se atrevió. La cueva recobraba sus curvas, dibujaba indolentes escorzos, postraciones redondas. La mujer, un contorno sumándose; ebria, alicaída sobre su extático desorden. Y mojada. Juancito caminó lentamente. Por lo menos allí había una fofa vestidura guarnecida de fugaz metalurgia, un trapo viejo, pero estable, un parche con remiendos alegres, con aroma de especias y reflejos festivos. Emparedada en el desván de la caverna, entre el desflecado desaliño de la saya marrón que la envolvía, la aparición poseía un respetable y vívido abandono, incapaz de aceptar otras limosnas que las prodigadas por las goteras y las exudaciones, engarzando gusanos de lluvia en su torpe majestad harapienta, coordinando humildad y exigencia con un aire de suntuosa mendiga.

Juancito contenía la respiración. La figura no se movió. Dos gotas anidaban en sus párpados, y la mujer osaba despertarse, enfocándole con pupilas de vidrio.

Cuando estuvieron frente a frente, los goterones resbalaron en lágrimas por el liso regazo, y ella volvió a su ensimismamiento bajo la bóveda profunda, como bruja machorra y sapiente, evaporando el llanto en su modorra para enfrascar un poderoso filtro.

La cueva se apretaba en nudos de peñón superpuesto. Flotaba un olor a bachacos pisoteados. No había que temer. Juancito se rió de sus cuidados. Aquello no era una mujer, sino una muñeca con los ojos cerrados, una gran muñeca andrajosa, hierática y dormida.

¿Quién colocó la muñeca en la caverna? ¿Había niñas indígenas, niñas como Chipko, que jugaban con muñecas del tamaño de una mujer?

El brillo iba desapareciendo. El agua empapaba los andrajos. Juancito remiraba el rebozo, pendiendo como pámpano. La muñeca, la cabeza de pasta o de yeso, entre aquel hálito de esperma, de almíbar y de tártago.

La cueva le enroscaba en torno una impermeable cripta.

Juancito encontró espacio para extender las manos hacia la muñeca y retrocedió de un salto, con ahogado alarido, cuando ya iba a tocarla.

La muñeca tenía la boca desdentada, las órbitas vacías.

Echó a correr, tropezando.

Bultos le cerraban el paso.

Tres muñecas inertes.

Diez muñecas heladas.

Se topó con Chipko, que se dirigía a los sacos de fibra, hacia aquella estructura de polvo, concentrado y albino, que podía parecer una silueta moruna abocada a la contemplación cuando se la miraba desde un punto impreciso. Porque tenía una funda, una costra como un ánade sepia, una venda de farras marchitas.

Chipko se detenía, calmoso y reverente, igual que un joven mercader entre sus secos "mapires", ahítos de fémures y cráneos. Quería indicarle que era una mercancía de buena ley, que no se compraba ni vendía; un tesoro que se regalaba a manos llenas, con tal de que los sucios dedos no tocasen la discutible divinidad de tan extraña y lóbrega quincalla.

Desde luego, había variedad. Cestos chicos para los niños muertos, descarnados a la intemperie, y cestos grandes para los hombres destruidos por la fiebre, la fiera y el combate; cestos amarillentos

para los ancianos vencidos en la longevidad y cestos lanceolados para las mujeres mal paridas o ahogadas en los caños.

Las maderas no prestaban utilidad. Siempre que un cuerpo rodaba, entre las frondas, surgían ataúdes como nidos, urnas de cogollo y "cocuiza", descomunal panera de malojos para encerrar las migas y boronas del amasijo culminado y fiambre.

Y ya no parecían residuos. La hogaza se otorgaba al ágape terreno en su visión primera y esencial. Los moldes se perdían. El gran horno de Antropos, que aun ante la mandíbula de muerte pedía una horma de caoba para ofrecer sus métricas carroñas con el exacto e inicial tamaño, sufría una transformación. Los procedimientos eran otros: métodos de excavación y exploración.

Los amortajadores llegaban al meollo, al núcleo fulminante y preciso, arrancando la exangüe epidermis, dejando sólo las orillas desnudas, el demudado apoyo de los cráteres.

Se arrancaban los pellejos molestos como sobras de harina y sólo volvía a la intemporalidad lo que no podía poseer la estatura del tiempo, la rosca o caracola blanquecina sin bacanales ulteriores, sin dramatismo innecesario. Como si el hombre no muriera, arrastrando un bochorno consigo; o no hubiese agoreras incógnitas, futuros de hedentina y desprecio o devenir de negras mariposas formando un vergonzoso tablero sobre las bases níveas de las viandas; como si se restableciese la dignidad, el decoro de toda cosa, salía aquella hostia que recordaba al cuerpo, sin ser el cuerpo en su mortal crepúsculo, sino en la noche y en la desaparición, con su luna sin riesgo de caducidad o podredumbre, defendida del ávido ambiente que enfilaba sus lenguas, sus larvas.

En un tónico brindis, en un sedoso círculo, se eslabonaba el sobrio sarmiento de esternones y omóplatos, raíz de invernales clavículas, acartonadas rótulas e impolutas falanges.

Impregnadas lo mismo que racimos, pues los torvos plantíos escanciaron los fluidos, los flujos, y la fricción corrió sobre las tibias con sus ojos grasientos, avizorando un generoso caldo.

Era cuando la selva removía su gigantesca tienda de envolturas y empalidecían las arboledas, almacén de afeites y de lienzos, de colorantes y capullos, de cortezas y bálsamos.

Después de la oración y el ungüento, del embrujo y el unto, los embalsamadores, para la mortaja final, arrancaban la flor de Heliconia y la unían a las hojas del plátano.

Así se completaba la manifestación. Cuando del bulto corporal comenzaba a salir la página esquelética, la cuartilla con blancura de ruina, podría decirse que la resina servía la tinta y los santos óleos, y que el banano, arrollándose en voluptuoso pergamino, enarbolaba el cóncavo sudario.

Las osamentas semejaban envoltorios de frutos o trofeos de guerra dejados a la sombra y a los pájaros.

Seguidamente se maceraban los retoños, se tramaban las vivaces gramíneas, se movían los mecates sinuosos, los crespones de yedra, las lonas y literas de las vegetaciones, hasta que la sierpe trepaba en el hervor con femenina ondulación de hamaca.

Y los muertos quedaban inmersos en féretros leñosos, cuyas cintas de *moiré* vegetal sostenían en vilo, contra el bicho y el sórdido ayuno, su inmortal ramillete de copos, su abanico laminado de cuarzo.

A los muertos los ponían en cuclillas, con las cabezas sobre el pecho. La estructura se mantenía ilesa, aunque ajena a la percepción individual, cual si los vivos vieran a los no vivos en otra dimensión, cual si no fuera posible aceptar al individuo muerto, como si el individuo fuese eterno y su entrega a lo disoluto le otorgase una distinta entidad: de oruga, de trepadora, de crisálida.

Aún las veía Juancito, una al lado de la otra, osamentas con sus delgadas túnicas de corola y cambur, con sus nevados eslabones, férreos nudos de sábanas.

*

Aquel depósito de calaveras impregnadas de goma olorosa lo llenaba de trágica rememoración. Por los ángulos calinos lo asediaban estigmas de onoto como restos antiguos de sangre.

A medida que corría, pensaba en sacrificios y en degüellos, y sus pies tocaban utensilios: un cazo esmeraldino con incrustaciones de humedad, el filo ceniciento, casi de ónix, de un hacha.

Se detuvo para tomar aliento. Chipko osaba convidarlo a un festín. Se encontraba rodeado de vasijas borrosas. Lo convidaba con los ojos quietos, elástico anfitrión, deslizándose por el laberinto de

la arcilla medio cocida, verdosa o gris, que se licuaba en torno con dentelladas vaporosas de agua.

Chipko ansiaba desplazar su temor; después de tanta prueba quería ofrecerle un delicioso trago. Juancito se acercó a regañadientes, alentando una remota ilusión. Las "múcuras" que rodeaban a Chipko semejaron desgarrar la opresión, hinchándose de zumo y de limo, izando sus asas paralelas con dibujos de lagartijas y caimanes, de arabescos y meandros.

Las vasijas estaban llenas de pulpa de coco. Juancito alargó la mano para coger un trozo; Chipko se lo impidió con brusquedad. Juancito miró bien y entendió la censura. Entonces volvió a correr desatinadamente… Metiendo la mano en la vasija, hubiese sacado una ristra de huesos humanos.

Tanteaba la salida, rodeado por aquella burla biológica, por aquella confusión de pesebre, cocina y sepulcro. Se pegó al muro izquierdo; estaba resbaladizo y cayó. El miedo le trababa el movimiento. Sólo pudo levantar la cabeza e imaginó oír, a lo largo de la vajilla fúnebre, el ruido de una dentadura que, midiendo su desengaño y su traspiés, reía en silenciosa carcajada.

Quería proteger su piel y no podía levantarse. Ignoraba que los cadáveres frescos que fueron extendidos desnudos sobre la tierra húmeda perdieron su monda y su pulpa con tan sedeña docilidad, que el acto recordaba al ordeño, pues cuando los huesos emergieron parecían delgadas lonjas de guanábana.

Después, sobre esos huesos, se vertieron los tintes y cosméticos como salsas y aliños. Por eso se veían huesos distintos. Blanqueados al aire y al sol, gélidos y ahusados carámbanos, o pigmentados con tinturas rojas como amuletos de coral o puñales recubiertos con laca.

Esto apenas podía entreverlo Juancito, porque la lluvia y la canícula, con un tajo carnívoro, devoraron todo lo que fuese mansedumbre y textura, y había quedado un material roído, un boceto lampiño, eso que curiosamente se identificaba con el agua roedora y la lluvia antropófaga: una serie de colmillos gigantes.

Juancito estaba muerto de terror y de frío, castañeteándole los dientes, iguales a los huesos, mordiéndole la lengua y los labios. En el fondo del pecho se le abría una inmensa ranura. ¿Tenía otra cueva por dentro? Pensaba en lo que estaba afuera. Afuera existían sombras, pero también estrellas; hombres que morían, pero a la vez la vida,

aunque el lucero intransigente y rebelde no quisiera mirarla. Aquí, sólo la noche con la muerte, y él, que avizoraba su agonía, y Chipko, que lo miraba sin animadversión, que parecía tenerle lástima.

Ya no veía bien a Chipko. Tenía un pañuelo sobre los ojos. Chipko levantaba del suelo un cesto o una enorme piñata. Juancito se abalanzaba con un palo y descargaba golpes. La piñata se bamboleaba con un sonido de metal, se rompía, y al suelo descendían huesos de malaquita y ágata. Se llevaba uno a la boca y lo chupaba… Sabía a carne cruda y lo escupió con horror.

Chipko se detenía en un rincón donde alguien instaló un pequeño escenario. Era un teatro de títeres. Él seguía escupiendo, y al teatrillo se le prendían las candilejas, plateados redondeles de agua. Brincaba una marioneta suspendida por dos finas lianas. Tenía una peluca de mimbre, una capa de blonda… No veía bien… Eran tiras de cartílagos fláccidos.

La marioneta habló. Decía cosas ininteligibles, pero Chipko entendía; abandonó el teatrillo y se dirigió hacia una mesa que la marioneta le señalaba con el dedo. En la mesa, una vasija cuyas agarraderas eran dos ranas de lapislázuli. Chipko bebía con afán, bebía hinchando los carrillos, bebía leche que lo salpicaba de pequeños aludes.

Juancito se tapó la cara. Pensaba en los cementerios, aunque no halló tumbas ni lápidas.

Veía una puerta de ébano cuyo aldabón era una calavera de recién nacido. En el filo de la gran puerta se amontonaba un brillante tapujo de cáscaras. La puerta se abría sin ruido y él cruzaba un pasadizo en penumbra, con altas columnatas. Los pilares resultaban costillas. Tenía miedo de subir, y el esqueleto que estaba en el descansillo le silbó, llamándolo. El silbido repercutió por el interminable pasillo de columnas.

Echó a correr con la lengua fuera, pero el esqueleto venía detrás chirriando como una verja en el instante de abrirse. Lo cogió por los cabellos, arrastrándolo por los peldaños. Juancito se debatía lo mismo que un animal. Clavaba las uñas en los brazos de hueso, hundía los dientes en los hombros de hueso, pero se moría como un perro caliente, derramando saliva por los tramos de escarcha.

El viento ululaba a través de los vacíos del esqueleto. Juancito sintió helársele la circulación. Comenzaba a hacer gestos que no le

pertenecían y lo iban manejando a otro antojo, porque la mano de hueso, cual si Juancito fuese un títere, se le metía dentro de la espalda.

Tropezaron con una enorme tela de araña.

Iban a colocarlo dentro de la red. Los hilos se movían, vivos. La araña estaba allí, la araña mona, tendiéndole sus garfios lanudos. Ya la mano de hueso salía de la espalda de Juancito como de un manso guante.

Fue cuando Juancito gritó. Su grito cundió por el pasadizo de las costillas y su grito llegó hasta la cueva donde se había quedado dormido. Su grito, la sacudida que Chipko propinaba a sus hombros para despertarlo.

*

Un breve despertar, medio para el siguiente agotamiento. Un peso invisible sobre los ojos que lo iba sumergiendo, sepultando…

¡Ascender, incorporarse, a lo menos golpear con la cabeza el pedazo de cavernosa tierra que le servía de almohada!

Un espantoso esfuerzo sin conseguir cambio de postura. Ni un músculo acataba la impotente inquietud. Sufrir horriblemente con el tenaz deseo de volver. El pedazo de tierra persistiendo en su roce, sólo como un recuerdo.

Su único punto de apoyo, su consuelo postrero radicaba en el hormigueo de los miembros que, mantenidos en igual posición, se le quedaron dormidos. Mas quizás eran los coleópteros que subían por sus piernas, las gotas que, hilvanando un rosario de plomo, le corrían por los brazos.

En torno brincoteaban insectos cachazudos, volaban a ras de piel hediondas y obesas sabandijas con un ruido de papel ardiendo. Se imaginaba como a una ceja enorme, tupido por lunares de moscas. ¡Y sin poder abrir los ojos!

¿La muerte? ¿Qué cosa era la muerte?

Cosquilleaban las hormigas, los interrogantes.

Una leve noción de actualidad rozó sus inmóviles mejillas cuando Chipko se tendió a su vera.

Chipko podía sacudirlo de nuevo… Chipko, dormido… Juancito, muerto… Chipko… Juancito…

Juancito fue un niño. La cueva le servía de sepultura. No sintió nada más. Tal vez, la nada; la nada y mucho más. Puesto que, cuando se moría, se seguía viviendo en los otros.

El niño Juancito había desaparecido y todo proseguía en derredor.

Allí estaba el sueño de Chipko; Chipko soñaba con fogatas, abrevaderos y leopardos; soñaba con Juancito… Juancito se encontraba a su lado aprendiendo a comer mono frito…

Los hombres morían como monos. Allí estaba el sueño de los muertos.

Soñar, para los muertos, consistía en una proliferación, una actitud anónima de entrega, un sumiso despliegue vital, sin recibir humanidad en cambio.

El primer sueño de los muertos se dispuso a donar la carnosidad, sus gajos abonaron la siembra, los ojos se les hundieron como semillas. Manjar gradualmente repetido, los terrones probaron sus dedos como si fueran dátiles. La sangre se apiñó en las hondas botellas del musgo. Los nervios, las arterias, se extendieron. Después, el agua fue más limpia, el arbusto tuvo atlético brío y el pecíolo recordó al tendón repartido, remendando la malla de pescar con sensitiva ondulación de hilacha.

Los muertos renacían, no sólo en otro ser, sino en su propia, voz, esa voz que pronunciaba hasta el torrente. No les bastaba el polvo. Las aguas se desplomaban ante la negra cueva, guardiana del polvo, en una polvareda infinita, y las gotas coronadas de ebullición soltaban en derredor ígneas migajas. Los muertos se establecían por su voz. Vivían todos sus mandamientos. El primer padre procedía del río —advertía la enseñanza inicial—. Apareció como un claro alarido y desapareció tras los visillos de las caudas. El dogma permanecía idéntico. El primer padre estaba vivo también, como los muertos, aunque los surtidores desataran una nube de espuma de una a dos millas de espesor. El primer padre procedía del río, del polvillo lumínico del río, y se posesionaba, como un leño rugoso y pulido cada día, de la hoguera de las ondas niveladoras, desafiantes y ralas.

El río refrescaba las salmodias. En cada amanecer renovaba el origen, recordaba la causa. El axioma estaba sin mancilla: el primer padre procedía del río.

—Padre nuestro que estás en los cielos —oraban los raudales novicios, acentuando su camino y su luz, su beneficio y su fulgor, tal como si dijeran, incorporando a Dios a los proyectos y a los menesteres, a la pesca y al ayuno servido: "Padre nuestro que estás en las aguas…".

De allí procedía todo: de la voz y del polvo.

No importaba que las pocilgas del gran cielo nocturno se cundiesen de piojos brillantes.

Los niños que morían podían resucitar, salir de la caverna.

La cueva se abrió en un bostezo y Juancito se despertó entre aquellas basuras de níquel que, cual dos ilímites escobas, lanzaban a su piel las dos monumentales cataratas.

¡Estaba vivo!

Una pequeña palma se crispaba entre los lánguidos rastrojos, señalándoles la vía asequible. El agua se despeñaba en enorme haz de vértebras; después, en levadura. El agua de la muerte en la que perecían los hombres, donde se erguía, en una réplica inconforme, el airado mentón de las barcas.

Un árbol, cuya fronda planeaba hacia el lado derecho movido por la fuerte brisa, parecía una B; la C se columbraba en las lianas; la letra A yacía sobre el río, que atravesaba un rayo primerizo de sol, después un negro palo.

A, la letra original. Con A se escribía Algo, Atavismo, Anécdota y Agua. La inicial del Amor. Las vocales abiertas rodaban con el recio caudal, superando el diluvio, machacando su creación y su paz a medida que insistían en un único nombre, rechazando los truenos esdrújulos y los trinos agudos, diciendo sin cesar sobre todos los bordes y oídos, y portentosamente: ¡Amalivaca!

*

El advenimiento de sí mismo, del niño.

Se desperezó Juancito con buen humor.

De las dos cataratas suspendidas se desprendían pechugas de palomas. Bajaban hacia el mundo en un maná prolífero. El río se llenaba de islotes, las burbujas descendían como raudos pichones y

cada fragmento de arena era un nido apretado de plumas. Cada pluma se abría; no eran burbujas, ni siquiera plumones. Sobre las islas había un millar de huevecillos blancos.

Pero ¡qué lentitud!… El sol atrasaba su rumbo. Chipko se encaminaba al río. Juancito lo siguió, soñoliento. Chipko se metió en un bote. Juancito se acomodó en él; un bote recio y de curiosa forma oval. La madera debía ser muy vieja, porque tenía negras manchas. Chipko no usaba remos. La barca bogaba sola. Juancito se dejaba llevar. ¡Y con qué lentitud!…

Los cascarones se rompían en el archipiélago. El sol estalló sobre Juancito. El día, al fin.

Estuvo Juancito en diferentes sitios, en la ausencia total de nombradía, en el limbo letal y linfático. Después atravesó la muerte y la descomposición. Todo por no escuchar a gusto las palabras de Chipko, todo por una incomprensión. Lo que en este momento se producía era mucho más que un entendimiento, era una captación extraordinaria.

Les rodeaban miríadas de acentos avizorando su expresión: las aves, el tumulto del río, el temblor del ramaje. Pocas interrogaciones: un pez que subía a la superficie y la meta del río que adiestraba sus ansiosas escamas.

Por encima de cualquier pregunta, la apoteosis de las robustas peñas enclavaba una llana sintaxis. Sobre sus macizos infolios resaltaban dibujos nítidos de estrellas, soles como ajorcas de estaño, esbozos de animalística, tigres y cocodrilos sobre cuadernos sólidos de rocas, pintadas al azar y al encuentro por las manos de una niñez incólume e impávida.

Era la tierra y era el hombre.

No sufrió ninguna sacudida cuando otros viajeros convergieron con él, brunos y desnudos, montados en fraternas piraguas. Un hombre de egregio aspecto deportivo pasó bajo un toldo ramoso en un barco de vela. Con hojas de palmera estaban hechos la tienda y el juguetón velamen. Iba acompañado de otros seres broncíneos y de un rimero de armamentos. En el barco había muebles como altares o tronos. El hombre se sentaba en el mejor asiento, por lo que Juancito dedujo que se trataba de un jefe rodeado de su poder y su obediencia, de sus armas y criados. Todo, sin embargo, se revestía

de un barniz similar: empapados de rojo desde el amo hasta la palma del mástil.

Ya les tomaban la delantera y Juancito miraba la estela luciferina, la estría llamativa y diabólica que, con una estridencia de cayena, se hundía triunfalmente en el ovillo incierto de las aguas.

A poco cruzó una romería. Los cabellos en sucias madejas, y encima, los adornados gallardetes en una airosa hilera de capachos.

Todo en derredor respiraba un matiz de aclaratorias. Con los ojos se ataban los nudos, se producía la amalgama.

Juancito atravesaba los jeroglíficos. Después de descubrir la vocal en el río, anchos golpes sanguíneos le hacían tocar las bravas consonantes; consonantes color de pimentón, de peonía, de rábano. Igual que si leyera un libro abierto, recorría los esmaltados hombros arcillosos, bebiendo un alfabeto de tatuajes.

Un mundo que no necesitaba explicación; no existía nada más allá de sus formas, nada que apeteciera traducción. Gramatical en sí, el agua rechazaba las dudas como a una erudición inútil y se dedicaba a glosar, en un recreo cónsono y feliz, su propio sujeto inagotable.

Entender, entender…, entender aquel mundo sin relacionarlo con otro, sin aminorarlo o compararlo. Se lo aprendería de memoria. No tenía temor. El rumbo podía ser imprevisto, mas poseía el regocijo de la penetración y se entregaba al sucesivo léxico del viaje.

¡Qué lección la de Chipko! Lo miraba de frente. Chipko, analfabeta. Analfabeta se escribía con A. Ser analfabeta quería decir ser capaz de vivir los poderes telúricos sin prejuicios comparativos, como quien vive un íngrimo lenguaje.

¡Qué bueno ser analfabeta! Ser así como Chipko, alumno de la gran O del sol, polemista de la onda y el viento, acucioso aprendiz de borrascas. ¡Qué dicha refugiarse en aquel cero alegre que formaban las oscuridades venideras! Ser ignorante era ser rico, tenerlo todo sin estorbos de pensamiento o propiedad; ser ignorante era ser sabio.

Los árboles se entreabrían en un leve susurro y el ventarrón soplaba con una minuciosa maestría. Los pájaros iniciaron el solfeo. Mas ¡cuánta lentitud ante aquella música que no sabía deletrear, que no podía pararse en balbuceos, que era en sí misma, con sus furiosos textos intuitivos, impostación e idioma, entereza y audacia!

Juancito vio que en el fondo del bote no había tablas. El bote lo formaba un caparazón.

Mirando de nuevo hacia el río, comprendió que el desfile de hombres se dirigía hacia las islas, a solazarse en su hondo despertar, pescando un haz de huevecillos blancos. Él los pescaba con el único aparejo de su certera percepción; él no podía ser tan torpe. Iba, además, hacia los imprevistos derroteros, conducido lentamente por una gran tortuga. Sí, era una gran tortuga lo que les sostenía sobre las aguas.

*

Chipko decidió abandonar la embarcación y Juancito se internó con él en la selva.

Era la tierra y era el hombre.

Comenzó por descubrir la utilidad del recio y cachazudo animal que fue asiento y canoa y que ya se perdía en el fijo dinamismo del río, sin prisa de su anhelo, seguro de su pulso y de su alcance.

Porque tenía un prestigio. Los caparazones de tortuga servían de jergón bajo los mosquiteros de moriche que extendían su revoltosa forja delicada; con los cascarones de tortuga, los niños inventaban juegos; se les veía lanzar sobre las frondas los enormes balones lunares. Con la manteca de tortuga se cubrían los rostros en aquel hervidero de riesgos en el que aparecían, negras lloviznas de una brumosa nube, las picaduras de la gruesa plaga. Con aceite de tortuga se preparaban alimentos sabrosos, mientras los misioneros que Juancito tornaba a encontrar, magros en sus luctuosas camisolas, pedían la materia pingüe para encender las lámparas.

Todos los animales no redundaban en provecho. Los fuegos se encendían durante la noche ante la ronda de los flacos jaguares; los hombres temían al cocodrilo hambriento, a la culebra sigilosa. En cambio, el olorcillo del pescado frito se expandía en un llamamiento a la hospitalidad y a la paz. Los indios achicharraban la carne gordezuela de los ríos y después, sin quitar las espinas, la reducían a polvo. Ese polvo se mojaba otra vez en el agua, pues el cuerpo deshecho buscaba su linfa primeriza para su purificación y volvía con ella en otra magnitud, ya transformada en nutritiva pasta.

Los pájaros servían a la gloria. Recamaban los birretes festivos, y si el iniciado elevaba su petición al firmamento, las pechugas emprendían el vuelo.

Las místicas alturas se doblegaban ante las mechudas coronas, que conservaban su tinte fantasmal de colores en la hora de las jaculatorias. El verdadero foco paternal, desde su ala celeste, no resistía aquel reto; sostenía la crin multicolor cuando hacía salir en el cielo un silento arco iris prometedor de lluvia y de labranza.

Al amparo de la palmera, erguida como gallina celadora, protectora del cascarón de la cosecha, ascendía el canto saturnal, y el huevo de las siembras se rompía y surgían los brotes por todo el territorio germinal con un orgullo de heroísmo y victoria, con apéndices córneos y pomposos filamentos florales.

Con frutos de palmera, derretidos en pozos hirvientes, se hacían bebidas espirituosas; lo mismo con la yuca y el maíz. Otros bulbos se conservaban con esmero, porque emanaban suculenta grasa.

Se alzaban perchas en los bosques profundos. Juancito vio una sociedad de vigorosos cortadores que, empuñando el hachón, desmembraban en disponibles trozos la delgada consistencia de un árbol. Esos pedazos de ramazón y de corteza se convertían en ropa, pues contempló cómo los sombríos sastres semidesnudos se cubrían los miembros y el torso con holgadas camisas vegetales.

El cuerpo de la selva soltaba su festón de verdor sitibundo, por donde subían puñados de individuos en opuesta y desigual dirección. Las mil manos escarbaban los boscosos secretos, y sólo cuando dos pueblos partían de su soledad y se ligaban los conjuntos, aquella cita era un gesto de dedos uniéndose en un rezo o de afluentes tramándose en remanso.

Cabía entonces que se erigiese una ciudadela común en un acto de concordia y de fe. Al pecho de la tierra, palpitante de gozo, le nacían pezones, cónicas viviendas son aspecto de dorsos uncidos, índices oratorios que poblaban los montes en extasiada devoción agraria.

Había hombres que vivían de la guerra y hombres que vivían de la paz, hombres que vivían del comercio y el trueque y hombres que vivían del combate; huestes que se mantenían con el usufructo del botín y el saqueo y proles que sobrevivían con la simple permuta y el

tráfico; poblaciones que practicaban el orden y la convivencia, construyendo paredes, utensilios y barcas, y muchedumbres que irrumpían asolando refugios y vajillas rupestres con un aliento báquico de caos: las gestas, las legiones, la embriaguez transitoria y el héroe del puntilloso pormenor, el minúsculo héroe sedentario.

Era la tierra y era el hombre.

Detrás de los pueblos multiformes, los que ejercían la lucha cuerpo a cuerpo y los que se dedicaban a la agrícola fundación, existían mujeres versadas en la ponzoña y la pócima y otras que sólo conocían el envase contenido en el barro.

Sobre su compañía imperceptible se desplazaba acaso una epopeya cavando surco en la nativa entraña. Podría decirse que el zumo de los hijos les espesaba el hilo de la sangre. De la llaga mortal del primogénito fluían feroces bebedizos que traspasaban la piel de las mujeres sin conocer degustación ni sorbo. Hasta un buche profundo llegaban aquellas negras purgas de la vida con escozor agónico. La resignación las mantenía, les daba un paladar incontrolable. Se parapetaban con el llanto reseco, caladas en sus drogas de muerte, igual que terracotas; un abismo productor y propicio, un cuenco como la misma selva, que mezclaba gérmenes y gulas, pigmentos y viscosos brebajes.

Remotas, recogidas, podían moldear la vasija para las bebidas, tejer el cesto para los frutos de la ofrenda, preparar la tintura para los rostros y el veneno para el aguijón contaminado; pero no solamente al estallar las batallas, incluso al realizarse las ceremonias, permanecían rezagadas en su quieta labor, amasando toscas y ventrudas pimpinas, de modo que sus manos, bustos y cabezas iban confundiéndose con la sosegada elaboración. Los cabellos, largas colas de potros, se confundían con las fibras, y los senos desnudos semejaban los moldes de las garrafas y las ánforas.

El brazo activo de la indígena perfilaba su apoyo de toda la fecundación. El terruño sembrado se extendía en harto recipiente de semillas, y aquel brazo quedaba suspenso ante los ojos de Juancito, esencializando su meta de ayuda y de sostén, siendo el asa en el cántaro. Al unísono trabajaban las venas, como sirviendo de modelo a los estriados adornos que ornaban las poterías, esas raras caligrafías que no eran más que sombras del cielo, pues ninguno de aquellos

seres conocía el manuscrito ni la ampulosidad y apenas la orla azulenca de sus arterias rotas e insondables.

*

Todo se unía en la primera visión de Juancito dentro de una unidad: el impulso migratorio y nómade y la pasividad ya voluntaria.

Sólo Chipko pudo marcar las diferencias de carácter emocional, conduciéndolo a sus plácidas costumbres, a su lírica índole labradora, metiéndose en su hogar de tramadas urdimbres y redomas de atezada cerámica.

Chipko no pertenecía a las razas de dispersa y anárquica inspiración; formaba parte de los pueblos de oficio y tozuda laboriosidad que cambiaron la cautela por la contemplación, las armas por el cereal y la rapiña por los hábitos.

Chipko se dirigía a las mujeres, verdadero material de alfarería, una bola cobriza construida con miembros femeninos, masa informe dispuesta a recibir el dibujo del fuego, esa línea de raudo rubí que la volvería carnosa y manual cuando, a la hora en que las tostaba más el sol, se encaminaban a la siesta reproductora, solidificando sus perfiles de taza litúrgica y adquiriendo relieve de macizos caharros. Más tarde, una mujer se destacaría entre las otras con su curvada precisión frutal. Bajo sus pechos como nísperos, la cintura y la cadera se le prensarían, ahítas, a punto de disparar la flecha filial con su comba en tensión como un arco.

En cualquier momento podía romperse la curvatura, quebrarse el tenso vientre a la orilla del río y la criatura emerger musculosa y prieta como un dardo.

Los niños crecerían lo mismo que Chipko. A falta de arte bélico, aprenderían la pesca, la natación, la caza. Igual que si su cuna hubiese contenido un edredón de yuca esponjosa y blanduzca, el niño vería a medida que aumentaban las perspectivas, que más allá de las arboledas existían lugares para el sueño, pretextos para el mito, vericuetos para la domesticidad, claros para la cábala.

*

Chipko tenía la edad de la inventiva, el súbito desdén del regazo. Tendido junto a Juancito, hablándole por señas, devengaba un aire perezoso y al mismo tiempo emprendedor.

Chipko se sabía la selva. Palmo a palmo. Palma a palma.

Por entre los verdores que irrumpían como tupidos energúmenos, pasaban arrastrando sus banderas pacíficas domesticados guacamayos.

Lo verde abría el corvo pico de sus frondas despóticas y las paletas desaparecían. Quedaba aquel tono lacónico y firme, sensualmente cimero, en un mudo mandoble de filos emplumados y acuáticos.

En una transparencia iracunda, la selva se apretaba de voces como un segundo río, o se llenaba de ojos, un gran ojo amarillo desde el sol que caía o se iba apretujando en pozas de estancadas palmeras, hasta que parecía un loro gigantesco y gruñón que hablaba siempre a solas, enarbolando cola de florestas a través del monólogo carraspeante del agua.

Esa modulación aún convivía. Mas cuando se miraba hacia atrás, escapaban las últimas asociaciones, y el ambiente y el eco se volvían impuros, enemigos del hombre, en un escrúpulo inflexible y agrio.

Agraz riente, sardónico, la selva disfrutaba su aislamiento, chupaba su erótico egoísmo empuñando las últimas pistas: los borbotones grifos, la maroma de los troncos gibosos y los trapecios que ágiles bejucos colgaban de las copas de los árboles.

Se agotaba hasta lo ceñudo. Quedaba lo instintivo, lo ateo, cumplido en órbita impalpable. Arma o acecho sin función ni ritmo, redondeaba una gruta asesina a medida que propagaba, en latigazos ebrios, los remolinos de su confusión. Domada por el único control del desorden, asomaba en los trechos, megalómana verde, con un bozo de musgo y de moho, en ardites de helechos y miasmas.

Ducha en alteraciones químicas, en injertos y en óxidos, flotaba en una desazón. En su asfixia consistía su colmo, y, tupiendo la luz y el oxígeno, descargaba sus montes en inciertos efluvios, sus cascadas en cuchillos gaseosos, y ya nadie adivinaba dónde estaban

sus acechos tangibles, sus peligros presentes, su arriesgada materia inflamable.

Ardía de pronto un infecundo azogue. No se le encontraba raíz, no tenía destino. Podía ser un manantial dañando la rolliza penumbra, el lomo de un jaguar o las fosforescencias de una hoja de plátano.

No era sino la selva misma, la selva incrédula y autora que se iba haciendo más y más absoluta, que por su absolutismo se volvía asexual, anómala, arbitraria.

Chipko hablaba por señas.

En esa certidumbre de caprichos, brotaban las criaturas con equilibrio fiel a la impiedad, y eran la perpetuación de la fuerza rastrera y suprema, un reflejo, un recuerdo del denso dominio espectral con su lenta manía sistemática.

Los aborígenes cumplían el carácter creador. Bestias, babas y briznas crecían para deslumbrar y espantar, para ser guías aparentes, imanes momentáneos.

Las herederas dignas de esta majestuosa agresión eran unas mujeres, una tribu de mujeres herméticas cuyos muslos tenían solidez de cantera y lustrosa calidad de cacao.

Más que sus cuerpos, pesaban sus anunciaciones. Mil formas añadidas a la inédita forma, se propagaron los rumores en los que aparecían biológicamente crecidas en sospechas, conjeturas y chismes, como poseedoras de múltiples senos e innumerables caras.

Sólo por plásticos segundos habían sido entrevistas las Aikeambenanos. Y desde entonces se les pudo otorgar, entre el pelo desgaritado y viudo y los perfiles de ala de murciélago, un par de ojos cubiertos por pestañudos cínifes, que examinaban como charcas.

Vivían reducidas a la excentricidad y a la anonimia. Mujeres solas, hembras desérticas, no aspiraban ninguna comunicación, no apetecían ningún trato; tampoco ambicionaban el ocio.

Sí ellas mismas se procuraban el sustento recubierto de vello, de pelusa o escama, también construían la vivienda, los botes, los azafates de greda y las cajas de cilíndrico tallo. Cumplían a la vez sus usos de fabricantes bélicas, de armamentistas solitarias. Durante el año se dedicaban a la elaboración de armamentos de guerra, de largas y leonadas cervatanas. Y moría todo aquel que osase pisar su territorio abastecido y protegido, lleno de poderío y de vituallas.

Era la tierra sin el hombre.

Aunque lo que se sabía de sus industrias había venido por el hombre. Sólo una vez al año se entreabría el ayuno en aquella plenitud infecunda, y las mujeres partían a la tribu contigua con aliento de bestias ingrávidas.

Sólo una vez al año la fornida y glacial Amazona olfateaba, con sigilo de tigresa y espía, la viril vecindad de los Vokearos.

Sólo exclusivamente aquellos hombres podían entrar en el retiro en la fecha escogida, y ellas descorrían los frondosos pestillos abriendo paso al ávido rebaño.

Entraba un hombre como desaguadero oportuno, distrayendo la sombra y la severidad, desatando las fuentes nupciales.

Entraba otro ejemplar apetecido a la morada incógnita, y la mujer que lo elegía no le revelaba otra cosa que su precario y placentero don. Al final, cuando la preñez se hacía sentir bajo las chozas y el embarazo insólito parecía querer domesticar los resistentes y robustos cánones, no surgía el motivo para el mejoramiento ni la brecha para la reparación. Los hombres eran despedidos con presentes guerreros. En unión de una sarta de piedrecillas verdes, se dejaban sobre sus manos, aun mojadas con el chorro del vértigo, cervatanas esbeltas, nuevas señales de cisma y agresividad, de separación y repugnancia.

No existía una prisión latente en las prohibidas y áridas fronteras. Los presos habían sido los hombres. Era un exilio cómplice.

Las Aikeambenanos no se rezagaban en su bucólico ascetismo por humilde efusión de ermitañas. Su hogar era una erguida fortaleza, no del pudor ni de la meditación: una defensa lúgubre y heroica, de sexo y de confines. Detrás de las marañas uncidas que ansiaban ligaduras en infinita proyección boscosa, las Aikeambenanos oponían una naturaleza segunda a la primera naturaleza, alzando la exaltación de un límite, la lucha por un órgano, la odisea de la mujer recóndita calculando su especie incalculable.

Los que pudieron ver tras el embozo a las guerrilleras de su género, a las dianas adustas, cazadoras furtivas de gracia opuesta y dignidad contraria, vieron los rostros angulosos y ególatras realizando su artificial enmienda hasta un punto de vicio y de crimen, en un ápice inmundo y exacto.

Cuando las mujeres parían, sólo la hembra persistía; sólo la hembra poseía derechos de trascendencia y descendencia. Si nacía un varón, se erguía la resistencia habitual, y el niño perecía entre las manos de sus propias madres.

Era la tierra sin el hombre.

Y, sin embargo, el hombre desdeñado y forzoso hablaba de la mujer indómita y bravía, de la mujer devoradora y dueña, de la monstruo mujer que renacía y se realzaba por tradición oral, heroína soberbia del sangriento relato.

Los que las desposaron durante una de aquellas estaciones astutas, nunca llenas de amor, sino de reflexión, nunca prontas para la entrega, sino para el señuelo, comentaban sin cesar la aventura con rencorosa grima, pero al mismo tiempo les servían de reconocimiento y les proporcionaban un pedazo de historia, por lo que ya el oyente no estaba seguro si les movía un desdén por las arpías o una veneración por las amantes.

Chipko escuchó varias veces aquellas conversaciones confusas. Entre dos beodos fuegos, pasando del espanto a la admiración los indios coordinaban la intriga, contando sus repelentes maravillas, sus magnéticas mugres, sus "guayucos" lubricantes, lascivos, sus cabellos separados y apelotonados como hormigas, la culebra de coral de la boca, el cuello con su hoyuelo lunático; los brazos amplios y acogedores como canoas, las manos flexibles como la cuerda del moriche, los senos verdosos y húmedos, pero llenos de leche de sapo; el ombligo entreabierto como negra burbuja, los muslos como leños empujados al fuego, las rodillas como vagos rasguños de fieras…; los espasmódicos tobillos con los dedos entretejidos de los pies que no eran el apoyo en la tierra, sino en una nube de proyectos sombríos, sórdidos y sagaces.

Pues si ellas conocían el rigor y el extremo y lo acataban meticulosamente, eliminando al otro y al extraño, cuando se producía la sedosa y sensual acometida, ponían en juego su experiencia del logro. Reducían su manejo y su provecho usual de elementos enormes al esfuerzo menor y a la molicie, y dejaban en los hombres absortos una sensación indistinta de embeleso cardinal y tiránico.

Ese trance nunca respetaba al olvido; su huella, tan intensa, casi ardía en reconciliación.

Crónica de amantes fugaces, iba la tierra sin el hombre con sus figuras de alcahuetes genéricas, rodeadas de despojos infantiles, que no eran para ellas más que el simple y ritual testimonio de su continuidad enemiga, puesto que con cada nueva víctima recién nacida lograba fijación perdurable.

La selva perpetuaba estos hechos en la voz de sus hijos. Arrimaba a los indios al rescoldo de la fundación indígena y les hacía narrar consecutivas veces el vibrante episodio ante las piras y sus llamas cimbreantes.

La selva se comportaba así. Aunque sus hijos riñeran cotidianamente con los ataques y las picaduras, con las graves molestias y los tajos, cuando ella, desgarrándose el velo, dejaba ver su rostro en un rincón lumínico y verdeante, la deseaban sin tregua, y ella alargaba los pies entretejidos para aplastar las sierpes y los sustos, la espina colosal y el ultraje.

Los indios charlaban hasta el agotamiento. Ella los enardecía, sincopaba las descripciones, procurándose su autobiografía. La selva autobiográfica.

Después ya no era incitante, ni siquiera protectora. Levantaba su cizaña antagónica y se escondía detrás de los troncos, seguros y saciados los profundos ovarios.

Una vez, cada tanto tiempo, se revelaba y se ofrecía. Mas durante el transcurso restante era el personaje fantasmagórico, la inasible Aikeambenano monumental con un moño de insectos, una lumbre de pez y una fiel fisonomía de gárgola.

¡Aquella piedrecilla verde!… Fue entregada a los indios, que la colgaban del cuello para aliviar la calentura. La primera piedra de la ruta que emprenderían los hombres tras el arrobo y la superstición. Juntos, ante sus ojos y en sus dedos, el amuleto con la cervatana, lo que podía significar independencia y reunión, cópula y desgaire.

El febrífugo verde era, contradictoriamente, el estímulo verde.

Cuando los hombres se tendían exhaustos del calor y la brega, cundidos de mosquitos y cargas, aquella atracción púber apartaba sus juncos corpóreos, conduciendo a la siempre virginal hojarasca. Oreaba sus totumos, sus senos, y cuando el hombre penetraba en el sexo que se abría sin temor en un claro, ella se iba volviendo vagorosa y prensil, distribuyendo su cogido cuerpo, y aquel no sabía entonces si era poseedor o poseso entre sus rabos y su arácnida.

Con un lazo maternal y malévolo, ella lo sujetaba por entero; ella, la escurridiza, inasequible, la reptante sexual, la lagarta.

Hasta el río se sumergía en la selva. Se hacía casual como el hombre, subordinado, siervo, secundario. Ella acumulaba su semen en rizomas, y cuando el agua aparecía, procedía a competir en caudal, vaciando sus reservas de marasmo y de menta, del que era menudencia o fracción el privilegiado relicario.

Matriarcado sin posible derrota, no encontraba saciedad en el hijo y se tragaba al primerizo padre.

El río estaba allí, ciertamente, pero entre las quijadas de un dragón mujeril. Cual otro río de bambú sin lindes, la febril femineidad de las frondas espejeaba en cristales de aumento y rezagaba aún, detrás de una marea de aristas, su colérica y claustral esmeralda.

Chipko suspendió la relación. Juancito alzó una mano donde, en una síntesis de la impertérrita verdura, vio temblar una piedrecilla ligera, una hoja que servía de broche, algo así como un jade.

LOS INDIOS LLAMAN AL ROCÍO LA SALIVA DE LAS ESTRELLAS

Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.
Alejandro de Humboldt. Tomo IV, pág. 303.



Juancito se quedó largo rato preso en la narración, sosteniendo el cogollo en la mano.

Chipko fue a trabajar con los suyos; hacía cestos y aprendía a disparar la flecha para defenderse de los usurpadores o buscar los plumones votivos en la pintada muerte de los pájaros. Estaba con los hombres; luego con las mujeres. Hombres, mujeres y Chipko cruzaban entre aureolas de almagre.

El sol parecía repicar entre las hondas chozas, deslizando campanada solar cuando iluminaba los rincones donde se perfilaba un lecho de hojas, una olla gibosa o un soñoliento pajarraco.

Aquel reloj de sol podía contar las horas, le aclaraba los oficios, le delineaba los objetos a medida que él atendía la vida de los otros en una etapa de bello servilismo o de apasionado aprendizaje.

¡Qué raro guía el sol: a la vez que precisaba los asuntos, los desvirtuaba de inmediato! No era fácil penetrar en las cosas; cada una de ellas estaba envuelta en un nimbo de luz como si fuese inmaterial o ilusoria y su utilidad se redujese a una concatenación de beneficios íntimos y vagos.

El sol lo enrevesaba todo. Los seres, tan menesterosos y pacientes, se asomaban ante sus ojos con una prisa de evasión y entre un lujoso trémolo de alhaja.

O sería que él no correspondía a los hechos. Queriendo el sol limpiarlo de predisposiciones, ahora tenía especial interés en rehuir la perfección. Bajo sus rayos, encaminados índices, observó una espalda cubierta de recientes cicatrices que se entremezclaban al tatuaje; debían ser los vestigios de las lides con el tigre y el río, con la picadura y la batalla.

Chipko, acercándosele, le aseguró que no. Contó a Juancito que su pueblo estaba sometido. Resultaba incomprensible. Chipko tan libre, ¿esclavo?

Tuvo Juancito una visión remota: aquel monje sardónico y sucio… Dibujó ante Chipko la silueta de una sotana. Chipko decía que sí, y añadía algo más. A la zaga del hombre recluido marchaba otro hombre a la intemperie. Había, pues, otro personaje.

Chipko no podía describírselo. Era un hombre sin rostro.

¿Dónde radicaba ese curioso espécimen? Chipko respondió que, cual un dios dañino, en cualquier lugar y en todas partes. Aparecía para ordenar, para exigir, y ellos nunca lo miraban de frente. Un ser con el que no se podía entablar amistad ni siquiera conversación, poseía el único perfil de su odio, y de resto seguía siendo indiferenciado e indeterminado.

Una vez (esto se lo dijeron los mayores a Chipko) simuló tener fisonomía.

—¿Cómo fue? —indagó Juancito.

Chipko trazó un boceto contradictorio, ni siquiera un retrato; era un estrépito, pero nada ruidoso; una energía creadora que en la cólera hallaba su estilo. Juancito lo entrevió por cuenta y riesgo. Simbiosis de terrón y de nube, llaneza enlazada al rigor.

Oyó hablar anteriormente de aquel hombre. Por una parte, sus apetencias eran sobrias y humildes, de leñador o de artesano. Y si esto ya lo hacía sufrido y cumplidor, por otra parte poseía temple y discreción para las tentaciones, conciencia caballeresca del deber. Uniendo ambas materias se producía una forma elemental y briosa con un rancio apetito de dificultad y una robusta ingenuidad gallarda.

Así lo veía Juancito: izando la camisa famélica, tinta de grito y de sangría, con la mano de lis sobre el pecho y el corazón, antiguo escudo en el que se ligaban la misión y la suerte, la aventura y la alcurnia y el gran azar con el escapulario.

Por eso había vencido. Atando tradición con arrojo, hermanó las heridas y el himno, y de su muerte hizo existencia. Cuando aquélla desarmaba el denuedo, mezclaba los insultos con la queja, tuteando su caída, apostrofando su dolor como si morir le fuese familiar y hasta maleable.

En suma: un ducho y desmedrado guerrero, mitad torete, mitad sueño, en el que lo individual se hacía popular, donde el pueblo conjugaba al hidalgo.

Por eso persistía, crédulo por blasfemo, vivo por su autocrítica epidérmica, siempre sumándose, engarzándose.

Compatriotas de Chipko salieron a su encuentro. Mientras luchó con ellos, buscó lo inconquistado con frenesí de posesión. No podía llamársele intruso, ni siquiera extranjero. El gran país incógnito semejaba ser un estado particular e inédito de su alma. Las mil tribus desnudas asolaban cual remota autenticidad, como el recodo más legítimo que llevamos dentro, bajo ropa marcial o escolástica. Pero su tarea no era de monje. No bastaba confundir el espíritu. Todo debía convertirse en patrimonio de su cuerpo comulgante y confeso. Y el mancebo de terrón y de nube tramó también su sangre.

¿Después? Juancito suspendió su coloquio interior. Chipko podía tener razón.

Apareció la ingratitud, el cruzado se cambió por el dueño y el dueño se sintió propietario. El ahorro reemplazó al don, la usura a la epopeya y a la posibilidad siguió ganancia.

Era demasiado difícil tratar de renacer en la experiencia ajena. ¡Resultaba tan fácil asir, azotar, abusar!… La valentía huyó temblando ante la última riña, esa que debía librar dentro de sí, sin espadín y sin casaca.

Ya no apetecía un yo. ¿Inquietud? Una bolsa repleta. Tampoco había tiempo para espejos. ¿Fraternidad? Los indios se contaron así: brazos disponibles o abatidos, canoas, siembras, muchos sacos de granos. Alguna mujer arrancada a su grey para contrariar los mandamientos "no desearás la mujer de tu prójimo" y "no fornicarás". ¿Acaso no pronunciaba el nombre de Dios en vano?

Montó tribunal y cabildo sin saber exactamente dónde, y en las noches de velón y de infolio hojeaba los pesados manuscritos perforados por comejenes, catalogando la riqueza y la pérdida con dedos ornados de pústulas y brillos, de sortijas y sarnas.

Incapaz de un anillo común, inepta para el pan compartido, aquella mano no usaba más que la uña y el atesoramiento.

Poseer no es igual que coger o agarrar. El conquistador no cometió hurto, porque venció en un rapto de posesión profunda. El colonizador fue el ladrón y el vencido.

Aquella mano para impedir los ocios, los antojos de los hombres cobrizos que sobrevivían pese a todo, imaginó los cepos los cilicios, las quemazones y las marcas. Sólo su autor se degolló. Nadie lo reconoció más. Hablaba de su imperio y de su rey, y no tenía cara.

Allí estaba aún, en un alarde antisocial frente a los ojos de Juancito: la lejana mano del hombre refugiándose después del golpe en el rezo, luego de la sangre en el agua bendita.

La mano del hombre sin rostro, sin una sola huella humanitaria.

*

Chipko subsistía. Con él, toda su raza. Si no poseían los medios para contrarrestar tantos oprobios, iban encontrando las vías para sostener sus diferencias, sus relieves, sus rangos. Puentes ocultos, densas bifurcaciones interiores. No teniendo posibilidad de normal desenvolvimiento, el desarrollo se operaba dentro.

Juancito se sentía crecer oyendo hablar a Chipko con el grafismo de sus dedos, avizorando aquel progreso oscuro que saltaba las lagunas activas en un callado y consecuente avance.

Los indios cumplían su edad en un transcurso introspectivo. En el orden opuesto se celebraban fechas conmemorativas. Los caciques las desconocían. Confiaban en sus mozos absortos. El adolescente terroso que heredaba la espiritual medida autóctona era su única continuidad; el adolescente y su obediencia. Lo importante consistía en proseguir el principio, en secundar la personalidad nativa. Más tarde, el adolescente podía hacerse hábil. Por el momento, bastaba esa creencia, porque sólo así combatirían el ambiente insufrible, su legado adoptivo, adulterado y trágico. Ojo por ojo y diente por diente glosaría la oportuna sentencia. Mas no ocurría así. En un comienzo hubo enemigos muertos, luego sólo fue ojo por diente, visión enfrentada a la escabrosa realidad. Pues si los hechos no colmaban, era justo que la idea ancestral abundase y que se fortaleciera con un nuevo cariz. El atento y ávido heredero irrumpía en el círculo

mental, no para agredirlo, más para reforzarlo. A las cadenas áureas en que los antepasados lazaron su clarividencia y sus premoniciones, se eslabonaba la transformación: la fogosa incultura, la encendida imaginación, exacerbadas en los hijos, adosaban el pulquérrimo dato.

Desde que el niño penetraba a la vida, ésta se repartía en horizontes. De los yugos de sus tercos mayores provenían, por una ley de compensación, las más intensas probabilidades. Ante la doliente experiencia se amotinaba la inventiva, y el niño era ya un insurgente desde el primer pinino de su infancia.

No hollaba solamente los suelos oprimidos; se desasía de sus frenos en búsqueda de entera libertad por los aires piadosos de la divagación; divagaban desde la cuna, ya que lo fabuloso era congénito, y a medida que la vista ascendía, un nivel mitológico y al mismo tiempo familiar transía la habitación y el alimento. El panorama explícito rezumaba un trasfondo simbólico. Las chozas parecían formadas con uncidas ligaduras de sol, con aquel cabrilleo huidizo, ilícito y audaz de enigmática enjalma. ¿Y acaso Juancito no contempló a los indios, sirviéndose inusitados refrigerios de bolitas de tierra y bachacos?

Olfateó algo más que el perfume del techo pajizo y el vaho del sustento arcilloso: un olor de enemistad construida, casi consciente, afianzada en sus mudos quilates; un tufillo de animosidad y fantasía, de sacrilegio y sortilegio socorridos en acuerdo incendiario. ¡La historia de la piedrecilla verde, común a la juventud!

Sobre las herramientas del trabajador barbilampiño se posaban los cerebros augustos. No sólo la faena servía de tutela y vecindad; los sueños eran sus contemporáneos.

Cada tortura empadronaba una hipótesis, cada dura verdad una teoría.

Así el joven indígena se encontraba ante un territorio infinito al que se asimilaban distintas perspectivas, siempre dentro de una unidad. Y los densos confines, su opulenta virtualidad, con lo que él le otorgase de su propio caudal, eran su reto y su beligerancia.

Así los indios sentaron sus fronteras, rompiéndoles el cerco. Luego de lamentarse por los últimos héroes, coordinaron su callada ofensiva sin aparente lucha: pasivos, potenciales, peregrinos.

¿Adónde conducía aquella indómita corriente? También el indio hubiera podido interrogar: ¿cómo cifrar el mundo? Sumas podía haber, sobre todo multiplicación. Nada se dividía. Mezcla de sacerdotes y cachorros con un paso ondulante y felino, hacia el dios nebuloso y proteico marchaban los juglares y los piaches.

Porque aún no era la tierra prometida.

Y el indio, pese a su ritmo de infinitud ilógica, apetecía su conciso lar.

Quizás todo empezó con el maíz, con los granos dorados y redondos. Tal vez se consolidó con el apoyo del sol, que, regando el filón astronómico, había señalado una ruta, y que hoy colaboraba con la silente insubordinación en un divino beneplácito.

Porque aún no era la tierra prometida, el indio se apresuraba en descubrir, conquistador antes de su descubrimiento. Conquistaba a hurtadillas, atisbando los profusos pasillos de la selva. Al lado de sus ídolos, amasados con mezcla casera, colocaba un recurso litúrgico: un país invisible y cabal, lleno de paz y de abundancia.

*

Chipko heredó la ideología. Juancito se sentía su prosélito. Le oía decir lo nunca dicho. Por eso no entendía bien. O podía ocurrir que la ambición gozaba de tantos vericuetos, tantos puntos de vista, que sólo ante sus ojos veía enceguecerse al sol, iluminando un inaudito espacio.

Hasta Chipko revelaba la más henchida incertidumbre. Pero Juancito no pudo atender más. Un indio aullando entró en la fundación con un hervor de abigarrada ráfaga. Las mujeres corrieron a él, los hombres lo rodearon ansiosos. Chipko se levantó de un brinco. Juancito lo siguió.

Descendían a un raudal. El agua gorjeaba sus secretos.

¿Qué sucedía? Se arremolinaban en la orilla, las piernas derechas conservando la pringue y el brío, las manos extendidas embargadas de arcilla y angustia.

Presenciaba la hora de la liberación, el día del vellocino fúlgido: una pepita de oro había sido encontrada en las aguas.

*

Chipko se mostraba gozoso. No carcajeaba como ayer; pero el salto del júbilo le escocía el mutismo, le maleaba el sello de los labios, empujándolo a la confidencia. Juancito lo recibía con los ojos alertas. Chipko le agradecía su inferioridad, su indigencia, ese fervor con que acogía la reluciente anécdota, como si él lo llevase de la mano curtida al lugar en que ardía el impreciso, el impoluto hallazgo.

Las rocas encerraban un tesoro, le aseguraba. Juancito inquiría por qué no iban a buscarlo. Las rocas eran evasivas, manifestaba Chipko. La mina podía estar cerca o muy lejos. Era como el maíz: una mazorca subterránea. La buscarían, y tal vez Chipko y él hallarían intempestivamente el umbral: una senda hacia el sol. ¡La remota osadía, la herencia del abuelo cobrizo, el insurrecto, el ríspido caudal, la totémica pista de topacio!

El umbral ¿de qué?, seguía indagando Juancito. Pues del reino… ¿Existía realmente un reino? Sí, confirmaba Chipko; había una tierra prometida.

—¿Y cómo era esa tierra? Eso según… —titubeaba la euforia de Chipko—. Si un flechero de la tribu inmediata vio cien insulares envueltos en armaduras de oro, una vieja india admiró una montaña de recientes, espigas. Él, por su cuenta, agregaba una torre, que Juancito concebía de alpiste, y una media luna que servía de piragua.

—Si encontraban ese reino —apuntaba, impaciente, Juancito—, ¿sería para ellos solos?

—No —juzgaba Chipko—. Sería para todos los hombres.

—¿Y no les regalarían nada?

—Todo —aseveraba Chipko.

—¿Cómo todo? —vacilaba Juancito.

Tendrían que ponerse de acuerdo. Chipko se lo expuso a su manera, y lo que le dijo fue, más o menos, que en la plenitud, no cabía la codicia. No era problema de acaparamiento, sino de disfrute. Se apreciaba aquel país minero, lleno de toaros y de flores de oro, como quien se pasma ante un pájaro o un árbol.

—¿Como quien ve un canario o un araguaney?

—Sí, quizás como eso —titubeaba Chipko.

Juancito conocía las piedras preciosas por los libros de cuentos, y le hubiera gustado apresar para sí un buen puñado. Ahora que lo hacían reflexionar, le resultaba absurdo. Cruel hubiera sido arrancar una rama constelada de flor amarilla, inicuo meter el pájaro dorado

en una fría jaula. Concebía que lo auténticamente puro era justamente aquello que no recibía el manoseo del uso ni la petulancia de la propiedad; aquello que, sobre las frentes, follaje o pluma de oro, se conservaba idéntico y supremo, sin percance ni roce, sin asalto ni mácula.

¿Para qué un montoncito de piedras preciosas? Enumeraciones de una gama viviente, metafóricos signos renuentes a la cantidad, aborreciendo el número en una inmensa calidad sin linderos, colgaban los frutos de los árboles en apretados ábacos.

Chipko calló. Meditaba en aquel poderío sin nadie, en aquella fuerza donada, pero indivisible; en aquel amo sin sirvientes, puesto que riqueza, en el sentido real, siempre fue reprimenda para el mercader y el esclavista. Extraviaba los ojos pequeños en aquel tesoro que era solamente tesoro, incapaz de picardía económica, ya que la repartición de sus dones, la descomposición de sus facetas, propendería a su polvo y su desgaste.

La mirada de Chipko pasaba del asombro al placer, se colmaba de reflejos de hojas y de súbitos vuelos. Luego quedaba una saturación. Parecía haberse comido el gigantesco fruto sin arrancar la monda ni romperle la pulpa, puesto que allí estaba el hechizo atrayendo con su intacto convite, conservando su futuro solaz con la sazón de un jobo solitario.

Chipko seguía a los suyos. Dentro de la reserva iba la rebeldía adolescente, iba el reto del indio, consolidando su maciza estructura con el respaldo tácito del sol: el gran reino amarillo salpicado con lunares de miedo y que los niños podían contemplar colgando de las moles graníticas en un enorme y suculento plátano.

*

Juancito pensaba tanto en el tesoro, en el reino tesoro, que hubiera sido inútil exigirle un apunte del trance temporal y circundante. No percibía el frío ni el calor: sólo aquel clima de cerrada y compacta inminencia. Vivía en un más allá, en un tema pendiente, pero no elaborado, y aunque inepto para la información, apto para todo lirismo. La promesa no es solamente un vientre, es una prematura prodigalidad, y aquel ciclo de preparatoria madurez ya semejaba un provecho, pues si levantaba la vista, una delgada plancha

mineral se combaba al roce de sus ojos, y si la pupila no llegaba a fijar los accidentes sueltos, un creyón invisible acentuaba las tintas ciegas y el paisaje surgía garabateado en cálidas anillas con especial intensidad de rasgos.

Hombres, mujeres y Chipko dibujaban los círculos concéntricos por medio de los cuales su mirada protegía la trémula víspera del prodigio, conformándola en su órbita de luz, lo mismo que si hubiese dejado de ser el nudo fúlgido del acontecimiento y fuese la próxima embriaguez del milagro.

Todo fluía entonces. Quedaban los contornos difusos, el atardecer rozado con fibra de marfil. El ocaso se untaba como seda. Igual que aceite de tortuga.

Comenzaba el ciclo de la carnosidad, de la chicha fluyente y sin volumen. La noche se abría en los talleres tristes, entre desperdicios de moriche y vasijas llenas de visajes; la noche como una negligencia para el yo, como una gran desenvoltura crispada en diminuto desenfreno a través de los rabos del mono o de una umbela airosa de parásitas.

Hombre y mujer, rendidos de fatiga, entraban en las chozas, Los árboles entreabrían sus molduras, y en el espejo líquido y lunar, que no reflejaba los agobios, se hallaban brazaletes de cera y miel brillando sobre los techos de panales.

La noche, con sus indios dormidos, con sus quietos orfebres, que no hacían más que repetir el sueño, ya que, cuando tejían los chinchorros o fabricaban la canoa, allí rigió también a manera de vigilia o de viaje. A lo largo del transcurso diurno había estado con ellos estofando el rosetón de las frescas alegorías y puliendo los emblemas rocosos, tanto que con los cuerpos vencidos en letargo animal rodó al suelo selvático una inmensa cornucopia de símbolos, de cúmulos poéticos, de raíces y dogmas, de racimos e imágenes.

Uniendo sus dolores gemelos, los indios se tapaban con la tibia cobija del tuétano, formando una joroba gris para herirla con la hoz de los ojos esféricos, extraviados, lunáticos.

Tal vez intentaron lo mismo al formar la bolita de tierra en la que, hincando el diente, parecían atravesar el vasto corazón arcilloso para encontrar, al fondo de la opaca materia, un conocimiento de sus luces, una trepanación de sus últimas zonas mineras y audibles

en las que el cereal radioso y colectivo albergaba su desasosiego nocturno con una ardiente comezón de tábanos.

Se apretaban los muslos raquíticos, dando salida a la meditación, confundiendo la fatiga y la furia, la ficción y la fiebre, consiguiendo un ovillo homogéneo, una trampa de sol, algo que tramaba la vellosidad y el lagrimeo, el resplandor y la maraña; algo mirado en la niñez remota de Juancito, pues así convivían el destello con la crin sudorosa, la piel maltrecha y la transfiguración, en la juntura tórrida del mango.

*

Juancito buscó para tenderse un recodo claustral de la barraca. Chipko no dormía. Se hallaba junto a él, entre las decantadas poterías, entregándose a la narración como a un grave abandono y dándosela con un aire de delicada intimidad. Todo, la voz, el narrador, el sitio, desprendían un carácter de refinamiento y desaliño, de trashumancia y rococó, que nunca desmentían las hebras desprendidas sobre el piso, liando la greña con la filigrana.

Expedición hermética, Juancito iba con Chipko tras un ocultismo persuasivo que poseía tanta misericordia como cerrazón, que extendía las gemas estoicas y los barrocos víveres, que era, a un mismo tiempo, un caliente granero benévolo y amurallada y gélida comarca.

¡Qué inanición tan diestra! Los indios en el paro forzoso y fecundo activaban la empresa y la fe. Sobre el jergón de lianas y bejucos ponían en pie el unánime cuerpo venidero, el refugio redentor al que se llegaba sólo por gira metafórica, al que cabían rendir cien jornadas figuradas e inmóviles, porque se revelaría a una hora imprevista, no al cabo de la aventura, sino del insomnio, elevándose sin ninguna merma de sus dotes tendidas ante un ruego de muñones mesiánicos.

Para evadirse, para buscar la salvación escapando del momento nocivo, era necesario el valor. Mas si para Juancito la valentía significaba un triunfo, para los indios era ya una actitud. Ese coraje residía en no dar nunca el frente, en ocultar los ojos ante el hombre sin rostro, en escurrir el bulto de tal forma, que aun los que recibieron las

tundas seguidas de impotencias extraían de su invalidez un mayor ritmo constructivo y una evidencia intensa del combate.

Se desplomaba el indio bajo el golpe certero, y luego todo fue sangre y laxitud. Pero el accidente podía ser ventajoso, puesto que en los tullidos se convertía en aguerrida incubación lo que en los andariegos fue una dispersa fuga de esperanzas.

¡Con qué silente aplomo, bajo el ceño del monte, los jóvenes estatuían sus protestas, y con qué mudo ingenio los ancianos recluidos trasladaban la arenga a la ley, el impulso a la forma, y permanecían en silencio, un silencio terrible como el que precede a un mundo por nacer, un mundo que nacía como hogar, pero también como revancha!

En aquellos rincones erizados de afrentas, el indio, acorralando los ultrajes, nunca aceptó su humillación. Desde hacía muchos siglos, a medida que laboró la veta, el retoño y la arcilla, su primera crítica ante la naturaleza inclemente fue aquel sueño infantil, amarillo tostado. Cuando se le robó el producto del retoño, el adorno que manó del metal y el licor que llenó la vasija, el sueño se perfeccionó: fue la censura. Finalmente, en el cacique enclenque y desnutrido la utopía levantó su blasfemia con murallas desafiantes y duras, tapizadas con odio y con oro, con frialdad de desquite y de mármol.

Juancito percibía el consorcio. El advenimiento tendría un aspecto vengador. El palacio de cobre y palmera, las techumbres cual picos de pájaros, las paredes de polícroma pluma, se abrirían en una bendición; mas ese carácter bendito poseía en el sosiego de la superación, un entrañable abismo de amenaza.

*

Anterior a su encuentro, se vengó. Pues aquel reino trascendía al tiempo; vendría cuando menos se midiese su ser. Los indios no medían, y por eso lo amaban, lo esperaban. Durante el día, el tesoro se anunciaba en la lluvia benéfica, en la mochila presta, en los granosos comestibles. Luego, cuando la noche cerraba sus descomunales panochas, el reino sacudía sus ajorcas difusas bajo la duermevela de los párpados. La noche continuaba el mediodía.

Juancito, acurrucado junto a Chipko, oteaba girasoles en lo umbrío, atravesaba un remolino teórico, tejido con los rayos del verano.

No pedía más. Aquello era una cura en salud. Mancos, cojos, gibosos, convalecían en el sueño de oro, y él bebía por los poros una máxima languidez saludable.

Mas existían hombres sin rostro. Si no podían observar el presente, ¿cómo se creyeron capaces de ver lo más lejano?

El reino sólo ansiaba unos ojos que conocieran la dificultad ante los brillos de lo enorme, que supieran de deidad y distancia: bellos, remotos, casi miopes, unos ojos como los de Chipko, incapaces de rapiña y de cálculo.

Pero el hombre sin rostro quiso ver lo que no le estaba permitido.

—El hombre sin rostro se perdió… —le contó Chipko aquella noche. Se extravió en su herejía, cien espejismos de oro salieron a buscarle y a burlarle.

Juancito bostezó. Recordó lo intempestivo: a esa misma hora oía rezar el Padrenuestro desde su humilde alcoba provinciana. Testarudos insectos volaban fragmentos de oración… "Venga a nos el tu reino…" Lo mismo ocurría con Chipko.

Chipko no decía: "Buscaremos tu reino"; sólo: "Venga a nos el tu reino." "No nos dejes caer en la tentación…" Aquí también igual: hombres sin rostro habían sido tentados. "Mas líbranos de todo mal…" El mal estaba hecho. El reino dispersó a los intrusos mucho antes de ser conocido. No fue visto, pero los maldijo.

Lo que fue curación para el indio cobró aspecto maligno cuando se trató de forzar el sagrado portal milenario. Comenzó en una antorcha, prosiguió como una calentura. El magnífico y místico fuego llovió su copiosa iracundia sobre los falsos expedicionarios.

Hubo un reino amarillo, ciertamente, mucho más amarillo de lo que presentían; hubo etapas de peste, estaciones de huesos, climas de epidemias y ayunos, histerias como soles, tétanos ligando trepadoras, y al final, el jardín del edén se cerraba de nuevo, custodiando con un ángel de montañas renuentes su solitario e indignado oasis.

Lo que el oro significaba para el indio: sugerencia, devoción, entrega, se convirtió para los otros en terror, veracidad y constancia. Pero siempre amarillas. Pues allí residía para el hombre sin rostro la fisonomía más cruel de su condenación: en el sesgo satírico.

Depauperaciones amarillas, hinchazón amarilla, costras amarillas, legañas y flujos amarillos.

Ahora pasaba un pelotón destruido. Chipko se lo enseñó. Las ropas en jirones, los rasgos en contrito desorden. Juancito contemplaba aquella tropa fantasmal y agónica que diezmó su oro en la ictericia y en el flemón su truculencia gualda.

Vio un hombre macilento y roído acercando a una totuma temblona el labio hundido en polvorienta barba; oyó el ruido de la lengua al chasquear, oyó la sed ardiendo, oyó la voz del fuego… y escuchó un quejido gutural, el dejo débil de un recién nacido saliendo de la encía tumefacta.

Chipko miraba al hombre sin conmiseración, porque sentía asco.

Juancito se tapó los ojos.

Después, el grupo se había ido. Mas el hombre sin rostro estaría más allá, concibiendo la senda prohibida, urdiendo la maniobra malvada. Y él, entre los indios y los hombres sin rostro, sin ser ninguno de los dos. Mientras cerró los ojos para no ver la sedienta silueta del magro moribundo, se descubrió a sí mismo. Pues él, pese a Chipko, le hubiera servido de apoyo para beber el hilo de agua.

¿Era el hombre sin rostro su prójimo?

—¡Oro!… —gritaba el hombre en sus vanas correrías por la selva, y saltaba un torrente de pus.

—¡Oro!… —gritaba el hombre junto a un pozo, y un reguero de bilis salpicaba su espectro iracundo…

—¡Oro, oro, oro!… —gritaban las mil bocas sin rostro, y una tras otra se les pegaban las facciones de oro, lapidando unos semblantes ebrios, comidos por la sórdida luz, traslúcidos de muerte y malaria.

Si él, por la noche, pronunciaba "¡Oro!", las frondas cercanas verdecían y enfilaban gigantescos arbolitos de croto, de esa mata casera en cuyas hojas hormiguean minúsculos meteoros en álgidas y albinas pinceladas. Resultaba distinto. Además, él poseía un rostro, aunque ante la fuerte y morena cabeza de Chipko fuese enfermizo y frágil.

Para él, la noche se mostraba negra con bifurcaciones amarillas. Igual que para Chipko: la noche envuelta con barrotes de troncos. Sólo que para él existía la certeza de que en ese mismo momento, en su casa del pueblo, dentro de la jaula verdosa se desvelaba el móvil arrendajo.

Lejos, lejos, lo mismo que el reino, su país. Excelso en lejanía. Su madre echaba maíz a las gallinas; los pollitos eran amarillos. El maíz, ¿no se guardaba en un rústico cofre? Untaron en el pan toda la mantequilla y quedaba el envase de hojalata dorada.

La gallina jabada ponía un huevo. ¡Cuánto tiempo sin comer huevos fritos colocados como margaritas sobre el plato de peltre floreado!

Chipko estaba muy cerca de él, y, sin embargo, desconocía todo eso. ¿Cómo podrían totalmente hermanarse?

No pensar en ello. Mas ¡cómo olía la mata de clavel de muerto, el ramo fresco de la manzanilla y aquel pedazo de budín de auyama! Si uno garabateaba papeles con un lápiz cuya madera era del color de la yema, surgía la escoba para barrer el descalabro. La escoba era amarilla.

—¡Chipko, Chipko!…, —llamó Juancito en petición de ayuda. Chipko se tendió en tierra y se quedó dormido.

Juancito trató de dormir. Aquella sensación persistía. Ponían ante sus ojos la escudilla repleta de arroz y el azafrán lo teñía de amarillo. El dulce de "coquitos" brillaba sobre la bandeja.

Chipko soñaba el porvenir. Juancito retornaba al pasado.

Y sin embargo, Chipko parecía tan suyo. Conformaba lo que fue siempre: una enorme sospecha de su ser, su otro yo, su otro rostro; un receptáculo de vitalidad ante su cuenco ahíto de añoranza. Se reconocía en Chipko sin poder alcanzar la estructura de Chipko. ¡Cómo avizoraba su reflejo en aquella criatura compañera y cobriza que despedía un destello tan contrario!

¿Cómo dejar a Chipko? Tomó una firme resolución: se embotaría las sienes, ofuscaría las reminiscencias. Fue entonces como si viniesen a buscarle. Todo se pobló con las sombras, absorbiendo los relumbrones, y al unísono se recortó y se recogió. El gran sueño creador se agazapó en el fondo de su pecho.

La humanidad, proscrita y aterida, se debatía en el último repliegue de su adormilado subconsciente, y así pudo entrever, sobreponiéndose al que Chipko trazó en la bruma de la naturaleza, el derrotero de su propio Dorado.

Díjole una voz:

—Hay una niña sobre la torre amarilla del juego de ajedrez.

Jugaban en la sala oscura.

No había nadie sobre la torre.

—La niña te saluda —siguió la voz—. Un pañuelo carmín incendia las almenas.

No había nadie sobre la torre.

Cerraron el tablero como un libro. En la caja, en desorden, se abatieron las piezas. Pero la niña montó en el caballo amarillo del ajedrez y venía hacia él por los aires, mientras atrás quedaba, con su corona de azabache, la tenebrosa reina.

Una muchachita rubia se le acercó sonriendo. La sonrisa se le agrandó. Vio su bocaza hambrienta. La muchachita lo devoró sin masticar y se acostó, durmiéndose. Él flotaba en su vientre. Si quería encontrar posición, la muchachita dormida lo bamboleaba contra sus costados cuando daba una vuelta.

Finalmente, en vez de sentarse, decidió ascender. Ahora le ponía la mano sobre el corazón. Era rojo y estaba fofo, pero de pronto lo bruñía una descarga eléctrica.

Subió por el cuello, una tos lo sacudió cuando se hallaba en la garganta.

—Debo tener cuidado, porque si toco la campanilla se despierta. Por las aberturas de la nariz no puedo salir…

Un gran ronquido abrió la boca y Juancito salió.

Fuera, contemplando a la ogresa dormida, recobró su tamaño natural.

—Podría adobarla con laurel para que se la comiera uno más grande que ella.

Pero no lo invadió una oleada de repugnancia, sino de piedad, pues como todo lo que tiene fuerza en el mundo, Juancito siempre se sintió pequeño.

—Ya no soy gigante —dijo la niña—. Toma, te doy mi corazón.

Y le ofreció la encarnada pelota de sus juegos.

—Es un corazón de caucho —contestó, rechazándolo.

—Tómalo, pues —dijo la niña, y le ofreció la piedra roja, la más grande del collar de su abuela.

—Es un corazón robado —respondió—. Además es de vidrio; no lo quiero.

—Está bien —arguyó la niña, cogiendo la aguja de tejer de su madre y a punto de clavársela en el pecho.

—¡No! —protestó—. Basta con que digas que me lo das. Lo acepto.

—Está bien —volvió a decir la niña, hundiéndose el aguijón hasta el fondo y ofreciéndole las salpicaduras. Pero toma este puñado de fresas…

Estaba con la niña.

Había un baile en la despensa.

Bailaban quince fósforos.

Los agarró por los cabellos de oro y formó una diadema que colocó sobre la cabeza de la niña.

Había un circo en el mantel. Los cubiertos agitaban trapecios; la aceituna era acróbata. Juancito cogió un payaso entre las servilletas manchadas y se lo dio a la niña, que lo mantuvo sin vacilar como a un muñeco.

Había una noche negra por la que la niña salió hacia la sombra con su juguete de percal y su regia corona.

Cuando se quedó solo, la funda del sofá le hizo muecas. Se levantó dispuesto a escabullirse, pero lo detuvo un olor. Y al volverse hacia el mueble vacío, sólo vio la difusa guirnalda que el recuerdo dejaba flotar sobre la oscuridad de la caoba.

Le estaba halando los cabellos a su madre. Ella lloraba como un niño.

Cejó y volviéndose a mirarla le dijo:

—No te los halaré más.

Ella preguntó:

—¿Los quieres?

Y se los arrancó, como a una peluca, con suavísimo gesto.

Después sacó un gorro de niño de su bolsillo y se lo colocó en la cabeza. Tornó a llorar. Parecía un monstruo infantil, un bebé grotesco.

Juancito escapó con los cabellos.

Corrió sin descanso hasta que se tumbó sobre la playa. El rugido del mar daba miedo. Recostado contra los cabellos, lloraba, él también, alisando las blandas guedejas.

Comenzó a reunir piedrecillas que iba ensartando entre las hebras: un caracol, una concha que parecía de *moiré*… Más tarde, atravesando el campo, arrancaba raíces que colocaba junto a los abalorios marinos y exprimía zumos de frutos, hasta que como una media ahíta de regalos fulgió la cabellera.

Entonces, volvió a correr. Cruzaba bosques negros y desconocidos.

—¡Dame mis ramas! —gritaban los árboles.

—Son los cabellos de mi madre —respondía Juancito. Pero se le ponían verdes.

Encendían fogatas en los montes.

—¡Devuélveme mis llamas! —gritaban alfabetos de fuego.

Juancito, apretando los cabellos que se volvían rojos, respondía:

—Son los cabellos de mi madre.

Exhausto, se detuvo en un claro. Una niña desnuda sollozaba en un barranco espeso. El frío le ponía la piel de un color de orquídea o de ciruela.

—No soy mendiga —dijo la niña entre sollozos—, pero en mi país se murieron todos los gusanos, se fugaron todas las ovejas…

—Toma —dijo Juancito, extendiendo un arco iris—. Son los cabellos de mi madre.

Regresó.

Su madre tenía el rostro habitual, mas sobre el calvo cráneo brillaba una maciza corona.

—¡Madre!… —dijo Juancito.

Ella le respondió:

—Necesito una semilla para que me crezcan.

Juancito viajó mucho para conquistar esa semilla. Cruzó pinares cabizbajos en sus fundas de luto y pasó bajo los altos álamos que relumbraban como peces.

Una vez, que regresó defraudado, encontró a su madre tendida sobre una caja de oro y con los ojos muy abiertos.

—¡Madre!… —gritó Juancito.

Vio a su madre caída en un abismo, como un blanco envoltorio, entre zamuros.

—¡Madre!… —volvió a gritar.

Sólo vio el perfil y la sombra de su madre proyectándose sobre la tierra.

—¡Madre, madre!… —llamaba tocando la corteza de los troncos como si fueran puertas.

Hubo un revuelo a sus espaldas y se volvió.

—Aquí estoy —dijo ella.

Tenía los cabellos largos.

—La semilla estaba en el polvo de tus zapatos…

Juancito se miró los pies descalzos.

—Te los quité sin que te dieras cuenta y ahora están sobre el aparador.

Corrió hacia su casa. Batieron con júbilo las puertas. Los zapatos, sobre el aparador, estaban llenos de frutas y bombones y una guirnalda de geranios les rodeaba el taciturno cuero.

Su madre entró detrás. El cielo estaba tan azul que Juancito se sentó a la ventana como a la borda de un buque. Las palomas blancas de los pájaros cruzaban como velas. Mas se olvidó del mar.

Su madre, que había ido a buscar el escobillón para limpiar la casa, trajinaba con un claro y cosquilleante rumor. No era un escobillón. El suelo se llenaba de pétalos azules. Su madre sacudía el polvo con una gran hortensia.

Su madre se llevó el índice a los labios y se le rodeó de luz como mínima antorcha.

Cuando habló, se hizo la sombra. La palabra tupía como ruido de lluvia. El caldero comenzó a crepitar y entró a la cocina una bruja rezongona pidiendo un hueso de Juancito para adobar la sopa.

El viento penetró en la sala. El cabello de su madre ondeaba como un pámpano. Y Juancito miraba las parrillas donde se asaban los pimientos como pequeños corazones.

Con el viento penetró un guerrero. Puso su casco sobre la mesa como un dedal gigante y se sentó. Se acercó al guerrero y miró su pecho: estaba herido y en el centro le goteaba una herida. Su madre trajo una copa de cristal que colocó bajo la herida. La copa se llenó de mosto. Juancito bebió de aquel vino y el guerrero se echó a reír.

La risotada abrió la puerta y una ráfaga se expandió por la sala, esparciendo residuos. Su madre trajo a la bruja agarrada por la cintura y la vio barrer el polvo con una oscura escoba. Su madre arrancó una telaraña de un rincón y la extendió sobre el pecho del guerrero. Después retornó a la cocina y portaba una ristra de cebollas rodeándole el cuello en un pesado collar de ónix. Peló una por una y cubrió el pecho del guerrero con las metálicas lonjas. Luego, el silencio. No quedaba más que un charco brillante, escoltado por los tarros de estaño, y el limpio delantal de su madre situado encima del charco como un inmenso loto.

Estaba sentado en una portaviandas y reía a carcajadas. Después, se deslizaba y contemplaba la primera fuente. Sus ojos no encontraron nada y sólo cuando hundió una mano en el envase extrajo un collar de oro y un guirindajo de perlas. Se abalanzó al segundo recipiente. Hundiendo la mano, sacó un tul floreado con bermejas cayenas. Buscó la última cacerola, armando gran estrépito, y allí encontró un ramo de flores de un color muy intenso. No sabía qué hacer; finalmente se decidió:

—Me llevaré las flores… Al fin y al cabo son lo menos superfluo.

Con ellas sobre el pecho caminó hacia una puerta. Desde el piso, las joyas y el tul lo miraban con profundo rencor.

Ya en la calle, las flores, apretadas contra su corazón, desprendían un aroma de agradecimiento.

Pero el viento le susurró al oído:

—No te engañes, Juancito… Tú querías también el tesoro y el velo.

La vendedora de huevos portaba una gran cesta.

Juancito le compró tres.

Cuando partió el primero, surgió un dulce gemido; cuando quebró el segundo, brotó una rosa colorada. El tercero estaba vacío.

Soplaba un fuerte vendaval. La vendedora corría hacia el mercado, pero Juancito la detuvo, gritándole:

—Me vendiste tres huevos malditos.

La ventisca arrancó la servilleta y, en el fondo del cesto, vio un óvalo tranquilo de niña yaciendo bajo el viento brumoso que espatarraba en torno, surcado por ojuelos de lluvia, su cenagoso pavo real siniestro.

Tomó entre sus manos aquel enorme cascarón facial y lo envolvió en un paño sepia.

Del cielo descendía la tempestad y pidió albergue en la primera casa. Tendido sobre un banco, durmió sobre el pardo envoltorio, del que salían, como un viejo relleno de paja, los desgreñados rizos macilentos.

Pero había los curiosos.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntaban.

—Pasto para las granjas —respondía Juancito.

Pero había los intrusos.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntaban.

—Forraje para los ganados.

Pero había los testarudos.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntaban.

—Redes para la pesca.

No pidió más refugio. Marchó, durante siete noches, bajo el furioso vendaval. Una vez apartó el paño oscuro, y sobre las facciones del rígido rostro cayeron mil trocitos de mugre como un puñado de lentejas.

Más tarde acudieron las horas de sol. Verde apuntaba el mango tras las tapias cuando Juancito se detuvo y lanzó el cascarón contra el muro. El empollado rostro se rompió en mil pedazos. Le quedaba el paño entre las manos, caliente como un nido.

Una miríada de pájaros de azufre salió volando a ras de los fragmentos.

Corrió tras los pájaros hasta que no los distinguió.

Sobre una cima altísima, una niña alisaba sus cabellos de pulpa de mango con el peine flexible de una rama de helecho.

Juancito la llamó. Y a su encuentro saltó una hebra rubia. Juancito subió por la hebra. Pero se le rompió. La niña contempló su caída y sus cabellos fueron un visible calambre dorado peinados por la risa de malaquita agreste.

Y la niña volvió, portando un misterioso caballete.
Juancito no entendía.
La niña le contó lo siguiente:
—Marchaba por el bosque entonando esta frase: “La lejanía aumenta la pasión.” La zarza se llenó de color y me volví. Ante mis ojos se agitaba, callado, un colibrí bermejo. Cambiaba de matiz según mi estado de ánimo, pues amarillo se tornó el colibrí cuando, observándolo, deduje: “Esto es realmente un sueño.” Luego, cuando murmuré: “Es que me engaña la nostalgia”, el penacho se le volvía gris, y más tarde, al exclamar: “Pero quizás regrese la ternura”, allí sólo volaba un plumón verde.
—¿Y ahora? —preguntó Juancito.
—Ahora —dijo la niña— sólo estoy aguardando.
Y colocó el caballete en mitad de la habitación, poniéndole encima un blanco lienzo.
Pero Juancito no la comprendía.
Y a la expectante jaula sin barrotes entró un colibrí negro.

Tiempo hacía que la pulsera de metal tenía partido el broche y que la falda fue teñida. Sin embargo, el cielo de la tarde era azul y el borbotón de la cañada, por miedo a coger insolación, lucía mitón de lentejuelas.

La botella vacía fue arrojada entre las margaritas. Su verdor era todavía tan vivo, que la niña la llenó de agua azucarada y la cerró con tapón nuevo.

El hueso de jamón había dado sustancia a una sopa y lo echaron en el cubo de la basura. Pero tenía una lonja arrebolada, y la niña lo limpió con su delantal y lo unió a la botella.

La niña poseía un sombrero de paja para precaverse del sol. Lo cogió por las cintas y le sirvió de cesta.

Bajaron por el campo… Cuando se bebieron el agua, la botella se llenó de miel, porque hallaron una colmena. Cuando agotaron el jamón, la niña murmuró:

—El panadero, al pasar, dejó caer un panecillo…

Y elevó de la tierra una hoja cubierta por la nieve.

A la intemperie, el anciano poeta se moría de frío. Pero pensó en su infancia.

Estaba el aire gris como un último sueño, surcado por pajaritas de papel. Pero pudo alcanzar un gran copo redondo y allí escribió una fábula. Después, el poeta murió… Mas la nieve cayó como naftalina, cayó como cautela, hasta que los vientos canosos condujeron el sueño a los niños, y los niños, en sus casas cerradas, releyeron las defendidas páginas del copo que, atravesando el filo de la puerta, lanzaron a sus pies como una carta.

Le habían regalado un farolito japonés.

Le habían regalado una baraja.

Le habían regalado una novia cuyo cabello se abría como una bengala inextinguible.

Pero estaba solo, tendido en el acantilado.

Le habían regalado la belleza.

Se extraviaba Juancito.

Los bandoleros apiñaban víveres. En la cabaña ocre vio el jamón, sonrosando la atmósfera, la botella de vino con delantal de paja y ancho faldón de satén verde. Por la ventana, un hambriento borrico metía la cabezota triste y lamía los claveles del tiesto.

Se partieron las lonjas con puñal de pirata, se arrancaron los corchos con colmillos de nabo y adocenados dedos confundían sus sortijas con el tosco tornasol de la cena.

Juancito pensó:

—Aquí puedo quedarme…

Pero siguió su rumbo.

En el gabinete encalado, los sabios hojeaban pergaminos. El breviario con tapas de monda de manzana abrió su ceroso volumen, y vio monogramas como mariposas, orlas como gajos de viña y el marchito papel que, bajo tantos vívidos penachos, convalecía de ancestral anemia.

Juancito meditó:

—Aquí puedo quedarme…

Pero siguió su rumbo. Pues ¿qué era, al fin, lo más hermoso?

—Lo más hermoso es el contraste —exclamó el joven rubio, tendido bajo el árbol en flor—. Recuerdo mi beldad africana, su

talle de petróleo, su ombligo como grieta de luna… Recuerdo el arrendajo que surgía cuando, sobre sus muslos de acerina, movía un girasol como una yema.

—Lo más hermoso es la renuncia —corrigió el novicio retirado en el bosque—. Recuerdo la cortesana bíblica, su túnica franjeada ondeando como un mapa… La cabeza y los pies brotando como polos radiantes de aquel abigarrado atlas de lienzo.

—¡No! —gritó entonces el juglar que cruzaba el agreste camino—. Recuerdo la muchacha que guardaba los gansos… Bajo la brisa de la tarde, su delantal huracanado sostenía un hermoso pichón, y aquel mandil era un escudo que me atraía bajo el viento. Recuerdo que fue mía bajo el sol… Sus zuecos rodaron como barcos de juguetería y la risa goteó en su mejilla igual que la llovizna en el albérchigo. Recuerdo que la dejé tendida en el corral, mientras los gansos, trémulos, huían. Recuerdo lo que sé. Lo más hermoso es el remordimiento.

Subastaban a un hermoso esclavo.

La hija del mercader ofreció cántaros, toros cubiertos con collares y frutas en canastos de seda.

La hija del poeta ofreció su escudilla, su cuerpo cubierto con andrajos y un pedazo de pan viejo.

La hija del mercader trajo un perro con dentadura de oro.

La hija del poeta desprendió de su pan una libélula.

La hija del mercader arrastró a un enano con flores cosidas a la piel.

El enano sangraba y las flores se mantenían bermejas.

La hija del poeta diole el trozo de pan al enano. Pero la hija del mercader compró al hermoso esclavo, le pasó el brazo por el hombro y se lo llevó como a un amante.

El esclavo, al pasar, miró a la hija del poeta. Y ella le dijo así:

—Perdóname, pues te quise comprar… Si una sola mirada de amor basta para colmarnos tanto, lo demás son recursos innobles… Cuando la hija del mercader se canse de su compra, yo tendré todavía tu mirada.

El esclavo sonrió. Y ella le dijo así:

—Cuando la hija del mercader se sepa de memoria tu rostro, aún tendré tu sonrisa, que nadie, ni tú mismo, me podrá arrancar.

El esclavo se marchó con su ama. Y dijo la hija del poeta:

—Cuando a la hija del poeta le quede todavía el destello solar de tu distancia, la hija del mercader bostezará sobre tu cuerpo.

Había oído decir que el dueño de la mansión renunció a todo, precisamente cuando iba a beber vino de una copa. Porque en ese minuto estalló la guerra. También oyó contar que el dueño de la mansión estuvo largo tiempo luchando con la espada. Después nadie le dijo más.

Y osó penetrar en la mansión.

—El caballero no está —dijo el santo del rebaño sin mover los labios de avellana.

—Ya no lo sentimos pasar —crujieron las tablas del piso.

—¿Sabe usted algo? —preguntó la mujer en el canapé, con la falda revuelta, rígida y ajada como concha de almeja.

En la mesa estaba la copa, pero llena de sangre.

—Es una copa poderosa —explicó el santo—. Si nuestro señor ha perecido, habrá sangre en su cuenco.

—Tengo los ojos empañados —dijo la mujer en el canapé.

—Por falta de uso, sus zapatos de raso están marchitos —añadieron los tablones.

—Sus dedos, que no se cansan de rezar —anotó el santo—, cuelgan bajo el puño de encaje como lágrimas de una brisera.

—Esto es el abandono —dijo en voz baja la boca abierta de la copa—. Una entrega a la intensidad. El santo es capaz de resignación, pero el piso se ha cuajado de ratoncillos de ónix y la dama del canapé inmola alegremente sus mejillas entre cojines de maleza.

—¿Cómo la encuentra usted? —preguntó la mujer en el canapé, señalando la copa.

—Está llena de vino —exclamó Juancito, alejándose de aquel lujo imprevisto.

—Hiciste bien —murmuró la copa, colmándose de zumo bermejo.

Había un rosal con tres rosas blancas y una rosa negra.

Se preguntaba: "¿Para qué la negra?".

Llegó una muchacha y se parapetó contra el muro como estela de sol. Había sido rechazada por su amante, heredero de una raza africana y rebelde. La muchacha miró la rosa negra y la cortó. Pasándosela por el rostro, adquirió un matiz oscuro, una oleada de azabaches etéreos. Con su cabellera rubia, parecía una esclava negra recubierta por dorado cendal.

Sonriendo, se alejó.

—Bien —dijo Juancito—; pero ¿para qué las tres rosas blancas?

Por el camino ascendían tres desdeñadas novias negras.

Estaba en el cementerio.

Su abuela muerta se mecía en un mecedor de marfil. Su moño muerto era un arrugado papel de seda.

—Tengo que acicalarme —dijo la muchacha de cien años—. Ahora vienen las frutas como mancebos.

Su abuela se levantó como una ola. Con las manos en alto izó el brocado gris del polvo que se tramaba sobre los muebles. Y ya envuelta en la brea de cenicienta espuma, se pasó la dentadura postiza por los cabellos de papel como si fuera un peine.

—Quiero llorar —dijo la estatua al hombre—. ¡Golpéame hasta hacerme llorar!

Los puños dieron contra el rostro frío.

Después, un busto de mujer imprecisa lloraba roncamente en el salón y de cada sollozo emergía la forma y salía, disparando, la piedra.

El hombre la volvió a encontrar de cuerpo entero, pero inmóvil, en el sofá.

—Aún me faltan los pies —dijo la antigua estatua—. Busca el vergajo con que excitan a los caballos y azótame las piernas.

Obedeció. Juancito veía que la sala se llenaba de sangre.

El hombre iba a marcharse cuando ella comenzó a andar.

—¡Quédate! —gritó—. Aún me falta vivir…

Ambos, densamente, vivieron. Pero cuando él se escapaba una noche del salón sombrío, ella, deteniéndole bruscamente, le exigió:

—Busca el vergajo en la caballeriza… Golpéame los pies… Arráncamelos de raíz, porque no quiero ya pisar la tierra.

El viejo estaba sentado ante su mesa rústica. Tenía un globo de cristal por delante: el del destino, como una enorme metra.

Juancito sintió un dolor agudo.

Cortaban un racimo.

Sintió unas ganas locas de reír.

Podando los yerbajos, le hacían cosquillas a la siembra.

Sintió un odio profundo.

A la carroza la diezmaban en cuadrados pedazos y cada trozo brillaba como un bizcocho impregnado de miel.

Sintió un súbito amor.

El cucurucho de la zanahoria se llenaba de lluvia astrológica.

El viejo salió al campo. Él iba detrás. El viejo echó a rodar el globo, se arremangó los pantalones y escupió margaritas sobre la tierra.

El viejo le contó dos historias.

El minero marchó a su labor. La campesina se quedó esperándole.

Pasaron cien noches oscuras. El minero rompía las sombras.

La campesina, durante la noche, permanecía contemplando el cielo. Luego, a lo largo del día, revolvía las cosas de su alcoba, los macizos del huerto, las pajas del establo.

El minero volvió. Preguntó a la labriega qué había hecho en su ausencia.

—Desordenaba los arcones —respondió la labriega.

—¿Para qué?

—Porque cuando era niña me colgaban del cuello un pedrusco… Y yo buscaba ese azabache.

—¿Y después? —preguntaba el minero.

—Estropeaba el jardín…

—¿Por qué razón?

—Buscaba un trébol de cuatro hojas, y como no lo hallaba en mi desorden, corría al cobertizo…

—¿Y cuál era el motivo? —indagaba el minero.

—Buscaba una herradura…

—Y esta noche —interrogó el minero—, esta noche, ¿qué harás?

La campesina contestó con un largo suspiro de alivio:

—Esta noche no buscaré la estrella errante.

El carpintero trabajaba sin recibir tesoro alguno, pero debajo de sus pies holgaban las virutas igual que un humo de madera.

El carpintero soñó una noche que construía un arca donde cabían cien fanegas de ropa candeal, atadas con bordones de trigo.

Al otro día el carpintero no la halló.

A la noche siguiente, el carpintero soñó que construía una mesa con todos sus manjares. Un vino rubio se vertía en una veta de caoba y había inagotables panochas de aserrín.

Tampoco los halló el carpintero.

En la tercera noche soñó que construía un ataúd de niño y que el niño lloraba en la caja, pues encima del niño, como un montón de cucarachas, caían avellanas siniestras.

El carpintero despertó con terror. Pero en la cuarta noche soñó que hacía un barco y que un rayo de sol conducía hasta el mástil el alegre velamen de lienzo.

Y cuando el carpintero despertó ya estaba de retorno del viaje. Sobre una cama recién elaborada, una mujer extendía sus olas y soltaba sus cabellos de azufre, bajando su pudor como una vela.

—No basta —dijo la Belleza, firme—. Hay que esforzarse más.

—Pero ¿cómo llegar hasta ti? —preguntó la heredera.

—Será preciso andar.

La heredera se quitó los zapatos como viejos estuches y surcó los barrancos con diez cónicas perlas.

Mas la Belleza le exigió:

—Necesitarás la libertad.

La heredera fue soltando sus ropas como blancos mendrugos, hasta que fueron todos festín de la tiniebla.

La Belleza advirtió:

—Mira que tendrás que gritar…

Y la heredera supo comprender. Sobre la última sombra mundana, Juancito la vio depositar su silencio agrietado como una gran gorguera de gardenia.

La muchacha le abrió las puertas a la vida y entraron los vecinos.

Le abrió las puertas al sol y entraron los afeites.

Le abrió las puertas al amor y a la paz y entró un hombre sudoroso y jadeante que le habló de una cama revuelta.

Entonces la muchacha subió a su alcoba para irse a acostar, no sin antes abrirle las puertas a la noche.

Pero la noche no acudió.

Por la escalinata de caoba, como la cola de un suntuoso vestido, subía un río delgado de estrellas.

Entonces la condenada exclamó, mirando nacer el sol que crecía detrás de la rejilla de su celda:

—La vida será muy hermosa, pero demasiado gratuita. No nos regatea la ilusión ni el lujo; nunca los pone a prueba. La muerte, en cambio, descubre nuestra voluntad, templa nuestra fe. ¡Ah, qué alegría cuando mañana cuelgue del árbol más bello de la ciudad! Mañana seré fruto… Y por la noche, después que mi garganta se doble, amoratada, podré venir hasta tu alcoba para dejarte el hilo de amatistas oscuras que rodeará mi cuello.

Después que el verdugo hubo cumplido, la ahorcada se bamboleaba sin donaire de un árbol negro y seco.

Pero por la noche, cuando Juancito regresó a su alcoba para irse a acostar, la sábana aventó una fresca guirnalda de lilas que habían colocado sobre el lecho.

—Haz el favor de irte —dijo la muchacha a su amigo.

Cuando se hubo marchado, Juancito preguntó:

—¿Por qué lo echaste?

Ella respondió:

—Anoche convivimos y me ha dejado un gran desorden. Ya no lo reconozco. Quiero construir su rostro nuevamente.

Trabajó durante doce días. Y después añadió:

—De su cuerpo no queda nada; un montón de cenizas que brillan cuando se manifiesta la cabeza. Recuperé su rostro. Y por su rostro reconquisto el torso que me protege de la vida, los brazos que me escudan de la fogosidad, los dedos que han cerrado la puerta… Recuperé su rostro… Su oreja es una ruda flor; su mejilla, la sombra de un árbol; su sien, el muro donde me fusilan; su pecho, el lienzo que restaña mi sangre; su mano, el ángel que recibe mi muerte. Y si acaso sonríe, mejor, porque en torno a la herida de su quieta sonrisa la muerte me ha cavado un hoyuelo.

En su caja de mica, la joven muerta sonreía.

Juancito alzó la tapa cristalina y contempló el cabello negro, casi amoratado, como una confitura de moras, y las manos que, expuestas a la luz, delineaban sus venas de índigo como vagos reflejos de cielo.

Todo era allí como damasco: aquel corpiño fofo y amarillo, aquella blanca mano abullonada que lo mismo que a un humo rosado, encarnado o azul, sostenía un puñado de corolas silvestres.

Juancito, contemplando a la joven, le exigía vivir. Ella, entreabriendo los ojos, le pidió:

—Deja caer de nuevo la gasa de la muerte…

—¿Por qué? —inquirió Juancito…

La joven respondió:

—Aquí está el verdadero reposo. A falta de zapatilla de oro, tengo mi pie descalzo, que entregaré a las salamandras. No poseo vestiduras copiosas, pero la yerba entrará en mí con sus virutas de berilo, y de la piel y la sangre brotará, como retal de muselina, ese hongo colorado que sostiene en su punta una gota salpicada de leche.

Juancito le exigía vivir, y la joven prosiguió de este modo:

—Sé que es feo mirarme embalada en una caja de cristal como a un juguete o a una fruta que no sirven a nadie, sobre un tapiz de

aserrín verde. Pero hay otras mucho más egoístas y cómodas que yo. La viuda rica, por ejemplo, es una joya utópica. Está siempre sentada. No piensa más en el amor, porque luego de contar cien fanegas de pesados carbunclos, sale en coche a la calle a medir a los pobres con un metro.

Juancito tuvo que aceptarlo. La joven añadió:

—¿Y qué me dices de la monja? Es un tesoro inútil. Siempre está de rodillas. Dice que nos ama en Dios, y ¿cuál es la imagen que nos da de Dios? Un escrúpulo de moho y de piedra, ¿y de la prostituta? Está siempre acostada. Hoy se tiende con el mercader que le regala una chillona túnica; mañana, con el hacendado que le ofrece una cabra rolliza; ahora mismo, quizás con el lacayo que no le regatea su jornal… Tiene raros dominios. Es un adorno fácil, pero hermético.

—¿Y las enamoradas? —preguntó Juancito.

—A las enamoradas perdónales la mínima usura de una venda de vidrio. Estaban desasidas y desnudas. Permíteles la última reserva.

Pero Juancito no dejó caer la tapa… Y bajo el aire añil del claro día, la enamorada lucía como una bella y pálida mendiga cubierta por remiendos de cobalto. Su cabello frutal y negruzco, su corpiño de miel esparcida y sus manos de pan azulado exhalarían ante cualquier futuro caminante un cálido olorcillo de merienda.

El viento hizo lo que Juancito fue incapaz de hacer: cerró fuertemente la caja y allí quedó la enamorada, durante siete días, bajo la diáfana defensa.

Pero el hombre pasó, pasó un segundo sin volverse. Cuando Juancito retornó al mismo sitio oyó sonar una caja de música.

Acercose a la urna. La plancha cristalina era una enorme lágrima que empañaba los colores del fondo; pero la voz se oía, trémula y gemebunda, agitando su oculto organillo en el sedoso y arrugado encierro.

—¡Quiero vivir! —decía la voz de la enamorada—. ¡Quiero vivir! Es horrible mirar esas coronas que rodean mi carne como atezadas roscas de herrumbre y hojas secas. Es horrible pensar que hay aldeanas felices que buscan un huevo de paloma o perdiz que les sirva de base interior para remendar sus rojas medias. Es horrible pensar que la mujer del cazador lustra las botas de montar y las coloca en el umbral como esperando un niño de regalo. Es horrible pensar que la esposa del campesino coloca entre las ropas blancas de la cómoda, lo mismo que en un bosque nevado, un atado de tallos aromáticos que ahora me pesa como un haz de leña. ¡Quiero vivir!… ¡Quiero vivir!…

Juancito buscó ayuda.

El orfebre trajo un diamante agudo, pero la tapa estaba llena de excrementos de pájaros, de medallas de barro, y no pudo vencerla.

El leñador trajo un martillo. El cristal lo resistió. Se había congelado durante siete noches de quietud y de tedio.

El rayo fue el único capaz. Se descargó la tempestad, el rayo hendió el estuche frígido y lo rasgó por la mitad en dos limpios fragmentos. La joven salió partida en dos. Por un lado corrían la cabeza y el torso; por otro, como una mano enorme con dos índices locos, la cintura y las piernas.

La parte que contenía desde el busto hasta el cráneo se deslizaba por el fango y los brazos se asían a las ramas, mas como el pedazo de palpitante carne no poseía suficiente impulso, allí goteaban las heridas, en el cuello, en el pecho, en la frente…

La otra parte, la de los muslos, como no tenía vista, perdía orientación, tropezaba con los troncos, resbalaba en las zarzas, y las rodillas estaban abolladas, sangrantes, entre las espinas y las peñas.

Juancito corrió hacia las dos partes, las agarró y las unió de un golpe.

—¡Cuán hermosa es la vida! —exclamó la joven liberada.

Y como pompas de jabón volaron hacia el último espacio los fragmentos de la caja deshecha.

El buhonero invitaba a los jóvenes con un chaleco anaranjado cuyos botones desprendidos suplía fácilmente con habas, y a los niños agrupados en torno asombraba con las calabazas que, infladas bajo el soplo del aire, lanzaba al sol igual que globos verdes.

Si el pescador estaba allí, el buhonero pedía a las arañas que tejiesen una sólida red, y si las mujeres de los marineros venían hacia él, ponía ante sus ojos un jubón desgarrado, prendido a toda prisa, donde el tul se movía como agua y los precipitados empates hacían flotar entre las ondas un visible cardumen de alfileres.

Juancito contemplaba el anillo en el índice del vendedor. La piedra cambiaba de color según el movimiento de la mano.

El buhonero hacía chistes, hacía retratos y cabriolas, hacía de mono y de deidad. Embutido en su feria portátil, gesticulaba y predecía, y el pedrusco manaba el más radiante y desigual destello.

Ahora ofrecía a la esposa madura un abanico de celuloide rojo con que agitar la brasa en los fogones y el corazón en los amantes lerdos. A las beldades que miraban tendía un guante destrozado que llamaba gravemente mitón. Si los hongos lo habían descolorido, alardeaba de la humedad y encomiaba su pelusa grisácea como a un nuevo y audaz terciopelo.

A Juancito le brindó una funda donde aseguraba que yacía una daga antiquísima. Juancito se la devolvió, pues sólo era una vaina muy larga llena de balines de guisantes. Entonces le tendió un catalejo. Y resultó un caleidoscopio.

—Es que hay estrellas solferinas —explicó el buhonero—. ¿No oíste hablar jamás de astros morados y de constelaciones verdinegras?

Juancito también lo rechazó. Pidió una cosa simple.

—¿Qué es una cosa simple? —inquirió el otro, agitando la mano.

Juancito observaba el anillo y el buhonero se lo regaló.

Juancito se alejó. Un rayo de sol cayó en su mano.

—He aquí una cosa simple —se dijo para sí.

Una gota de lluvia le humedeció los dedos.

—He aquí una cosa simple —murmuró.

Una niña rozó su palma sin querer.

—He aquí otra cosa simple…

—¡Quítate esa sortija! —exclamaron detrás de los mogotes del sendero.

Juancito buscaba al dueño de la voz.

—¡Quítate esa sortija! —ordenaron.

Juancito la tiró.

—¿Acaso es de mala calidad? —preguntó.

La voz respondió:

—Es el ópalo más viejo del mundo.

—¿Era solamente un ópalo?

Y la voz:

—El ópalo más viejo del mundo también se llama Ingenio.

—¿Quién es el que habla? —suplicaba Juancito—. ¿Quién me ordena quitarme el anillo?

Y la urraca brotó de la maleza.

La urraca dijo así:

—Este no es mi verdadero rostro, pero es que ando muy perseguida. Me cubro con un manto nocturno porque me llamaron ladrona. Todo porque me atrae la luz. Cuando la noche cierra sus portales y los hombres vigilan mi posible presencia en el bosque, me rezago entre los follajes y corro hacia el lugar donde reclama la fosforescencia. Puede ser un castillo o una choza donde un solo candil alumbra como el dedo de un ángel. Así, he hurtado la moneda a la aldeana y la morocota al mercader. El pez, durante mucho tiempo,

me ocultó sus escamas; mas cuando maduraron las uvas, me llevé el racimo más gordo como la cabeza de San Juan Bautista, dejando huellas de rocío sangriento. Me siguieron la pista, y por eso me protejo ante ti. Aunque puedo ofrecerte mi nido… Está lleno de terrones de azúcar, de luciérnagas muertas y trocitos de hielo. También hay unos ojos…

—¿Unos ojos? —indagó Juancito.

La urraca le contó:

—Una noche, bajo este mismo árbol, se paró una muchacha… Le brillaban los ojos como dos tachuelas barnizadas. Yo era incapaz de herirla, pero ella me sintió aletear. Desde aquel momento comenzó a palpar las ramas, a tantear en el tronco… Finalmente, al no hallarme, porque la noche era oscura, me llamó por mi nombre.

»—¿Eres la Poesía? —preguntó.

»—Sí —le respondí, cavilosa.

»Y ella entonces se irguió:

»—¡Déjame ciega!

Juancito encontró a la joven sin vista.

La conducía un oscuro lazarillo cuya piel parecía pergamino; un lazarillo con profusos lamparones azules y puntos negros como pecas.

La joven, como no podía trabajar, pedía el pan en los umbrales. Cuando no le hacían caso, el lazarillo comenzaba a cantar, agitando sus andrajos, sus páginas manchadas de tinta… Era igual a un revuelo de papeles tiznados, de manuscritos en un pobre cuaderno.

Las puertas se abrían ante la joven. Nunca le daban un puñado de oro; le daban un pedazo de pastel, una flor, un pájaro dorado, una sonrisa o un insecto.

La joven nunca decaía. A fuerza de oír cantar al lazarillo, también se quedó muda; pero aquel conocía su manera de pensar y de hablar, y ahora, cuando se detenía en los umbrales, era aún la voz de la ciega callada la que rompía, a través del rapaz delicado, los biombos de cristal del silencio.

La voz, desde el timbre del rapaz, contaba:

—En las barajas veo pedazos de retablos; las toco con mis míseras manos, y soy como la monja mirando la custodia, contemplando el as de oros de las misas solemnes. Luego, el caparazón de los cangrejos dispone una carroza de patas puntiagudas, entro en ella y me

lleva un hipocampo. Más tarde encuentro arcones diminutos…, y es un montón de nueces.

Cuando sus maderas se levantan, sale una ropa blanda y amarilla con que cubro mis hombros desnudos. Hay orugas en torno, y ya descubro borceguíes verdes.

Así hablaba la joven a través del rapaz delicado. Hasta que el amor la sorprendió. Bajo un duro dintel enamorose de un acento de hombre, y como no fue correspondida, dio, a través del rapaz delicado, una disculpa para retirarse.

El lazarillo dijo ante los hombres:

—Va a remendar mis ropas, porque nota que están muy usadas. Les pondrá botoncillos de creyón y un gran vivo celeste.

La ciega desapareció y remendó durante veinte meses.

Cuando comenzaban a burlarse de su absurdo menester de costura, la ciega volvió llevada de la mano del pulcro lazarillo, cuyas ropas brillaban como cantos dorados bajo aquel cielo densamente azul que cubría la forma del rapaz, cuadrado y pleno libro, con un forro de claro tafilete.

Le habían regalado un bollo de pan tan grande como una guarura. Acercó a su oído aquel enorme caracol y escuchó… El mar de las espigas ondulaba en el viento.

La novia del pescador estaba loca. Exigía jardines donde abriesen erizos calcinados.

El pescador reunió caracoles y se los trajo sobre un haz de algas. La novia del pescador los desechó porque no olían a gardenia.

El pescador quería casarse. Su novia deseó ver antes un número de baile y la llevó a contemplar las medusas que danzaban en el fondo del mar.

La novia del pescador las desdeñó, había mejores bayaderas.

El pescador talló una cama en forma de canoa. Su novia pidió un gato de liquen. El pescador labró un pez espada en el copete de la cama. Su novia tuvo sed y pidió un surtidor de ballena.

El pescador tendió las sábanas. Pero su novia tenía la carne rígida, la sangre fósil: era una novia de coral. El pescador se impacientó y le ofreció su musculoso cuerpo. Su novia salió de la cama y se metió en el mar.

Hundido hasta los hombros, el pescador la vio nadar en busca de un corsario célebre. Y lo debió encontrar, porque a la noche siguiente, sobre la playa tenebrosa como sobre un estandarte pirata, la novia del pescador lanzó su calavera.

La sirena tenía cola de sardina, y sobre su frente de muchacha, en lugar de un lucero, cabrilleaba una gorda madrépora.

No olvidaría jamás el momento en que la sirena, extendiendo sus muslos guarnecidos de pólipos, le suplicó:

—Ráscame la escama izquierda.

La sirena se enamoró de un hombre. Aunque tenía vientre de pez, él la llevó consigo a remotos lugares, y ella compartió como pudo la humanidad rotunda de su lecho.

Durante mucho tiempo no supo nada más.

Una tarde, sobre el mar, vio aparecer un cuerpo. Nadó velozmente hacia el náufrago, y encontró el busto suelto de la sirena. Desde la cintura hacia abajo, era un charco infinito de sangre. La moribunda murmuró:

—Él era un peregrino. La cabalgata recorría el desierto. Faltó el pan un mal día; faltó durante siete días… Me cortaron desde las caderas con una navaja de bolsillo, me vi comer ante mis propios ojos… Ahora estoy en el mar porque un pájaro se compadeció de mis restos… En cuanto al peregrino, espero que haya muerto de sed.

Los senos ya se hundían.

—¡Y pensar que yo le decía, cuando lo veía padecer del ayuno: “Si necesitas sal, muérdeme la escama izquierda!”.

Era un raro tritón. Le gustaba comer lombrices; mas como era difícil hallarlas en la playa, se enroscaba en las fuentes de los jardines clandestinamente.

Una noche, en que el tritón salió del mar, vio una gran lombriz sobre la arena. Se lanzó, muerto de hambre. Aulló la bañista frenética.

Después, la bañista, apoyada en muleta sonora, recorría las playas nocturnas atisbando con sed de venganza al tritón que le había devorado la pierna.

Contemplaba a la inválida en el negro sillón.

Pasó la infancia. Cargaba alfombras arrolladas como vistosos pergaminos, y en una jaula de escolares palotes, un canario de tejado que relumbraba como el sol.

Cruzó el pasado. Montado en la borrasca, portaba un gallo de polen y cráneos cosidos como encajes a su montura regia.

Pasó la muerte en una yegua de jade, arrastrando carroñas y esmaltes y estalactitas como espectros.

Después de un enjambre de calendarios, pasó la memoria como fugacidad, con su peluca de hojas secas.

Pasó la eternidad desnuda, seguida por cien capas de sangre y una orla de burbujas de ordeño.

Pasó Dios con andrajos de nata y la mirada llena de luciérnagas.

Pero pasó el amor, y ella se levantó, sana y salva, corriendo tras la sábana de aire y el rebaño de violines adversos.

—Mis zapatos serán de raso —alardeó la enamorada rica.

La enamorada pobre concibió:

—Para hacerme las zapatillas, pediré una hogaza de pan.

La enamorada rica censuró:

—Resultarán muy duras.

—No he terminado aún —se defendió la enamorada pobre—. Iré a ordeñar la vaca, y ese día me quedaré sin cenar, porque, para ablandar mis zapatillas, guardaré mi pocillo de leche.

—Con los azahares no hay dificultad —dijo la enamorada rica—. Te será fácil saquear un limonero.

—¡Qué vulgaridad! —exclamó la enamorada pobre—. Cuando el granizo cae en mi ventana, forma un suntuoso ramillete.

—No sé cómo te las arreglarás para velarte —continuó la enamorada rica.

—¡Vamos! —contestó la enamorada pobre—. El libro de contabilidad del mercader tiene unas páginas sin uso.

—¿Y eso qué tiene que ver? Nadie se vela con papeles…

Pero la enamorada pobre, en su día, lució un velo que despertó la envidia. Porque las polillas tenían una sola ambición: que todo fuera tul, y la noche anterior a la boda se afanaron sobre las cuartillas en blanco del libraco de contabilidad hasta que salió un encaje de agujeros.

—Está pasando el amolador —dijo el pájaro, oyendo murmurar al regato.

—Pero dejó un cuchillo —descubrió la paloma suicida, metiendo el cuello nubil en el hilo más grueso de la fuente.

El leñador recién casado y su joven mujer subían a la cabaña por el bosque.

—Soy el brazo que ciñe su cintura —dijo la raíz encorvada, mirando el talle de la joven.

—Soy el torso de la enamorada —completaba el gusano de seda.

Penetraron en la cabaña.

—He visto a la muchacha —contó el insecto, volviendo de la casa—. Se quitó el delantal como quien corta un ala.

—Yo la miré también —corroboró la brisa, que venía detrás—. Desordené con ella sus enaguas…

La brizna informaba más tarde:

—Está sobre la colcha de retazos como oveja tumbada sobre el florido césped.

—Yo intrigo aún —gritaba la remota sombra.

Siguió el cielo sombrío. Luego una luz imprevista iluminó el umbral de la cabaña. Y los árboles fueron testigos.

—Son marido y mujer.

Pues las ramas ardían, y la resina, coagulándose, traspasaba los troncos heridos con un rojizo borbotón de estrellas.

—Cuando te crezca el bozo —dijo el musgo a Juancito— llámame para ungirte con mi barba.

—Cuando la voz te cambie —dijo el pozo— pídeme los metales más profundos.

Y la doncella le exigió:

—Cuando seas un hombre, ven de nuevo a este sitio, porque ambiciono padecer tu rostro como si fuera un luminoso agravio.

La Vida entró en la casa de Juancito. Al entrar, enredose en la alfombra y derribó la mesa con el jarro. La Vida, con su propio traspiés, se enfureció: rasgó los libros, las cortinas, arrancaba retratos del álbum, escupía los bustos de yeso…

—Entra —le dijo la voz desde la alcoba.

La Vida penetró.

—Entra —le decía la joven de la alcoba—. Si nunca pude prescindir de ti, justo es que te reciba con decoro.

La Vida estaba exhausta. Se echó sobre la cama, y con gran desconcierto vio brillar las arrugas que se formaban en las sábanas bajo su tosco y poderoso cuerpo.

Levantose la Vida, iracunda. Sus grandes pies, calzados en gigantescas botas, dejaban una huella de flores. Las cogió con malicia, pero de cada roce salía un brote limpio y fresco olor a verde. De un manotazo arrojó las corolas y las pisoteó.

—Es inútil —le decía la joven—. De cada golpe saldrá un nuevo capullo… Mejor es que lo aceptes.

La Vida no lo quiso aceptar. Aporreaba la cama, el armario, y cuando se cansó de patear, encontró que las frutas crecían entre el desorden negro de los muebles.

—Es inútil —le decía la joven—. Me he vengado de ti. Puedes romperlo todo, y del caos nacerá la manzana, del matorral el ibis, y al fin del descalabro, carne y sangre fluirán sobre los huesos.

La Vida cogió a la joven por los hombros, la sacudió con tal vigor que se le desprendió la cabeza.

—Es inútil —decía la cabeza arrancada.

Una mano de la joven alzó la cabeza desprendida y se la puso sobre el cuello.

—Es inútil —decía la cabeza en su sitio—. Nada ganarás con matarme. Hasta un cuerpo sin rostro puede servir de algo. Detrás de mí hay cien jóvenes mártires degolladas por tus canes rabiosos, cuyos cuerpos ya fríos sirven a los pájaros con hambre y a una generación de nuevos héroes.

La Vida estaba exasperada.

—Es inútil —le decía la joven—. Porque, de todos modos, tú me amas y yo te amo también. Tú eres el hombre y yo la ingenua.

La Vida sollozó como un hombre y la Fe lo condujo a su lecho.

La Igualdad estaba empeñada en tratarlo de tú. Era una muchacha robusta que sostenía un haz de espigas.

—Es necesario que madures —exclamó, dándole un grano de su siembra.

—Desde luego —apoyó la Solución—. El joven debe limitarse.

Y lo envolvió en una bufanda, porque la Solución era una joven abrigada que tosía como los viejos.

Ahora surgía el Desparpajo.

—Si sigues los consejos de la Igualdad, ascenderás muy alto. Emparejándote con los demás, llegarás a superarlos e incluso a sonreírte de ellos.

El Desparpajo le entregó una bocina, y añadió:

—En cuanto a la Solución, no le hagas caso: es endeble y modesta.

Apareció la Muerte como una gran pedantería. Desdeñosamente aseguró:

—Puedes matar en vida, matar a todo aquel que te aventaje, enterrarlo dentro de ti, no creer en más nada. Si lo deseas, aquí está mi nivel…

Y le ofreció una cuerda.

Pero la Admiración estaba allí.

—Quédate con las manos vacías —pidió la Admiración.

Obedeció, volviéndose a mirarla. No pudo ver ni su perfil, pues se cubría el rostro con un velo.

Desconcertado, decidió viajar.

—Vente conmigo —sugirió la Igualdad.

El Desparpajo le insinuó:

—Quédate donde estás. Sentirse grande es un asunto sin molestias.

—Vete con los mendigos —rogó la Admiración.

Y él se marchó, anhelante, entre los peregrinos harapientos.

El amanecer le dio un paisaje.

—Es exclusivamente un paisaje —ratificó la Solución, que le seguía los pasos.

—¡No lo sientas igual! —gritó la Admiración a tiempo.

La noche le otorgó la soledad.

La Muerte testificó:

—He aquí el imperio del vacío…

Mas ya había penetrado en la noche y gozó de la contemplación. Cuando los astros asomaron, tenía los ojos empañados, sin poderse explicar aquel súbito mentís de su goce, hasta que la Admiración le sugirió:

—Llora sobre tus frutos; todo placer es un remordimiento.

Entró por segunda vez en el día y más tarde en la noche. Cada vez que encontraba un nuevo ser, la Igualdad le decía:

—Descúbrelo…

El Desparpajo:

—Búrlalo…

La Solución:

—Defínelo…

La Muerte:

—Niégalo…

Cuando ya lo había hecho suyo y el objeto yacía, definido y burlado, a punto de morir, la Admiración intercedía:

—Te digo que hay un rey detrás de la muralla de conceptos.

Conoció a un hombre puro. Hubiera permanecido a su lado, mas seguía con las dudas, porque el Desparpajo importunaba a cada instante.

—Es un mamífero vertebrado.

Y la Igualdad:

—Está hecho a tu imagen y semejanza.

Se alejó. Pero volvió sin saber exactamente por qué.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por el hábito —anotó la Solución.

—Por compañerismo —susurró la Igualdad.

—Por azar —añadió el Desparpajo.

—Para concluir —atenazó la Muerte.

—¡Por mí! —gritó la Admiración—. Nunca he hablado de mí, pero se hace preciso. Voy a revelarme de una vez. Nunca me habéis visto la cara porque en ella no reside mi personalidad. Ved lo que me encarna…

Juancito vio solamente sus rodillas, pulcras y heridas como rosas que ya nacen cuarteadas de pétalos.

Entonces lo dejaron tranquilo. Y oyó la voz de la Admiración:

—Desde remotos siglos, la voluntad camina hacia el amor y el enérgico amante ambula hacia el asombro para inmolar su rancia libertad y recobrar su espacio subalterno.

Entró en los días y en las noches con un goce esencial. Estuvo con el hombre.

Finalmente volvió. Había crecido mucho, pero la Igualdad, que le esperaba resentida, lo saludó de este modo:

—Conquistaste un complejo de inferioridad…

Y la Solución:

—No cumpliste el deber…

Y el Desparpajo:

—Eres un trotamundos…

La Muerte no lo recibió.

La Admiración estaba allí, con el rostro velado.

—¿Has encontrado la felicidad?

—Sí, se llama mendicidad… Mejor aún: maestro.

—Busco sólo la intemperancia —dijo la desconocida.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Juancito.

—No he decidido bautizarme. Apetezco sólo la brusquedad. Podría ser la irresoluta o quizás la rebelde. Cuando el sol atraviesa la persiana, la duda se parece al rigor, se produce una indecisión o un arrojo, pues brotan arlequín y gramínea del vertical reflejo.

Estaba frente a él.

—Seguiré como soy, anhelando el pudor o la cólera. La vacilación es un escrúpulo y el coraje es un ramo de rosas que se extingue en el cesto incapaz del cerebro.

Juancito comenzaba a amarla.

—Seguiré como soy, aunque tu corazón intriga como un hongo desde que penetré con mi humedad. Te digo que es inútil… El espejo se empaña cuando paso, porque lo inverosímil brilla como un fósforo cuando nadie nos mide con su yesca.

Juancito la sostuvo entre sus brazos y ella se desprendió.

—No quiero que calcules mi sombra, porque el amor es un guisante oculto en una vaina inmensa de tiniebla.

*

—Sabrás, al fin, quién soy —dijo la desconocida.

—¿Quién te ha traído? —preguntó.

—Yo vivía en un sótano y entró un caballo blanco diciendo que era la Humildad. Monté en su manso lomo, y al primer trote me vi tendida en tierra. Me trasladé a una torre, y entre los montes intrincados miré pasar al más negro caballo, y me dijeron que era la Advertencia. Para no verlo, me refugié en el bosque. De los frutos maduros bajaba una sazón de sacrificio. Había un olor a desencanto cuando el aire movía las ramazones secas. Y allí estaba el caballo gris enganchado a una frágil carroza. La había construido el hombre y se llamaba la Armonía. Subí al rubio pescante… Después, no rememoro bien. Creo que atravesé un soleado camino y que más tarde descendí, porque tu umbral abierto me llamaba con mosaicos morados de Modestia.

Así todo se unió. El agua fue a su cauce; el galope, a su potro; el aroma, a la flor. Y bajo las nubes que se daban al aire, la lluvia, la fusión miró abrazados en la cima a la Belleza y al Adolescente.

No fueron sueños, sino la manifestación de un desvelo que hasta ese momento vivió discretamente sin presentar sus pruebas ni plasmarse. Una atención oculta por seres y cosas, aparentemente suprimidos, fue la que tomó la delantera cuando Juancito se sintió muy crecido, y la experiencia del otro, si no se daba como enfoque ajeno, corría el riesgo de abundar en engaño.

Se descubría atónito, ante la insólita visión, ya que Chipko lo acostumbró a una trayectoria de videncias que abrumaban el nuevo itinerario.

Durante mucho tiempo vivió a la vera convincente de Chipko; durante días y noches, pese a tantas exigencias enérgicas, vivió en la calma fiel de su contagio. No puso su ser en entredicho; a través de una entrega emotiva, la selva le sirvió de fecundante sombra, y el caudaloso mito de soslayo.

Pero llegaba el momento de una sinceridad que parecía súbita y que ansiaba desmentir, tildándola de ensueño, pues surgió acicalando sus sencillos cebos, poblándose de hervor novelesco, para que el llamamiento fuese inaplazable. Cosa que no conseguía, ya que Juancito se empeñaba en convencerse de que allí no existía realidad. Era que su realidad perdida, su antigua realidad irredenta, había cobrado un sesgo extraordinario.

¿De dónde salieron aquellos panoramas espléndidos y aquellos imprevistos personajes? No osaba concebir que las pausas impuestas a nuestro propio origen, treguas de río y de viento, no lo destronan en la más honda intimidad; mas bien trabajan soterradamente para el día de su exaltación, en que hasta el olvidadizo puede desconocerlo, puesto que no ve la casa, el sillón, el jardín, sino un reinado inédito, equívoco en su estampa y en su realce.

De modo que el regreso de su antigüedad lo dejó confundido y decidió continuar a la zaga de Chipko, punto de referencia de la vida y la mitología, de la historia y la fábula.

Se decía que había sufrido un sueño igual al de la cueva indígena y que no habría que contar con futuras visitas de excéntricos aparecidos, porque allí sólo estaban él y Chipko.

Y allí precisamente se inició la discrepancia.

Sobre la mata verde de su lecho respiraba Chipko libertad y reposo.

Picado por las hojas, Juancito se sentía atado al aroma pernicioso del rancho.

Con los ojos cerrados, Chipko escudriñaba su granero profundo.

Con los ojos abiertos, Juancito miraba el techo de la choza, que terminaba en punta de pirámide.

Chipko disfrutaba el silencio y el sueño; Juancito, que no podía dormir, oyó de pronto un grito saliendo del insomnio selvático. Era el grito de un niño. ¿Para qué darle vueltas? Darle vueltas al grito, y la cercana fronda se agitaba ante aquel infantil alarido con murmullo de tenaz comentario.

—Chipko —susurró Juancito.

Estalló el mismo grito que semejaba ser tan suyo. Debía ser un sonido común, un manantial, un pájaro. Lo curioso es que, a pesar de sus reticencias, tenía deseos de mirar.

Juancito se incorporó.

¡Qué cordialidad reventó entonces en lo más negro de la selva oscura! El grito se rodeó de otras voces que iban en aumento a medida que él daba otro paso.

—Regresaré inmediatamente —se prometía.

Tuvo un minuto de evidencia, o más bien de vacilación, al volver el rostro en el umbral para mirar a Chipko como si fuese a verlo por la última vez. El aire fresco de la noche cosquilleó en sus oídos

diciéndole que no se trataba de despedida, que era un paréntesis, aunque tuvo deseos de arrodillarse junto a Chipko, de agradecerle y abrazarle.

Estaba fuera.

—¡Es la lluvia!

Se calaba de la cabeza a los pies.

El agua detuvo su iniciativa y persistió un ruido de animales contentos en sendos y sonoros chapoteos, mientras Chipko estaría con su bella inanición corpórea sobre el suelo feraz de la cabaña.

Decidió retornar a su lecho. Mas ¡qué placidez tuvo la pulcritud, abriendo grifos sobre los malojos y poniendo la toalla de la yerba bajo los pies desnudos, concluyendo su tarea de alivio después de haber dejado al matorral silbando su optimismo tras la función benéfica del baño!

Decidiendo su vuelta, la lluvia redobló imperiosamente, y él se reconoció distinto. Acababa de pensar que Chipko estaría… Le lavaban la memoria y la frente. Se le dispersaban las ideas, y sólo cruzaba por su mente el pensamiento sobre Chipko, nube por el cielo, sigilosa advertencia, mariposa noctámbula.

Arreciaba el aguacero. Todo lo que había padecido se le iba deshaciendo dentro de una indiferencia gozosa, una limpieza de temores, una higiene de posibles retardos.

¿Por qué no andar un poco más? Tropezó con excrementos de cuadrúpedos, cueros de bestias muertas y jirones abruptos de caimanes que brillaban bajo el golpe de gracia de la lluvia. Prosiguió bajo el bullicio de las tachaduras, que nunca le manchaban la piel, que hacían borrón y cuenta nueva con su lastre indeleble de plata. Juancito brillaba al unísono. Enderezaba su fragmento lumínico sin reconocer la humillación, conducido por un loco albedrío, por una independencia estrafalaria.

Extraviaba su liviana epidermis, la sumaba al montón de inmundicias coronadas de gotas, y siendo así bebido, tragaba una especie de altanería líquida y ascendía dentro de una alegre deshumanización entre carroñas feéricas y risueñas piltrafas.

Con la selva acontecía igual. Pulida hasta sus vértebras, se desprendía de la perpetuidad, movida por urgentes resortes, por libérrimos goznes momentáneos.

La fría selva se contorsionaba de gozo, mojaba su cintura gigante en el chorro de hielo y cuando sus turbulencias gélidas llegaban a frenética fuga, retornaba con helada inocencia, riéndose con los puños en alto. O tornando socarrón su temple, burlona su entereza, a medida que Juancito oía chasquear las hojas con tinte de humorismo o descolgar las piedras de su sitio en explosión aviesa de sarcasmo.

*

Un árbol desconoció la fatuidad, un árbol se sustrajo del ritmo; un inteligente atleta humilde ante las presunciones de la danza.

Un árbol no fue frígido. Sobre su tronco de dos siglos, Juancito, que se creía inmune, oyó detonar el primer estampido grandioso, y en el instante en que sus ojos no soportaron la corona de espinas de la luz, vio quebrantarse el sólido madero cuando el más viejo leñador celeste le atravesó con hacha de diez filos el aguerrido pecho centenario.

El árbol descendió con quejido espantoso. De sus barbas emanaban estertores, hilos, espumarajos. Juancito se sobrecogió. Doblose su talle conducido por aquel regocijo insensible.

Dábase cuenta de lo que había hecho. Mucho menos que el árbol vencido. Éste vio venir el peligro y levantó su leonada cabeza dispuesto a ganar o a perder el combate emprendido entre la antigüedad y la aventura, y si hubiese permanecido ileso, su valentía le hubiese permitido penetrar en la renovación con vigoroso garbo.

Juancito no; no afrontó ni su huida. Recluta de la lluvia, escapó de la amistad y de la choza tibia igual que un desertor, entre las cuchufletas de las ramas.

Tampoco le concedían morir, y quería morir, sintiéndose corrido y culpable.

Tendría que volverse. ¿Por dónde? Se volvió, y miró sendas convertidas en ciénagas que anegaban las huellas a su espalda.

No se atrevía a pronunciar un nombre, aquel nombre tan distante y querido que le hacía un nudo en la garganta. Nadie podría oírle y temía que le contestase, como antes, el sonido de su propia voz en una serie de ecos simultáneos.

La selva respondió. En el momento en que Juancito no pudiendo aguantar exclamó ¡Chipko!, estalló la furiosa tempestad.

Era un ansia llevada al crescendo, pues cuando Juancito gritó por segunda vez ¡Chipko!, se sublimó su ingenua petición, vibró un claro estribillo que se fundió a la pléyade de un coro, y la muchedumbre de la tierra y el cielo, por intermedio de la lluvia que servía de altavoz, desparramó la súplica en cantata.

Juancito no creía en sus oídos. Eludió la coral, y al comenzar este susurro: ¡Chipko!, surgió una confidencia musical sin cantor, el lamento de una cuerda convulsa, la zozobra de un violín solitario.

Su contrito pecho no se conformó. Si no le estaba permitido encontrarse con Chipko, que su dolor equivaliese en fuerza a su ventura, que su pérdida tuviese un cariz de horizontal proliferancia.

Afrontó el vendaval y gritó con toda su energía.

Todo fue interpretando: ¡Chipko, Chipko!, y el deseo atravesó los tímpanos más tercos, los herméticos montes, los hacinados nubarrones, descubriendo un oriente orquestal que diezmaba el preludio solista y los vanos solfeos del cántico.

Alcanzaba Juancito plenitud en su angustia. Con la norma de siempre, la panacea polifónica convertía la derrota en victoria, y si Chipko no estaba con él, si Chipko era el ausente forzoso, lo que por él ejecutó la selva era tan grande como su presencia. Era un ¡hurra! que llenaba el vacío, era un triunfo que cubría su falta.

Pudo apaciguarse Juancito con enmienda y artificio sonoros, con la oportuna sinfonía que impelía los finales acordes, en los últimos truenos, ante la mano directriz del rayo.

La tormenta cesó. El gran consuelo se iba pronto. Un fenómeno tal no se repetiría. ¿Para qué insistir con el nombre? Jamás pensar en recuperación, ya ni siquiera en resonancia.

Por una sentimental rutina, no por petición, apenas por excusa, Juancito dijo Chipko, y sólo respondieron sus ojos, derramando a la tierra llovida un delgado torrente de lágrimas.

*

La luz se proyectó, una luz huidiza y mohína, nada incitante ni enaltecedora.

Continuó Juancito desorientándose.

El verdor se arracimaba como nunca. Carnosidad encogida, suspendida de un íngrimo tallo, se escudaba con fofas turgencias,

con mórbidos tapujos, con regodeos fláccidos. La tímida luz, remordimiento inoportuno, impregnaba los paroxismos verdes sólo en la superficie, sin atrapar molleja arrepentida, turbando ligeramente con licuosas úlceras la soberbia sedosa de las capas. El racimo colgaba sin aparente merma. Perseguido por tenazas de luz, conservaba, con un encogimiento de hombros, sus agotados y ásperos tentáculos.

La tierra oreaba sus molicies, sus molestias, sus montes; la yerba se espatarraba con un denso fastidio. Tras el festín, la selva no se rehacía: estirábase con triste pereza, renegaba de su tóxico brindis, pero esquivando el parco resplandor con los dedos del bulbo que servían de pantalla.

No esperar cosa alguna. Si acaso la fatiga, el hastío. Juancito lloró una vez más, secándose los ojos con la maltrecha palma de la mano.

Algunos arbustos avizoraron sus sollozos, pues cada uno de sus brotes envolviéndose en niebla, se empañaba. La luz iba repartiéndose. Brillaban encharcadas pupilas. Ya no eran ojos, eran glóbulos. Ardían entre los pálidos y postrados cogollos que, bajo el liviano peso de los brincos vidriosos, erguían lentamente los párpados. Oía una succión de secretas mucosas. Tosían aleteos, chillidos… En torno comenzaron a errar las afligidas aves.

Lo que resbalaba entre la fronda no era precisamente un lagrimeo, más bien algo espumoso y viscoso, estelar y biológico, algo como bálsamo y semen, constelación y baba.

Dios escupía sobre sus criaturas. Una saliva regeneradora, un ultraje beatífico. La saliva de las estrellas, la grima refulgente de Dios. Justamente el rocío. Juancito lo pudo comprobar porque en un soleado surtidor uniforme apareció por fin la madrugada.

*

La faz cundió como un azote.

El verde se tumbó, resquebrajándose. La arboleda tenía un aspecto compungido, las crenchas en ralo desorden y las pestañas bruscas hacia abajo.

Viejo atavío sin uso, las hojas se aglomeraban en recodos, llenas de modorra y de mugre, de prostitución y de pantano.

Lo mismo que una herida, la “pica” oteó entre cañas y palmeras y en redor de su grieta rengueaban filamentos dolidos, torpes varas convulsas que semejaban salir de una paliza, que aparecían zurradas por la luz bienhechora, esa luz que ante los ojos de Juancito ya arrojaba la venda o el pañuelo tendido.

Juancito corrió velozmente hacia la ropa límpida del caño.

—¡Chipko!… —gritó.

Aquel rostro de Chipko se reflejaba en el raudal.

El agua, imprevisiblemente, se levantó; corría como corrió Juancito, y éste se abalanzaba hacia su surco, poblado de sequía, para asir los restos de aquel rostro: el cabello de Chipko, raíces flotadoras; su perfil, un pedazo pequeño de tronco; sus mejillas, dos ondas en huida; los ojos, arenisca negra, y la frente, ese fresco y moruno guijarro. Incomprensible que las aguas corriesen, increíble que el manantial marchara como un hombre; dejando atrás un hueco yermo.

Se detuvo, en un incrédulo suspenso, sobre lo que fue cauce y camino del raudal. Mas también se hallaba detenido sobre aquello que anidó tras las sienes pensativas de Chipko, pues al mirar la arena ¡halló, al fin, el tesoro! Juancito no quería dar crédito a sus ojos.

Bajo sus pies iba el sueño remontando su curso, espigando generosa corriente. Como otrora en la frente de Chipko llegó a ver engastadas las ficciones caudalosas del oro, ahora miraba algo que, siendo concreción, jamás se concebía, porque allí resplandecía el esputo de Dios, la saliva de las estrellas.

Rozando sus tobillos, trémula quizás de su ser, vio brillar una hilera de asustados brillantes.

*

—Chipko —dijo Juancito, de rodillas en la súbita mina, con los dedos abiertos sobre lo que podía ser la portentosa huella de su llanto.

Lo llamaron entonces. Si la voz del principio, al hallarse en la choza, podía ser de muchacha o de niño, ésta era de hombre y luego de mujer.

Lo curioso es que cuando sonaba varonil, gozaba de una tersa intemperie y se alargaba en onda cantarina, y si resultaba de mujer,

se tramaba entre las ramazones, de tal modo que Juancito seguía más confundido que nunca y mayor vaguedad lo envolvió en el instante en que los timbres se unieron en polémica charla.

—¡Oh fémina de hierro! —decía el hombre agudo—. Tú que andas sin andar los confines, comprende sus dislates y sus dudas, comprende al que se para en la vertiente, tú, que donas el músculo inmóvil o el ímpetu esencial en tu mole dialéctica y parda. Entiende al que divaga, al que vacila, hierática impaciencia, tú, símbolo del clímax y del acto.

—Varón del dulce ruego —respondió la mujer cavernosa—. No reconozco patetismo. Exijo con mi estilo de cantera. Que quien tardó en llegar hasta mi cumbre, corrija sin chistar su descalabro.

—Aún está en su caída —contestaba el hombre—. Modera tu ambición leguleya, oye su corazón que se detiene y para el empellón de tu mandato.

—No puedo quebrantar mis designios —se defendía la mujer afónica—. Lucha entonces conmigo, eunuco de las piedras y de los ríos, tú, que fuiste el alado, el caído, Luzbel acribillado en el espasmo.

—Un día fuiste mía, pues tu temeridad se unió a mi audacia —gritó el declamador benévolo—. Sólo te pido que conjugues tu energía al arrebol que ciñe mis fronteras de humo, dueña de los inventos, madre de los activos engranajes.

—Dices muy bien ¡oh díscolo con plumas! Manifiéstate entonces. Que cuando yo aparezca con mi torre de alumbre, tú desgarres la epidermis del cielo —se aplacó la contralto.

Distrayéndose de su primer asombro, Juancito contempló, descolgándose de una cima señera, despeñándose en gruesas volutas, una espiral que reunía no sólo las gotas de la lluvia anterior sino sus íntimos fenómenos, ya que el agua se vertía taponando las grietas del cielo, levantando en sus manos de mica las aceitadas uñas del relámpago.

—Débil, dubitativo —tañía el gran torrente—. ¡Ícaro te secunde!

A Juancito la cabeza le daba vueltas como un trompo. De la selva brotaba un monte majestuoso y macizo.

—Indolente, remolón, perezoso —argumentaba el monte—. ¡Aquiles te acompañe!

El agua atraía con su trino, como un hércules impelía la montaña. De ésta emanaban fortalezas profundas, de aquel salían apresuradas alas.

Porque el torrente era de fuego y la montaña estaba al rojo vivo, ya que, para moverle, se ató la fuerza con el vuelo y él no acertaba qué hacer. Todo era de plumaje y de llama.

Sólo ellos lo sabían: la montaña de hierro, forjadora de reinos, que aguardaba en su paz con su seguro infierno, y el agua que descendía repitiendo con rugiente aleluya aquel apodo original que colocaron en los hombros del más lejano bailarín celeste mientras no predicó su herejía; pseudónimo que le otorgó la oración y le hurtó el anatema, mote que fue suyo durante el acatamiento y que perdió con la revolución y que hoy volvía, tras la revuelta y la metamorfosis, más que nunca viviente en el salto prendido, aguerrido: salto de hoguera y ángel.

*

Anduvo arrastrado por los dos firmes cómplices, anduvo negando todavía su intervención, huyendo de la selva con un andar que imaginaba obligatorio.

En el cierre del monte, devolvió la mirada hacia el lugar que le sobrevivía: el tesoro, atrayendo, exigiendo… ¡Tan cercano, tan fácil!…

A pesar de todo, se alejó. Y he aquí lo que su corazón pronunció en el último dintel de espesura o lo que hubiera podido pronunciar si Juancito no hubiese sido un niño:

—No, Chipko, soy incapaz de malgastar tu forja. Lo que en ti es arroyo diáfano y gratuito, en mí solamente pudo ser destreza soñadora o tino legendario; lo que en ti es necesidad, en mí sería vanagloria. Adiós sueño sin expertos, idealidad sin lucro, patena natural y olvidadiza, límpido tabernáculo. Vive tal como estás, tú, Chipko, tú, Tesoro.

Y éste fulgió en su lecho sin recelos como si la ilusión atisbada tanto tiempo en la sombra hubiese hallado médula y enjundia. Segura de su inviolabilidad, se derramaba y ofrecía. Tras la postrera huella de Juancito, en la hilera de brillantes crecía una invención

logrando encarnadura, una ficción vuelta materia, una transida irrealidad orgánica.

*

¡Qué poco ágil percibía su cuerpo! ¡Qué poco explicativo el ambiente!

El hecho de abandonar los usuales y amados parajes significaba el desamparo propio. No acuñaba un espacio seguro en la tierra misteriosa y lacónica. Atrás quedaban tantos huecos habituales que su desamparo se convertía en tirantez, y tanto él como el mundo —uno por arraigado y otro por intemperante—, se hacían mutuamente inaccesibles.

Desde luego creía andar y subsistía el sendero, esa franja de agobio y de hierro bajo aquella criatura absuelta de paisajes que no podía ser él.

Hasta que respiraron a su lado y corrigieron gravemente su ausencia, diciendo nada más:

—Juancito.

Viejo clarín, limpio, reconocible. El sol brilló, el río se extendió como un mar. El río era un mar. A través de su oleaje se sentía reconfortado, custodiado por la certera voz benigna. Si minutos antes no quiso pensar en nada, ahora no fue necesario interrogarse quién era su mortal peticionario, pues él legitimaba aquella voz.

Sí, él mismo, extraviado, errabundo; él, que contribuyó a su acento: él que en la remota casa de su pueblo, le sirvió de teclado tremante; él, alcahuete del respeto y del miedo, que la escuchó en la sala y la siguió a la selva, que supo aislarla en vítores de pájaros y preservarla de aires de familia.

Él, Juancito, que había oteado lo raro y lo magno, que añoró la enseñanza en el aula y la cercanía en el pariente, y que, en mitad de su mental miseria salió en busca del más bello vejamen y lo halló ante su lecho de enfermo, debilitando más su pulso, reduciéndole a una nueva pobreza, puesto que desde que lo hubo mirado su admiración le supo a gloria, aunque a la vez a propio desaliño.

Pues allí se encontraba el Hombre, el mismo que le colocó en el bote, que lo condujo hacia los bosques, hacia la magia y hacia Chipko.

Bien podían cerrarse las páginas, quedar atrás el rumoroso libro. El Hombre estaba cerca y eso era lo mayúsculo; que le abriera los brazos, que le pidiese cuenta del error y el exceso.

El Hombre sólo dijo:

—Juancito.

Corrió Juancito desalado, buscando jerarquía y refugio, madriguera y antítesis. Mas cuando estuvo a su lado, el Hombre se difuminó. Sólo escuchaba la palpitación del pecho y ello no le importaba. Cabal que fuera así.

Si antes pidió:

—Que pueda yo mirarte bien, que conozca el tamaño de tus ojos… —ahora sólo se refería al Hombre como a lo que nunca pudo ser gráfico o cercano, y queriendo pernoctar, no en él, sino sólo en su merecimiento, Juancito suplicaba:

—Que lo pierda de vista.

¡El mar rugía tanto y tan hondo!…

—Al menos, ¡si pudiese nombrarlo!… —añadía.

¡Si pudiese existir la ignorancia sólo para llenarse con un nombre!

Claro está que esto tampoco se le podía conceder.

Y sin embargo…

—¡Humboldt!… —gritó entonces el mar desgarrándose contra las rocas.

—¡Humboldt!… —gritó el viento empujando las nubes, las olas…

—¡Humboldt!… —repetían los ecos en las peñas abruptas.

—¡Humboldt!… —bramaban los últimos árboles bajo el viento soleado y magnífico.

*

Juancito se metió en el mar. Se puso boca arriba. No quería nadar, luchar; sólo degustar el descuido, el desgano; sólo acatar y sostenerse.

Obedecer, esa era su instancia, convencido de que no flotaba sobre el mar sino en el pálpito del Hombre acogedor y austero.

Le arrancaban adheridas angustias con un breve manotazo espumoso y luego lo dejaban holgar; el salino sabor, fresco regaño, y

en seguida la vagancia, la holgazanería y la plenitud bajo el cielo que se abría en un ocio, en un ámbito claro de asueto.

No tenía interés en observar el impetuoso azul que lo llevaba con urgencia. Sólo perseguía su iniciativa, y si la onda subía mucho era como si el motor de un camión acelerara la marcha y él continuase arriba sobre una inmensa parva que se agitaba bruscamente. Luego nuevamente un bogar, un deslizarse entre el aire pespunteado de luces, sobre el mismo forraje de malojo fragante y amargo, y él atipándose los ojos con un hartazgo esférico de cielo.

Pasaba un escuadrón de nubes, un rebaño trotón que embestía y triscaba los supuestos yerbajos en los que iba montado Juancito. El oleaje tendió sus escarolas impregnadas de sal y la manada siguió rumbo.

¿Por qué no eludir todas las obligaciones?

Comenzaba a notarse pesado. Parándose, flotó. Notó ese agradecimiento de la carne vestida, cuando, sobre su afán acogotado, alguien descorre lentamente un cierre. Eso quería decir que estaba consubstanciado con el Hombre; eso indicaba que se erguía de pie dentro de su respiración, y todo esto lo decidía en el instante en que, haciendo añicos al azar, la primera costa vecina descargó su encerado patético.

Fue agradable sentirse apresado por la inapresable dirección, pero se veía a las claras que quien lo conducía no estaba dispuesto a mimarle la postración, tan distinta a la dádiva, o a soportarle el fácil fanatismo semejante a la pérdida.

Hasta ese momento no hizo otra cosa que glosar el deslumbrón incógnito, nombrarlo y dejarse guiar. Pero lo mismo que ayer, en su vivienda aldeana, aquel lo sacaba del aplauso contemplativo y le colocaba los pies como zapatos nuevos. Única manera de que la maestría mantuviese su majestad o de que Juancito no transformase su docilidad en servilismo.

Movió los brazos en la forma en que le enseñó Chipko, tocó las orillas, y fue un niño, un discípulo saturado de fe, y el mar fue al fin el mar, sabio y gañán a la vez, la sangre azul y el pasto verde.

Acostumbrado a las murallas de hojas, a las casas de paja, no sabía qué hacer. ¡Todo parecía tan rígido!…

El mar fue todavía un gran gamelote sanguíneo, algo que enroscaba y ondeaba, algo que especialmente acontecía.

Actos en torno suyo fueron los ríos, las piedras roídas por las hendiduras, la trabajada arcilla, la fiesta del ocaso en que los pájaros hendían la apresurada atmósfera con colas de cohetes. Suceso había sido Chipko, y el sueño fue una construcción fulgurante, la fábrica de la piedra filosofal, y el Hombre que lo llevó al susto de la variación y lo rescató más tarde del continuo dinamismo salvaje, fue por encima de los demás, liberado de su individuo, el más rotundo y redoblado hecho.

¿Dónde ir ahora?

El muelle extendía larga sábana sucia; el mar bregaba abajo, en un hondo pugilato perenne.

Notábase recortado sobre el asfalto, desprovisto de una inmensa capacidad de ser, imbuido por aquel temperamento sin posible desliz, tan cortical y tieso.

Abandonó el malecón solitario a la hora del mediodía.

Tampoco le gustó caminar; menos quedarse inmóvil. Hubiera querido descansar, extenderse lo mismo que en el agua.

Ante la rada se alzaban casas oprimidas, frentes romas y obtusas en las que una idea no podría encontrar ligereza ni comodidad, cráneos que osaban dormitar ante la desazón marina. No quería dormir así, bajo la acción de un soporífero, y volvió los ojos. El mar respondió a su mirada con un ojo horizontal y fijo que también eludió, pues tampoco aspiraba al insomnio.

Debían quedar almohadas en el mundo.

Entre dos grupos de casuchas se bifurcaba un pliegue de cemento.

El hálito del mar se filtraba por las rendijas y asomaba colgando su abalorio metálico en el hoyo claustral del recoveco. El mar nunca dormía, era una mancha que miraba, e inútil que las telarañas quisieran taponarla con verticales lágrimas, porque el tizne continuaba como un ojo desvelado y acerbo.

—Mala cosa es el mar —descubría Juancito, irritado de que lo observasen.

El mar lamía los paredones de un alto edificio petrificado, concediéndole aspecto de ruina.

Revisaba Juancito su juicio:

—Mala, pero despierta.

El mar daba las horas, pedía amanecer, y si se abría un postigo, colaba sus cien gallos de espuma, su acrimonia, su galón de verdad, su inclemencia.

Nada ni nadie le hacían caso. Juancito hallaba los contornos muertos. El mar, al menos, ansiaba una agonía. El barrio la ignoraba, se amortajaba más, era un viejo sepulcro blanqueado por un fofo sudario de siesta.

Vio enrejadas y cerradas ventanas, párpados vencidos donde los barrotes, las pestañas, colocaban recalcitrante freno.

Si se pegaba la oreja contra cualquier fachada, allí rugía el mar lo mismo que en una caracola, pero nadie lo escuchaba. Sólo se oían asmáticos camastros, chanclos arrastrados, cuchicheos de celda.

¿Por qué los presos no gritaban?

Tal vez porque ellos mismos se construyeron la prisión, hundidos en sus hediondos nichos, rodeados del coraje del mar, salpicados por salmuera y doctrina, huyendo de su altanería, vestidos con andrajos de muros, con ex-votos de llaves, con harapos de puertas. Querían escapar del mar, con la encerrona y con el espejismo, pues dentro del ropón salitroso el mortal presidiario creía desligarse del marítimo vínculo huyendo a pierna suelta.

Delirio dentro de una cárcel, todo se acentuó, desproporcionándose. Un desabrido gigantismo en las siluetas que pasaban, una hoja en el hormigón, un perfil en la esquina pesaban como plomo.

Las pisadas de Juancito se multiplicaban, le silbaban los oídos como si los tuviese llenos de mosquitos. Acaso era el exceso de luz. Todo cobraba un feo aumento.

Sentíase exhausto. Cansino ascender la cuesta que más bien semejaba derrumbe, subir tantos peldaños de potencia prosaica que aturdían como un miedo o un énfasis.

¡Qué apología del lugar común!

Banderas grises de una patria madrastra, se oreaban exaltados pantalones baratos, colgando de una lóbrega cuerda.

Ninguna cosa, ningún ser se recuperaba con el crecimiento. Seguían siendo tristes sin llegar a lo trágico. El dolor, viejo boato, rehuía meterse en el trance.

Se acentuaban las moles blancuzcas, la mazmorra de monótono yeso. Sin halo heroico, los frentes de las casas se encanijaban, embotados, bajo un pesado rictus de jaqueca.

Los gigantes se unían. Tal vez el exceso de luz adiestraba para el mutuo reconocimiento. Juancito se pasaba las manos por las sienes sudadas. Más bien era el calor que untaba como goma, ligaba como semen. Una conjunción sin cariño.

Todo congeniaba como congenian los mediocres, sin angustia ni ardor, sin exuberancia ni atropello, como congenian los informes, por un túnel de sexo.

Por lo tanto, sobresalían las partes, los contrastes. Hombre y cosa dentro de una deplorable fraternidad. La soez conciliación semejaba relajo, desfachatez, abuso o insolencia.

Cruzaban animales híbridos. Posiblemente estaban demasiado flacos. Juancito recordaba los caimanes lustrosos y adiposos, la limpia procacidad de las culebras.

Por un abierto ventanuco se distinguía una figura echada en una hamaca. Tenía cara de muchacho, aunque la mano que colgaba hasta rozar el piso se abatía, contrita y cabizbaja, como la de una vieja. Pensaba en Chipko, en los dedos dorados de Chipko.

El sol largaba sus chillidos, clarineaba en los tímpanos, y la pesadilla vigilante, enclavada ante el mar, erguía postes y pendones mortuorios, hilos telegráficos plenos de excrementos de pájaros, lo mismo que renglones de improperios. Eso espantaba sin emocionar.

Al fondo de la estrecha avenida, lo azul se adulteraba. Si la humedad roía la muela calina de los muros, si la luz y la temperatura reunían las bestias y los hombres, un paisaje destartalado, un mar vano, viscoso, ondeaba entre barandales cenicientos. ¿También el agua se trocaba en fango? Olía a cloaca, a mangle. Las ratas conducían en el lomo una pizarra pestilente.

Un enjambre de zamuros voló sobre las tapias.

Una mujer desgreñada asomó al mirador su vestido de medio luto y los pájaros tramaron en torno una justa corona geométrica. Los lunares del medio luto eran moscas.

La mujer, la oscuridad de nubarrón, las aves, formaron ante los ojos de Juancito una fugaz estampa necrológica, uno de aquellos cuadros que se componían para recordatorio de un difunto que les daba el material con su pelo.

Apresuró el andar. Tropezaba con pailas pringosas arrumbadas al chubasco y al rayo solar; se topaba con jergones de alambre endosados al aire y al polvo con un descuido fúnebre y obsceno.

Había esqueletos de cachorros limados por los años, y enarcándose ante un albañal, halló el símbolo fantasmal de aquella cuadra turbia bien llamada presidio.

Un crespón que maullaba.

Una cola en vaivén.

Un gato negro.

Pisaba rabos y retazos. De cada pisada emanaba un reproche y ya no discernía quién lo reclamaba: si las pilchas, las piltrafas, los perros… Empezaron a doblar las campanas, y él estaba descontrolado, perseguido; lo perseguía la callejuela, lanzaba en su búsqueda un carretón crujiendo bajo el peso excesivo: altas viudas felinas entre letal mampostería de espectros.

Corría, corría…

El idiota venía hacia él. El idiota, el miembro más joven de la lavandería. Hasta su pueblo llegó el cuento. Siendo recién nacido, un furioso arrebato familiar montó la plancha al rojo vivo sobre su blando cráneo, y por eso era idiota.

Hacia él avanzaba el idiota, cerebro sin edad.

Corría, corría…

Ya estaba en la plaza. Detrás venía el idiota. Los árboles tramaban hojarascas oscuras o ropas manoseadas en sucesivas perchas.

El idiota venía hacia él.

El mar, de casimir; el cielo, viejo fieltro.

Por las noches, el idiota penetraba en el taller. Los trajes sin limpiar colgaban agrios líquenes. Las mangas desbocadas, los pulpos, el volante, el erizo, formaban un tugurio submarino donde una rama de coral podía encenderse en los tizones del anafe caliente.

Sobre la tabla de planchar vacía, se acostaba una mujer desnuda, con su mórbido metro de lienzo. No había que plancharla. Su piel era muy lisa. El idiota lo sabía porque se acercaba, mirando los pezones, iguales a las manchas de una tela quemada. Si la tocaba, la piel de jabón, se deshacía. No era jabón sino aquello con que untaban las planchas antes de utilizarlas, la calentada esperma.

El idiota llegaba a su resquicio. La mujer entraba después; la mujer, la gaviota. La miraba escapar. Ella era la vida y él la nada en el catre del que salían forros verduzcos, bandadas de raídos murciélagos.

Un prisionero gritó, finalmente gritó en la gibosa sombra.

Juancito se halló bajo el sol, porque él era el audaz prisionero.

Se oían resonar cascos, mas ya no había que temer. A su lado trajinaban vetustas y vivaces carretas.

Negros de risa fina fustigaban bruñidos caballos; frescas negras rechonchas salían a los portales con una ramita de limón entre los dientes de azahar escueto.

Jóvenes de torso retinto ungían el sol con brillo de caoba engrasada, mientras zafia ternura se abría, espatarrado malabar, en el almidón de las muchachas que se asomaban al portón, incitantes en su oval aguafuerte.

Marchaban carromatos con una pestilencia feliz de mercancías.

¡Arre!, bramaban los renegridos conductores, entre argollas de sol, calados con la euforia del ébano.

¡Arre!, coreaban las mozas de mandil aleteante, en el que un botón de guachafita podía esparcirse en aplanchados pétalos.

¡Arre, arre!, decían las campanas, y Juancito ¡arre!, porque olía a bosta, a pescado, a liencillo, a coleta.

¡Arre!, el último changador escondido entre fardos fogosos. ¡Arre!, la última novia oscura, acicalándose en su alcoba, levantando la tapa del baúl como la tapa del pupitre. El floreado jubón en el fondo. Era la bodega del barco llena de color en conserva.

¡Arre!, los que izaban las anclas, los que asían el palo mayor.

¡Arre!, el mujerío convulso, la mota del mechón bajo el salitre que engarzaba en el rizo impermeable sus desconchados brotes de gardenia.

Las mulatas salían a los balcones. Juancito las miraba sacudir los felpudos, mover los tiestos y las regaderas. Crecían las plantas en los caracoles. Hacia dentro, en los salones, una guarura con su enorme corola sostenía los libros, los secantes. Los zapatos lustrados brillaban sobre el piso. El barniz del calzado, calafateo de petróleo, y la espuma devolviendo su *egrette* voluptuoso en un charco que aclaraba el rincón con su grueso abanico de leche.

Exudaciones de entrecasa se mezclaban al sarro salino. Se desbordaban los zaguanes caldeados con vaharada a ropa limpia, a betún, a jarabe, a madera, y hasta a un vaho de patios hacinados de flor.

Cada jardín abría su hornacina con pesados narcóticos de galán de noche y de jazmín, y el perfume conventual se ligaba al tónico

marino, a los peces que regaban emanación de pólvora, y todo surgía contradictorio, en un choque repleto y complejo.

Del tráfago se llegaba a la playa. La arena estaba fétida. Se veían trapos que habían sido rojos y hoy eran rosados, tiras de zinc crispadas como escamas, cáscaras de naranjas y un grueso vendaje, el desflecado parche de una venda. Era horrible encontrarlo pegado a unos restos de frutos que recordaban la cocina hacendosa, los azafates que portaban el postre y las algas con gotitas de mar que semejaban las porciones de gelatina verde. Era horrible ¡y tan real!…

El mar le manifestaba sus bravíos consorcios, su pasión sin escrúpulos, aquel fervor con que aceptaba los residuos sin discriminación, fuesen inmundicias totales o limpias costras indefensas. A su fondo bajaban despojos de enfermedades con conchas de recientes legumbres. Los hacinaba y confundía, atando herrumbres y carnosidades de gallina, basuras y manojos de cartas, cataplasmas usadas y ramilletes macilentos.

Finalmente, sólo quedaba la nariz de Juancito ante un hervor salubre y nauseabundo, un atávico aroma parecido al hedor, un almizcle y un tufo, una hedentina y un incienso.

*

Se detuvo ante una roca carcomida en la panza. El agua se arremansaba abajo en azuleante arteria. De ambas cosas compartidas, de la vena y el vientre, emanaba una especie de lar prehistórico que adornaba su boquete hierático con un dosel nervioso de cangrejos.

Un barquito lejano navegaba con su forma de cuna, y al cruzar, diminuto en la distancia, huyeron foscas fantasmagorías, barrios anquilosados. La realidad huyó con sus ruedas untadas de miasma y sus puertas llagadas de hiedra.

Sólo vivía un muchacho que jamás miró el mar, un muchacho en su lar de aguas dulces, un muchacho en su casa materna.

El pretil se abalanzaba en un acantilado. El muchacho pintaba un barco sobre el zócalo, un barco de acuarela salmón con banderín de creyón verde. Ese barco estaba ahora debajo de la gruta. Seguía siendo el mismo, recuperado en su autenticidad, en esa que no llegó a salir del todo pues el niño pintor tenía apuro en terminar, ya que los ojos adultos podían reclamarle el alarde extemporáneo y viajero.

El mar le devolvía su primerizo barco. Marrón, porque el viento le mudó el tinte y el agua lamió la rodaja mandarina; también el sol tostó el estandarte aceituna. Y contenía novedades. Hoja de papel de decoración a punto de soltar el rollo, se enroscaba en el medio listada chimenea. Después de una tempestad, lo hicieron más grande, casi un trasatlántico.

¿O veía mal? El mar todo lo desteñía, todo lo repintaba. Parado ante Juancito, el buque lo convidaba a entrar; la escalera tendida como mano enguantada de blanco, la cubierta abriendo pasillos de hospital inseguro.

Ascendió.

Un hombre con gorro sanitario asomó por una claraboya. Luego un largo pasadizo avellana, una silla de extensión como una guacamaya. Más tarde, la mostaza, la esponja; pintura fresca, fibra nueva.

Con chaquetas de dril acartonado, higiénico, varios hombres jugaban a las cartas en el salón del buque. Las manos cubiertas con pelirrojo vello, vinosas, brutales, les salían de los puños arios. La mesa en que jugaban, de mármol. Corrían, a bandazos, las hostiles salchichas de los dedos.

Se inflamaban los hombres; reían gruesas carcajadas igual que puñetazos. Se alzaba un tarro de cristal.

El sol ya descendía. El mar amarillo, con espumas sobrantes: un gran mar de cerveza.

El mar lo desteñía todo; el mar de tinta. Lo mismo que carboncillo, por todas partes se esparcía la brea.

El barco lo sobrecogía. Ya no era su primerizo barco. ¿No se lo devolvía el mar? Aunque por una escala interna le atraía una ráfaga antigua.

Ya ponía los pies en los tramos, dejaba atrás el último escalón manchado por la sombra. Al adentrarse en la oscuridad, el barco empezó a moverse; subía y bajaba empujado por recio vendaval.

Juancito se hallaba en el dintel de aquel raro recinto, hacia cuyos cuatro costados difusos se bamboleaba el fanal cubierto con lingotes que pendía del techo.

Bailaban las penumbras. Desde umbríos estantes añosos, talados envoltorios goteaban frijoles morunos, nísperos de yoduro, taciturnos tabacos y rajas de canela.

El suelo fue uno solo con los montones ocres. Juancito andada a trompicones y a empujones por el pavimento giratorio y castaño, donde aquel desorden, aquel baile, dispersaba leñosos taconazos de feria.

El barco se iba a pique… ¡Oh, en aquel momento debían estar descolgando los salvavidas! Marineros que semejaban correr en otro mundo se aprestaban para el salvamento.

Juancito quería abandonar el cuartucho, mas se le dislocaba la escalerilla. No alcanzaba el peldaño que le dio en la sien con su dentadura. Rodó por el piso.

Se hizo la calma. La quieta lámpara iluminaba el sótano, y en el último ámbito vio a una niña sentada, con la piel de mamón y el canesú tan glauco como una fresca arveja.

El corazón se le paró del susto. Después le daba saltos cual si el barco, ya tranquilizado, depositara la final desazón en su pecho.

Se embebía en la niña. Un delicado arete de metal se hincaba como anzuelo goloso en la parte más alta y pulposa de uno de sus brazos redondos; un hilo desprendido del corpiño se crispada sobre su cuello en una leve yerba.

Se desvivía por acercarse; pero tal era su emoción, que la cabeza le giraba, y ante la estabilidad o el equilibrio que significaba la niña, oponía su palidez, su prisa, y ella se escapaba de continuo conducida por un ágil mareo.

—¿Por qué huye? —preguntaba.

Sólo él huía, rezagado en su afán, remolón en su vértigo.

En cambio, ella estaba hundida en la bodega bruna, con su efigie de agraz y de rosa, distante de ansiedad y aturdimiento.

Esa quietud lo contagió. Miró lentamente a la niña huidiza y notó que iba sumergiéndose.

No huía… Se hundía…

No recordar más nada. Ella no estaba en la altura, sino en el fondo. Hundirse, ahogarse… No en el porvenir, en el pasado, más allá del pasado. ¡Que no lo agitaran los recuerdos!

Amenazaban acumulados víveres. Mentes, toneles, cerebros que no fueron vaciados. Se abocaban, negruzcos, bultos descomunales, pretéritas presiones, masas confusas de pertrechos. Juancito se hundía…

Cuando volvió a mirar en torno había viajado hacia el naufragio. Y era un naufragio abigarrado.

*

Un colorido inmemorial aliviaba las cargas. ¿Apenas la luz de la lámpara? Se vertían opacos depósitos. Un estridente borbotón marcaba un punto en el vacío: aquel rayo, con su lista de menta o de vino, en verticales franjas de franela.

Se despejó la incertidumbre. La niña completa renacía, islote en la corriente.

¿Dónde la vio antes, dónde contempló ese rostro del color de la flor de begonia, aquel corpiño de *moiré* silvestre?

Como la raya de arco iris que el alquitrán forma en el mar, la lumbre, matizándose, atravesaba la tiniebla.

El rescoldo se tendía a los pies de la niña igual que un gato tornasol, que una concha de nácar de la que ella fluía sin premura con una piel de pátina. ¡Pero no! Surgía de la memoria. Juancito la reconocía. Era la niña que le dijo adiós, la niña de su pueblo lejano, brotando ya sin lastre opalino, en positiva y próxima ribera.

Sonreía con serenidad. ¡Qué difícil fue domarla! Todavía, al clavarle los ojos desafiantes, ladeó graciosamente la cabeza.

Iba a llamarla por su nombre y algo centelleó entre sus bucles. ¿Una tela de araña? Se le pudo enredar al jugar al escondite debajo del fogón. No, una cosa radiante y sólida. Tal vez se ocultó bajo la mesa en que escogían los cereales y sobre sus cabellos nevó largo y tendido el arroz. Tampoco. Era algo más lechoso, más blanco. Siempre jugando al escondite, se metió en la despensa, y como tardaron en hallarla, al gorro de entretejidos granos se pegó esa línea de mate relumbre que tienen las velas de sebo.

No estaba seguro. Ella seguía jugando al escondite y él retornaba a la impaciencia; ella se le escurría de las manos, parándole el andar con aquel tonto adorno que, tirado entre otras chucherías, hubiera sido absolutamente inservible, pero que entre sus rizos tomaba un aire de exaltada frivolidad y descascarillaba su alifafe de aljófar en improvisado privilegio.

Sobre los oídos, la cofia formaba rosetón, y del núcleo cosido como encaje descendían dos ladinas chorreras, haraganas, suntuosas.

Cada semilla ígnea poseía un fulgor de banalidad y añorada prosapia, de estilo y abandono, de languidez y de refinamiento; un ovillo jactancioso y jerárquico que impedía acudir a la niña porque nadie podía discernir cuál de los dos adjetivos era su preferido, o, dicho en términos de Juancito, nadie era capaz de asegurar si ella ligó las diez sartas de huevecillos áureos por ganas de bromear o por deseos de grandeza.

Juancito, siendo tan pobre, proseguía parado e indeciso. La niña volvía la nariz, inquisitiva y pícara; la boca reventona y callada, el pelo neblinoso manando del gorrito, y que era justamente la mancha que tiznaba el más húmedo fondo del bernegal del tinajero.

—¡Si se quitara el gorro! —anhelaba Juancito.

Si se lo arrancaba, al paso que perdería su obstáculo, perdería su derroche, esa aspiración de esplendidez, ese candor de infancia que buscaba cada vez mayor ser y que ungía cada tiempo desnudo con un sobrante carnaval ingenuo.

¡Ahora lo recordaba todo!

La niña, en un viejo salón modisteril, midiéndose el disfraz; él, detrás de la puerta.

Antes de que ella entrase, sólo los ángulos terrosos. Máquinas de coser fantasmales, maniquíes, despojos, telas en tumulto, sombreros como hongos. Un colorido inmemorial. Sendos trajes de gala apretujaban en el ropero triste sus revueltas y vistosas macollas, hasta que la niña penetraba en el atardecer, dándole sitio al caos, claro en el bosque y campanada en la inconsciencia.

La habitación se abría en una ostra y ella reía dentro, probándose el gorro lagrimeante y licuado. Bullían pormenores, prestigios, cundían detalles como faros, lazos en estridencias.

Durante aquellas tardes, Juancito vio a la niña devolver poderío a la vida. En un estado de ánimo vibrante quedaban, tras sus pies fugitivos, retales de ambición y de gloria, retallones de seda y de felpa.

Gorgueras de alcachofa crecían en roperos humildes y un mazo de modestas siemprevivas venía a prender borlas al atuendo febril de Colombina que, lo mismo que el sol del ocaso, entreabría sangrantes y superfluas cayenas.

La niña podía ser un refugio. Desprendía un calor amigable, olía a sombra, a golosina; se extendía, dorada y rosada, en un turgente desembarcadero.

Sí, podría acercarse.

La niña, pese a todo, se evadía. Al ser reconocida, obtenía impiedad de su carne. Se abandonaba a un manifiesto exilio con su gorro de borbollones, entregada al índigo, al añil, manso bozo de espuma sobre un vasto movimiento celeste.

No podía hacerla suya.

La niña no tenía brazos asequibles. Ni una sola ramificación, ni un garfio amable sobre el agua. Pues el agua volvía. La niña lo esquivaba, no ya en el fondo, a flote; ya no en la hondura, sino en la superficie.

Juancito braceaba sin descanso. Al detenerse a respirar, el agua había vuelto al océano. En lugar de aquel cuerpo de niña miró un sitio vacío, una nada sin gracia y sin fastuo, un inexpresivo ojo de buey.

Juancito se asomó, y allá lejos, sobre el mar aplacado, vio la isla que huía con un iris ajado y radiante, con un bello cansancio de perlas.

Golpeó furioso la curvada abertura.

Para convivir con la niña, ¿tendría que soportarle tantas veleidades?

Notaba por primera vez ese anhelo tan extraño del hombre de no darse en la piel, sino en la investidura, de eludir la llaneza, de revestirse con acciones, con obras; esa energía mohína que no daba de sí más que señas pobladas de antojos y escapes.

Hasta el ventanal circular por donde sus ojos se dirigían a llenarse de búsquedas como de ornamentos, por donde la niña partió, dejando su distancia, joya reciente y cansina, era un poro a quien no le bastaban la ventisca y la sal.

Ante el ojo de buey nunca harto de soles, Juancito vio cruzar el antiguo ejercicio creador, tergiversando la simpleza terrena, esa negra coquetería del hombre que enfilaba en un yugo poético sus nocturnas y regias comparsas.

Venía una aleta de tiburón, tapa de un ataúd errante.

Venía un bote solo y repleto de flores. Iba a un entierro o a un enlace.

Después, un velo suspendido, turbulento en la brisa marina, pegado al clavo de una balsa.

En seguida, un jamelgo del tamaño de un monte; un gran jamelgo endrino que pasó de perfil con la cola enrollada en el mar. Deslizándose a su lado, con un frágil sosiego terrible, observó que era un gigantesco hipocampo.

Tenía mucho miedo. Le asqueaba tanta vanagloria macabra.

El mar aún disponía de trucos: el oleaje lanzó una botella contra el ojo de buey, y la botella resonó en el recinto. Derrumbada y verduzca, jadeando del brinco, tenía el corcho salido como si, después de larga asfixia, respirara. Del intacto gollete sobresalía un pliego.

Juancito leyó:

> El pescador me llevó en su red, entre los peces que todavía mordían. Cuando me sacó de la cárcel, exclamó: "No me atrevo a comérmela. Y me puso en una linda pecera."

La niña firmaba con una gorda lágrima.

Juancito se la bebió. Una indolencia líquida atravesó sus miembros; vagaba en una ola amorosa y rendida.

La ola subió mucho, subió tanto, que lo aplastó de un empellón, y él perdía los ojos entre aquel amasijo de acelgas lapidarias. Se debatía inútilmente; la ola lo llevaba en su enorme botella, vuelta añicos verdeantes.

Al recobrarse, ya el mar no estaba allí. Juancito se hallaba sobre el musgo. La ola, erguida ante su cuerpo. La ola era una montaña.

*

Preparándose para una tempestad, detrás de aquella altura venía todo un resuello de cimas, una erupción de serranías que despeñaba sobre los contornos, con una ira inmóvil, su arquitectura de impasible oleaje.

Torrente fijo de reproches, marejada de puños rocosos que un día levantó su protesta ante la incógnita celeste como ante una verdad todavía impalpable.

Era un hambre de conocimientos, un instinto racional primigenio que, por falta de medios maduros, había empleado una táctica ciega y perforaba lo desconocido con sus graves dentaduras bestiales.

Era esa la tierra que veía Juancito, la que iba en busca del cielo; la tierra que, mucho antes que el hombre, el animal, la planta, fue apetencia de luz, necesidad de fórmulas, prisa por alcanzar la causa. El mundo aún no estaba concluido, y ya la tierra, la duda siempre en vilo, la dialéctica viva y eterna, sufrió comezón de evidencias desde su cruda periferia parda.

Sólo que ella no podía saberlo, sólo que ella apenas poseía misticismo. Percibió el bofetón de la altura, notó el agravio de la elevación que observaba sus modestas costumbres con bochornosa ojeada de jerarca.

Y desde entonces comenzó sus conquistas, desde un complejo de inferioridad.

¡Cómo debió crujir el cuerpo de la tierra en el primer intento explicativo! ¡Cómo se levantó de rodillas, llamando religión a la ciencia, erigiendo la lógica creadora sin un solo instrumento, con el único puente de su brío, desde su prematura conciencia visionaria!

Renegando de las planicies, atada a sus medidas como a culpas, creyéndose rastrera, la tierra encaminó su pedregoso cíclope hacia una audaz puericia de picacho.

Eran esas las búsquedas, los poderosos ruegos, las manos de la cauda montaraz que oraban entre el flotante ororuz de la niebla y recibían las nubes mantecosas como a redondos y rollizos panes.

Los primeros santuarios de una idea, los primeros albergues de la sublimación, la primera humildad y, al mismo tiempo, la primera altivez de la tierra, de aquella crédula inconforme que nunca contentó sus mandíbulas, que seguía remontando la cabriola devota después de recibir la comunión de la densa neblina y de los nubarrones que brindaban sus masas.

Pero había algo más, y Juancito se sobrecogía. Parecía que la celeste verdad jamás llegaba a poseerla, puesto que ni un solo músculo aflojaban las escaleras majestuosas, las ascensiones pétreas, los tramos pronunciados y agudos; y aquel aplomo que nació de la sed, la adoración y la indigencia, seguía acrisolando sus muros sin relajarse nunca, puliendo sus perfiles, acuñando sus moles, y ya lo que se alzaba ante Juancito era un ahínco impío en desbandada de áridos peldaños.

El orgullo enardecía los miembros, y las antiguas aleluyas, amasadas en carne de roca, dislocaban sus pesados acordes con un vicio de alturas, con sempiterna y cejijunta saña.

Así, la genial y plausible imprudencia de piedra se enrarecía en sus dominios, y la cordillera se desbocaba ante los ojos de Juancito como una espuma de blasfemias, algo que era sólo poder, un calvo paredón tan constante y cansino que sólo se apreciaba su pericia, su presunción arrolladora y apta.

Las antiguas buscadoras de Dios, de la inicial definición del mundo, las sierras de impetuoso desaliño, se empecinaban sobre los senderos con tal capacidad de resistencia, que era inútil pensar en postraciones, en decaimientos o en derrumbes. Y no porque el primerizo ímpetu y la siguiente dádiva del cielo les hubiese insuflado más ánimo. Era porque ellas vencían o creían vencer.

Entre un monte y el otro había sólo una tregua, pues descendían un instante para luego insistir en tramadas columnas, en aristadas y últimas terrazas. Se volvían un deporte agorero, una técnica astróloga. Eran cruzadas por los cóndores como por pirotecnias de sombrío aquelarre. Catedrales malditas, demagogias adustas creyéndose engañadas por la clave del cielo, se elevaban a las zonas prohibidas con un aspecto de egoísmo, de ensimismamiento y arrogancia.

Juancito observaba aquel tumulto de creaciones deformes, de impulsos transformados en rencores erguidos, aquellas profecías degradadas en espantosos vaticinios por cuyos primitivos argumentos de peña, como opaco pero brioso conjuro, volaba ahora un águila.

Veía los filos sarmentosos, los esqueléticos colmillos rabiando de intemperie y de frío que, sin doblegarse nunca, continuaban repitiendo la pirueta agresiva, transformando sus templos en tabiques perjuros, sus rogativas en hechicerías, su deslumbramiento en obsesión, su primerizo cántico concreto en insolencia hereje y arbitraria.

Se empinaban las canteras sacrílegas, se apoyaban las unas en las otras, se nutrían con su mutua animosidad, con una extraña e infernal ternura, y cuando ya creían emular al inflexible firmamento incólume, disparaban al denso horizonte secas sensualidades de peñascos.

Lejos del terruño parcial de Juancito, iba el desfile demoníaco con sus voluptuosidades sin flaqueza, su despliegue de macizos enconos en huraño y atroz virtuosismo que abarcaba, con su torvo

entrecejo, un estupor de extáticos países que ya reconocían, como un ultraje para sus pisadas, como un achaque para sus pupilas, la torrencial destreza de los Andes.

Sólo cuando la inmensidad conducía una estrella temblorosa de miedo ante aquel montaraz energúmeno, sólo cuando el lucero de la tarde arrojaba un delgado filón de lucidez ante la columnata intransigente, toda la cordillera contraía su piel de humareda, y sobre su frente de tiniebla y de nieve se dibujaba, como un remordimiento, un fugitivo rictus de nostalgia.

Hacía mucho tiempo que Juancito no se sentía tan indefenso. En cualquier experiencia hubo miedo y misterio, sorpresa y sobresalto. Pero durante todos los accidentes vividos hubo también un aliento de resolución. Y al final siempre obtuvo, si no la respuesta mejor, por lo menos un premio aceptable.

Aquí, sin meta lo mismo que sin recompensa, erguíase el secreto empedernido, el dilema sin provocación, puesto que no reclamaba nada fuera de sí, ni un peregrino ni un vidente, ya que de su propia oscuridad irredenta había hecho muralla y templanza.

Quemaba el viento de las cúspides, descendía cual lenta y constante amenaza de crimen, y Juancito, acorralado, examinaba su traje, que flotaba en jirones, y ansiaba más que nunca una sombra de techo vecindante y palpable.

Echó a andar frotándose los dedos. Sobre sus hombros amenazaba el ataque en potencia de aquellos montes que se sucedían, que alzaban, madurando su celo, una enhiesta pesquisa, aumentando la soledad, preparando las víctimas sin rematar jamás en la catástrofe.

Si hubiese sido mayor, más resuelto, habría hecho lo que en aquel momento le correspondía: pararse de frente y aceptar el desenfreno rígido, que ni siquiera lo impelía, que era sólo un inmenso calicanto de alarma.

Nadie hubiera sido capaz del ascenso. Juancito se refugiaba en veloz negativa para preservar su más precaria afirmación: cuerpo dolido y paso vacilante.

Quizás todos los que padecieron igual noción de imposibilidad, todos los que rechazaron el inhumano imperativo, le escucharon entonces. Desde hacía mucho tiempo estaban de acuerdo con él, y salvaron el sensitivo escombro. Y para demostrarle que sucedía así,

que algo podían rescatar de la fría hecatombe, cual una ruina viva, en el atardecer se perfiló una casa.

Era un claustro embutido en la hiedra fantasmal del crepúsculo. Amoratada por su innato frío, la tarde abría portales olorosos a capilla y a horno, y los cien montes que temía Juancito, ante el óseo convento construido y sostenido, ya eran abstracta cuadratura malva.

Juancito caminaba bajo los aleros incoloros que sostenían sus parcas avalanchas, penetraba por corredores fáciles y finos, empotrados como desfiladeros, de los que subía un resplandor menudo y monacal como un ala; atravesaba jardincillos recónditos, olorosos a díctamo, a incinillo, llenos de discretos estallidos silvestres donde convivían las macetas transidas con balsámicas greñas de yerbas aromáticas.

Todo emanaba lozanía, pero a la vez ponderación. Los pensamientos, dibujados en tinta china, crecían con las gladiolas, y ahora todo cobraba la severa ternura del óleo entre la ojiva limpia de las calas.

Venían ruidos de cacerolas mezclados a rumor de oraciones. Se detuvo ante el runrún de un opulento insecto, parado sobre el cínoro, y al segundo sonó un toque litúrgico como si las flores que adornaban el prudente vergel escondido hubiesen evaporado en torno suyo un sabio regocijo de campanas.

Las celdas estaban abiertas. Moría un Cristo sobre dos palos rudos; pero su sangre era llamativa, y después parecía condensarse en la redoma púrpura del cáliz.

Monjes color de anime sostenían rosarios cuyas cuentas podían ser los frutos caseros y si había libros como tejas, libros como ladrillos, también miró una Biblia con los cantos de polen y las tapas como las puertecillas doradas del sagrario.

Era un ambiente de confidencia y simpatía, de una simplicidad tan digna y, por minutos, voluptuosa, que amanecía teñida de realismo, pero también de intrínseca elegancia.

En un sentido, los hombres amaron la cordura; erigían sensatez solariega frente a la mole exorbitante, reencontraban su diario vivir, y en vez de un grupo de lanceros desnudos dispuestos a cabalgar en la intemperie y condenados a una muerte segura, Juancito contemplaba aquellos cuerpos encogidos, acicalando huertos, archivando fanegas de papel y de hoja puliendo las semillas, los santuarios.

Hubo ciertamente otros hombres; los que aprendieron la lección montañera a través de un caletre cerril. Juancito había oído hablar de ellos. Generalmente desembocaban en caudillos obtusos, en mandones monótonos, en informes criaturas que miraban en torno con obsesos ojuelos fanáticos. En derredor suyo, el mundo adolecía de gentileza y tradición. Era sólo un gesto grotesco, sin materna raíz, un ademán traidor y estrafalario.

Mas los hombres que se hallaban ahora ante Juancito eran seres que amaban sus huellas y que, por lo tanto, las protegían entre altares y columnas de pan, con la hostia y la harina del nardo.

Y no era que la vida semejase un triunfo; más bien éxito claro y austero, puesto que los hombres no habían domeñado, sino hasta la excepción somera, la poderosa ley de la montaña. Igual que si hubiesen recibido por herencia el arrojo de los terribles montes, sometiéndolo luego a una depuración o decantación.

Si la cordillera tuvo oficio legendario de cielo, si su profesión fue de espíritu siempre al acecho, a la vanguardia, ciertamente que estos hombres, para sobrevivir, inventaron unas rutinas, pero éstas aparecían embebidas en el recogimiento, en una suerte de fuga hacia las cumbres.

Cualquier exaltación poseía un sesgo de ironía y crítica a la tierra caótica eran la siembra y la plegaria. Por lo tanto, si no intentaron el paralelo humano con las sierras porque exigía torpeza o desmesura, se cumplía la comprensión y había cielo latente en la mano hacendosa y curtida o en la modestia de los pies descalzos.

Todo lo que saliese de sus dedos, fuese faena o ruego, tenía un zigzag de elevación, un aire de templada osadía emanaba de cada tarea. Los ojos de los hombres no brillaban en demasía. Se parecían a los ojos de Chipko, plenos de estrellas, mas de suspicacia.

*

Por un portal abierto a la ventura, Juancito admiraba una hilera de enormes pupilas que tendían sus espejos al cielo desde un asombro esférico de lagos. Allí se reflejaban nebulosas que, arrastrando sus pelambres azules, colgaban de sus cuellos lanudos, en lugar de un cencerro de cobre, algún lucero de papel de estaño.

Le ofrecieron un caldo reparador en escudilla y una cobija tutelar y basta. Roja por dentro y oscura en su exterior, la cobija quería indicar que con mucha paciencia hortelana se podía endulzar el instinto, aunque a veces —y no por culpa suya— la tela interior sobresaliese en una travesura de sangre.

Por el camino, ante la casa de los monjes, marchaban caras entre embozos, manos como herramientas, grandes surcos de pasos. Todo envuelto en un halo pensativo y tranquilo, en un nimbo de labor y de calma. Detrás de aquella prole, una más suave a la vista por su largo rebozo de bruma, venía hacia Juancito, en un lento y ondulante sosiego, el humo trotador de un rebaño.

Podía ser que los rostros de los pastores estuviesen macerados por la privación y la ventisca, que algún cordero enseñase los huesos a través de la piel; pero aquello se producía tan naturalmente, emergiendo del neblinoso núcleo, que Juancito no quería anotar los posibles defectos y se donaba a la contemplación de hombre y bestia reunidos en su doble voluta espontánea.

No le bastó mirar. Salió precipitadamente hacia los aires gélidos, porque algo le decía interiormente que allí se estaba aerificando un escalamiento muy sutil. Animal y criatura subían cual una procesión envuelta en el incienso.

Olía a ríos hondos, a parva fresca, a estiércol, a pelusa lanar y a guisantes. Debajo de aquel olor, húmedo o reseco, triscaba una conciencia peregrina, una tenacidad inquebrantable.

Juancito se confundió con el cerrado grupo pastoril. Los montes ya no interferían. Sirviéndole un gran telón de fondo al grupo, inmolaban sus nervudas turgencias, ya que el hombre que marchaba con él, conduciendo manadas de nubes ganaderas, tenía tal dominio de confines, controlaba a tal punto su campechana parquedad que parecía reducir cualquier fuerza a través de una magia sensata.

Todo, pues, llegaba a reducirse por obra de aquel rústico experto que daba el frente a las vicisitudes con campesino ingenio de Rey Mago. Y Juancito se sentía contento.

Las cercanas viviendas se abrían con tal solicitud lo mismo que si fueran de juguete. El grupo no se detenía. Marchaban a un lejano pesebre. La luna se presentaría después, rueda de carretón tapada por la nieve. Rayos de luna, igual que pajas volanderas, podrían caer sobre la tierra, y el último pico serrano, su última fiera saturnal, se

domesticaría totalmente, poniendo cabras y borregos inmensos sobre una felpa sideral de establo.

Si ascendía hacia un cobertizo divino, ¿qué ofrenda llevaría en sus dedos? Y aquel curioso esmero, que empequeñeció los contornos, que hizo posible la excursión a las cimas, se volvió más directo. Sobre la tierra, como un presente justo, Juancito halló su aporte: una rara planta, una planta fibrosa, submarina. La cogió velozmente y palpó su envolvente peluche. Una planta protegida, previsora; una planta que nació de una oveja. Elevaba sus tallos, levantando sus finas corolas en una delicada aspiración, pero sostenía su fragilidad ultraterrena en un rotundo pedestal de lana. Juancito, con el frailejón entre las manos, se dispuso a continuar el rumbo.

Los pastores lo dejaban atrás. El rebaño se reducía en la penumbra. Pegadas a la cima, en un fenómeno de sorprendente reducción, Juancito sólo hallaba unas lindas siluetas de azúcar, una romería de golosinas que difuminaba sus colores en un retablo abrillantado: ruanas de granizo, pollinos de berilo, sandalias de atezado caramelo, fofos sombreros de una miel mestiza y ganados ingrávidos de escarcha.

Juancito corrió hacia ellos con la flor suspendida. En lo más alto de las cumbres empezaron a esquilar un cordero. Volaban pedacitos de nieve que le impedían conocer la ruta.

¿Dónde estaba el convento?

Alguien lo salvó de aquel riesgo dándole un empujón en la espalda. Se volvió y vio un caballo gordinflón y solemne, con una crin suntuosa y unas patas muy anchas. Semejaba brotar de una basta efusión primitiva.

El caballo comenzó a caminar con majestuosa corpulencia. Juancito regresaba con él.

Y, de pronto, una imprevista ondulación gozosa colocó su sano aturdimiento en medio del apacible remanso de los campos. Se preguntaba si volvían al mar.

El animal emprendió el trote, y Juancito, jadeante, no llegaba a emparejársele. El animal estaba dentro, el agua le llegaba hasta el cuello; nadaba, reservado y feliz, como un caballo bíblico, con una firme y rubicunda gracia.

Juancito continuaba siguiéndolo, y, al fin, estaba en las orillas. Mas las orillas no bordeaban el agua.

El trigo, enorme piélago, agitaba sus espigas de un amarillo angélico, como el oro conducido al pesebre, mientras la humedad resbalaba en goterones de mirra, y la niebla buscaba aún, detrás de las montañas extenuadas por el tenso y procaz desafío, una cuna pajiza de niño colgando de las vigas del cielo en inicial y máximo incensario.

*

Se metió Juancito en el trigal. La estofada espuma espigadora le llegaba a los hombros, improvisando inmóvil cornucopia tras los esguinces de su rostro errante.

Aunque más que moldura barroca, aquella mies subía hasta la frente cual liviana cortina de mimbre, de cuyas altas varas descendía, con un raro y febril equilibrio, la llovizna de marfil de los granos.

Sacudía los goterones de aquellos cirios rubios y volaba tras el caballo percherón.

La noche lo envolvió. Uno tras otro, bajo la guadaña de las sombras, los trigales segaron sus vivaces antorchas y restaba un movimiento tímido, fuego convaleciente, chamiza queda, humeante.

El rescoldo granoso tocaba apenas sus tobillos, y un océano limpio, huero de brote y resplandor, tendía ante Juancito su tenebrosa pista sin defensas. No brilló nada más. Sólo la cola del caballo galopando sacudía en la lejanía su gavilla, que un destello lunar clavaba entre las ancas con mesurado y luminoso garfio.

Ahora, posiblemente, sería más fácil competir con él.

Y Juancito montó, con un último afán andariego, la grupa colosal de la sabana.

*

El caballo había desaparecido; ni siquiera quedaban sus huellas. Nada, ni una señal. Inútil que escudriñase con angustia. La llanura renegaba de todo: de la cueva, la cabaña o el árbol.

La noche, reconociendo aquel paraje abierto, lo convertía en propiedad, en "hato" gigantesco y propicio que abarrotaba con desenvoltura, con un cerrero y cínico desgaire.

Se encabritaban los novillos nocturnos, berrendos a la luz de la luna.

Debajo de la oscuridad, de su bestia morena absoluta, la tierra, con mil leguas de ayuno, la dejaba correr con paciencia, sin oponerle un cliente de bejuco, una uña de yerba, una trepadora como garra.

Una tierra famélica, pero no carnicera. Brincaban los negreros cuadrúpedos incitando con sus lutos rechonchos, y la tierra reprimía el mordisco bajo una prieta y púdica mordaza.

Juancito caminaba sin rumbo, pidiéndole eclosión, estallido. Aire ardiente ascendía de los poros de arcilla. Andaba sobre entrañas calientes que exaltaban su sed. Transformado en arena, el suelo se agrietaba en arrugas de una carne reseca. Sobre su cansada superficie, de una senilidad tan prematura, se agitaba una capa de pasto incipiente como las greñas ralas y mugrientas de una inmensa y tenaz ermitaña. Tenía Juancito la impresión de que, si tiraba de aquellos pelos sucios, se levantaría una mujer descomunal, completamente rígida, con los ojos cerrados y tristes. Y todo el llano que lo sostenía, con sus ondas de arenisca ligera, un llano ajado y pestañudo que trataba de halar, era un inmenso y obcecado párpado.

¿Por qué la tierra se enterraba en vida? Se enterraba a sí misma, en un paganismo del polvo. A los pies de Juancito se acostaba desnuda, no para el amor, más bien para la muerte, una virgen salvaje y lacónica, una momia con muslos de lija y cabellos de mustio mecate.

Se la veía tenderse con una adoración austera, excluyendo el vergel, la elegía, diciendo lo preciso, la expresión esencial. No existía afán de negación. Jamás vejez, sino rigor. Como si alguien le hubiese hablado de una jerarquía singular, y ella, llena de admiración y asombro, privándose aderezo y arabesco, quedase para siempre rendida en cálida orfandad estupefacta.

La sabana era pobre, pero inmensa, y sobre sus infolios de textura marchita flotaba un ademán o un anhelo de excelsa armonía. La sabana exigía con un gesto ambicioso y escueto. Miseria nítida y consciente, entrañaba en sus netos desiertos la más grave y audaz esperanza.

Hasta cierto punto, Juancito comprendía. También él renunció a muchas cosas. ¿No acababa de perder la montura y el monte? Lo mismo que la pista pálida y prensil, apetecía un más allá y continuaba

apeteciéndolo, mientras ella lanzaba la espera, soga con que atajar la infinitud, esa reacia y ladina potranca.

Oteaba ese carácter de misión y mutismo, mas estaba acostumbrado a los seres concretos y a los hechos diversos; aún sufría en las sienes el porte cardinal de la montaña.

En torno se esparcía la paz, y él padecía miedo. Pues aunque la tierra pareciese demasiado directa tendida en su violenta entrega, su misma brutalidad amorosa confundía, pues no había donde guarecerse, ni un accidente ni un obstáculo.

Subía una ráfaga caliente, y se extraviaba en fantasmagorías. Esa misma tendencia al hallazgo sin límites la bifurcaba en zonas espectrales. Ya no hubo razón para temer. Alzose la pared de una hacienda, y, atado al paredón, el caballo perdido agitaba lentamente los cascos.

Acudió. El caballo se encontraba boca arriba, con los ijares al revés. Y otra vez en su sitio, pero no sobre el suelo… ¡Estaba suspendido en el aire!…

Juancito se halló fuera de sí. Quería retroceder, mas daba igual el frente que la espalda. Todo era una mentira, una gran trampa para asir visiones, para atajar las tintas enemigas.

El semental de la mayor tiniebla embistió al horizonte con su recio testuz de carbón.

La noche se cerró, se puso tan espesa, que un cuchillo hubiera podido partirla.

Le rodeaban sonrisas contenidas y mudas; las sombras, grandes comisuras, rodaban como astas.

Le exasperaba aquel terruño, que no daba de sí reacción alguna. Se clavaban los cuernos de la hora sombría en aquel territorio sin linderos que no conocía las defensas, las mamparas frondosas, abundando en kilómetros yermos como en una impotencia serena o en un alarde cósmico del hambre. La gran inercia altiva ya no sabía percatarse del curioso matiz morfológico, de que su propia amnesia por joya y galanura degeneraba en derrotero anárquico.

Subía un vapor gemebundo y Juancito comenzó a toser. Le vino la sed justamente al detenerse frente a un grupo de arbustos parados ante un pozo.

—Esto es un espejismo —discurría, pensando en el caballo fantasma.

Se tumbó en las orillas. Los chaparrales que rodearon su cuerpo adquirían un lirismo fanfarrón, de espantapájaros.

El agua estaba fría. Bebía con delicia, olvidado del susto anterior. Mas sin saber cómo ni por qué el agua le asestó un golpe tan terrible que le dejó tendido. Primero fue el dolor y después la inconsciencia.

En torno suyo y en su mente no quedaba ni una huella de luz. Pero allí, en la onda agresiva, se movía una lumbre sin razón y sin ojo, mezcla de claridad y de extravío; un animal eléctrico, una paradoja viviente, el exacerbado temblador que limaba los frenos de la parca llanura improvisando locas calorías en una pronta y álgida descarga.

Nunca supo cómo se incorporó. Tenía horror de pisar, de tocar… No encontraba por dónde escabullirse. Esa libertad absoluta, esa tentativa espacial sin fronteras volvía más expuestos el camino y el tacto. Como la tierra no se llenaba de cosas, se poblaba de equívocos. A medida que se desorientaba más, la llanura crecía, se alargaba en pleamares pasivas con voto irresistible de confianza.

Centelleaban lagunas opíparas de muerte. A intervalos flotaban campamentos de obesos moriches con su ronda de fingidos oasis.

Él tendría que ver, cruzar ante los falsos refugios que no eran más que astutos escondites. Y andar aunque no lo quisiera, pues la tierra seguía insistiendo. Acataba fielmente su disoluta sobriedad, rayana ya en lo temerario. Era un circo indefenso y frenético que nunca ataba nada con el lazo de arcilla. Sudarios sólidos saliendo de los festines líquidos que celebraban los caribes, rodaban por la arena uniforme esqueletos de bueyes y vacas.

Todo se volvía contra el fervor ingenuo de la tierra, todo contra su metafísica. Cocodrilos deformes, como deidades lúbricas, le pasaban la lengua a su comba venustez sin orillas, hecha de tributos y renuncias, de honestidad y de bravío recato.

A la larga, la austeridad llanera se limitaba a lo superficial. Por no darle lugar a los atuendos y a las arboledas, a las corolas y coqueterías, éstas se producían como artificios, apariciones súbitas y espantos. Lo que el terruño más humilde del mundo negó por aparente, regresaba, es verdad, como apariencia, aunque total, elaborada y máxima.

Debajo del bozal sabanero, un caos de quimeras suplía al lícito y normal apetito de lucimiento y de decoración. Pegadas a sus rubias cenizas, bramaban represiones subterráneas. El ansia de excepción se cumplía, pero de otra manera. En las aguas pululaban fenómenos, vivas supercherías, tramoyas de ultramundo. Los instintos opresos rugían en el fondo de los légamos glaucos. Los solapados sueños se convertían en monstruos, los acallados devaneos estéticos en ficciones extremas, y todo aquello que atrofió la tierra bajo un árido pliegue de censura podía brotar en borbotón diabólico o en atroz dentellada de linfa sanguinaria.

Se la comerían por completo, aumentando su gran descarnadura. Juancito la sentía aplanarse, conforme ya con su destino, en una tranquila afirmación, sin el menor contrapunteo, sin dar lugar ni al diálogo.

Leal a su consigna errabunda, la llanura se extendía en una descomunal resignación, en una lava de hecatombes, cuando el amanecer barrió la zozobra de Juancito con la inefable escoba de las garzas.

*

Algo quedaba por hacer. Nada más que la lucha.

Sobre el lomo azul del claroscuro, ya bestia moribunda plagada por las moscas de la noche, volaba el vértigo del alba con sus voraces tábanos de vidrio.

Fluían riachos, venas. En un fuego de ópalo, cruces de calvarios silvestres alzaban los borrosos morichales. Era un momento de pasión, un momento morado con clavos de gramíneas.

Luego hubo un siseo, un rumor… Perros cazadores pusiéronse a ladrar. Vitrales añicados por la piedra del pánico, las aves saltaron en bandadas. Juancito las veía volar con sus fríos y trágicos gritos. Mimetizada por la arena, la luz rehuía el acecho aclarando las plumas de sus tibias perdices.

Mas el hombre, cualquier hombre, cantó.

El sol, presa del disparo sonoro, lanzó al suelo sus pechugas de azufre. Se quebraron los difusos espejos. Espeluznantes escenarios rodaron en pulidos añicos.

Juancito tuvo que taparse los ojos. Corrían los destellos en miríadas rojas, con un lujo de víctimas.

El hombre anónimo cantó, celebrando la caza del sol.

Con la voz del hombre trinó el pájaro beodo y momentáneo, se escuchó el comentario de los patos flemáticos y ya, baqueana de intemperies, la tosca jerigonza de los gallos concisos.

Herían los reflejos como cornamentas de oro. Un ganado gaseoso semejaban las nubes.

El hombre seguía cantando. Delante de su voz, creaciones súbitas, se alzaron los potreros con sus vacas color de guarapo y canela y sus toros de borra retinta.

Mugió la vaca en el corral de ordeño, mugía dulcemente como si el alma halara de sus ubres.

Juancito se acodó sobre una empalizada. Le pareció que iban a abrirle la puerta de la vivienda que se veía en el fondo del potrero, que iba a extenderle una mano y en la mano el caballo perdido.

La voz del hombre gritó al viento:

> Yo tengo un caballo blanco,
> blanco como una paloma.

Ocurría que a la voz, a fuerza de vivir en tan complicado territorio, se le contagiaban sus normas. Ofrecía llanamente una cosa y podía dar otra. Constantemente equivocaba y el ritmo hacía diabluras y melindres.

> Yo tengo una yegua mora
> que no es bonita ni fea;
> pero se puede sacar
> donde la gente la vea.

La heroica voz que cazó al sol, ligaba su grandeza al recurso menor de la malicia.

> Salí en busca e’ mi caballo
> y no lo pude ensillar.

El mismo ambiente, pese el plomo solar, se colmaba de posibilidades, de sugerencias y de ardites.

Cuando murió mi caballo
estuve un año de luto.

Mas la voz se le ofrecía nuevamente y el animal se definía, dibujado por gustos distintos.

El caballo que monté
cuando dentré en la campaña
era rucio marmoleño
con las ancas alazanas.

¡Qué caballo más hosco, más huidizo e inasible! ¿Cómo contar con la promesa si estaba desprovista de figura? ¿Qué hacer para que el caballo viviese?

Dispénseme si me atrevo
a murmurar a mi antojo;
ya saben que a potro flojo
no hay más que chaparro nuevo.

Aquel canto era una estricta creación. Un solo hombre imaginaba cómo la llanura, improvisaba como los pantanos. Si otra frase surgía, colocaba unos cascos; si otro renglón abría su palmera, lo hacía como rápida herradura, y si la voz, chaparro nuevo, perforaba los aires, éstos sin molestias ni choques desperdigaban mágico relincho.

¡Qué sorprendente asunto! La voz del hombre lo explicaba:

Cuando tengo el pecho claro
hago lo que me da gana;
de mi garganta una torre,
de mi lengua una campana.

No se daba aquel hombre al azar. Aprovechaba el sesgo de evasión y aventura que tenían los llanos, pero podía con la tierra. La

coleaba sin tregua, sosteniéndole el rabo de arcilla. Era dicharachero, inventor, mitómano, pero era, especialmente, precavido. La copla, su piedra de combate. "Hago lo que me da gana" decían sus estrofas. Y esa era su hazaña, su ganancia, su cautela sonora sobre la dura vastedad vencida.

Si las inundaciones lo asediaban, con sus torres verbales el hombre construía un albergue, y el cuatro superaba los escollos como canoa firme. Si asediaban las noches de sequía y de sombra, con tal de que tuviese el pecho claro; el arpa florecía entre sus manos en una rama viva.

Juancito atisbaba estas aclaratorias como a través de adivinanza, como si él mismo fuese un rapaz llanero, cargado de intuición y de contienda, de raudo aprendizaje y señorío. Pero le faltaba algo, le faltaba la prueba de la lucha, le faltaba el caballo.

Y saltando la cerca de palos, pasó un alto jinete de blanco sobre un bravo jamelgo amarillo.

No podía ser otro sino el suyo. ¡Su caballo encontrado, el caballo veloz y valiente con su Quijote cuarterón encima!

Corría Rocinante por la llanura ascética. En torno suyo alzaban los garceros las encrespadas elucubraciones bajo el viento y sus viejos molinos. Y el último ensueño llanero que percibieron sus oídos fue tal vez el de la propia tierra:

¡Ah malhaya un trotecito
que no terminara nunca!

La cabalgadura maduraba otra empresa. En aquella soledad sin moradas, el caballero andante de los llanos exigía un rincón, un secreto, algo que fuera totalmente suyo, un fin inmerso e íntimo:

¡Ah malhaya quién hallara
aquello que nadie busca!

*

A lo lejos se perfilaba la ciudad.

Juancito tenía la sensación de que montaba un caballo alado. Frotándose los ojos, trotaba entre las nubes, tanto que las gallinas

que le salieron al paso en el primer corral eran veteadas y duras como el cartón con que forran las tapas de algunos cuadernos.

No se encaminaba a una casa sino a un desván, donde una especie de indecisión para elegir el sitio lógico hacía que cada cosa se manifestase más revuelta y sombría y, al mismo tiempo, más poderosa y poética.

El caballo, ¿iba hacia adelante o hacia atrás? Levantaba un torbellino de polvo que brillaba igual que polen. ¿No era la luz de una lámpara de kerosén, cuya pantalla colgaba como crinolina amarillenta? La visión no perduraba. Un carácter se cambiaba por otro con una siguiente polvareda. Dispersos fragmentos bailaban ante los ojos. ¿Cómo situar los períodos? Se escapaban instantes y fechas.

Se aproximaban, tras el gusano de terrón, cabalgatas de cosas confusas; mientras por un barranco gris de pantano y angustia se despeñaban negras diligencias.

Los pianos sonaban a cuatro manos, y antes del enlatado de salmón, que también acudía presuroso, sobresalía una rodaja de langosta, un *corset* como un marisco hervido, completando su noción marítima con cerrado cordaje de ballenas.

Las mujeres que avizoraban un lira o un arpa, anagramas de toda efusión, tiraban del cordel como si quisieran ensayar un novel instrumento.

Por el centro del camino venían rodando, y mucho antes que los cauchos de los automóviles, los melocotones en conserva. El carmín seguía al jarabe de granadina y el globo desgarraba su piñata aerostática para que un avechucho metálico recorriese los cielos. El mar tenía un frufrú de *crepe* de China; las bañistas pastaban como lánguidas cebras.

Lo que renacía no era solamente Juancito, su cuerpo redivivo, sino todo aquello que había conocido el polvo y era polvo: bellos desperdicios cruzaban como seres concretos. El pasado volvía con una cualidad de porvenir, con diáfana vigencia de presente. Sin embargo, no era exclusivamente un despertar: era mucho más. Seguía siendo una retina retrospectiva: era un renacimiento.

*

Entró en la calle en el momento en que encendían los faroles de gas, y comenzó a andar gustando un aire cavernoso y frío. La ciudad se veía tiznada por el lamparón de una lluvia reciente. Los paraguas abrían en los zaguanes sus enormes murciélagos; los faroles, en la confluencia de la humedad, dispendiaban apenas su bomba amarilla, y ya sobre la avenida lustrosa, como sobre un gran sombrero de copa invertido, y en un instante de prestidigitación, imitaban un puñado de naranjas dispersas.

Se encontraba Juancito perdido en el arrabal desierto, hasta que las gangosas escalas de un piano lo metieron por una callejuela. Ante el local del que procedía la música, una fuerte estría de luz, como una gran leontina, salía del filo inferior de la puerta. Un galope estremeció los adoquines y varios coches, con los caballos de cacao o charol, se detuvieron ante el umbral. Los viajeros desocuparon el carruaje.

La calle tuvo entonces una intimidad de camerino. Un pájaro nocturno voló con un aletazo de guante.

Sonaron briosos compases. Juancito, que se desvivía de curiosidad, se acercó, pegó el ojo a la cerradura y vio muchas cosas juntas: un brazo rollizo, con el codo puntiagudo, como un bollo de pan con su pico insurgente; dedos que se agitaban como espárragos, rábanos que reían; una carcajada con su boca, una botonadura de perlas, unas manos con mangas enlutadas jugueteando con las servilletas. Conjeturaba que de esas manos iban a salir palomas y blancos conejos, pero sólo pasó en lo alto de una bandeja un ave dorada con collar de perejil.

Tantos eran los capullos en las solapas y los linos entre las chaquetas, que ya no podía apreciar dónde comenzaba la toalla culinaria y dónde terminaba la gardenia.

Todo aquello venía a ser como el crecimiento de un enorme malabar sobre un levitón interminable. Hasta los dientes que engullían las pulpas y los terrones de azúcar que se mojaban en el *brandy* resultaban, dentro de su percepción y contra el fondo tinto y barnizado del piano, un inmenso teclado de pétalos.

Como monstruosos organillos, con un retintín de campanillas, cruzaban nuevos coches. Las mujeres iban dentro como lozas antiguas envueltas en sedosos papeles.

El cielo estaba azul, de un azul muelle y marino como el forro de algunos estuches. Un coche se detuvo y los hombres, siempre vestidos de luto, acudían a recibir a las mujeres; daban una mano a las viajeras y con la otra les ofrecían un ramillete en forma de pirámide.

Menudeaba el lejano campanilleo de los carruajes, igual que una llovizna, o como si alguien, en la vigilia de su habitación, hubiese puesto a sonar una caja de música. Era como si a toda la ciudad le hubiesen dado cuerda.

Los coches se pusieron a correr hacia una cita fija con su trote festivo y monótono. Juancito siguió la hilera de caballos en fuga, hasta que no supo más de sí, porque se detuvieron ante un edificio, un tropel compacto lo empujó y se encontró dentro.

Sólo escuchaba ruido de patada, palmoteo o canción. Quedó rezagado por un muro de gente. ¿Eran aplausos o cascos? ¿Risas o coches agitando sus cascabeles?

Por momentos podía examinar una especie de enorme medallón repetido, situado en el segundo piso, en el que una dama y un caballero reclinados sobre ampuloso borde de oro componían la pintura del inaudito camafeo.

Nada más.

Sólo atinó con el intermedio.

La gente se dispersó por un salón. Juancito se situó tras una cortina que descendía de una colgadura, imitando un borrón de tinta roja corriendo a lo largo de las paredes; súbitamente la colgadura se alzaba en una onda, formando un rubicundo vientre. Debajo de cada panza de la sangrienta y cruel salpicadura había unos marcos similares a los del medallón. Engrosaban a tal punto en doradas ampollas, que Juancito tuvo la certidumbre de que las molduras daban vueltas. En medio de estas últimas combas, un vidrio vertical: los espejos. Pareció que se descorría un telón de boca y lo que reparó fue un escenario de ambiguos intérpretes.

Dos hombres discutían; la perorata se concentraba en uno que movía la discusión con un puntiagudo bastón, batuta reluciente. Pero el bastón tenía pomo de cobre y era un tabaco cuyo anillo se le subía al vértice. ¿Por qué esta confusión? Juancito miró los muros. Allí tenía su núcleo el enigma: en los espejos. A las personas no les bastaba sentirse vivas o quizás, no se sentían vivas. Necesitaban

copia, reproducción, reconocimiento. No les era suficiente tampoco un solo interlocutor de cristal, como no les satisfacía que cada vecino humano, como Juancito, las considerase desde un solo ángulo: de perfil, tres cuartos o de frente. Por eso habían colocado sendos vidrios espejeantes en torno del recinto, para que algo, algo que era como un gigante pintor realista, calase sus menores movimientos. Lo que, según Juancito, no conseguían jamás. Porque aquel salón de retratos ya no lo era en verdad. El daguerrotipo se perdía a fuerza de ser infinito, de imitar al detalle los más insulsos e ínfimos aspectos. Por las concavidades del cristal —muchos espejos también eran combados, aumentando la gravidez del mobiliario— pasaban con brillo de custodia, condecoraciones sujetas a su banda de primera comunión, junto con otros dijes que proclamaban "honor de mérito". Resultaba significativo que la medalla en los espejos era exactamente una hortaliza arrancada con su raíz, y si tenía forma estelar se transformaba en una margarita pegada a su tallo de cintajo, muy pulido y muy verde.

La realidad se aumentaba, desdoblándose, a medida que se hacía fugitiva o que la silueta cambiaba en el plagio voluble del reflejo. Lo que quedaba era un paisaje, un estilo hueco y primoroso en el que los pedantes Narcisos no pudieron dibujar con pinceladas sólidas y justas sus humanas corolas, tan oreadas por paletas más puras en el sobrio taller de otras épocas.

Abandonando el salón, Juancito vio perderse a la gente en la gruta del local como una fantasmagoría, con marchita apostura marcial, y al salir, mezclado con la multitud, divisó en el trasfondo de las lunas una ensalada que lanzaba sus mezcladas legumbres con lejano color de banderas.

*

No había quien le guiase. La ansiedad lo puso a marchar como a los borrachos, en el mismo instante en que un diplomático de frac abandonaba el edificio, beodo y panzudo como botellón de champaña cargado de etiquetas.

El farol cercano levantó ante los ojos de Juancito, y en la punta de su sólida cinta, un monóculo descomunal.

Se notaba demasiado visible. Cada persona había sido el espectador de sí mismo desde el palco continuo del espejo; los palcos, en los que se abullonaban hombres y mujeres, originaban una increíble cornucopia, en la cual, igual que en un león disecado, ellas podían peinar aún el último ringorrango de sus aterciopelados cabellos. Como un legendario gato de Angora, cruzaba aquella actitud civilizada y engolada, llena de broches, peplos y posturas, moviendo la cola en el despliegue de los abanicos, escondiendo la garra en el guante, preparándose para el brinco traidor, taponando, con edredón felino, el último estampido espontáneo del rifle cargado de sus nervios.

Aquello, ¿no era un palco otra vez? El balconcito de una blancura de albayalde se pegaba a los muros de las casas con suavidad untuosa de sorbete. Por allí podían asomarse las nuevas partiquinas, envueltas en túnicas de cal, llevándose la mano al corazón a medida que la baranda de talco comenzase a cantar. Toda la arquitectura daba el "do" de pecho.

En su azaroso andar creía entrar en las viviendas donde ya habían levantado los artesonados para que el hombre se sintiese más pegado a su piel y más endeble.

Recorriendo un corredor, Juancito tropezó con unas columnatas que se erguían como adjetivos urbanos, cuyos finales floripondios tenían la consistencia del preludio que se desarma en dengue.

Juancito había visto palacetes famosos en las láminas de algunos libros, y éste lo juzgaba estrafalario, infantil en su deseo de serlo.

Demasiado precoz en su intento, el corredor prolongaba sus falsas columnas hasta el comedor, que Juancito halló ocupado por mujeres.

Las mujeres desfilaban a su lado, se internaron en el patio, y Juancito observaba las rojas lazadas de sus vestiduras como si los pececillos del tazón se hubiesen metido en la pecera diáfana del céfiro.

Entraron en la sala. Todo se aglomeró en un cromático conjunto, en una quincalla de mesas, sillas, canapés, confidentes. A Juancito le embargaba la vergüenza, porque, igual que muslos de bacantes, lo enredaban las patas de los muebles.

Aquello era un vacío recargado que inflaba los carrillos para soltar triviales pompas de jabón: microbios de porcelana, moléculas de esmalte que atestaban las rinconeras.

No hallaba plenitud, se atufaba con un tibio tocino ornarmental, y el pedazo de seda que se había desgarrado en el asiento de un sillón era sólo una nube de manteca.

La atmósfera padecía una grotesca preñez. La pared se dividía en paneles; si el círculo se llenaba de protuberancias, la línea se propagaba en arabesco: un angelote blanduzco y pelirrubio como el gofio y un lazo color de miel sosteniendo su ramo, los diminutos y ebrios nomeolvides que daban constancia de su nombre, haciendo hormiguear en los muros su erudición atómica y celeste.

En aquel mundo todo quería sobrevivir, subsistir, ser presencia. La desorbitada atmósfera no era más que el paroxismo de un instinto de conservación, un pánico mortal ante la muerte. Lo mismo que en el salón de los espejos, el hombre pretendía eternizarse; pero, por una suerte de ceguedad, no entendía que la permanencia era propiedad adquirida a través de frutos más generales y libérrimos. Y en una ingenua apoteosis de confesiones, parloteaba al espacio su más precaria intimidad, en obras anecdóticas que vivían como interjecciones o intrigas, debatiéndose entre el descaro y el chismorreo. Productos que al nacer ya eran ruinas, o mucho menos que las ruinas: mausoleos ilusos, gélidos monumentos.

El hombre no contó, para perdurar, con su proyección, sino con su egoísmo, y lo que disparó al contorno fue un erótico muestrario de sus más insignificantes deliquios, temblores y otras bagatelas. En vez de conquistar su individuo, consiguió su filigrana, peor aún, su preciosismo, su exultancia menor y el consiguiente empalago tras el bombón de su último embeleso.

Juancito abandonó las mansiones cargadas y engreídas como si, a pesar de sus engaños, se desprendiera de un encanto triste, saliendo de un álbum escrito y pintado a mano, en el que una rúbrica de evasión firmaba los trinos de las aves que estaban encerradas en barrotes como en lingotes métricos los versos. Las mujeres quedaban atrás, aderezando el álbum, bordando iniciales en los mansos cojines y en las rudas cortezas.

*

Preso de indecisión, se metió en un coche que atravesaba la calzada con lentitud.

La oliente concavidad no le otorgó descanso. El coche le propinaba sendos empellones y su pupila febril observó un tacón desprendido, como enorme semilla de merey, y un papel arrugado igual a un caracol. Se hallaba dentro de un bolso de mujer lleno de baratijas; un mero ademán podía agitar un pañuelo como una nebulosa y una hebilla vivaz como una estrella.

Juancito asomó el rostro y la ciudad se descompuso, presa del movimiento. Se alejaba de las viviendas con ventanas de estuco, aldabón de garra, pilastras que coronaban los umbrales con racimos de engrudo y floripondios que se adherían a los frontispicios con natillas chorreosas de laureles.

Allá quedaban, inútiles chucherías, los tranvías, que también se enganchaban a dos caballos piafantes, y un tren en miniatura semejante a un *bibelot,* colocado con pulcritud entre las hoscas motas de los cerros.

Los faroles de gas alumbraron su final perspectiva: un salón de billar. Pasaban por el mercado, y como estaba a punto de amanecer y los vendedores disponían sus frutos sobre rústicos parapetos, confundía los faroles, las bolas de billar, las manzanas y los limones, y ya no hubo, en su última percepción, sino una euforia de globos coloreados, de raudos redondeles de goma, lo mismo que si alguien estuviese aventando, en postrer salutación de carnaval, un puñado jovial de *confetti*.

La campiña, lozana y tranquila, extendía otra mesa de billar, con un montón de huevos apiñados, buscando carambolas en los mogotes del tapete verde.

*

Juancito se quedó dormido, y, al abrir los ojos, se halló en una habitación tan pequeña y oscura como un hueco. Había un olor a humedad, a cueva, a invernadero. Sin acostumbrarse a la penumbra, anduvo tropezando con varias cosas que no reconocía. Sólo pudo mirar un macizo sonrosado, vinoso, que sobresalía en un extremo. Se acercó lentamente y hundió la nariz entre las flores. No absorbió aroma. Las tocó ligeramente. El ramo no se alteró. Era completamente plano y frío. Adquirió conciencia de que lo visto era solamente el papel con que habían recubierto las paredes, un papel floreado

como una tela. Encima de la rosaleda, una franja azul y una hilera de pájaros negros. Ninguno tenía pechuga ni canto, ninguno podía emprender el vuelo; tal como si anteriormente allí hubiese existido un verídico jardín que se quedó inmóvil, convirtiéndose en biombo oriental bajo el sopor de un agrio encantamiento.

Poco a poco se le fueron dibujando los muebles. Y si las aves y el ramaje se encontraban extáticos, los muebles acentuaban su pacifismo y de su rigidez hacían retorcimiento.

Alguien penetró en la habitación y encendió la luz. Desde el techo encanijado se desprendió, como una rama putrefacta, la estela de la bombilla verde. El cuarto se precisó. Había otra lampara de mesa con pantalla tornasol y faldellín de flecos, unos cuadros con paisajes marinos, retratos de familia, un esquinero con cachivaches de cristal que brillaban como azúcar cande y, detrás de todo, las cuartillas pintadas del muro con su ruborizado florilegio. Juancito tuvo la impresión, viendo el empapelado, de que se había metido dentro de una caja de sombreros.

Miraba el fondo de la caja o habitación: un mueble adosado a la pared, y encima, un busto; oculto en la oscuridad, el busto debió haberse arreglado el cabello con tenacillas, porque lucía una melena petrificada y ensortijada como clara de huevo.

Al fondo de la casa batían una tortilla en ese momento. ¡Si le hubiesen invitado a comer!… Detrás de la mampara servirían el revoltillo dorado y esponjado como carroza de cuento.

Pese a su apetito y a la emanación de las fritangas, sufría una leve repugnancia, igual que si en aquella casa los posibles víveres estuviesen a punto de fermento. Aunque la brisa entrara en la sala, persistía el olor de alcaparra y de moho y la luz era como la herrumbre verdosa y vegetal que cubre algunos tiestos. La atmósfera se apoderaba de sus miembros desfallecidos como si fuesen frutos, y la alfombra que pisaba se erguía en una boa viscosa de fieltro.

La habitación era sofocante. ¡Esa calle pasando, esa cebolla destrenzada de la cortina!…

Creía continuar dentro de la caja: una caja de fósforos. Los balaustres, los palillos de fósforos y la llama se producía cuando la calle brillaba con más brío. El chasquido al unísono. Un sonido de cacerolas, una risa de campanillas llamando al comedor, un rumor

de moscas sobre los residuos. Los balaustres semejaban escarbadientes.

Prefirió la calle y se levantó. A dos pasos se encontraba la puerta. Lo último que vio, saliendo por el zaguán inconcebible, casi liliputiense, fue una escalera de caracol que daba vueltas sobre sí misma como si padeciera un espasmo de dolor.

La exasperada y retorcida espiral subía a un piso del tamaño de un palomar, lo mismo que un hueso que no hallara carne, un colmillo de marfil que no mordía más que una porción microscópica de aire. Aquello también se borró y su postrer imagen fue la de unos escalones ligados en sustanciosa pasta de merengue.

*

La calle era un remanso y todavía había luz. La tarde descendía con una suave polvareda de sol. Sobre el mundo lanzaban puñados de arroz sin escoger o rallaban grandes trozos de queso. Como migas de pan volaban las palomas sobre los labios rojos de las tejas.

Las pulperías le salían al paso y Juancito se detenía. Había "manos" de cambures sobre los estantes, rodando, amontonadas, en gruesos índices egregios. El cambur era como el día que iba desapareciendo, esa tarde amarilla con sus bordes verdosos de campo que se llenaba lentamente de madurez, de grave paz, de puntos enlutados y austeros.

Juancito no sabía por qué decidirse.

—Me gustaría una torta de casabe.

Una torta de casabe era como el sol que se ponía. Y la luna. ¡Ah, la luna también era comestible!

—Preferiría una arepa.

La noche entraba después que la luna estuvo en el cielo durante el día como una hostia expuesta. La noche entraba y Juancito inventaba:

—Ahora están soltando todas las caraotas negras.

El sol, todavía, venció.

Cuando se acercó al atrio de la iglesia lo detuvo un cántico triste, y allá lejos, pegada al altar, la casulla del sacerdote ensartaba, con goma milagrosa, esas chispas que suelta el artefacto del amolador.

Una mujer escogía guisantes repasando las cuentas de su rosario verde.

La calle, de tanto andarla, se deshacía como una plantilla impregnada de miel. A Juancito se le hacía agua la boca cuando vio una joyería abierta.

El hombre que trabajaba en la relojería, blanco y fornido, se inclinaba sobre un puñado de cosas diminutas situadas encima de un mostrador, al amparo de un gran reloj de péndulo. A su derecha, dos ancianas se arrinconaban en lo que debía ser el hogar, porque el taller se prolongaba en vivienda. En extraña promiscuidad con las viejas, un mono daba saltos, y un loro en un aro, tan quieto y borroso, semejaba una lechuga suspendida en el aire pesado y verdinegro.

Aproximándose, advirtió las uñas del relojero. Tenían un borde sucio. Eran diez tarjetas de pésame. Observando la labor, que se le explicaba sin palabras, comprendió que aquel hombre era, a pesar de todo, el poder de la luz. Los brazos, saliendo de la blusa arremangada, presentaban tiznes, como si la noche quisiera jugar con la tez casi láctea del hacendoso relojero. La noche era mugre o mina de carbón. Pero la fina faena manual frotaba, limpiaba, pulía, extrayendo fulgor de unos delgados eslabones, sosteniendo el grano final del trigo diurno en metros espigados de cadenas.

Era una lucha entre nubarrones sombríos y vivaces estelas de sol. Desde invisibles cuentagotas se desprendían pulcros, geométricos diamantes. Luego manaban como rocío nocturno para ordenar, sobre el relleno umbroso del estuche, una metódica constelación. Pero el ópalo seguía siendo crepuscular.

Había pasado la hora en que las mujeres cubrían las jaulas de los pájaros con un retazo de percal, como si allí quisieran encerrar el canto luminoso del día y protegerlo hasta un nuevo despertar después de la tiniebla. Ellas, en último caso, se hubieran conformado con un largo crepúsculo, y aquel atardecer había sido ese retal suspendido, ese cromatismo pintoresco y frutal sobre el trino guardado y durmiente.

A través de las vidrieras de la joyería un granate fulgió como un pico rojizo debajo de una aguamarina análoga a un patético azulejo. Hubo un rubí detrás de las ancianas, en el patio vecino al recibo, cuando un gesto inconsciente agitó una mata de cayenas. Pero todo el oro se achicharró, el loro tuvo un sobresalto de esmeralda tardía

y las viejas, como pesadas amatistas, se envolvieron en romantones densos.

La tarde que flotaba en los muros, haciéndolos acuosos lo mismo que de guarapo claro, se llenaba de grietas y "patas de gallo", de puertas que se abrían en ojos vaciados y agujeros. En un pozo de tinta violácea, las viejas sonreían con boca desdentada, sin resultar benévolas. Lo llamaban para conducirlo al fondo de la casa, donde acaso ocultaban frijoles, cuentas parejas de azabache, en el hueco de las alacenas. Y se arrugaban, se reducían. Eran el símbolo de las desapariciones en superficie cuarteada cual verruga o albóndiga, hasta alcanzar un contenido estéril. A Juancito lo atenazó el terror ante el vacío.

La casa llena de aberturas se prolongaba hasta la nada, después de que en la pared, como en un semblante, jugaron claroscuros en atigrado enjambre de viruelas.

El relojero comenzó a tararear. Entre sus manos, que no se cansaban de friccionar y de raspar, las cadenas brillaban como alpiste.

Se dejó ir como un ave. *Tic-tac,* hacía el corazón de Juancito. Y los delicados lingotes fueron alargándose, estirándose… Descubría unos rieles.

Tic-tac, la sombra pasaba como un tren; su penacho de viuda ondeaba entre las frondas. La maraña salía en torno en fogosos mechones, pues los ferrocarriles corrían sobre dos enormes ganchos de pelo. El tren se detenía en rellanos, y como tenían bancos vetustos que se colocaban bajo los árboles del bosque vecino y ante una mesa rústica, las estaciones, con sus pilas de agua potable y sus jugosos ventorrillos, semejaban absortos merenderos.

El ferrocarril detenido era la máquina bajo el capote del fotomatón. Cuando las ventanillas giraban con la embestida, empezaba a verse un sembradío, un conuco con sus vacas bordadas, donde el repollo proyectaba su leve emanación de sofoco y sudor en un lío de ropas formando turbante.

Los mandiles de las mujeres ondeaban a la sombra como hojas de col, hasta que un pañuelo, saludando, descendía a la penumbra, cuajándose en un charco de nata. El camino se alargaba, mirándose apenas un hombre terroso, inclinado sobre una goma de regar, chapoteando en las márgenes repletas de bejuco donde sólo existía un

húmedo casucho azul, sumergido en el vaho vaporoso que el riego levantaba de las siembras.

Los almácigos se apiñaban igual que en una cesta de mercado. El olor del pimiento ascendía ardiente y desnudo, condimentando el aire sin hacerlo espeso, y allí estaban, colgando del arbusto, los lisos conos rojos, recién salidos de la horma, en una hilera de zapatos de niño con lustre gelatinoso de "patente".

Por el sendero venía un muchacho de la misma edad de Juancito, trayendo una portavianda de tres pisos. Bajo la tenue luz solar, estriada de blancura, Juancito concebía:

—En el primero trae la sopa con fideos…

El muchacho, moreno y con unos ricillos grifos, siguió de largo.

—En el segundo, los plátanos horneados y la carne frita… En el tercero…

El campo se difuminó en una efervescencia de líneas licuosas como en hebras de "cabello de ángel" y reaparecía la ciudad.

*

Juancito, ya en tierra, oyó un ruido vociferante, inmaduro, y volviéndose, descubrió un automóvil, muy subido sobre las ruedas. Como los atletas que elevan las mayores pesas sin naturalidad, arrugando el ceño, el automóvil se detuvo sin hilvanar el movimiento. Dio un rápido brinco, y sólo cuando advino la calma pudo verse que en el pedal había un zapato de goma, encima un pantalón de tubo, y lo restante era un curioso crucigrama, porque el joven sentado ante el volante se engalanaba con chaqueta a cuadros, corbatín de mariposa y gorra de visera. Una de sus manos se posaba sobre un aguacate de goma, y al apretarlo se oyó un chillido vertical, jocundo, hasta que dos muchachas salieron a un jardín haciendo señas. Una de ellas se cubría con una boina lacre, tan inflada y tan lisa, que Juancito, detrás del enrejado del jardín; pensó:

"Esta se hundió un tomate en la cabeza."

Las muchachas subieron al vehículo, que hizo lo imposible por funcionar. Al cabo de heroicas tentativas, se inició la marcha, y todos los personajes se abalanzaron imperiosamente hacia adelante, pues lo cierto es que, como si se hubieran hecho mutuamente el amor, aceptándolo, afirmaban rotundamente.

La quinta antañona les quedaba a la espalda, con sus corredores sembrados de cestos de costura, revistas desplegadas y juegos de mimbre o paleta. La esperanza verde limón tramaba sus tiras bordadas de azahar frente al gato, que, espantando almohadones, se enredaba con los bollos de sedalina ante la yema del canario doméstico. El soporte de caoba que sostenía una palma enana semejaba un enorme carretel, y sobre las paredes iban trepando, fina labor de aguja, los helechos: formas protectoras de lana, calados vegetales, tejidos de punto de hoja y ramas oscilantes como sueltas madejas.

El automóvil cruzó la esquina y corrió entre las casas cuadradas, calinas, olorosas a pintura fresca. Los apamates desfloraban su novela rosa, y la urbanización, novedosa y muy amplia, se extendía en edificaciones saneadas, en cuyos repechos el geranio llameaba bermellón como un alegre grumo de cosmético.

Se dirigían al centro de la ciudad. Había perros raquíticos a la puerta de las pensiones, tramos acabados de fregar conducían a los viejos hoteles. Tras de las ventanas, frías camas de tubos metálicos trascendían un vaho de sudores anónimos, y ese olor se mezclaba a un calor de estofados y a un sopor de creolina en el piso. Y al descorrerse el cubrecama, mostrando una cobija poco usual a Juancito, el trozo de colcha listada, confundido con todo el ambiente, dábale sensación angustiosa y huraña, de bufanda y presidio, de que entraba en un viaje sin rumbo, en una clínica remota en la que los objetos podían errar sin tradición, emanando su impersonalidad como segunda y solapada higiene.

En una taquilla se vendían billetes coloreados. ¿Serían boletos o estampillas? Siguió a los compradores. Y estaba en un garaje, antigua y arrumbada cochera. Se acomodaron en incómodas sillas de palo. Una frazada ondulaba al fondo.

—Aquí venden sábanas —concluyó Juancito—. Es una tienda.

El pedazo de lino se llenó de zigzags como si estuviese arropando una pesadilla. Mas era un grato sueño. Las zetas adquirían solidez humana, y ésta iba y venía en brinquitos veloces como si fuera a perder el tren.

Los personajes vivían dentro de una anonimia del color, lo que les otorgaba mayor fuerza. Tampoco sabían hablar. Adolecían de naturalidad; pero como cada gesto estaba circunscrito a una realidad

distinta, inesperada, compensatoria, su mismo énfasis les proporcionaba un poderío feliz, de ritmo ideal y de locura. Un absurdo sin vulgaridad, sin estornudos, sin tecnicolor; una vida inverosímil que se mantenía por sí misma, sin prosaica razón, como el estado de ánimo de un ebrio. Juancito se encontraba fascinado y en otro mundo, en el logro de los hondos disparates que se acumulan en el alma, de esos que él se atrevió a realizar, tanteando imprevistos caminos desde su lecho cálido de enfermo.

Las personas que saltaban sobre la sábana del celuloide estaban enfermas también. Una se desplomaba sobre una silla, y Juancito argüía:

—Esta se emborrachó.

Otra se mesaba los bucles.

—Esta tiene jaqueca.

Otra se derrumbaba ante un sofá y se arrastraba lentamente por la alfombra con los ojos fuera de las órbitas y las manos en las sienes.

—Esta tiene un ataque de apendicitis.

Pero ¡qué inaudito ese morbo sin sudor amarillo, sin fiebres rojas, sin toses ni quejas sobrantes, sin roncha amoratada, sin calofríos verdes! ¡Qué prodigioso y grave aquel calambre que sólo se expresaba en cambiantes rencillas, en las que volaban platos y garrafas, y en el que, al fin, en la cima del gallardo histerismo, una cataplasma de harina se aplastaba jocosamente sobre la cara de un glotón obeso! La cara embadurnada se ponía en primer plano, y Juancito palmeteaba de gozo, con una risa que lo ahogaba, mientras el hombre se arrancaba a pedazos aquella blanda y jubilosa esperma.

Los caballeros vestidos de etiqueta que comían sobre la sábana-mantel repasaban el *menú*. Y les traían una duna de tallarines. Pero como era noche de parranda y el comedor estaba adornado con serpentinas, un comensal comenzaba por enroscar el macarrón en el tenedor; pero luego enroscaba la serpentina, y ésta lo halaba desde arriba, y, colgando como una piñata o un ahorcado, sorbía bocados de papel hasta el techo.

La gozosa travesía, mortaja del acecho temporal, se desgarró después de que el mejor protagonista, un hombre de bastón, pequeño bigote y camarita, supo corregir y criticar al mundo con singular y lógico atropello. Un hombre que, agitando circularmente su báculo, lo metía entre las piernas de los demás, propinaba golpes al vientre

de los sensatos, penetraba en casas desconocidas, hacía el amor a las jóvenes casaderas; un hombre expulsado a coces de toda habitación, de toda reunión, y que se sentaba en la orilla de los bancos del parque con un aire de asombro, de indigencia y de miedo; un hombre que se expatrió, que habitó en los pajares, en los malecones, y que, mirándose en el espejo desigual de sus semejantes, compraba violetas familiares a la florista ciega; un hombre que se redimía por el retorno a su dichosa ingenuidad, que volvía a las andadas, a las quijotadas, y reía con las comisuras hacia abajo, como si fuese a echarse a llorar, con cara de culpable, de golfillo y de huérfano.

Juancito vio perderse la raída figura con las piernas de un espantapájaros, por un sendero de guijarros entre arbustos reunidos en gótica y sutil intimidad, nunca trepadores ni exuberantes, siempre pino o ciprés, sobre cuyas copas la llovizna que principió a caer en el lente desde la iniciación del espectáculo, esa llovizna del enfoque infantil, aumentó su prodigalidad como si al empañar la fotografía quisiera prolongarse en ducha de huella o de señal tras el alud agónico del héroe.

Apareció la palabra "fin". Juancito se acongojó. ¿Iba el faldellín a convertirse en sudario, o se había quedado dormido en una de esas alcobas de hotel, en la cama de barras, bajo la manta que no lo calentaba, que tenía pesadas tiras de níquel o de hierro?

El hombre fue un pensionista pobre que colgaba su sombrero y su bastón en el perchero del recibidor como quien se lleva la vara mágica o la vara de nardo, y limpiaba sus zapatones en el felpudo cual si dejase, en corto mutis convencional, la cruel constancia de la tierra.

*

¿También él se marcharía? ¿Estaba en una habitación inhóspita, desmantelada, llena de bruscos objetos? Porque lo que se producía era inoportuno, irritante. El color lo deslumbraba otra vez, un color afectado, acentuado, resistente a la noche. Recordaba las casas cercanas, y creía que, al empuje de una avalancha, las mamparas que se elevaban en los patios se prolongaban hasta él, que la gama de cuadriláteros de cristal bailaba sobre una plataforma, partida, repartida en vitrales de volantes revueltos.

Juancito estaba confundido, ya que la cupletista salió a la tarima sin que se diera cuenta. Por otra parte, no podía verle la cara. Las pestañas, pesadas como barrotes, tapaban las ventanas de los ojos, y la puerta vibrátil de la boca asomaba entre las mejillas, donde, con brocha gorda, se prodigaban los afeites.

Rememoraba las calles pueblerinas, las casas con sus frentes recién pintados, la cretona costrosa de un grupo de gitanas que leían las manos o las cartas por una moneda.

¿No brincaban morocotas chocantes? Olía a pana, a maní. Recordaba una caja de pasas y su decoración exterior. Las mantillas rodaban con mansa fluidez de esparraguillo, y las mangas bombachas tenían pepas de mamón, lechosa, durazno. Las uvas secas, tendidas en la caja, ya despertaban gula desde aquel glóbulo estampado en que se confundían, como en un espejismo de infancia, la metra con la almendra.

El recoveco en que el *couplet* trinaba su embestida se iba llenando de yerbas incendiadas, luego de haber llovido su grueso polen de giratorios redondeles. El cuerpo, apretado de granos, pudo ser la mazorca; pero ésta ¿no se dispersaba en haces de bengala? Se iba extendiendo, alargando, en los faralaes leguminosos de abalorio o en las hilachas del mantoncillo que se estiraba, sobredorándose, como dócil melcocha, bajo el influjo de las candilejas.

¿Era aquello un hechizo transitorio? ¿Trascendía por su intemperancia, por su fugacidad? Aunque no podía interrogarse de este modo preciso, sabía, hasta donde sus facultades lo permitían, que el sensacionalismo tenía una vida brava y pasajera. ¿Era aquello un empacho o una delación, un cartel de propaganda o una ronca blasfemia?

Resultaba precoz, artificial. Pero ¿acaso no existía artificio en el campo? Con recóndito *rouge* de guaruras, los rosales sólo regalaron un botón entre las densas hojas. Mas ya, para Juancito, vibraba en derredor una digna y fecunda desvergüenza. Mas allá de las casas, superando las empalizadas, los canutos de las "bellísimas" rosadas insinuaban su rebelde efusión, esa rara coquetería de sus brotes que no parecen naturales, que crecen, como gratuita vanagloria, ensalzados, embadurnados por espontáneo colorete.

Todo entonces se desnudó, mejor dicho, se humanizó, se colmó de una oleada poderosa de sangre al ser interpretado, al no seguir viviendo desvirtuado e inédito.

Lo que la cupletista hacía era recalcar, poner el dedo en la llaga. Y Juancito imaginó a muchas, a innumerables cantantes que ponían las cartas sobre la mesa. Las vio en noches de ensayo, a la sombra de las plateas vacías, pegando mostacillas en gajos delgados de alambre, fosforeciendo sin cesar como si, al ser reconocidas, se ruborizaran y se pusieran al rojo vivo y cosieran en el borde de sus trapos festivos las partículas de su arrebol y de su fiebre.

El insulto moría, porque, púdicamente, la vida se hacía alevosa, insultante, porque ya no había refunfuños honorables de tren, adiós melancólico a los prados, rezongos de automóviles. Sólo un tacón, terco y ululante reproche, una voz lamentándose desde sus añicos cristalinos, una castañuela ósea, semilla de reclamo y protesta.

*

Las mamposterías rodeaban como maquillajes, sin maldecirlo. Juancito volvía a la calle. Con erguida ansiedad de precisión, cada trazado se tornaba pasional, cada palmo de arcilla o asfalto tenía propiedad indiscutible.

Ya no se dejaba arrastrar. Sentía conciencia de sus manos, de sus pies, disfrazado de sí mismo. Era su máscara: Juancito con alpargatas, sombrerito alón, carne flaca, macerada y hambrienta.

Entraba en los suburbios, cuyas viviendas pequeñas y pobres se llenaban de mesas y huéspedes. Fondas arrinconadas en las que la carne tenía consistencia de masa, unidad pastosa y rezumante que provenía del hacinamiento. Los cuartuchos estaban divididos por tabiques tapizados con fotografías, estampas taurinas y carteles. Una mujer, vestida de satén, cruzaba como un fogonazo.

En uno de aquellos comedores, tras un boquete mal tapado con periódicos, observó al cocinero adobando púrpuras de morcillas, tintura de chorizo y argamasas de levadura, sobre las que ponía, con ademán de masajista, como un lunar sobre una cara preparada, un grano de pimienta. Los clientes apoyaban los brazos en manteles de hule. Sonaba una vitrola. La mujer, con su curva en relumbre,

debía estar emparamada de almíbar, pues olía a licor, a pomada y a incienso.

Hubiera pedido un plato de comida, pero tenía los bolsillos vacíos. Además, un empleado se llevaba los platos sucios, y sobre las mesas aparecieron fichas y naipes y se comenzó a jugar silenciosamente. Alguien apagó la vitrola. Hubo un hondo paréntesis, un paréntesis como la curva en relumbre. Los hombres trasudaban un vaho vasto, poderoso, profundo, que no rompían las carcajadas ni la barahúnda de los recipientes. Era un ligado hedor de almizcle, alpaca, dril manchado y sudoroso músculo, y si alguna bronca risa vibraba en los rincones, era como si hubiesen soltado un borbotón de vinagre que se disgregaba en larga pincelada de aceite.

Un olor adusto que vencía su propia y resollante acidez, un olor rancio que traía, a través de sus contradicciones, el hálito de un pañal primitivo.

Del pecho de los hombres, junto con el movimiento que alargaba el sobado as de bastos, Juancito creía ver salir la potencia salvaje de un leño.

Los hombres estaban sumergidos en sus ropas esquivas, como si aún no los hubiesen llevado a bautizar. Y, sin embargo, habían nacido. Juancito adivinaba que nacían, que eran luz en la noche, una luz de fogatas en feria. Podrían considerarse como residuos, y eran sólo criaturas exóticas que chillaban por su originalidad, por su desolación. Acampaban en el cafetín como en un tinglado, y, a pesar de que parecieran desposeídos, estaban como dueños. Sus modales no podían estorbar sino donde no fuesen comprendidos. Para quien los miraba como Juancito, infancia allí también, aquello de utilizar el dorso de la mano para limpiarse el labio o las narices era prueba de inocencia total, ignorancia que no desdeñaba una proverbial sabiduría, pues piel e indumentaria poseían la suavidad oleosa de las palmas que han bebido, tras bases seculares de pasto, el agua de los caños, salpicada de boñiga, y cerca del luto de las bostas, la primera comunión de una leche de ordeño.

Volvieron a encender la vitrola cuyo balbuceo de guacamayo se unió a un rumor de zapatos chorreosos, de toses expandidas, de interjecciones cáusticas y palmadas rebeldes. Un murmullo de sonajero tropical, cual si allí hubiese hojas rozadas por pájaros, como

si los hombres fuesen niños joviales y graves que se disfrazaban de personas mayores sin pasar por la adolescencia.

Y ese ronco sonido traía, atada a su curvatura, la emanación del caucho, del pantano y el cuero.

Andaba Juancito a tientas, resbalando, flotando… Los tugurios se alzaban en cimas, los harapos colgaban como lianas. Metido en un sopor de establo, el aliento del ron ascendía como el de una monstruosa ninfácea sobre un pozo lleno de oscilaciones, en aquel remolino de cabezas revueltas.

Juancito se sentía beodo, pero no de aguardiente, sino de una voraz asimilación. Iba entre parches, pócimas y pringues, como entre alas posesas. Nuevamente añoraba los campos, pilas bautismales donde, con furor de salivas benditas, manaban los torrentes. Los caseríos elevaban retablos. Los hombres, las mujeres, los niños, ligados a peñascos, mezclados con malojos, uncidos con las bestias, explayaban una bella superficie de tintas, de extremos en hervor que se tocaban, de acurrucados y distintos gérmenes. Cósmicas caricias, yugos voluptuosos, descuidados, daban de sí pletóricos injertos. Lo que se producía podía ser una cabeza como la de Juancito, con su mata oscura de mechones cual conserva de coco, o una flor vigorosa y locuaz similar a la que adorna los pocillos de peltre.

Miraba la fundición de teas migratorias, la transmigración de sueños y elementos. Sentíase ante una enorme olla crepitante, como si ante su inanición y su apetito colocasen el mejor manjar del desayuno que, en sencilla lección de mestizaje, confundía los alimentos de la noche anterior bajo el mote pueril de "ropa vieja".

A su lado, instaba un plato con retallones; tenía un borde de grasa; pero Juancito lo devoró con delicia. Era como si también se comiese la habitación, la atmósfera, los hombres, todo aquello que poseía sabor de mendrugo mojado en salsa o en pozo de café caliente.

Volvió Juancito a nacer. Su nombre crecía, chorro de limón sobre los ojos, puñalada de ají sobre la boca. Los ruidos se unieron en un solo compás, lo mismo que si un tambor empezara a batir en la noche. Juancito emergía, paliducho y enclenque, de su chaquetita tiznada y de su mortecino pantalón, como de unas hojas de maíz, hallaquita saciada y reventona, blanco de frío y de miseria.

Sobre los estertores aniñados en el extraño lar, el ruido se extendía en una prolongación de tantanes, y todo gustaba la ebriedad, el inicial bochorno, la sábana del parto y el cochambroso néctar de la selva.

*

¿Era todavía el corazón colectivo, su prisión palpitante? Una preñez que se movía, que subía y bajaba, que ya iba a echarle fuera con el último espasmo.

Mas ¿de qué modo la burbuja fetal podía ser tan sórdida y niquelada como una caja fuerte? ¿Cómo era posible que tuviese botonaduras, que usara tan rígida chaqueta?

El cóncavo uniforme se detuvo, y se abrió, como bolsillo, una puerta. En lugar de salir Juancito a la luz, penetró mucha gente: hombres y mujeres leyendo diarios, mordiéndose las uñas, mirando el reloj pulsera. Uno, sobre todo, tenía mucha prisa en continuar aquel ilógico embarazo, pues lo puso otra vez en movimiento.

Dentro del vientre, Juancito ascendía, descendía, con todos sus improvisados hermanos mellizos. Pararon, salieron algunas personas, entraron otras. Trataban aquel receptáculo como a una gravidez disponible de la que se podía entrar y salir cuando se quisiera.

¡Monstruosa maternidad!

Ni lo veían. A pesar de la cercanía, no se comportaban como criaturas fraternas.

—Buenas noches —dijeron a Juancito.

—Buenas noches —contestó alegremente, buscando a su interlocutor.

El señor que estaba a su lado miraba hacia otra parte; la muchacha de la izquierda se empolvaba la nariz.

—Aunque debiera decirte malas noches —prosiguió la voz.

Sepultado entre un bolso y un folio, Juancito respondió:

—¿Por qué? ¿Es que hace muy mal tiempo?

—No, es que no hay tiempo para nada, ni para el tiempo.

—¿Quién es el que habla? —indagaba, angustiado—. ¿Esta señora que me estrangula con su espalda, este muchacho que me clava sus libros en la cabeza? No se atrevía a llamar la atención de nadie.

—¿Dónde está usted? —preguntó, por fin.

—Me da igual —dijo la voz; pero, como se detenían, a Juancito le pareció prudente descender. Salió arracimado con los otros, olfateando sudor y perfume en un aparatoso nacimiento.

Un largo pasadizo alfombrado, sacándole la lengua entre las habitaciones numeradas, se perdía en la fría oscuridad. A la derecha del pasillo se encabritaban unos tramos de mármol.

Se detenía espiando ante los umbrales cerrados y cifrados. De pronto, la sintió detrás. Al fondo del vestíbulo, se paraba el embrión movedizo y se abría largando un tumulto.

Pensó:

"A lo mejor, la voz se marcha ahí dentro…"

—¡No se vaya usted! —suplicó, dirigiéndose al ascensor.

Oyó una risa en el corredor, chicharra de timbre o lejano clarín de teléfono.

No había nadie.

—¿No te lo dije? —exclamó la voz, muy entonada, desde el hueco de la escalera.

Se parapetó en la baranda. Los peldaños estaban vacíos.

—¿Bajo yo o subes tú? —preguntó.

—Da lo mismo —respondieron—. Puesto que no decides desandar el camino emprendido, voy a servirte de guía.

Juancito descendió precipitadamente.

Ella estaba sentada en el último escalón, fumando. Pensó que, pese a sus dudas, le quedaba mejor el denominador femenino. No era un hombre, desde luego. Era, más o menos, o casi, una mujer. Además, no podía observarla sino por segundos, con su pelo cortado al rape y el opulento busto reprimido por una oscura red.

Andando como marimacho, la curiosa criatura dijo:

—Ven.

El viento levantó una barahúnda de papeles.

Salieron. Entreveía moles blancas, intactos fajos de cuartillas. Ya se alzaba una página: el ala de un edificio. Como tipos de imprenta la manchaba el hollín; se le adherían excrementos de pájaros en una franja manuscrita.

Oía un ruido intenso, un trueno aproximándose. Percibía un olor a polvo, a denso polvo urbano, cual si la cercana virginidad hubiese culminado, sin violación ni historia, en brea de cenizas.

No le gustó nada. Todo, además, corría: la muchedumbre, los vehículos…

La muchacha iba delante. Estaba a punto de llamarla cuando la vio volverse con un rumbo fanfarrón por lo excesivamente seguro. Un bocinazo hirió las sienes; pero ella elevó la blanca mano hacia la algarabía metálica, y su mano estirada semejaba una larga tira de cemento, quizás la acera misma.

Aguzó la mano. Veía las uñas como semáforos, rojas, redondas y pulidas.

Los automóviles se amontonaron en la calzada. Un frenazo le desgarró los tímpanos.

Se encandiló al cruzar la calle. Se encendían anuncios luminosos. Fachadas de insolente color se les venían encima. En las vidrieras de las tiendas hormigueaba la ropa interior de mujer. En los bares abiertos prendían las gramolas que esparcían un brillo de caramelos fermentados. Reinaba un aroma difuso, desagradable y a la vez lisonjero, de licor y seda sudorosa. Era un vaho atrayente y expuesto, como de alcoba sin amor. Tampoco le gustaba a Juancito. Mas fue incapaz de demostrarlo, porque ella había sido tan amable y la notaba tan contenta. Contemplaba el abigarrado panorama con un nervioso asentimiento frívolo.

—¿Te gusta mi guardarropa? —preguntó, sin dejarle responder.

Absorta en una fábrica, chilló:

—¡Mira… qué linda blusa de ladrillos!

Juancito le prestaba una fija y parpadeante atención.

—No podré usarla mucho tiempo. Quisiera tener un modo especial de vestir, y me cambian todos los días.

Una maquinaria cercana derrumbó una balconada; polvareda caudal los envolvió.

Ella se envalentonaba:

—¡Qué manera de cambiar la moda!

Con rápida transición:

—Ven, para que veas mis trajes viejos.

La siguió a los escombros. Paredes recubiertas de papel, cortadas en pedazos, salvaban una pintada rosa macilenta entre el pavor aún vivo de las ruinas. La muchacha se ponía nostálgica. Tocaba con sus manos de asfalto un oscuro rincón sobreviviente, manchado

por el humo. Contra los muros derribados se empecinaba, con brío de oficiante del fuego, el añoso fogón de una cocina.

Juancito tuvo pena. Ella, con su enlutado *sweater*, con su pelo de muchacho altanero, se arrimaba a aquel tibio recuerdo con un extraño y tétrico lirismo.

—Me lo apagó el río negro. ¡No sabes cómo el río negro sopló sobre mis llamas emotivas!

Se arrimaba a las hornillas gélidas como a bocas profundas. Casi no le salían las palabras:

—Cierto que, a cambio de legumbres, la grasa negra me llenó la despensa con un puñado de oro. Pero cierto es también que, desde entonces, tengo mucha hambre y mucho frío.

Juancito quiso aproximarse.

—¡No te acerques! —pidió—. Tú eres mucho más rico que yo.

Juancito midió sus pantalones sucios, sus zapatos raídos.

—Mira la malla que me abriga el pecho. Es densa como un lago de aloe.

La luz de los letreros se derramaba en su regazo; las fibras brillaban como hilos de aceite.

—Por lo menos… ¡que no brille más, que no se crea dádiva o tesoro, que pueda hacerme opaca como la misma tierra, que no tenga crespones de petróleo!… ¡Que sea viuda, pero digna!

Juancito no podía comprender.

—Y, sin embargo —añadió la muchacha, abandonando el trágico recodo—, soy voluble y contradictoria. Aún me atraen las llamaradas falsas en las que asaron nuestras últimas frutas con estridencia de bisuterías.

Salió de las demoliciones siempre con ágil paso.

—¿Quién eres tú? —juzgó oportuno preguntar Juancito.

—Aquí, cuando preguntas, te contesta un micrófono, un altoparlante, un cablegrama urgente. El Radar conoce, antes que tú, tus preguntas.

—¿Quién es el Radar? —inquirió, pensando en un emperador.

Y ella, sarcástica:

—El lenguaje de la síntesis.

Juancito quería interrumpirla, y la muchacha andaba y hablaba sin cesar, perdida en la multitud. Su voz se diluía con los estallidos estentóreos. Un perforador rasgaba el suelo con un placer de sádico.

—No te preocupes —le advirtió a Juancito, que se paró acorralado—. Es una obsesión que tengo.

Y él, queriendo aclarar:

—¡Si es un perforador!

La muchacha estaba frenética:

—Haz el favor de no divagar más. Eso no es un perforador: es una idea fija.

Un hombre se afanaba contra una pared, empuñando un martillo.

—Tumbarán esta casa —explicaba la joven—. En ella hubo hombres y mujeres, cacerolas y jaulas con pájaros.

—¿Y después que la tumben?

—Seguirán martillando.

—¿Para qué?

Se encogió de hombros:

—Pues… ¡porque da gusto martillar!

—Las gentes no podrán dormir —objetó Juancito.

—Es un asunto secundario. No hay que dormir; hay que hacer algo, cualquier cosa: parir un monstruo o poner una tienda de comestibles.

—¿Por qué?

—Ya no se puede preguntar. Hay que aceptar y aprovechar.

—¿Por qué, por qué?…

—Porque cuando no se sueña, se construyen urbanizaciones; porque cuando el corazón del hombre ha entrado en el ocaso, su derrota interior tiende a rellenarse, a atiborrarse para no ver de frente la intemperie. El vacío del hombre, para mejor holgura de sus metros cuadrados, levantará una sólida autopista.

Tuvo que suspender el discurso. El tráfago aumentó. Como un camello en el desierto, una grúa elevaba un raro emparedado con ruedas, a punto de engullirlo.

La joven se sentó en un pote de basura. El cuerpo se le hundió en el boquete, y le quedaban fuera la cabeza y las piernas.

—Sal de ahí —rogó Juancito.

—Nada se pierde con probar —dijo la muchacha, con voz todavía humana—. El experimento y el ensayo siempre significaron búsquedas de nueva objetividad, pero aquí la exaltación de los

intentos, el hecho mismo de tantear cualquier cosa, por más limitada y personal que sea, es lo único audible y visible.

Los transeúntes formaban procesión con un bullicio melancólico.

—¿Adónde van?

—A ninguna parte: a un club, a una cita diplomática, a un intercambio comercial. Les quedan el ingenio y los pies. De resto son residuos.

Comenzó a andar, contando con que ella lo imitase. Creía caminar dentro de un cerebro descontrolado, atento a cualquiera de sus llamamientos, alerta a pronunciarlo de inmediato, fuese válido o inservible. Pasaban motocicletas con una licenciosa libertad, como afanes absurdos que tenían camino y porvenir, como insultos que hallaban un ambiente pasivo y propicio.

Los sonidos se multiplicaban. El espacio resultaba compacto, amalgamado, tanto que todo se enrevesó, se aglutinó. Lo excesivamente emprendedor se quedó inmóvil. El impulso se volvía extático. No era la muerte, sino la catalepsia. Juancito intuía, sufriendo, ese vago marasmo dinámico, esa larga corriente sin cauce, náufraga de raíz, pues sólo lo podía inundar con azar manifiesto y expuesto que jamás se tornaba objetivo.

Un concierto monótono, una marcha teutona tan igual, tan exacta, que creyó no oír más nada. Lo que decían los acordes metódicos se leía en imágenes, en aparatos de televisión, en miles de revistas que en los escaparates ponían su carátula como una fruta artificial, en los letreros de las salas de cine.

¿La muchacha? Una caja mecánica. Del pote de basura salía una voluta. Debía estar fumando, entre asquerosas costras y colillas.

Juancito sufría náuseas, vértigo.

—¡Compre, compre!… —decían los pesados avisos lumínicos. Juancito se quería marchar, pero donde colocaba la pisada o el ojo le saltaba el gran grifo maniático, exigiéndole que no se fuera sin comprar.

—¡Piense en su bienestar! —vibraban los membretes—. Las ventajas de la civilización: he aquí sus símbolos.

Juancito veía neveras, lavadoras y un maniquí sentado en una fofa butaca. El estruendo se trocaba en melodía arcaica de minué,

y un título florido explicaba: "El alma del ciudadano estable en una casa-quinta…"

Quería huir aunque lo despanzurrase un automóvil. Las rampas de los estacionamientos abrían oportunas criptas.

Un nuevo *slogan* lo detuvo:

—¿Es usted un condenado a muerte? Pase adelante, por favor…

No hubo que pasar. Pegado a los cristales de una clara quincalla, había un libro abierto. En la alumbrada página se dibujaba un mueble, y debajo decía: "Cómodo modelo de silla eléctrica. Aquí murió una dama sin quejarse. El éxito de aquella experiencia nos asegura al cliente más remiso."

Se le hizo un nudo negro en la garganta. Había perdido a la muchacha, lo había perdido todo, y se lanzó al viaducto. Fue cuando berrearon tras él:

—¡No despilfarre su carroña! ¡Llévese sus gusanos enlatados y su féretro plástico! Traiga a sus niños a la demostración. Se detallarán con esmero los beneficios de un cadáver. Utilidad de un fémur. Los riñones, ¡al cesto! Cómo especular con la clavícula…

La joven surgió de la nada, le cogió por un brazo, y Juancito, salvado, quiso darle las gracias. Se lo impidió, diciendo:

—Quieren matar la intimidad, quieren matar la más augusta intimidad: la de la muerte misma.

—¿Quién ha hecho todo esto?

La joven, nuevamente cambiada, lo condujo a una plaza. Anestesiados pájaros colgaban de los árboles. En el centro, una estatua pintarrajeada de amarillo.

—El oro negro… —dijo la muchacha.

Con otras palabras, debajo de la estatua se leía este epígrafe:

"El Capital Magnánimo, creador de la Buena Vecindad y de la Bomba Atómica…"

Tocó los pies dorados; se ablandaron. Enfundada en su caspa brillante la estatua había sido forjada con un trozo gigantesco de chicle.

Huyó de la figura repelente. Dudaba aún de su visión, también dudaba de su andar. Puesto que cada acto nacía de por sí, sin auténtico entronque, un paso no dependía del otro, un paso era una rígida isla.

Se metió en un portal.

—Entra —le dijo la muchacha, que sonreía por primera vez.

Juancito penetró y dio un grito de gozo.

El primer estallido del alba entraba en el recinto. Frescos muros jocundos esperaban al sol. La luz se colaba, fluyendo, por la vasta antesala; pero ésta sabía nadar. Geométrico pilar con su oportuno músculo hendía los oleajes solares. Se rompían las hilachas radiantes, tropezando con la brava columna, y el resplandor salía de su choque con un vello de espuma, más sensual y más trémulo, como una piel después de la caricia.

Todo se hacía carne. El hombre era aquel cuerpo de murallas jadeantes y tersas.

—Ya no es el cráneo de un enajenado —confirmó la muchacha—. Es un hombre en completa función, un mundo equilibrado sin dejar de ser fiero, con dulzura animal y salobre; un mundo que, siendo tan palpable, no dejó de crecer, de inventar, y que sólo por gula de amor alcanzó el trance de la desnudez, el ayuno feliz del equilibrio.

Juancito no entendía, mas le gustaba oírla hablar junto a la gran ventana de cristales.

—Ya la maraña de proyectos, de proyectos en pórfido, rindieron su mensaje precario…

Señalaba las casas colindantes.

—… ese peso de frágiles caprichos. Y, sin embargo, el hombre no menosprecia su imaginación. Crea a sabiendas del futuro. Sólo que el futuro ya no corre como astuto ladrón al que oscurecemos diariamente con una competencia de pistas. El futuro es aquí una tarea, algo que se construye y se modela, algo que está buscando su perfil y su rostro. De todas esas lápidas…

Indicaba otra vez las viviendas.

—…no quedarán ni los vestigios. Todos los que laboran sin noción de la forma, todos los que disparan en las nuevas ciudades su mezquino arrabal antojadizo, no dejarán sino sepulcros. Mas hay hombres que se sienten pasado, que se conciben tradición, que se quieren cultura. Siempre hubo hombres así. Supieron que morir era legar determinados consejos o advertencias a la eternidad. Y porque todas las civilizaciones auténticas, más allá de su momentánea utilidad, miraron a la muerte como a un vivo destino, porque morir, fue trascender, alcanzar una máxima calidad, inútil para lo

cambiante, pero fecunda para lo intemporal, esos hombres construyeron su hogar entendiendo de nuevo que morir sigue siendo consumar un estilo.

—¿Qué es un estilo? —anotó Juancito.

—En este caso, un afán de unidad y nunca de uniformidad. La inaudita fusión que se prepara respetará el hallazgo íntimo. Tal como te dije, todo está compensado. No sea que mañana, al nacer y al crecer, tengamos que pedir perdón por la molestia.

De la mano lo condujo al salón. Juancito se soltó, dirigiéndose al fondo, donde las paredes se exaltaban derramando los colores del iris.

Juancito descubrió:

—¡Es un mapa, es un mapa!

—Lo llamamos mural —corrigió la muchacha—. ¿Ves cómo todo no se limita a la epidermis y a su neta y sencilla sobriedad? Si ya viste la espalda y el coraje del hombre, aquí puedes hallar lo que llena su frente. Y si antes fue posible la modestia, porque sólo nos rodeaban murallas, aquí el hombre se despierta y exhala, como un perfume sin linderos, su audaz e inagotable contenido. ¡Mira! Todo lo que contempla en su desvelo, todo aquello que es denso y solemne, y que nadie ha podido reducir, hacer más dócil o más simple. Con el tono encendido y violento, con la sedosa pincelada azul, el hombre manifiesta sus problemas sin ningún lastre de subjetivismo. El hombre recupera su temática eterna con un aspecto nuevo, en el que no hay persona ni paisaje ni flor. Instaura entonces un concepto orgánico, una visión directa, un evangelio ateo, un espíritu físico.

—Insisto en que es un mapa —repetía Juancito, que se cansaba de escuchar—. Esto verde es el campo, y esto amarillo es un pollito. En lo rosado pudiéramos vivir mi madre y yo, y si hay una manchita blanca es porque le traigo una paloma.

La muchacha se alejaba, dirigiéndose al ventanal. La siguió. Vio siluetas errantes al otro lado de los vidrios. El sol descendía, iluminando famélicas facciones, mujeres desastradas llenas de trapos y de tiznes, ancianos descalzos, jóvenes enfermos, los locos, los tullidos, los mendigos…

—Eso que pasa es figuración —afirmó la muchacha.

Ahora veía niños, niños limpiabotas, limosneros, niños que se encaminaban al mercado para cargar los cestos de los mejor comidos; niños que habían dormido bajo el puente, que desayunaron con

un trago de café tenebroso. Niños en alpargatas, con pantalón deshecho, con rotosas camisas donde escupía un largo pringue. Todos los niños como él, fusionados a él por el hambre. Todos los niños, Juanes, Juan Bomba, Juan Bemba, Juan Bimba…

Juancito se desconcertaba:

—¿Qué haremos para que vivan en el mapa?

La muchacha aclaró:

—Habrá que hacer la revolución…

—¿Qué es la revolución?

—La revolución es la mujer de un hombre puro.

—¿Y después que hagamos la revolución?

—Después habrá los campos verdes, la paloma que traes a tu madre y el caliente plumón de los pollitos. Después, habrá la paz.

¡Era lo que él siempre había buscado, sin encontrarla nunca. Pues ¿qué era, al fin, la paz? Y la muchacha concluyó:

—La paz es la nodriza de los ángeles. Para encontrarla hay que buscar su leche en la savia de las hondas raíces. Hay que encontrar al pueblo, parado con sus húmedos árboles, tendido como un seno materno con un pezón goteante e infinito.

Su ofuscación se despejó. ¡Era eso lo que quería, lo que ansiaba desde el comienzo! Regresar a su pueblo. ¡Al pueblo, al pueblo!, casi aullaba su anhelo recobrado, dejando atrás a la ciudad moderna con su efigie de extraña muchacha, parada en el umbral del local nítido.

Retornaba a su madre y al pasado, a su futuro y a su ideal, siempre acunado en lecho mísero.

El presente era un autobús con el nombre de su pueblo en la altura. Entró con gentes amigables. Metían envoltorios de ropa, flores, canastas y gallinas. Pendiendo del parabrisas, ante el asiento del conductor, se balanceaba un zapato de niño. Eso indicaba que viajaban en busca de una remota infancia, de un pueblo condenado al olvido.

Su pueblo, con su madre. ¡Cómo pensaba en ella! Si el pueblo, en verdad, era una cosa buena, debía ser una madre sin término. Y él corría hacia ese pueblo con angustia; una jira a lo largo de cálido corpiño.

Su madre, ante la puerta enclenque, elevando las manos maceradas.

Su madre, que no hallaba la paz, pese a ser el amor y el origen.

Cuando el autobús comenzó a correr con Juancito asomado a la ventanilla, las frondas, los senderos, los riachos, lo que surgía con un gesto de adiós y de huella, eran sólo el reflejo de una vida caudal y sin premio, la existencia de una mujer, la biografía de un pueblo, el relato de un gran personaje tan prodigioso como humilde.

Dicen que un hombre y una mujer se salvaron sobre una alta montaña
nombrada Tamanacu, situada en las riberas del Asiveru,
y que, arrojando tras sí y por encima de sus cabezas frutos de moriche,
vieron nacer de los huesos de esos frutos
los hombres y las mujeres que repoblaron la Tierra.

Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente,
Alejandro de Humboldt. Tomo III, página 327.



Esta es, textualmente como sigue, la historia de su madre.

Había comenzado por repeler las manos manchadas de carbón y tinta de sus compañeras de infancia. Y aunque fuese muy pobre también, y en lugar del mantón florecido y los bolsillos con vivo de encaje usaba el manoseado chal con flecos y el delantal rutinario, siempre estaba muy limpia; y a pesar de que los ojos soportaban el humo de los fogones, nunca se le volvieron opacos. Quizás porque mezclaba hojas de limón para un colirio que sus pupilas bebían desde una pequeña copa que parecía un zafiro proletario. Por eso conservaba el límpido brillo en la mirada, luz visual que envolvía la miserable vestidura como si las luciérnagas le sirvieran de botones para la cota y de lunares para la falda.

Si forzosamente tenía que existir un remiendo en su vestido casero, sólo notaba que una mariposa negra y amarilla o salmón y parda se le detenía en el corpiño, y como su pecho debía contener miel, el insecto se quedaba prendido, porque el hecho de permanecer en su regazo era la conquista de una flor infinita o de un vuelo esencial, porque su corazón batía como un ala.

Por semejante pulcritud, que le concedía un decoro ejemplar, una suerte de majestuosidad sencilla difícil de localizar entre las

paredes de bahareque, los techos de teja y las cocinas ahumadas, admitía que sus amigas fuesen humildes, pero no que demostraran su pobreza de una manera demagógica, espectacular y escalofriante.

Una vez, sentada en su silla de fibra, penetró en la extraña volubilidad del sol que se iba y volvía para iluminar las viviendas, las mujeres, los árboles. Desde aquel momento tuvo un conocimiento fiel de la belleza, un leal saber y entender que sufría con el desgano doméstico un gigantesco ocaso.

Si una muchacha vecina vivía tranquilamente entre sartenes pringosas, un enorme fajo de papeles (pues al hombre le daba por escribir) y podridas ristras de cebollas y plátanos, padecía el sufrimiento más vivo cuando la invitaban a entrar, porque en el cuartucho había una mesa coja cuya pata ausente se sustituía con un taco informe, un pedazo de grifo o un envoltorio de manchados trapos. Si la invitaban a comer y tenía reparos en negarse; cabía que ocurriese lo peor: sobre la mesa, que hacía las veces de escritorio, colocarían el plato de comida, y ya no discerniría si estaba saboreando un trozo de papel secante lleno de tiznes, una goma de borrar o el objeto indefinible que reemplazaba la pata coja cuando le servían la carne.

Así comenzó a sufrir aquella humillación que, en verdad, no le propinaba nadie, sino la vida, que en cada ángulo de una habitación y hasta en cada recodo del paisaje lanzaba intempestivamente prolongados ataques. Desde aquel primer diagnóstico de su mal, que firmaban con elocuencia la mugre, el descuido y el maloliente desparpajo, mantuvo la cabeza un poco inclinada, con una rara vergüenza, sintiendo miedo de que la invitasen a pasear o a almorzar y auténtico terror cuando le hablaban de la enfermedad de un compadre, porque aquella dolencia del hombre servía para acrecentar la suya, puesto que allí sólo encontraría un catre amarillo, un quejido, un vaso lleno de agua tibia y unas sábanas salpicadas con gotas medicinales.

Se defendía hasta donde le era posible. Visitaba pocas personas y empezó a cultivar plantas. En las latas vacías que ordenaba sobre un pretil estallaban saludablemente las corolas del clavel muerto, de las buenas tardes y los geranios.

Ante aquel diminuto huerto veía pasar las laboriosas hormigas como si traficaran, conduciendo una mínima borona de pan, el peso

inmaterial de su cuerpo y lo llevasen a un lugar más dichoso y más manso.

En el pueblo se la señalaba por extraña. Cada día se ocultaba más y solamente ella entendía cómo era de generosa su emoción cuando una persona conocida la trataba con mansedumbre y consideración, adivinando su quebranto. Ese trato bastaba para que empezara a convalecer y entendiera que jamás estuvo lejos de los demás, sino de sí misma, completamente difusa en su evasión y en su peligrosa y lírica nostalgia. Le remordía mucho la conciencia, ansiaba encontrarse con una multitud, irse con ella, cantar, haciendo coro con muchas voces en donde la suya no tuviese más poderío ni ambición que el gorjeo de luz de una cascada.

Bastaba que una mano con las uñas ennegrecidas o una espalda caliente y sudorosa la rozaran para que volviese a percatarse de que su deseo de unión había sido excesivamente espiritual, puesto que, en el minuto de poseerla, no había contado con la insolencia innata de la carne.

No acertaba a convivir. Inútilmente sonreía a los transeúntes detrás de su ventana con balaustres; inútilmente quería suavizar los barrotes, la jaula; inútilmente conquistar la libertad dentro de las pesadas leyes orgánicas. Tenía esa desventaja de los seres imaginativos que aman menos a las personas que a los personajes. Exigía de cada ser una expresión digna, igual a la que sólo puede caber en un botón entreabierto, en un hilo de sedalina, en una estrella lejana. Y como eso no se producía, tornaba a aquella fuga, resultado de terca inocencia, y la gente murmuraba de nuevo, mostrándola con el índice gordezuelo, acusándola y delatándola.

Era una especie de discriminación entre lo real y lo ilusorio, entre el cuerpo sufriente y pegajoso y aquella limpidez añil de su espíritu que nunca, pese a tanta dolorosa experiencia, se convertía en mísero fantasma. A ella volvía, más bien, como a un paraíso echado en el olvido, a la siembra de pálidas flores, mientras su imaginación escapaba espantando los límites, un poco herida, con un celaje de arrebol, leve azulejo de cobalto.

Creyó que cuando estaba olfateando un capullo, teniendo la cabeza caída sobre el olor del deleitoso cáliz, fue cuando alguien se le acercó sin hacer ruido y le puso la mano en el nombro, una mano que fue como un grito fecundo, como una densa y luminosa alarma.

Porque ella se sentía flor, se volvió, donándose, y ya la mano había crecido mucho y percibía una tierna paz, pues él estaba allí, más allá del perfume, lleno de Sol, de protección, de savia.

El hecho de tropezar con él le devolvía un sereno horizonte, y aún mucho más, porque el rostro del recién llegado, en la penumbra del patio fantasmal, se alzaba reflexivo y paciente, sumergido en profunda atención, en una intensa petición de calma.

Sólo se volvió hacia él, y viendo que se entregaba ligero y protector como aliento, abierto en una respiración segura y amplia, ella también abrió su soledad en abanico sobre el corpiño, en movedizo vellocino de ansia. Era una tímida inquietud, un movimiento casi imperceptible, un jadeo fantástico. Ella tendía las plumas y él las recorría como ráfaga; él se producía en nacimiento y ella lo sorbía en prolongados vaivenes, refrescándose. Puesto que algo podía ser suyo, ella reanudaba el vivir y aspiraba aquella bocanada tutelar como si estuviera resucitando.

Lo miraba de frente, alivio de un amanecer libérrimo e independiente de la tarde. Mas la vida no era sólo un despertar y un asombro, y había que seguir adelante. En pocos segundos aquella misma solicitud, aquella cara atenta y sensitiva, sublimada por interrogación en el ceño maduro y vigilante, le produjo un desasosiego singular, pues se preguntaba qué sucedería después, en una muda e inaudita audacia.

Su desconcierto se debía a una proyección mental de aquel comienzo, a una prematura visión del futuro inmediato.

La emoción trepó dentro de sí misma por angosto desfiladero de angustia en un raro alpinismo subterráneo. Dentro de su cuerpo viajaba una voluble peregrina que no declaraba su orientación, porque se adhería a la piel como a la piedra, o se lanzaba, piedra, en presuroso salto. Había escalamiento y descenso, y el esfuerzo del ejercicio palpitaba en las sienes, mientras las cuerdas de aquella gira interna hacían un nudo en la garganta.

Cuando el colmo emotivo se produjo, ya no supo decir si tocó profundidad o cima, pues la sangre se agolpó en su frente como los arreboles en la altura y una brisa rebelde penetró en la más olvidada caverna, chapoteando en un blando y acuoso escondrijo hasta azotar el musgo de la entraña.

Estaba como muerta. No distinguía si aquello era realmente una resurrección o una agonía, aunque alguien seguía pendiente, alguien no quería dejarla morir, alguien reconocía, al fin, su valor, su significación, su importancia.

Y fue un rubor incandescente, una vergüenza y un gran miedo de ser a medida que se iba notando más expuesta, más febril e indefensa en su casta lumbrera involuntaria.

Si quería demostrar su agradecimiento, el destello se bifurcaba en sus mejillas como mancha de vino o quemadura cárdena.

Él era un llamamiento, ella una exaltación. Si él avizoraba la encarnadura, ella presentía el peligro de un desarrollo sentimental demasiado simple, igual que un funesto desenlace. Aquello consistía, ciertamente, en un querer actuar, pero con una gracia infinita, y como esto no se conseguía, era un solazarse en la contemplación ilesa del hallazgo.

La eficacia de esta segunda invalidez era que se le rendía a un ser concreto. Su virtud consistía en que la cabeza ya no quería apoyarse en el pretil, sino en el hombro; pero, aun todo y así, la novel entidad seguía siendo abstracta. Porque, a pesar de que él era el poder y ella la obediencia, cuando él pugnaba por su realización, ella permanecía, gozosa, en su esperanza.

Él perseguía un fin, ella un rapto. No adivinaba si él cruzaba el jardín, se detenía en el corredor o entraba en una estancia. El tiempo no se desenvolvía en sucesos, sino en intensidades. Ella sólo tenía un punto de partida: la viril atracción, y las cosas que le iba descubriendo eran las que respondían cronométricamente a la continuidad de su embeleso, las que vivían clandestinamente en egregias y ocultas señales.

Cuando él habló por primera vez, la frase fue pronunciada en un idioma esquivo, pues ella no entendió una palabra. Captó el requerimiento, la bronca voz esencial, la masculina campanada.

Después, principió a entender. Cazaba repercusiones, una pronunciación altiva, una dureza en el acento, ciertas sílabas cóncavas, algunas hondas claves.

Ella era un eco, no del significado lingüístico, sino de la acogedora vibración, y recibía el repique prometedor que no tenía abecedario.

Más tarde comprendió mucho más. Un adjetivo caía como una flor, una interjección como un relámpago. Decir las cosas con comillas era como hablar entre la lluvia y las astillas vencidas de los árboles.

Se iba haciendo docta y doctoral dentro de aquella enseñanza inverosímil con su aprendizaje estrafalario.

Cuando él iniciaba una conversación, ella dejaba pasar el tren de los epítetos y se quedaba con el humo de la comparación, porque el lenguaje cabía íntegramente en un minúsculo vocablo. Y si él adelantaba una definición, ella sentía la vecindad del invierno y se envolvía en el chal de la metáfora.

Las construcciones coherentes le dolían como tachaduras, como gazapos. Si él quería poner punto final, o, por lo menos, punto y coma, ella, a lo más, permitía una coma, un pececillo tembloroso y molesto que la hostigaba con su lastre; si él se empecinaba en su nitidez, en su plasticidad y en su raigambre, ella se consolidaba en su mutismo cual si a un impecable y novedoso discurso opusiese un manuscrito inédito y arcaico. Él la veía con insistencia, reclamando su oído, y ella dejaba ir los ojos detrás de los secretos y las pausas. Si lo miraba era de reojo, igual que a un charlatán o a un deslenguado. Al final de aquel reto, él siempre se quedaba sordomudo, y ella le revelaba el pergamino, la textura infinita del silencio, que, lo mismo que el cielo, se iba tachonando de luces, pues derramaba puntos suspensivos como estrellas, como lentas miríadas de pájaros.

Entonces volvía el trino viril en aleluya, y ella, ya apta para amar, le ponía el dedo en la boca, hasta que ambos conjugaban el verbo en un vasto presente estelar que era como el futuro y el pasado.

Si él indagó por qué, ella no le concedió respuesta, y la vida continuó sin derrotero, sin meta discernible, con un hermético sentido pasional, como si la ausencia de propósitos concisos equivaliese a un apogeo de certezas líricas.

Él, que se creía en proyecto, contemplaba aquel auge. Pues ella absolutamente lógica en la persecución de su extravío, ni una sola vez se hizo monótona, y al insinuarse un retroceso a lo casual, perseguía la eternidad hasta tal punto, que la unión de los dos se producía no como un claro devenir, sino cual denso y culminado espacio.

Podían transcurrir las horas sin que nada sucediese; mas ella salía de aquel lapso anodino con la mirada henchida, porque el reloj

de sus íntimas zozobras medía un ciclo exacto. Se hizo un calendario propio en el que los domingos llegaban a ser las sonrisas que él repartía al azar después de un largo pensamiento que semejaba un sábado.

Él quería un acontecer, pero ella estaba transida y sólo acataba aquellos dejos específicos, aquellos gestos exclusivos, aquella hombría indefinible como una ágil aguja imantada.

Si él preparaba el terreno de una cita normal, allí surgía ella con sus estaciones absurdas, con el otoño de su rostro, con la caída de hoja de sus lágrimas. Porque para ella era sobremanera hermoso descubrir aquel pedazo de lienzo o de lino, plegado sobre el seno o suspendido, con su nieve, en el aire. O ver solamente la punta de su copo, como si él se hubiese metido un pichón de paloma en el bolsillo y desde allí iniciase su tibia promesa de plumas y su estímulo de vellón terso y cálido. Así, los pañuelos se perdían en las nubes como la lluvia con el llanto. Y él perdía la cosecha y la siembra, porque ella extendía sus cultivos sutiles ante la flora ruda y natural, y él era conquistado por el dulce invernadero arbitrario.

Pues ella apenas se daba cuenta de que él nunca andaba con desaliño, y solamente podía dar constancia de que parecía tener una cosa muy clara entre las manos: los dedos eran finos, nerviosos, con un color de papel amarillento o un atardecer recubierto por un presagio de noche, por un vello ligero y austero que concedía a cada ademán imprevisto una extraña sobriedad romántica.

El resto, que se quedara en brumas. No estaba dispuesta a entrar en pormenores, enumeraciones o detalles. Si el rasgo general insistía, si la silueta radicaba en el matiz y no en la anécdota, ¿para qué detenerse en la nariz, en el mentón, en la inconclusa circunstancia? No era escrupulosa ni narrativa al tratarse del arabesco en la figura o del bajo relieve en el semblante.

Siempre que bajó al río y vio hombres semidesnudos, prontos para el baño, concibió que eso de las formas era mucho más que una antología de músculos o un documento de gimnasia. A fin de cuentas, siempre se era imperfecto, y la forma podía ser, muchas veces, un rumor, un hechizo, una capa.

Él jugaba con su incesante escapatoria; pero ella tenía la certidumbre de que existían muchas maneras de mirar frente a frente y

de que él se rendiría a su total posesión justamente cuando se produjera la distancia.

Si alguien le hubiese preguntado cómo era él, no hubiera sabido responder, y ejemplo dio cuando una amiga la visitó en aquellos días, ansiosa de buenas nuevas y de conversar a sus anchas.

—¿Cómo es? —inquirió precipitadamente.

—¿Cómo es quién? —preguntó ella, retraída y muy vaga.

—Pues… tu novio, claro…

Se quedó pensativa un momento y respondió:

—Es como Dios…

—¿Como Dios?

—Perdón, no he querido abusar… O como el fuego… O como el agua…

—Pero ¿es feo, es buen mozo, es simpático?

—Te confieso que no sé exactamente cómo es… Puedo dar testimonio, eso sí, de que no tiene manchas en la chaqueta, arrugas de abandono en la camisa, ni cultivo de hongos en los zapatos.

—Estás completamente loca —exclamó la mujer.

—Sí… Admito que estoy un poco loca últimamente… No, loca no… Quizás borracha…

—¿Es que la has dado por tomar? —rió la otra.

—Creo que apuro rayos de sol, aromas y ráfagas… Todo ello es muy bueno, pues cuando vuelvo de aplacar mi sed, me corre por los miembros una lenta parálisis…

La otra, impaciente:

—No hay más que hablar…

—Claro. ¡Pesan tanto las palabras!…

Y al acompañarla hasta el umbral, quiso tranquilizarla:

—Te aseguro que dejo a veces mi sillón de ruedas para venir a abrirle la puerta, y en ese momento me parece que recupero el paso.

—Bueno, querida —concluyó la otra—. Con tu locura y todo, te felicito… Es un buen partido…

—¿Partido? —exclamó ella—. No, partido no… Más bien, cuando entra en la casa, lo encuentro demasiado entero… ¡Tiene la cabeza tan grande!…

Fue cuando sonó el portazo.

*

Volvía a su somnolencia habitual. Hacia las habitaciones en penumbra subían olores de gentes, de bestias y mercados. Las pisadas resonaban fuera, y un lejano vocerío fantasmagórico desaparecía totalmente cuando llamaban a la puerta y corría a abrir y allí estaba el único sonido real, una pregunta, un saludo, un interés ronco, recóndito, durable.

Una sombra querida iba con ella por el corredor, y tal vez decía cosas pueriles; mas percibía la presencia global, eso pálido y fuerte, mortecino y vivaz, siempre borroso, exultante y dinámico.

Si él no venía, ella, obligatoriamente, tenía que salir. Cruzaba el camino empedrado como una exhalación, y trataba de no ver a los transeúntes, porque le parecían ladrones de la auténtica vida, vistiendo disfraz de peones, de arrieros, de hacendados. Cruzaba, flecha de profunda vitalidad, aquel carnaval vocinglero y vistoso, donde ella surgía lo mismo que un percal fugitivo, un mandil que arremolinaba el viento, y al fin llegaba al blanco.

El teléfono se hallaba colgado en un rincón de la bodega, y lo pedía a media voz. El bodeguero la miraba con sus hoscas pupilas de otro mundo y accedía al pedido. Ella discaba un número, impaciente.

Sobre su seno trémulo rodaba, en un pesado acecho material, la gran lombriz anónima del cable.

Casi siempre el número estaba ocupado. Se mordía los labios, azotaba el piso con el pie, se pasaba la mano por la frente. Otra vez la grosera bocina le devolvía aquel muro estridente, aquella horrible exclamación opaca. Quedaba inerme ante el mundo. El bodeguero sonreía desdeñosamente, ordenando macizos paquetes, y cerca de ella, en los tramos de los estantes, aparecían los títulos de los víveres, placas de una puerta que conducía a la uniformidad, los procesos biológicos y la lactancia; avisos de otra vida, carteles de una dimensión hostil, despótica y rutinaria. Si ella trataba de huir mentalmente, sobresalía un anuncio, “Galletas”, o un membrete, “Salchichas”, que la fatigaban como ultrajes.

Cuando él, finalmente, respondía, una energía indómita y salubre le sacudía el cuerpo, y como él prometía venir, salía atropelladamente de la tienda, y la tarde brillaba como fiesta y ella quería

colgar bambalinas multicolores de los escasos postes telefónicos que surcaban el pueblo y mirarlas bailar en los hilos con sus vivaces pámpanos.

Sin volver la cabeza, pasaba por la carnicería, donde garfios de hierro asediaban con sus perchas de muerte y sus sangrientas moles desafiantes.

Ya nada podía herirla. Penetraba en el zaguán sigilosamente, creyendo que su vestido, untado de crepúsculo, estaba hecho de papel de seda, con los jirones sueltos de un cometa, y se detenía en el corredor. Veía una silla quieta, sumergida en la sombra, y como se había peinado antes de salir, la cinta que sujetó sus cabellos, azul o amarilla, serpentina colgada en el respaldo.

El galope interior se substituía por una precipitación jovial, y cuando el pequeño brinco tocaba centro, no saltaban pedruscos contra el pecho, sino súbitos redondeles piadosos, cual si desde el fondo de su cuerpo lanzaran puñados de papelillos que le trababan la garganta.

Comenzaba la noche. El cielo tenía los poros abiertos, y cada mínima abertura era una mostacilla palpitante.

Se sentó en la silla y esperó.

Él penetraba, ideal, con la tiniebla, y ella no encendía la luz.

Un olor profundo impregnaba el ambiente. La última nube vespertina se expandía en humareda tímida de talco; como estrellas de leche se abrían los botones en las enredaderas de los patios. Y los luceros de arriba, encontraban apoyo en ese firmamento cultivado en la tierra, y venían a reflejarse en la fronda como en un hondo y silencioso estanque.

Cuando él ligó los dedos con los suyos, ella sintió que en ese justo y diáfano momento se habían unido también, como en un ramillete incorpóreo, los pétalos sidéreos con los arbóreos astros.

Luego todo fue simple. Él se despidió brevemente y desapareció. Y ella no se lavó las manos. Comprobaba que eran distintas, que habían cruzado un cataclismo, construido una catedral o soportado un holocausto. Y hasta cuando posó la derecha en la puerta de la alcoba para ir a acostarse, creyó ver en la hilera de los dedos friolentos una fragilidad ultraterrena, como si una estirpe sideral le hubiese colocado, no sabía si en el índice o en el meñique, un delicado anillo centelleante.

Lentamente se acostumbró a recibirlo en aquel aposento oscuro, lejos de la gente, el jolgorio y el tráfago; una especie de gabinete esotérico donde ella exponía los últimos inventos, jugueteaba con sus ladinos exorcismos, servía los caseros brebajes. Si él le aconsejaba una actitud, ella la acataba como superstición, y si le contaba una historia, ella anotaba mentalmente la fecha y los antecedentes para construir un mudo relicario.

Estaba rodeada de amuletos, de memorias barrocas, de luminosos dijes y resguardadas añoranzas. Tenía un poderoso instinto de conservación, y cuando él regresaba, mirábase como a un curioso complemento de todas aquellas baratijas que ella engarzaba durante sus vacíos como a lo largo y al azar de un álbum.

Ella contaba con el disimulo de su tez, y le tendía aquel pudor de orfebre casi como una máscara.

El primer velo lo rompió por sí misma. Pasó muchos días haciendo gestos absurdos, como el de querer abrazar los tiestos, palmear las piedras, acariciar las lámparas.

—Voy a pasar el paño por los muebles —se prometía, y resollaba que la mano se le iba por un ángulo de la silla donde latía un invisible rastro. O haciendo un gran esfuerzo de voluntad:

—Voy a sacudir el felpudo… —y allí sólo había polvo, polvo ajeno y fraterno.

O más imperiosamente:

—Voy a regar las plantas —y muy cerca del pretil húmedo sólo habitaba aquella firme emanación caliente, aquella flor, ya seca, que ella había colocado en su ojal como un etéreo y singular mandato.

Y si, dominada por la cólera, entraba en la sala, lo más lógico hubiera sido que pasase el escobillón por la atmósfera, limpiándola de mito y telaraña.

Llena de residuos febriles, la enrarecida atmósfera donaba sucesivas ofrendas: un sitio vacío, un recuerdo, una espera y un hálito.

Pero tuvo que salir a la calle. Y luego no pudo archivar exactamente qué fue lo que ocurrió. Sorbía las aceras como siempre, rápida y cabizbaja.

De pronto, una ráfaga de aire, de renovación y de limpieza sacudió las alfombras de los campos. Dentro de aquella oleada se topó con la chaqueta gris, con el hombro firme y con ese contenido protector de la plantada espalda. Ella no se movió. Él se acercaba

como el viento otra vez, y en mitad de la intemperie, precisamente allí donde ella se sentía impotente, turista y solitaria. Y como ella anhelaba compañía, dilató su mortal calofrío y exasperó su aéreo desamparo.

Después el viento se arremolinó, sintió un roce de barbilla y de tela, y cayó, desgreñada y feliz, en el abrazo.

*

Él no se quedó en refugio. Al volver al ámbito nocturno, intentaba siguientes rodeos que ella no le permitía sino intempestivamente, en remolinos rápidos. Odiaba la premeditación, ese garbo seguro y rotundo que se acercaba sin recelos, lo mismo que si él fuese un maestro minucioso y tenaz a quien la primera lección le había parecido tan sobresaliente que estaba dispuesto a dictar toda la cátedra.

Lo que más la irritaba es que, habiéndose ofrecido en un minuto libre, sin malicia y sin precio, él ahora quisiera aprovecharse.

Se había portado como una manirrota espiritual, donando su potencia emotiva a lo que no era, para él, más que una iniciación, una pauta. Pues él juzgaba las cosas de otro modo, y le hacía ver que sólo había existido el signo inicial de una riqueza venidera, más concreta, más sórdida y palpable.

Ella estaba en la infinitud, en la lucha por su infinitud, y él le aconsejaba un cálculo.

Ella era una plenitud estéril, un ayuno y un colmo, un hartazgo de sueños y una inapetencia de contactos. Y contemplaba con terror la codiciosa búsqueda con su tejemaneje terrenal, con su método triste y tan precario.

Porque él, simplemente, tenía sed.

Tal como se decía amargamente a sí misma, él era un muerto de hambre.

Percibía que la miraba, no como a un ser, sino como a un trozo de pulpa, y sufría compasión y asco. Le repugnaba tanta simplicidad, y por medio de ladinos regateos lo convidaba a una larga merienda sensual en la que todo se iba en economías, puesto que, a través de tan estrictas dosis, ella imponía su racionamiento con miras a rehabilitarlo. Redención que el huésped nunca comprendía,

porque, en mitad del mísero convite, no se satisfacía con los cabellos y las manos, y comenzaba a saborear los hombros, el codo y las muñecas, en ávidas pesquisas mercenarias.

Esquivaba la prodigalidad de la ilusión y encaminaba su estrategia hacia un tangible capital estable.

Ella, desgarrada orfandad, padecía su propio y obligado botín, y se sorprendía a sí misma poseedora de los encantos más insulsos, de la opulencia más retórica, de las redondeces más incongruentes, del hoyuelo más fatuo.

Víctima de aquel juego inclemente y estúpido, se sometía contadas veces con heroísmo, como si estuviese perdiendo un tesoro ya lejano e inútil, una herencia de títulos altivos, una bella leyenda de luz, un escudo florido y nobiliario.

Se tornaba dura, como si ya no tuviese piel. Apenas podía respirar. Cada vez que él osaba acercarse a su pecho, lo recibía bélica, con el corpiño adusto como cota de malla.

Él no se daba cuenta o no le hacía ningún caso. Confiaba en derribar la fortaleza a través de fingidas paciencias, de sucesivos simulacros. Tenía el sentido de un deber oscuro, y aceleraba sistemáticamente su empresa sin dramatismo y tal vez sin auténtica alegría, con un aspecto bonachón, astuto, coordinando una serie de preparativos que eran muy melancólicos y cumpliendo un menú de requisitos que parecían muy plácidos.

Ese proceso manual, casi deportivo, se componía de caricias y llenaba todo un programa. Posiblemente, después de tantos circunloquios, a él se le condecoraría por emprendedor, y ella recibiría un diploma por entreguista e inanimada.

Por eso se volvió más terca en su sosiego, más huraña en su rango.

Él arremetía con su falta de educación y ella se enfundaba en su abolengo, y si él recordaba al potro y al novillo, ella, que repasaba inertes dinastías sombradas de pegasos y unicornios, lo catalogaba como a un fauno. Era de una prodigiosa mezquindad, de una avaricia extraordinaria. Casi tenía sangre azul. Necesitaba estrellas sin aristas, y por tales motivos él tuvo que ponerle en claro su ambición, y ella le dio con la puerta en las narices. Pues ya no había perfil, sino dos aletas tensas, olfativas, voraces.

*

Durante muchos días permaneció quieta en la sombra. Asombrada, enconada, impenetrable. Su desdén la acompañó hasta el límite, hasta la intransigencia y arrogancia. Después la soledad tendió sus horizontes y comenzó a desentumecerse lentamente con un leve movimiento respiratorio y circulatorio que arrancaba suspiros de la sangre. Si aún quería aferrarse a su acrimonia, la noche se encargaba de vencerla, pues la ausencia cruzaba como un ángel. A medida que agotaba sus últimos recursos rebeldes, el distante le ganaba en poder. Las estrellas tendían los senderos cuando exasperaba los obstáculos. Si acudía a la impresión más reciente, la más vieja memoria limaba las espinas con un paño de seda o una fuente de bálsamo. Y allí estaba la flor otra vez sin una sola mordedura. Más aún: ya sin flor, toda en paz y en fragancia.

Si agitaba la mano en la penumbra, no encontrando asidero, la falta de la orilla cundía y la mano se iba como un mar contra la dura roca de la noche. Y lo peor de todo es que el despeño no era en sí mismo negación. La pérdida vivía como el propio fulgor de lo perdido, y él era, más que nunca, la vida; la puerta inmóvil, su prestigio; el paso que faltaba al zaguán, su certidumbre; toda mendicidad era su alarde.

El vacío era el mejor creador. Desempolvaba el más yacente atractivo para ponérselo ante los ojos, y ella se alzaba para reconocerlo, heredera tardía que, incapaz de valorar sus bienes, caducaba en su ejercicio y su mando.

Notaba las ropas manchadas de miseria, y se oía llorar feamente, sin oportunidad, sin resonancia. Se hallaba sin oficio, maldita y desposeída, y en mitad del sollozo y su estridente cesantía no importaba que estuviese de cuerpo presente, pues él, sin necesidad de la figura, latía oscuramente en derredor, y sólo ella era un dolor molesto e inservible, un amaneramiento y una afectación.

Los vestigios vivían como intactas criaturas. Ella no era sino una sobreviviente, y él, que estaba tan lejos, nacía a cada instante.

La casa tomó para sí la tarea de acentuar su presencia, de recalcar sus rasgos. Pero no era una silueta concisa la que surgía por dondequiera. Más bien un rompecabezas, los componentes sueltos de una envergadura que proyectaba su albedrío sin leyes de dibujo, en un desorden diáfano.

Hasta cierto punto, aquello equivalía a la posesión. Las cosas, lo mismo que la tierra, se comían el cuerpo y devolvían solamente la esencia en accidentes, el siguiente cogollo y la continua flor. Un río impersonal que nunca era el espejo para el rostro, sino más bien su transfiguración, sus ojos traspasados por diamantes.

Si ella miraba el jardín, la enredadera se postraba en el suelo. Llovía ligeramente, como gota de miel, su pétalo, amarillo, o lanzaba el capullo completo, como terrón de azúcar, al cemento grisáceo. Al detenerse el chaparrón floral, debajo de la fronda quedaba el hacinado arsenal de las flores como el montón de añicos de un paquete de cartas.

Encontró un empleo menor. Atravesaba el corredor con minuciosidad de masoquista, cazando surcos y repercusiones, destellos y visajes. Tal como si se empeñase, con su torpe pincel de aprendiz, a perpetuarlo en vivido retrato.

Cada noche era una copia suya, y ella, con el candil del sueño entre los dedos, continuaba la confusa labor hasta alcanzar una reproducción coherente de una risa, de un ademán, de un trazo.

El silencio cargaba como un hondo museo de huellas. Quería hablar sola para aturdirse, y cuando abría la boca, sólo pronunciaba un nombre, y todos los sonidos eran la repetición de aquel único grito unitario.

Sobre la mesa, el paño se vertía como un reproche.

El pretil se endurecía cual una acusación.

Y cuando él, una de tantas noches, empujó la puerta entreabierta y penetró en la casa, a ella se le deshicieron los nudos que tejió con desvelos, residuos y presagios. Dentro de aquella música a la sordina, él avanzó como un acorde, y ella, un ovillo en el asiento, se vio arrastrada por el himno como una muñeca de "guignol", atada por un hilo del cielo, mientras él estaba casi de rodillas y le daba las manos como si fuese a orar ante un nicho, y ella seguía colgando de la nueva raíz, recién nacida, soltándosele el pecho en una respiración tan potente como si le hubiesen concedido de pronto un pulmón inmerecido y plenario.

Era igual que estar despedida desde las alturas de una montaña rusa, en cuyo último descenso no se tocaba tierra, pues consistía en hundirse en un pozo sin fondo donde sólo le aguardaba un naufragio.

Inmersa en aquel hueco, sentía instintos de volver a ese nivel de vacilante seguridad que nos concede la nostalgia. O anhelaba el amparo acomodaticio de los hechos: que se quebrara un tiesto, que rodara una planta.

Él, que lo comprendía todo, la ayudó a sentarse en un funicular que atravesaba cordilleras feraces. Luego tanteó la pasarela de sus dedos y le tendió los brazos como sólida escala. La embestida hizo tregua, y ella dio el primer paso, pues estuvo ligera y cordial, demasiado locuaz, lo mismo que si salvara un gran peligro, hallando oportuna muleta en el apoyo de la charla.

Más tarde, todo fue tonta y alegremente como un vals, como esas melodías supeditadas al piso, pero llenas de evasiones sutiles, de ordenado y feliz sobresalto.

*

—Yo debí usar corona —decía ella, mucho después, a Juancito, que no podía comprenderla, cual si ese mero aditamento significase una mínima compensación de lo que había sentido, vestida de cualquier color, o vestida con su epidermis, que no era sino un traje cargado de abalorios, excesivamente sedoso y pesado.

Sostenía la cesta de costura en el regazo, y, sentada frente a Juancito, se dedicaba a repasar ropas de lino, conformándose momentáneamente con lo que quedaba muy atrás. Se veía aguardando la visita, arrancando la flor, peinando los cabellos sin corona, pero llenos de luz, y era como si estuviese remendando a la vez su imperfección presente, puesto que durante todos esos gestos remotos creyó haberse estado vistiendo paulatinamente de blanco.

—Una corona será una cosa convencional, mas como todos los recuerdos, pone una venda donde hay un hueco, una flor donde amarillea la erosión… Ciertamente, Juancito…

Juancito la escuchaba en silencio, pues apenas, para esos días, deletreaba.

—La pureza no es un convencionalismo. Pero así como a la primavera de otros países le gusta retornar con flores bien tangibles, a mí me gustaría (y mucho más que a ella, puesto que sólo he florecido en ti) pasear por el rincón de mi guirnalda. Así es, Juancito… Solamente así…

Juancito se acercaba más, acomodándose en el piso, para escuchar algo semejante a un cuento, y ella humedecía la punta del hilo para enhebrarlo.

—Yo tenía un velo… Aunque nunca lo sujeté a mis cabellos porque me faltaron las horquillas, porque no pude comprar el tul o por no sé qué, puedo asegurarte que yo tuve un velo: una larga y tenaz lejanía sobre las ciudadelas y los campos. Durante el día, cuando el sol quemaba en el asfalto, escondía mi velo en el tramo más protegido del armario para que el rayo solar no me lo deslumbrase. Estaba allí, como un rayo de luna, sobre las florecillas de mi ropa de andar, sobre el jardín de mis chucherías caseras, y no creas que lo perdía así. Lo usaba espiritualmente, y sabía que mientras más resguardado estuviese, doblemente podía sentir su realidad, y de este modo empecé a parecerme a él. Me embutía en los densos recodos, tanteando la humedad y la pátina. Me identifiqué tanto con él, que sólo me faltaba abandonar mis quehaceres domésticos para ir a su guarida a acompañarle. Solamente al caer de la noche abría las puertas rechinantes de la pequeña prisión que habían estado rezongando durante todo el día —era el rumor de la madera vieja, ¿comprendes?—, y aquel rayo de luna salía cada vez más delgado, más fino y más pálido. Algunas veces sentía miedo de que cuando llegase la sombra, la esbelta estría de luz no emergiese del escaparate. Sufría el temor de que yo misma desapareciese y ya nadie pudiese encontrarme. En esos momentos abandonaba mis obligaciones y me envolvía cuidadosamente en el velo, sentándome en el corredor, arrebujada en su cendal ligero, lo mismo que una garza. El velo devengaba un poco de color. Era como mi piel. Se llenaba de pintas ocres como las frutas, de centellas azules como los espejos. Sí, Juancito… Como las espaldas de los marineros, se me iba enriqueciendo de tatuajes. El velo parecía un arco iris, ¿comprendes? Mas me entró tal angustia de que el velo se tornara mantón, y mantón de Manila, que lo condené otra vez a la inanición, volviéndolo a encerrar en su retiro, y sólo cuando la noche comenzaba a vivir, tintineaban mis llaves. Una vez y otra vez… Si el velo se tornaba amarillo, lo colgaba al sol, entre las ropas puestas a secar; si se volvía rojizo, verduzco o pardo, lo condenaba al destierro… Un día se me puso tan triste, tan enfermo, tan lánguido, que cometí la imprudencia de sacarlo a la calle. Y el viento se lo llevó… ¡Ah, qué alegre era el viento, qué

entusiasmo en el velo que huía! Cuando lo recuperé, tenía un rajón en la punta y se le desprendieron los hilvanes. Parecía contento de su aventura… Intenté reconstruir lo perdido y corregí el inicial desperfecto con certeras y prudentes puntadas.

Ahí no concluye la historia.

»Yo conocía al viento… Aunque nunca entre mis cuatro paredes osó arrancarme el velo, se había paseado por mi casa. Venía especialmente de noche y, al verlo llegar, me llevaba instintivamente las manos a las sienes, pese a que él hasta aquella mañana en la acera, no se tomó mayor confianza.

»Era más firme y más potente que yo, y por eso, quizás, más admirable y envidiable. No podía echarle los cerrojos… ¿comprendes? Era un huésped hermoso; se sentaba junto a las cortinas, pegadito al verjel, y me hacía pestañear porque se quedaba mirándome. Creía que el viento, tan macizo y tan fuerte, sentía una conmovedora debilidad por los guardapelos al rozar mi cabello para arrancarle una fugaz hilacha. Pero no. Tal como se comprobó después, el viento quería el velo y entonces todo fue un perder y recobrar continuos, y aunque mi aguja era muy diestra y en cada nueva y doliente hendidura yo ponía un zurcido, una estrella, me quedaba contrita y exhausta.

»Una noche, el viento se marchó. Creo que fui yo quien lo desalojé de mi vivienda, a costa de asfixiarme. Durante muchas noches, me ponía la mano en los ojos pensando en lo que diría Dios, ¡el diluvio!, o me la colocaba sobre el corazón, pensando en lo que comprobarían los médicos, menos enfáticos que Dios, ¡afección cardiaca!

»No, tú no puedes comprender. Lo cierto fue que el viento volvió y que lo acepté porque estaba disfrazado de céfiro. Lo hubiese aceptado de cualquier forma, ¡con simún y con ábrego! Es curioso, ¿verdad? Pero una tiene que vivir, que abrir el pecho, y la vida se recibe como venga, con su prisa o su calma.

»¿Que dónde está mi velo? Dos manos lo cogieron desde arriba y rasgaron, feroces, hacia abajo. Aquel ruido ya jamás se calló. Aún tengo el calofrío y el calambre. Pero no me creas infeliz. Cuando el viento se acerca, ese viento todavía imponente a pesar de su crueldad y mis marcas, y me azota levemente la cabeza, es como si me prendiese un nuevo velo, muy distinto a aquel por supuesto, pero de su misma materia virginal, aunque mucho más impalpable. Es un

velo invisible, invencible. Nadie puede rasgarlo, robarlo. Es el amor, entonces. Algo puro que vuela, que no puede romperse porque no queda nada que romper… porque lo roto, roto está y eso no lo compone nadie. Y lo que perdura es la actitud, el nimbo, mucho más que la cosa. Y el sueño, Juancito, más allá de la carne…

Por esa posición soñadora, ella podía colocar el bastidor, luna nueva, junto a la sombra vegetal del patio. Así restablecía su unidad; su dédalo emotivo se ordenaba en circunferencia, en un círculo tenso y estable. La implacable memoria fecunda la roía sin tregua, mas continuaba su labor sigilosa, su manual florilegio, convirtiendo una angustia en un punto amarillo y una rabia remota en corola encarnada. Hasta cuando la vecindad de la noche osaba violentarla, lanzaba el hilo de colores, sujetando el crepúsculo, y se producía el plenilunio, porque el sueño recubría los surcos con una red metálica. Ella entraba en la noche no como en un túnel sino como en un enorme dedal de oro en donde los reflejos saltaban como pájaros.

Ahora suspendía el monólogo. Pese a su solución, la experiencia dolía, deteniendo el bordado. Desandaba el carretel viviente, y allí estaban sobre el cemento frío, las revueltas madejas, las antiguas etapas.

Ya no se hallaba ante Juancito, sino en un puente situado entre dos bosques, entre hechos y augurios, términos y pronósticos, en gemelo clamor de cataratas. Justamente en el medio, entre el amanecer y la clausura, aferrada a una débil baranda.

Fue cuando descendió de aquel globo del que había sido piloto certero, la boya flotadora y el combustible más delgado que el aire; cuando él quiso descubrirle el paisaje de un beso y ella, que ya no andaba a gatas, miró en aquella dirección, pero a vuelo de pájaro. Él creía darle la bienvenida y ella aún agitaba los pañuelos, y al separar las cabezas, si él imaginó regresar de una campiña olorosa a viñedo, ella bajó a la superficie sacudiendo su pelo igual que cola de cometa, como de un viaje interplanetario.

Pues ella conservó las nubes, y si él tuvo la delicadeza de recordarle el hemisferio, ella sonrió sin apetito, cual si oyese hablar de una naranja. Él ni siquiera se refirió al cuerpo, solamente al amor, pero ella atisbó sangre. Y lo eludió con su anemia y su armiño, penetrando en su alcoba, piadosa flor de lis, cerrando la puerta con picardía anacrónica, y poco hospitalaria.

Él quería su mosto rendido; ella ondeaba solamente en espuma concibiendo que si el vino se vertía una vez, le quedarían escapes y burbujas con que aliviar su desmedido estrago. Si él quería sorprenderla con un cesto de prietos racimos, ella rechazaba las viñetas oscuras, y desde el fondo del fluyente regusto trasegaba el sarmiento como a un brazo más puro, engarzando principios con sus vítreas simientes en la esfera de un cáliz.

Pues ella conservó las semillas. Al recibir el beso, para no padecer otra limitación, sintió que aquello no era un panorama insólito sino la consecuencia de un encuentro mayor, de eso que los dos compartían desde que una cita, proveedora del pan, los juntó en una doble abstinencia que sació sus ayunos con un brindis augusto y ante un sobrio banquete, sin harina y sin parra.

Podían comer juntos, incluso mordisquear la borona, a sabiendas de que no era el origen, pues mucho antes de su jugo y su fruto se cumplieron vendimias y dádivas.

Él no estaba de acuerdo. El jardín estallaba en suculenta flor y ella le convertía las hojas en carámbanos. Puesto que si él insistía en el agraz, ella le oponía la ancestral levadura, y él descubría sus besos, congregados en torno del yugo, sin pechugas ni dientes, ondulando por viejas estepas en azulenco y trémulo rebaño.

Sí, cabía que repartiesen el mendrugo, pero sólo porque ella conocía los moldes de aquel horno infinito en el que cocieron su más íntima luz y de donde ahora salía aquel ósculo limpio, una hostia o un beso. Así el sorbo era claro y bendito, la migaja serena y sagrada.

*

Un día no hubo más comunión. Él quería la cruz y ella obtuvo el descendimiento por la cruz.

Él la persiguió hasta la alcoba y ella no pudo echar la llave.

—Mejor es que nos casemos…

Ella midió las márgenes:

—¿Casarnos?

—Sí, casarnos…

Ella atisbó la intrusa condena:

—¿Para qué?

Él restableció los maderos:

—Porque es lo natural.

Ella defendió las doctrinas:

—Lo natural es el amor; lo demás, un pretexto para amarse.

—Pero es que muchas mujeres lo quieren así…

Ella, todavía, buscó la salvación:

—Sólo quiero el temor —dijo. Y se tendió en la cama.

*

Sólo se salvó la dualidad.

Pues el mono y la mona se encontraron aquella noche en la habitación y lo cierto fue que allí se libró la antigua lucha entre el rugido y el epitalamio.

*

Después —¿muchos siglos después?— ella se levantó y no precisamente como nueva… Como vieja, más bien. Contempló sus ropas como si las viese por primera vez: semejaban ser de otra persona, acaso de una niña…

—El muerto era mayor —pensó con una pizca de sarcasmo.

La muerta era ella. Había pasado por encima de sí misma, había ido más allá de su vestido azul al que se pegaba temerosamente como a la punta pegajosa de una enorme petunia sedentaria.

Ya no más, ya la mínima defensa celeste era un cielo hecho trizas por cuyo boquete correrían palpitantes estrellas, aunque sin aurora y sin tarde…

Aquella noche lo devoraba todo, y ella había crecido ampulosamente, pegada a su tronco, igual que las parásitas. Era descomunal y no tenía fuerzas.

—Rememoro mi antigua desnudez —añadía—. Mi temor, mis escondites, mis volantes… Hoy no pueden ser míos. Camino hacia el perchero de mis huesos, hacia toda la piel que se aglomera en un enorme y húmedo vestuario. Porque mi lecho no parece una cueva, porque no me alimento con lagartos.

Y después:

—¡Qué esfuerzos para ser puro sin ser puro! ¡Qué ostentación, qué fanfarrona y cómica jactancia!… Si yo fuese un hermoso

animal… con el hocico erguido, con la orgullosa zarpa… ¡Si yo fuese esa fiera legítima y cabal que vive libremente como un alma! Pero no soy así. Tuve algo artificial, tal vez, una leve hipertrofia. Plagié tercamente a los pájaros, colaboré con las distancias. Ya no más. Aquí estoy, sin veladuras, desde la cabeza a los pies. Esto que debiera ser mi descubrimiento, mi dimensión, mi hartura y mi constancia… Es algo que hace desconfiar. No se parece a mí; se parece, más bien, a un elefante.

Para no verse, se volvió. Él dormía, feliz, en un olvido pleno de sus músculos. Todo él semejaba una frente, una sien acogedora y amiga incapaz de agresión y combate. Manso y nada fenomenal, como el propio deliquio vivido en su oscura y altiva dignidad, en su liberación involuntaria. Sintió que estuvieron hacinados en un estuche, lo mismo que un huevo en el nido o que el pez en su ampolla, más allá del sobrante estertor, del empuje grotesco, pendiendo siempre de lo posterior que era anterior y superior en belleza, encerrados, cual niñez única y global, en un feto luminoso y muy diáfano.

Pasada la espantosa roca, corrían piedrecillas duras, pero después todo era un sosegado andar, una bendición que fluía sobre las cabezas, lo mismo que si le mojaran los cabellos a medida que protegían sus pies con líquidas sandalias. Un velo, otra vez… un olvido de las torpezas, de las aparatosas tentativas, los estorbos y los dinosauros.

Más tarde hubo hasta consejos. Alguien le dijo en una ocasión:

—No va a casarse contigo; no es el hombre que te conviene…

Ella obtenía, para entonces, una magna definición:

—El hombre que nos conviene está muerto…

—¿Cómo?

—El hombre que nos pertenece no existe: es el hombre genérico y total. Pero un día, de ese gran manantial originario se desprende una luz que, para cada una de nosotras, por razones de santa miopía, refulge un poco más. Amamos esa luz para siempre. En ella, a la fuente primera, quiero decir la eternidad.

El intruso se esfumó. Ella, que presentía la sombra, encendió las lámparas.

*

Amó tercamente el destello aún durante su eclipse. Pues él la engañó, claro. Se marchó con cualquier pretexto en noviembre y regresó a fines de diciembre, tal como ella decía:

—Lo mismo que unas pascuas.

Siendo él el único contento, ella no estrenó en aquella fecha. Lavaba y planchaba sus dos vestidos caseros, y si iba al armario por un requerimiento imprescindible, solamente abría la hoja de los estantes. Mas cuando iba a cerrarla, sentía temor de mirar. Porque del otro lado brotaba el ruedo de las ropas sin uso, ocultas en perfumada sombra, cual si madurasen frutas en el fondo del ropero recóndito, y había brillos ligeros, larvarios, lo mismo que si sobre las faldas, desordenando el costurero, alguien hubiese arrojado los alfileres en una lluvia fina, quedando allí prendidos, formando vivos guiños de cristal.

Ambicionaba otra lumbre: las aclaratorias.

Pese a que comenzaban a verse pinos adornados en algunas casas del pueblo, no estaba dispuesta a transigir. Que les arrancasen las calmantes dulzuras, los pesebres de galleta y los nidos de nuez y chocolate. Si ella admitía aquel fingido invierno, él podría volver a marcharse y regresar con otro clima de antruejos, por ejemplo, en carnaval.

Ella desdeñaba el antifaz, el fuego fatuo. El sinuoso arlequín de las cintas moría, sin querer, trágicamente, pues ella se recogió el pelo malignamente, en un nudo informe, para no parecer un disfraz.

Una vez escuchó que subastaban su pasado como a un lazo escocés. Siendo bien poca cosa, nunca supo en verdad quién lo adquirió por tres centavos.

En otras oportunidades la envolvía un testimonio, como si la obligasen a vestir crinolina, pero cuando los datos sentimentales le pegaban calcomanías al delantal húmedo, sacudía sus antiguas cortezas y se decía, aumentando desesperadamente su desaliño:

—Quería ser la coleta sobre el piso, pero cuando necesito un vestido voy a la tienda para que me vendan dos metros y medio de postales.

*

Se quedó como quiso: sin sueño, sin consuelo, sin ropaje; la realidad, la limpieza, la desnudez.

Él, escasamente pulcro, igual que en una escena decisiva de los Evangelios, se lavaba las manos.

Ella esperaba una explicación. Aunque fuese tan mísera, ambicionaba los detalles. Él, amando los bloques, consideraba que los recuentos estaban de más.

Para ella sólo estuvo de más el mundo; el mundo se quedó inmóvil, sin continuidad, sin claridad. Y esperando un acto de contrición, las cosas se ligaron a su anhelo, a punto de sucumbir en su objetiva certidumbre, fluyendo en un minuto trémulo y crucial, apeteciendo un pronto desagravio.

Puesto que ella concebía que los resentidos no eran solamente ella y él. Él, engañando, y ella, aceptando.

Lo resentido era el núcleo, la vida misma que estaba en trance de descender a gran mentira, si él no ponía las cartas sobre la mesa. Y como él, efectivamente, no las puso, el engaño inicial se trasladó al contorno, haciéndose pasivo, pudiente, perdurable.

Desde ese momento pensó que el resentimiento sólo habitaba en ella, que hasta con las estampillas de correo hubiese hecho una choza multicolor de naipes. Continuaba siendo la incrédula, la oscura, la que inspiraba desconfianza, la que andaba entre los ruidos ajenos y su rudo color, tan opuesto y bravío, como una lenta y lánguida viajera llevada a viva fuerza a través de un absurdo espectáculo.

Llegó a la conclusión de que él y el mundo se entendían muy bien y de que ella solamente sobraba como un añejo y único resabio.

Eso era la vida.

Una mujer que se callaba los insomios, un hombre que roncaba plácidamente ante el desvelo. Y en mitad de los dos, esa cosa extranjera, la ansiedad, la esperanza.

Una mujer que lo despertaba de pronto, inverosímil en su camisón de dormir y en su nocturna protesta innecesaria. Un hombre que tosía, con una rebeldía lógica y ramplona, ante el desorbitado interrogante.

Y otra vez la confusión, la ilusión.

Una mujer que amanecía con las manos sobre las sienes, y un hombre que le preguntaba si tenía neuralgia.

Una mujer todavía ebria ante el primer festín, y un hombre que gozaba de buena digestión y de vigilias raudas.

Una mujer que fue el mensaje soberbio del instinto, y un hombre que no fue jamás la clara respuesta o el seguro homenaje.

Una mujer que fue la inspiración, y un hombre ya profesional que no respondía con oficio sino con vicio, con uso sino con abuso, no a través de los cinco sentidos sino de uno solo, el sentido práctico.

Una mujer que creía ser la primera, la única mujer, y un hombre que desdeñaba la singularidad, puesto que era mucho más difícil conservar el origen, la criatura total y primigenia que malgastarla en cómodos plurales.

Una mujer que ansiaba volver a la sabiduría, al virginal principio, a la tradición y al dolor.

Un hombre que perseguía la contemporaneidad, la anestesia carnal y la ignorancia.

Una mujer heroica, combatiente, dispuesta a luchar por marchitas banderas. Y un hombre que resultaba el perenne enemigo de esa misma batalla.

Una mujer que le señaló la serpiente, y un hombre que enseñó a bailar a la serpiente.

Una mujer que descubrió la tentación, pero que se quedó en el paraíso, y un hombre que, después de la tentación, exigió mucho más que el primer fruto y lo olvidó en la feria y el mercado.

—Yo inventé el sexo y tú inventaste la aventura —decíale ella en silencio—. Yo inventé la creación y tú me diste la civilización como plagio. Cambiaste la eclosión por la industria, el mito por la fábrica. Ciertamente, me quedé muy atrás, casi en la prehistoria. Tuve cómplices, sin embargo. Hubo vidas gemelas a la mía, perfumes que trascienden, flores que se abrían, frutas que maduraban. Todo eso, ¿pasa al terreno de la oposición? ¿Qué me dejan, en cambio?

Eso era ella y después de la vida: la que, pese a todo, comenzaba a exigir, a imaginar.

Porque ante el viejo jardín vio alzarse, difuminándose entre el sol y las hojas, aquellos grandes pétalos que llamaban pascuales, se volvía niña otra vez y encontraba desprevenidamente aquel fragmento de rompecabezas en donde había una lista encendida, color de pimentón, que era la que faltaba para completar un sombrero de cartón escarlata.

¿Para qué? Todo lo que daba sombra: el velo, el sombrero, el armario, estaba irremediablemente perdido. Aquello era simplemente un gajo en flor en mitad del patio. Ni siquiera eso. Una posibilidad henchida y vigorosa que existía exclusivamente para ser desterrada. Una vida inútil, incisiva, pedante, Exactamente un destierro que florecía externamente, que le balanceaba ante los ojos, no el ramaje seco o el espacio vacío, sino precisamente el brote rezumante.

¿Por qué el dolor no se demostraba enteramente? La vida debió ser siempre así; ni siquiera sincera: una peluca, una dentadura postiza, una sátira.

En último caso hubiese cambiado la definitiva alegría por el perfecto y máximo dolor. No lo aborrecería en absoluto si fuese, al menos, franco. Lo que le repelía era el juego, la hipocresía, y se paraba ante el jardín, diciéndole:

—¡No disimules más!... —con una saña estoica de salvaje.

Eso era la vida: un grito al fondo de la primavera, y ella quería desenterrar los viejos cataclismos, más allá de las modas, atravesando vendas sucesivas, hasta poner el dedo en la llaga.

Estaba fuera del mundo, terriblemente excesiva. Mayor que el dolor mismo. Todos los dolores iban con ella, los buscaba en la sombra, los tanteaba en los últimos escondrijos, los sacaba a la luz, arrastrándolos por los cabellos, mientras ellos, espantados, berreaban.

—¡Aquí... a pararse aquí!... —bramaba ella—. ¡Basta de coqueterías, de floripondios, de subterfugios! ¡A dar el frente! ¡A no clavar el puñal por la espalda!...

Descubría una última envoltura: el alivio inconsciente de las lágrimas. Pero aún de aquel maná incontenible quiso hacer acicate, y cuando el llanto le corrió por las mejillas, aseveró:

—No me queda sino mi cuerpo, no me queda sino el dolor que es una viva entraña. Nadie me hará fluir. Cuando lloro es para probarlo mejor, para sazonar mejor mi cuerpo y saborearlo en su caliente salsa.

Y en plena degustación:

—El dolor no puede cogerme inadvertida: sé cómo es, cuánto da, cuánto abarca. Si he llegado a acostumbrarme a mí misma, él también será mi hábito. Y ya no podrá jugar al gato y al ratón.

Lo que ocurría es que seguía siendo ratón, ratoncillo, y como el felino había sido tan feroz, pretendía sujetarlo en una trampa. Miraría su pezuña de cerca, su colmillo de cerca, para que, a la hora de la embestida, el zarpazo no resultase tan cruel e insoportable.

—Yo también doy el frente —añadía—. Pude bajar la vista alguna vez o pude echar las pupilas fuera de las órbitas, pero nunca usé gafas, soy primitiva. Mi incultura no puede remediarse. Y puesto que no sé elegir la indiferencia, sólo escojo el dolor. Lo practico, lo cuido, lo celo. Hasta que me lo aprenda y pueda decir: mi dolor soy yo, y he logrado mirarlo y despertarme.

*

De todas formas, había que contar con la persecución de la belleza, de la belleza que surgía, en una lenta y lógica victoria, encima del muñón y la catástrofe.

Junto al enorme cubilete del barril embostaban las ropas melifluas de lunares. Y ella sólo presentía una enorme etamina de noche, un cielo que asomaba sus trozos de medio luto entre los claros de la fronda, cual si de las ramas más altas pendiesen, a punto de rodar en los verdes tapetes del musgo, unos inmensos y agresivos dados. Luego resbalaba el sol sobre los muros y descubría macizos en apretados grupos de barajas. El as de oros era un girasol; el de copas, una rosa encarnada.

Ella se decía: "Que jueguen a las muñecas, que descarguen las metras de las uvas, las flechas de la espiga y el trompo rojo de las remolachas". Puesto que cualquier efusión, temblor o colorido tenía que ser una arbitrariedad, seguiría en la sombra.

La vida intentó siguientes asedios, alargándole tiestos chillones y pretiles vistosos, y ella insistió en la fragilidad de las cartulinas, exclamando:

—Es nada más que un almanaque.

Hasta que el contrapunteo terminó. La cajita de celuloide rodó al piso de la habitación, y ella, renunciando totalmente a su emotividad, añadió:

—Se ha caído un objeto cuadrado y lo voy a recoger, porque obstruye el paso.

También ella se recogió, porque obstruía.

—Sueño, gallinita de oro —decía, negándole el maíz—; te voy a retorcer el pescuezo si vuelves a dejar un huevo azul sobre mi cama.

Se metió en su alcoba definitivamente, justo frente a su armario.

Las cosas perdieron el sentido, pues no estaban cubiertas ni descalzas.

La cortina descolgaba innoble mansedumbre y las hojas del macetero que alegraba la alcoba se torcieron en un puño de andrajos.

Reinaba una mezcla de molicie y contracción. Rotas las relaciones, existía al mismo tiempo una sensación de fatiga y exceso, de amontonamiento y descalabro. Los ruidos semejaban rezongos, las puertas se abrían en bostezos y los pájaros volaban hacia ella en incubadas amenazas.

En una huraña y sórdida fiereza, en un despotismo de las superficies, tampoco lograba estar sola, y si alguna vez podía cerrar los ojos, sentía que debajo del lecho iba a brotar, insólita, una garra.

Por más esfuerzos que hiciese, contemplaba aquel mundo con horror, a medida que las formas se abatían y cobraban escorzos de animales. Y no podía domesticarlos.

El propio dolor se le evadía. Queriendo reducirlo a lo habitual, hacerlo cada vez más suyo, lo soslayaba continuamente de las cosas, del muro, del jardín, negándole su vieja raigambre.

—Ya me lo sé de memoria —repetía.

Mas no podía traducirlo, trascenderlo.

Una noche, en la que tampoco pudo dormir, escuchó este diálogo. Hablaban una mosca y un cable.

—¿Cómo va la paciente? —preguntó la mosca.

—Muy mal —respondió el cable—. Ahora le ha dado por encerrarse.

—¡Ah, no, eso sí que no! —atajó la mosca—. Tiene que volver a nosotros. Hay que castigarla… ¿Qué te parece situarla durante tres horas ante una agencia de pompas fúnebres?

—Es un procedimiento muy antiguo —dijo el cable.

—¿Qué opinas tú? —preguntó la mosca.

—Déjame conectar la luz —dijo el cable.

—Pienso —añadió la mosca— que no le vendría mal un chaparrón de tinta.

—¿Cómo?

—Tú conoces el método. Durante la noche se estrellan los tinteros a lo largo de la casa, y cuando ella se levante encontrará las paredes atigradas.

—Puede volverlas a pintar —contestó el cable—. Me parece mejor que se enamore… Justamente. Hay que buscarle novio.

—No lo encuentro correcto —objetó la mosca.

—¡Tú sí que eres conservadora! —exclamó el cable—. No es por casualidad que andas siempre vestida de viuda.

—No apruebo la libertad sexual —protestó la mosca.

—Lo que ocurre —vociferó el cable— es que te gusta la oscuridad, lo sinuoso, lo imperceptible. Tú las matas callando. Pero en estos casos extremos tienes que hacer una pequeña concesión a las personas honestas.

—Amén —dijo la mosca—. No quiero más intrigas.

—Considero —continuó el cable— que lo más prudente es que se enamore de un objeto que le parezca repugnante.

—¡Ave María Purísima! —chilló la mosca.

—¡Ah, no, querida! —estalló el cable—. Agresión por agresión. Si ella se empeñó en enamorarse de lo que no existe, lo sensato es que se enamore ahora de lo que tiene una realidad más peyorativa, directa y palpable.

—¿Y quién es el galán? —inquirió la mosca.

—Déjalo a mi elección.

Mas la mosca insinuó:

—¿Qué piensas de un frasco?

—No estoy de acuerdo contigo. Es un poco peligroso. Un frasco es cristalino, apto para la imagen.

—¿Y un hisopo? —sugirió la mosca.

—Un hisopo es muy sentimental. La mimaría demasiado. Estoy pensando en un sacacorchos, o quizás en un tipo más robusto: un neumático. ¡Ya lo tengo, ya lo tengo!… —exclamó el cable desaforadamente—. ¡El codo de una vieja!… ¡Me parece lo mejor que se enamore del codo de una vieja!

Y la mosca apoyó:

—¡Bravo!

*

A la mañana siguiente, ella escarmentó.

—El armario podrá caerme encima —se dijo—. Y debajo seré un amasijo sangriento… No podré pensar, ni siquiera sufrir…

Se levantó transida.

—No podré darme el lujo de una fuerte tristeza ni el gusto de quejarme: me quedaré como un conejo muerto, con todo lo mullido alrededor lo mismo que un ensueño innecesario. Eso será perder la vida… La vida, que es bestial, pero caliente; la vida, que se llena de pelusas, de vaticinios tibios y esperanzas…

Quiso salir al corredor.

—La vida… ¡como sea!

Del ropero vecino a la puerta salió un olor a ropa varonil. Hundió las narices en el aliento astuto de la vida. No era un aroma cruel: olía a leche, a niño, a jabón y a naranja.

Clavada en aquel lienzo, ingurgitando su agridulce arruga, recuperaba, en fluidos sorbos, su víctima lozana y vital. Rogaba sin cesar sobre la prenda, con el atroz remordimiento de haber colaborado con la muerte, de haber sido silente y esquiva; rogaba que la vida le fuera, al fin, devuelta; pero la vida tal como era, con su dolor mayúsculo y su prueba de fuego. Pedía, pues:

—¡Engáñame!…

Después, toda era un copioso raudal.

—Y puesto que es así —se dijo, convencida—, voy a normalizarme.

La consecuencia de aquella normalidad fue Juancito. Sobre la cabeza del niño vertía su manantial maduro sin un solo destello de miedo:

—Podrán venir los días secos; podrá, lo que yo amo, tirar las piedras en mi linfa pura. Nada me importa ya. El rostro que asomó a mis orillas en busca de frescura está más alto que su devenir, está completo en su primera sed, en su primer alivio donado por mis aguas. Amar no es sacudirse ni gritar, amar no es reclusión ni reserva, amar es entender los defectos, compartir los ajenos errores y todavía ir más allá: superar las anécdotas y quedarse mirando aquel rostro primero, reflejado en la onda, que vino en busca de la cauda.

Nadie supo jamás de sus nuevas heridas. Transfigurada, en un río de sol, salía, rediviva, por cada puerta limpia de sus llagas. Se bañaba en el ardiente chorro de sus venas abiertas. Pues había comprendido,

igual que un pueblo sabio en sus conquistas, que esa era la historia del amor, aunque corriera mucha sangre.

*

Incluso cuando hablaba de la muerte parecía tan serena:

—Es que, aunque quisiera, no podría —decíale a Juancito—. No, declino el honor, le contesté a la rosa que me instaba. ¿Comprendes? Cuando muera, mi muerte no podrá consistir en el hecho de que alguien, ante la mesa del comedor, agite sobre el mantel una opulenta rosa roja… No, sería muy hermoso; pero otra cosa muy distinta será a ver caer sobre el paño de lino una llovizna de encendidos pétalos… Nosotros no sabemos morir, mejor aún, todavía no nos está concedido el buen morir. Pero hacemos lo posible, Juancito… Mira: cuando yo muera no ocurrirán cosas terribles. No podré imitar a la rosa. No, querido… Esa declinación, que es como un triunfo, no nos pertenece. Podemos, sin embargo, intentar otra cosa. Y hasta sentirnos poseedores de apetitosas y útiles riquezas. ¿Ves? Fácilmente será. Yo bajaré muy limpia, muy peinada, muy hecha, y el primer gusanito que se agarre a mi piel le dirá al otro en una exclamación: "¡Qué rica está! ¿Quieres probar un poco?". El otro probará mi bocado y me hallará rica también. Y así los demás, invitándose e imitándose, comerán de mi mesa servida, y yo estaré contenta. ¿Por qué no proteger la minúscula gula de los gusanitos? ¿Por qué desdeñar sus necesidades, por qué negarles el sustento? Ser perecedero no es otra cosa que ser generoso. Morir es comprender el hambre. Pero no hablemos de morir… Tú tienes la vida por delante, y a mí creo que me queda un largo trecho de egoísmo. ¡Ven, miremos de frente a la vida, y cada vez que entendamos la indigencia y orfandad de los otros, muramos en nosotros también, en nuestra hartura individual, destruyamos un poco nuestros placeres solitarios, nuestras adquisiciones limitadas, comprendamos que nuestra plenitud, si se solaza sin reparto, es sólo una activa avaricia! Sí, Juancito, no divagues demasiado en torno a tu pan para que otros también puedan comer completo.

*

La vida, por delante…

Juancito se despertó en su habitación, en su cama.

Se enderezó y apartó las sábanas. Puso los pies en los zapatos… Los zapatos le quedaban chicos.

La cama, ¡estaba tan caliente! Juancito se quería quedar, pero Juan salió al patio.

Edición digital
Octubre de 2017
Caracas - Venezuela



Ida Gramcko (Puerto Cabello, 1924 - Caracas, 1994) Poeta, ensayista, cuentista y dramaturga, estos apelativos son indicio de su prolífica obra que muy tempranamente desde su primer libro (*Umbral*, 1942) ya trazaba sus líneas poéticas con un lenguaje depurado de elevadas connotaciones simbólicas concretadas más fehacientemente en *La vara mágica* (1948). Del mismo modo, el mito es uno de los leitmotiv que puebla toda su obra, materializado en personajes e historias de la mitología nacional (*María Lionza*, 1956) y universal (*Penélope*, 1960) en un intento por explorar los senderos hacia la trascendencia. Entre los reconocimientos que se le otorgaron destacan: Premio de la Asociación Cultural Interamericana, por *Umbral* (1941); Premio de Teatro Ateneo de Caracas, con el libro *La rubiera* (1956), Premio José Rafael Pocaterra por *Juan sin miedo* (1957); Premio de Teatro de la Universidad Central de Venezuela por *Penélope* (1960); Premio Municipal de Poesía con el libro *El poeta* (1962); entre otros. Escrita en un lenguaje profuso de barroquismos que registra todo el cúmulo de impresiones, sensaciones y evocaciones tanto mágicas como objetivas, *Juan sin miedo* es una obra que por ser en sí misma una propuesta única en cuanto al estilo discursivo y la historia, podría considerarse como una de nuestras novelas fundacionales y patrimoniales.

PáginasVenezolanas



Gobierno **Bolivariano** de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR